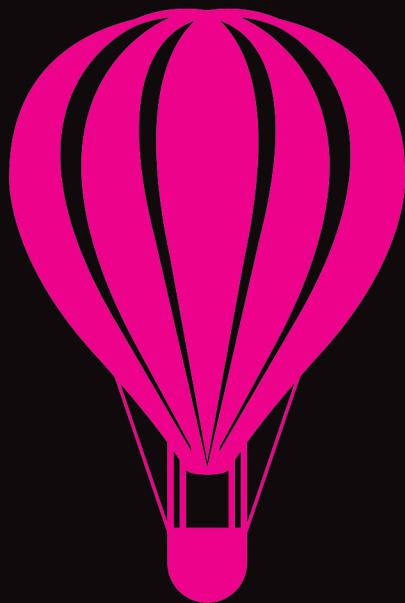


ADRIÁN FERRERO

DESPLAZAMIENTOS
VIAJES, EXILIOS Y DICTADURA



Noé Jitrik, Ricardo Piglia, Mempo Giardinelli,
Angélica Gorodischer, Sylvia Iparraguirre, Tununa Mercado,
Aurora Venturini, María Negroni y otros


EduLP

cuento

DESPLAZAMIENTOS

DESPLAZAMIENTOS

Viajes, exilios y dictadura

ADRIÁN FERRERO

(editor)

Noé Jitrik, Ricardo Piglia, Mempo Giardinelli, Angélica Gorodischer,
Sylvia Iparraguirre, Tununa Mercado, Aurora Venturini, María Negroni y otros



Ferrero, Adrián

Desplazamientos: viajes, exilios y dictadura / Adrián Ferrero; edición literaria a cargo de Adrián Ferrero. - 1a ed. - La Plata: EDULP, 2015.

242 p.; 21x15 cm.

ISBN 978-987-1985-69-2

1. Literatura Argentina. 2. Exilio. 3. Dictadura. I. Ferrero, Adrián, ed. lit.

CDD A860

DESPLAZAMIENTOS

Viajes, exilios y dictadura

ADRIÁN FERRERO (editor)



EDITORIAL DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA (EDULP)

47 N.º 380 / La Plata B1900AJP / Buenos Aires, Argentina

+54 221 427 3992 / 427 4898

editorial@editorial.unlp.edu.ar

www.editorial.unlp.edu.ar

Edulp integra la Red de Editoriales de las Universidades Nacionales (REUN)

ISBN N.º 978-987-1985-69-2

Queda hecho el depósito que marca la Ley 11723

© 2015 - Edulp

Impreso en Argentina

*A los Sanucci: Alfredo, Cristina, mamá, Diego, Nicolás,
Martín, Laura, María Julia, Juan, Dolores, Cecilia.
Y a los abus, Lía y Eduardo, a su memoria.*

A mi sobrina Ema y a mi hija Emilia, para siempre.

Agradecimientos

A Tununa Mercado y Noé Jitrik, maestros, amigos, que fueron los primeros en apoyar y en creer en este proyecto.

A todas las autoras y todos los autores, que desinteresada y entusiastamente brindaron su tiempo, su trabajo y su talento y confiaron en mí. Este libro es, por sobre todo, un emprendimiento de equipo.

Al doctor Andrés Avellaneda y al doctor Saúl Sosnowski.

Índice

Presentación, <i>Saúl Sosnowski</i>	13
Prólogo, <i>Adrián Ferrero</i>	15
“Escribir es como un enfrentamiento con la palabra para ver qué se obtiene de esa pelea”. Entrevista a Noé Jitrik	23
“Hay que escribir como si el lector fuera siempre más sagaz y más sabio que el que escribe”. Entrevista a Ricardo Piglia	29
Tablero, <i>Diana Amiama</i>	35
Vicuñas en la alta noche, <i>María Elena Aramburú</i>	53
Los sueños de mi hermano, <i>Eduardo Berti</i>	57
El precio de unas palabras, <i>Carolina Bruck</i>	61
Avistamientos, <i>Rosalba Campra</i>	69
Hipogrifo, <i>María Gabriela Casalins</i>	87
El monigote, <i>Ulises Cremonte</i>	95
Volver, <i>Juan Bautista Duizeide</i>	99
Tantas son las formas del amor, <i>Graciela Falbo</i>	109
Prosas del río, <i>María Laura Fernández Berro</i>	115
El paseo de Andrés López, <i>Mempo Giardinelli</i>	121
La pasión según San Martín, <i>Mario Goloboff</i>	129
Adsum, <i>Angélica Gorodischer</i>	137
Hamlet-La última cita, <i>Liliana Heer</i>	141
La tormenta, <i>Sylvia Iparraguirre</i>	145
Asombros y movimientos, <i>Noé Jitrik</i>	155
El músico de Biskra, <i>Nelson Mallach</i>	163
Negrita, <i>Analia Martinoia</i>	171
Los brazos de Venus, <i>María Martoccia</i>	175
Ejercicio literario sobre la memoria, <i>Tununa Mercado</i>	191
Carta de Enrico a su padre, <i>María Negroni</i>	199
Tríptico, <i>Reina Roffé</i>	203
Fluidos, <i>Paula Tomassoni</i>	211
Bella de San Severo, <i>Aurora Venturini</i>	223
Sobre los autores	227
Listado de fuentes bibliográficas de los textos previamente publicados	239

Presentación

Pareciera que Adrián Ferrero, un lector agudo e incisivo, optó por ser cauteloso. En su nutrida introducción comenzó sometiendo el término “desplazamientos” a las entradas del María Moliner; sin embargo, rápidamente, a partir de considerandos de Sylvia Molloy y Mariano Siskind en *Poéticas de la distancia. Adentro y afuera de la literatura argentina* (2006), lanzó sus propios interrogantes para armar una versión privilegiada de poéticas argentinas de los siglos XX y XXI.

La empresa acometida por Ferrero es riesgosa: la elección de los antologados debía cubrir varias generaciones, incluir a quienes permanecieron en el país durante la dictadura y a quienes se vieron obligados a salir del país u optaron por exiliarse; autores migrantes, expatriados, habitantes de las orillas, residentes fuera de lugar junto a otros que jamás cuestionaron estar en su propia piel. Emplazados y desplazados; retornados, descentrados y resistentes. Y a todo ello sumó un requisito, digamos, federal: esta antología ofrece un conjunto de textos literarios que, si bien privilegia a los platenses, incluye autores de varias provincias y de la Ciudad de Buenos Aires, así como algunos que decidieron permanecer en Europa.

A partir de sendas entrevistas a Noé Jitrik y a Ricardo Piglia (que le aconseja: “preguntarle a un escritor cómo se gana la vida es siempre

una buena pregunta para entender su poética”), Ferrero ofrece textos de veintitrés autores: algunos ya consagrados por la crítica y el público (Berti, Campra, Giardinelli, Goloboff, Gorodischer, Heer, Iparraquirre, Mercado, Negroni, Roffé) y una exquisita selección de autores platenses (Amiama, Aramburú, Bruck, Casalins, Cremonte, Duizeide, Falbo, Fernández Berro, Mallach, Martinoia, Tomassoni, Venturini) y de quien se enfrenta a la literatura desde diversos márgenes (Martocchia).

Esta antología incita a la reflexión y al diálogo, a formular un balance preliminar sobre una época en proceso de definición. El resultado es lo deseado por Ferrero: dibujar las poéticas de nuestros desplazados días.

Saúl Sosnowski

Prólogo

Adrián Ferrero

Entradas en el *Diccionario de uso del español* de María Moliner:

Desplazamiento: "Acción de desplazar o desplazarse". "Volumen que desplaza un barco".

Desplazar: "Trasladar o correr una cosa de un sitio a otro". "Quitar a alguien del cargo o del puesto que ocupa para ocuparlo el que lo desplaza: ... Suplantar".

Desplazarse: "Ir de un lugar a otro".

Desplazado: Descentrado, "no adaptado al sitio o ambiente en que se está".

Y ese libro regresa. *Poéticas de la distancia. Adentro y afuera de la literatura argentina*. Sylvia Molloy y Mariano Siskind, editores (2006, Norma). Consistió en la compilación de una serie de ponencias leídas en un congreso que tuvo lugar en 2005 en New York University, en el que un grupo de escritores y escritoras argentinos radicados en el exterior, otros que habían vivido afuera y que habían regresado, un grupo de escritores "trashumantes", que iban y venían alternando sus residencias en varios países, reflexionaban acerca de la experiencia de sus poéticas en cuanto a su pertenencia al corpus de la literatura

argentina. La convocatoria que los reunía, como iniciativa de Molloy y Siskind, fue la de abordar una materia por cierto escurridiza: ¿de qué maneras participa en su literatura nacional el escritor desplazado, con su estética migrante? La cosa se complicaba más aún porque, en términos de Molloy y Siskind, existen experiencias concretas de la distancia (desde “afuera”) o de la alienación (desde “adentro”). Porque, si bien el punto de partida había sido “problematizar la presunta inmediatez entre las peripecias migratorias del escritor (digamos: las desterritorializaciones de su biografía) y el vínculo estético que sus textos establecen con el corpus de la literatura argentina” (p. 10), a aquellos grupos se sumaban otros, de autores residentes en sus países, capaces de sentir “extrañamiento” y por ello de inscribirse por fuera de ese corpus. Habitar el país no era sinónimo de habitar un corpus. Así, según Molloy y Siskind, “ni la distancia física asegura la autonomía estética necesaria para producir una mirada extrañada que subvierta la regularidad de la nación, ni la presencia en el país garantiza la pertenencia cultural capaz de establecer una relación de contigüidad entre el texto y el conjunto de la literatura” (p. 10).

Para recapitular: se trataba de una meditación en torno de poéticas de modo autorreflexivo, pero desde experiencias singulares, que ante todo perseguían una autodefinición y una posición clara frente al propio origen y el propio campo literario. Y de una voluntad por esclarecer los vaivenes de las biografías más o menos accidentadas de los productores culturales, fuese por fuera o por dentro del corpus de la nación literaria.

Este libro prosiguió –o inició– algunas de mis propias cavilaciones en torno de lo que normativamente un escritor debe terminar de ser o definir para configurar su identidad y, por lo tanto, sobre lo que ha escrito, escribe o va a escribir. En especial cuando se sienta a hacerlo.

* * *

Elegí el término “desplazamientos” para titular esta antología, en parte porque era un concepto que Molloy y Siskind habían insistido en emplear en algunas de sus alocuciones y, además, porque me re-

sultaba altamente sugestivo respecto de las personas a las que iba a convocar para la misma. Muchos de los autores habían padecido el exilio, otros residían en el extranjero, otros se habían radicado allí por propia iniciativa de modo transitorio, bien por un deseo personal de exploración o búsqueda o por acceder a trayectos formativos en su trabajo o sus estudios. Había un caso curioso, de un escritor-marino mercante que por su particularidad admitía una mención aparte, porque vivía y no vivía en territorios estables, transcurría su vida en un no-territorio y, él sí, permanecía en estado casi permanente de extrañamiento, por lejanía de patria, no por expulsión. Por último, había otro grupo (al que pertenezco) constituido por quienes habíamos transitado de modo más o menos fugaz por otras culturas (como turistas o invitados en carácter de escritores o investigadores) y teníamos una mirada extrañada que no alcanzaba a definirnos ni como expatriados ni como exiliados. Éramos, para decirlo en términos de Julia Kristeva, un “entre dos”. Éramos, también en ese sentido, “los alienados” a los que se referían los editores. De modo que esta otra perspectiva me interesó porque, siguiendo a Molloy-Siskind, éramos personajes “fuera de lugar” en nuestro propio lugar (en el sentido positivo de la palabra), término con el que se indica que, asentados en la patria, podíamos (o no) sentir la experiencia del extrañamiento, o bien por momentos, o bien de modo definitivo. Ello podía resultar incómodo, pero en otro sentido altamente productivo. Porque hay allí una angustia del ingreso y otra del egreso, cierta presencia intrusiva en un ámbito que acoge pero que también puede resultar angustioso o abrupto, violento incluso.

Las respuestas, o al menos algunas de ellas, subyacían, a mi modo de ver, en los propios textos de esa antología. Por lo que me pareció que no valía la pena insistir en ellas, sino más bien trazar algunas notas, para nada exhaustivas, acerca de algunos de esos capítulos.

* * *

Como este fue un libro hecho entre amigos o amistosos colegas, acudí a aquellos escritores que, además de saber lo que eran capaces de dar, eran capaces de darme para el presente proyecto. Y fue mucho. Me propuse también un libro descentralizado en cuanto a su formación. Buscaba autores de distintas partes del país y del mundo. Es así como hay narradores de Rosario, Chaco, La Plata, Buenos Aires y residentes en España e Italia. Todos son argentinos, comparten un origen.

No se trata en este caso de ponencias, ni de congresos, ni de referencias académicas (aunque algo de eso hay). Se trata sencillamente de un conjunto de textos literarios, a mi juicio de una alta calidad estética, para cuya selección hice atentas lecturas y respetuosas sugerencias, además de dialogar en varios casos con los autores. Textos que, en su mayoría ficcionales o, por qué no decirlo, líricos, suelen resultar mucho más incitantes –por connotativos–, a la hora de plantear y desplegar de modo intenso núcleos semánticos, que argumentar sistemas de ideas.

* * *

En esta antología están presentes varias formas del desplazamiento. El exilio. La expatriación (y sus correlatos: el retorno, la nueva partida, el nuevo retorno). Las vidas migrantes (por violencia o por estado de asfixia). A estas experiencias les corresponde toda una serie de “relatos del regreso”, pero también de la ajenidad, del “estar descentrado”. Del haber sido desplazado por otro u otros en un ámbito laboral o profesional, es decir, no pertenecer a un campo. Y de un regreso que es no menos desconcertante que la llegada a una nueva patria. Y la condición de quienes, permaneciendo en el país durante la dictadura, ejercieron múltiples estrategias y prácticas de resistencia y denuncia, el uso de la entrelínea y, por supuesto, el hecho incontestable de estar habitando una situación de aflicción, censura y persecución.

Escritores que residen en otros países (en la antología hay tres: dos en España y una en Italia), otros que han residido durante muchos años y han regresado, y que, ellos sí, se ven complicados en sensaciones y experiencias del desplazamiento físico pero también del perci-

bir la distancia. Asimismo la circunstancia de escribir circundados por una lengua que no es la propia, porque incluso el español peninsular resulta solo ilusoriamente familiar siendo, por el contrario, particularmente invasivo, como bien lo ha señalado Tununa Mercado. Escritores que se han desplazado de otras zonas del país hacia Buenos Aires, con el consiguiente *shock* de toparse con una urbe cosmopolita pero, por otro lado, la extrañada y dolorosa emoción del desarraigo y de los afectos, precisamente, distantes.

Escritores que han recorrido el mundo –Oriente, por ejemplo– llevando consigo sus manuscritos bajo el brazo y que, al regresar, les han dado “estado de libro” y lo han confiado a un editor. A todo ello debemos sumar también ideas (que no son mías ni voy a desplegar en estas páginas) respecto de que un escritor es un exiliado de su lengua o, más genéricamente, de la lengua, o bien de que el vínculo que un escritor establece con el bilingüismo o con el polilingüismo que trae a cuestras lo pone en una situación de habitar entre los tabiques de dos universos semióticos (“a ese concepto en inglés se lo define con esta otra frase...”, “esta frase en portugués no tiene su traducción exacta en español”). En tal sentido, muchos de los integrantes de este libro son traductores –o han traducido varios libros–, o bien han sido docentes que impartieron clases sobre esa práctica, motivo por el cual el pasaje de lengua a lengua, o lenguas, se profesionaliza y adopta un énfasis que exacerba esos movimientos, deslizamientos, comunicaciones y una decisión de combate –también en términos de Jitrik– para procurar sacarle al lenguaje el máximo de sentido. Con respecto a los habitantes del país que no habían emigrado más que velozmente y habían regresado sin trauma y, por supuesto, a los que en él residían, el gran desafío era refinar la lengua y sus procedimientos lo máximo posible (como expresa uno de los ponentes de libro de Molloy y Siskind) y, en todo caso, dirimir batallas con su herramienta y con el resto de los productores culturales de su campo y de sus instituciones.

* * *

No me gusta adelantar en las presentaciones el contenido de los libros. Creo que deben hablar por sí mismos. Pero sí quisiera decir que algunos de los textos fueron especialmente compuestos para esta antología y otros no. Me gusta pensar en una antología como en una máquina de producir ficción. En una máquina que hace estallar sentidos y construye y deconstruye otros. Que arma y desarma un rompecabezas en el cual un contorno (no necesariamente el convocante) se va dibujando hasta coser la figura en un tapiz. Que hace meditar a sus autores, bajo la forma del desafío y la de convivir con otros (desconocidos o de su comunidad), distantes, o próximos (vuelvo al desplazamiento), en un mismo entorno coral. Y, también, la de brindar a un lector desobediente la posibilidad de entrar y salir del libro por donde se le antoje.

* * *

Con Andrés Avellaneda, en su libro *El habla de la ideología* (1983, Sudamericana), estimo a la literatura como una forma de contestación, de respuesta cultural (más cómoda o más incómoda, más sencilla o más elaborada, más política o más subrepticamente disimulada a esa dimensión, pero que en ninguno de todos esos casos supone solución) a las circunstancias por las que atraviesa una época, un país o, en todo caso, algunos de los productores culturales de ese país en una época. “El análisis de algunos textos de estos escritores permite comprobar la existencia de una especie de poética de la respuesta grupal” (p. 39), expresa el investigador refiriéndose a otras circunstancias del país. Pero también un entorno y una vida privados. En tal sentido, los fragmentos, el carácter insular de este libro proponen entradas singulares que, mirando hacia un horizonte en perpetuo movimiento, no descuidan un presente complejo, como suelen serlo las aguas turbulentas de la agenda argentina. Estas “respuestas”, estas contestaciones, éditas o inéditas, no pueden ocultar su carácter de al menos insinuada representación de aquello que impetuosamente irrumpe en la Historia argentina (todavía, como se aprecia, soy partidario de las mayúsculas) y en otra mayor que envuelve a esta, en

la del mundo. ¿Y la globalización? Mejor dejémosla ahí. Multiplicaría geoméricamente este prólogo.

Algunos de los autores aquí reunidos han asistido a algunos de los avatares más difíciles y atronadores de la temporalidad mundial y otros, en cambio, desconocemos, por puro azar (no por desinterés) esa parte de la vida del mundo que aun nos ha sido arrebatada por circunstancia de suerte o fatalismo. Hay hitos de Historias públicas y también de esas historias privadas que no enumeraré, que han sido experimentadas de modo personal e íntimo de formas distintas (pero también políticas, como todo lo personal), no solo por las coordenadas geográficas de los escritores, sino además por sus generaciones y sus formaciones.

A propósito. Hay momentos en el libro de una imaginación desatada y en la que se abre la puerta hacia un humor elaborado, risueño acaso. Hay otros que exploran compases de la vida social y política, en los que la Historia irrumpe de modo desaforado y letal, queda fuera de control. Como quien dice, se sale de quicio. Otros en los que hay nostalgia o lirismo, sugestivo pudor o insinuaciones, sutileza en los silencios. El *fantasy*, que no podía estar ausente, y que, como es sabido, abarca categorías tan amplias que van desde el gótico a la ciencia ficción especulativa. O el tan argentino fantástico criollo. Y otros en los que la prosa, *en abîme*, se articula con otros textos, como en la perturbadora representación en *Hamlet* de la obra de teatro a la que los monarcas ilegítimos asisten. Su lectura, su relectura, su reescritura están aquí presentes, bajo la forma de una intertextualidad, pero también de una nueva voz que se apodera del texto, a la cual el escritor (la escritora) se atreve e inaugura. Habrá otro u otros en los que la documentación o la investigación asomarán apenas, como la punta de todo iceberg, y eso no será evidente, quizás, pero sí perceptible para un lector alerta. Hay una poética de la distancia que explora de modo fecundo, imaginariamente productivo, zonas geográficas remotas. De géneros (en ambos sentidos del término) que lo ponen todo en cuestión. Uno de los textos aquí incluidos lleva hasta sus últimas consecuencias el carácter especular y apócrifo de todo escrito literario. Ello fundamenta su lugar en este volumen.

Me gusta pensar, por último, que hay todo otro abanico de la compilación que, precisamente, aborda el movimiento envolvente, bajo la forma de la precipitación en la prosa, de todas las variantes e inflexiones de la Historia (circunstancia ineludible, pero que puede exacerbarse en algunos casos). Pero, como en la caminata del texto de Noé Jitrik, los peregrinos de esa marcha descubren que la han transitado en silencio. Tal vez, y solo tal vez, parte del narrar tenga que ver con esa marcha, con ese instante, fugaz, atroz acaso, en el que, sin perder de vista ni eliminar lo construido con palabras, el armado de texto, su trama, su envés, su sonido, un autor precipita en la página el orden de su subjetividad y percibe hacia el final, hacia el último borrador, que ha trabajado en un silencio sutil, incluso en ocasiones no buscado. Que se dirige hacia el silencio. Que la condición de escritura ha sido la del silencio. Que su pantalla o su pluma han hecho en silencio ese objeto que ahora existe y antes no. Que pendía del aire. Y que tal vez ese atributo, anhelado o necesario, involuntario o casual, conduzca de modo definitivo hacia un “estado de texto” en el cual el autor (acaso el narrador) conozca en su punto final que del sonido blanco extrajo palabras, sonidos para otro, que también en silencio las leerá, en ese otro gran desplazamiento, que es el que va del silencio a la lectura.

“Escribir es como un enfrentamiento con la palabra para ver qué se obtiene de esa pelea”

Entrevista al escritor y crítico literario Noé Jitrik

Adrián Ferrero. —¿Podrías recuperar algunos recuerdos de tu infancia vinculados al lenguaje –rimas, juegos, canciones de cuna–, por favor, Noé?

Noé Jitrik. —Solo algunas imágenes: luces en un salón de fiestas, croar de ranas, sombras de la tarde en el campo, luz de occidente cayendo sobre una pared, reclinado sobre la cual leía, el sabor de la gaseosa que preparaba mi padre, un árbol-refugio de fantasías de comunicación, primeras caricias fuera de casa.

¿Cómo sentís que fue haber nacido, retrospectivamente, en un lugar como La Pampa, que no fuera la ciudad de Buenos Aires? ¿Te parece que eso marca un punto de vista sobre el mundo, un desplazamiento, una mirada extrañada respecto de un espacio acotado como Buenos Aires, que es “centrífugo”?

Probablemente sí; recorriendo las sierras de Córdoba me dije, “me angustian, yo soy de la llanura”. Pude haber nacido en otra parte, pero eso importa menos que haberme llevado un ritmo en la caminata que, tal vez, se reencuentra en mi escritura, no lo sé. También puede

ser que haber caído en Buenos Aires despertó en mí un enigma que me hace indagar en él, sentirlo a cada paso, extrañamiento dices, y con razón: nunca dejé de sentirme un campesino asombrado en los excesos de una gran ciudad, también París, México, Roma, Bogotá y aun la recatada Montevideo.

Tu vida también estuvo signada por experiencias ligadas al “interior” por haber impartido clases en la Universidad de Córdoba, entre otras. Te has casado con una mujer de origen cordobés. En fin, hay notas que te conectan con esa zona del país no central ¿De qué modo te parece que impacta todo esto en un sujeto intelectual? ¿Hay también allí otro foco de impacto intelectual en este caso?

En efecto, por más porteño que sea, el interior me interesa, aunque el final del verano en las sierras me pone triste, pero no puedo negar mis lazos y mis deseos; cada vez que estoy en algún punto de eso que designa como “interior”, deseo que pase algo, que haya una creación redentora, que no haya provincianismo. Y, para retomar tus palabras, si hay impacto se traduce en mí en un proyecto de acción para el lugar en que me veo: la poesía está por doquier, lo mismo que la inteligencia, me gusta verlas emerger.

Los exilios –primero en Francia y luego en México–, los desplazamientos, la provisoriedad, han signado tu vida. ¿Sentís que eso se manifestó a otros niveles, no solo a través de los contenidos temáticos de tus textos?

Claro que sí; primero curiosidad por esos lugares, luego aprendizaje y, por fin, internalización. En Francia vislumbé lo que podía ser escribir; en México, lo que estaba cambiando en mi escritura pero nunca me autoricé a escribir “sobre” París, México o Córdoba. Espero que se advierta, aunque no lo podría definir ni explicar. Habría que ser, por otra parte, algo infatuado para creer que las atmósferas no operan sobre gustos, maneras, formas, imaginarios.

Y pasando a un plano de la experiencia subjetiva. ¿Qué significa escribir para vos? ¿Ha significado cosas distintas a lo largo de tu vida?

Nunca me he preguntado eso por lo cual la pregunta es muy oportuna: me obliga a repensarme. Puedo decir que en los comienzos quería escribir porque me parecía posible considerando que otros lo habían hecho; luego, al asomarme a mi adolescencia por voluntad de expresión, grandes sentimientos, grandes dolores, grandes esperanzas; al asomarme a la literatura, una necesidad de comprender por medio de la escritura; en todas esas etapas escarceos, improvisación, creo que no queda nada. Por fin, ese gran monstruo llamado literatura y la sensación no solo de que podía dejarme tragar por sus fauces, sino de que no podía vivir sin hacerlo. De hecho, a veces siento que si no escribo no existo o, a la inversa, que solo existo si escribo.

¿Qué relación establecerías entre escritura y memoria, escritura e infancia, por ejemplo?

La memoria es un depósito y puede ser inerte: unas imágenes guardadas y acumuladas, evocables y... o, según, presentables cuando no se lo reprime, pero la cosa no se limita a eso: la memoria es un punto de partida para la configuración de un imaginario que es lo que permite escribir, si escribir es una operación que transforma y produce significación; de modo que no es cuestión de recuerdo o de infancia como tampoco lo es de mirada sobre el presente, sino de lo que la palabra hace de todo ello.

¿Hay una idealización cuando uno escribe respecto de experiencias del pasado? ¿Una suerte de deformación, de dramatización o exasperación según las situaciones?

Toda imagen, recuerdo, sensación, experiencia, pensamiento, sueño es transformado al ser escrito. No tener esto en cuenta supone que escribir es solo transcribir. Deformación dramatización o exasperación serían, de este modo, rasgos o cualidades o productos de intención o de decisiones poéticas.

¿Y qué pasaría, en cambio, entre escritura y futuro?

Si un relato clásico está configurado sobre un saber “acontecido”, el *narrantur*, es posible pensar en un *narraturus*, o sea sobre un saber que se va construyendo a medida que se narra.

¿De qué modo te parece que “emerge” la escritura en un sujeto? ¿Surge de una necesidad, de un imperativo, de un estímulo?

Se supone que hay tantas explicaciones como sujetos que escriben; en algunos casos la emergencia es ambiental, una casa donde hay literatura empuja alguno de sus habitantes a tratar de hacer arte con ella; en otros casos es el desarrollo de una capacidad, un don. A veces, como es mi caso, es un vicio.

¿Cómo definirías el acto de escribir?

Como un enfrentamiento con la palabra para ver qué se obtiene de esa pelea.

¿Y el de leer?

Como un enfrentamiento con lo que otros han hecho con la palabra.

¿Qué sucede cuando acontece ese “estado de precipitación” en el cual el escritor hace descender el texto sobre el papel o la computadora? ¿Hay una suerte de descarga, de alivio, de anhelo cumplido?

Hay tantos relatos de ese momento como escritores que se detienen a pensar en lo que les ocurre. Hay, sin embargo, algo de sorprendente cuando se va viendo que acuden las palabras y se va configurando un texto como un objeto visible, que no existía previamente; me imagino que es lo mismo que siente un pintor o un músico o un escultor cuando el primero hace un trazo que dice algo, el segundo perpetra un sonido que siente que va algún lugar, el otro cuando desbasta un pedazo de mármol y ve aparecer una imagen. Pero nunca, creo, salvo la arrogancia comercial, se siente que ya está todo hecho.

¿Qué es el acto de la corrección de un texto? ¿Cómo lo definirías? Porque se trabaja sobre un texto que ya existe –el escritor es el primer lector de su material–, pero al mismo tiempo desde un punto de vista extraño, distante, crítico, en principio se supone que más severo.

Hay dos modos de corrección: la que el propio escritor aplica cuando escribe o cuando retoma lo que escribió y la que hace alguien de lo que escribió otro; el primero establece con la corrección una relación de solidaridad de modo tal que en realidad ese acto puede definirse como “reescritura” o “escritura propiamente dicha”; el segundo reconduce el texto, ejerce un poder; puede ser eficaz –mejorar un texto– o puede rehacerlo “a su manera” y, en todo caso, suele aplicar normas mientras que el primero persigue otra cosa, llegar a un texto que re-actúe con su poética y con lo que espera de él.

¿La escritura es para vos “una caja de resonancias”, eso lo has dicho, que desata sentidos, significados, que evocan pero al mismo tiempo crean y recrean nuevas sonoridades y sentidos? ¿Podrías desarrollar esta idea?

La escritura es en principio un sistema operacional; su producto se desplaza por el espacio cultural ofreciendo varias cosas: representaciones, normas, significados, por fin, resonancias, o sea lo que aletea después de la lectura en la conciencia del que lee. No tomaría la palabra “resonancia” como subproducto de la sonoridad –salvo, en el caso de la poesía, la rima, la acentuación y otros rasgos propios de ese discurso–, sino como resto signifiante, otra cosa, me parece, más difícil de definir.

Has cubierto a lo largo de tu vida casi todos los “géneros literarios”. ¿Cómo definirías los “géneros literarios”? ¿Percibís experiencias distintas al momento de escribir o todo es un continuo? ¿Posiciones retóricas frente al lenguaje, por ejemplo?

Desde que me interné en el análisis del discurso la palabra “género” me pareció sospechosa y descartable, heredera de la biología o de la botánica; prefiero hablar de funciones del lenguaje o de gestos ver-

bales que tienen configuraciones específicas; quizás por esa razón nunca pensé que yo saltaba de un género a otro, como para demostrar una facilidad o una competencia literaria, sino una necesidad de responder a determinados requerimientos, ritmos verbales, imágenes o lo que luego permite diferenciar entre un relato de acciones y un relato de ideas o un relato de imágenes. En ese sentido, en mi caso es un continuo de modo tal que puedo escribir diversos tipos de textos con la misma actitud y casi simultáneamente, de uno a otro.

¿Por qué te parece que la narración, la narrativa, “gana la partida”, como titulaste un volumen de la Historia crítica de la literatura argentina? ¿Qué sería aquello inherente a la escritura narrativa –y sobre todo a la novela– que la hace consolidarse como el género dominante?

Las mismas razones expuestas en el párrafo anterior explican la idea de la *Historia crítica*...: hay hechos considerados literarios o paraliterarios que consideramos “historiables”, o sea dotados de una significación relacionada con una identidad cultural; se trata, entonces, de narrarlos y, en el sostén teórico del proyecto, a la manera de la narración más clásica. En cuanto a ese título entiendo que se hace cargo de una mentalidad muy propia de cierto momento, acaso de madurez, de nuestra literatura. “Narrar o morir” parece ser una consigna que muchos siguen, pero como narrar es también “contar”, y siempre se cuenta, bien se puede considerar que el discurso de la historia puede ser perfectamente narrativo.

“Hay que escribir como si el lector fuera siempre más sagaz y más sabio que el que escribe”

Entrevista al escritor Ricardo Piglia

Adrián Ferrero. —¿Cómo definirías ese extraño orden, en cuya categoría parecen ingresar tantos textos, llamado ficcional? ¿De qué necesidad humana te parece que nace ese orden?

Ricardo Piglia. —Entiendo que nacen de la necesidad del ser humano de no estar siempre en la realidad. Por eso la ficción está en el origen del lenguaje. Referirse a lo que no existe como si tuviera vida, hablar de lo que todavía no es. No se trata de mentir, ya que, como sabemos, la ficción no es ni verdadera ni falsa.

¿Se puede hablar de una ficcionalidad de la crítica literaria y de ciertos textos de ficción literaria que por su índole parecen piezas de crítica literaria? ¿En qué sentido?

Hay una construcción de la enunciación en la crítica que sería bueno analizar, el sujeto de la crítica es muchas veces un sujeto imaginario, que esconde su realidad material y las condiciones concretas de su lectura.

¿Cómo definirías la diferencia entre la crítica literaria desarrollada por un escritor o por un crítico literario a secas? ¿Cómo pensás tus propias prácticas discursivas ficcionales y críticas en el contexto de estas reflexiones?

He citado varias veces la frase de Faulkner: “Escribí *El sonido y la furia* y aprendí a leer”. Escribir cambia, antes que nada, el modo de leer. Un escritor es alguien que lee de otra manera. Ahora bien ¿qué clase de lectura es esa? En un sentido todo lo que he escrito intenta responder a esa pregunta.

El último lector (2005) parece inaugurar un momento distinto de tu poética en su faceta crítica o metacrítica. Se plantea como un proyecto más ambicioso. ¿Cómo nació el libro y cómo hiciste el recorte de las fuentes y núcleos que ibas a incluir en él? ¿Cómo fue el proceso de escritura del libro?

En realidad el libro no fue planeado, es más bien el resultado de notas y apuntes que fui tomando a lo largo de los años. El recorte es arbitrario, trabajé con mi propia biblioteca, o mejor con el recuerdo de la lectura de algunos libros de mi propia biblioteca. En cuanto a las fuentes, digamos que se trata de uno de los temas que surgen cuando uno se pregunta qué es un lector. Actualmente parece haber más interés por la información literaria que por los libros mismos. Muchos han leído todo lo que se ha escrito sobre Joyce pero no han leído a Joyce.

En tu libro hablás de lectores, lectoras y lecturas. La noción de “escena de lectura”, presente en el trabajo de Sylvia Molloy sobre Victoria Ocampo en su libro sobre la literatura autobiográfica en Hispanoamérica parece aludido. ¿Ese fue uno de tus focos de inspiración para la concepción del libro o hubo otros? ¿Podrías mencionarlos?

Admiro desde siempre el trabajo de Sylvia Molloy y siempre me he sentido en diálogo con ella y con sus textos, de modo que no me asombran esas relaciones. Pero debo decir que, para mí, el origen del *El último lector* está en el análisis de las escenas de lectura de Silvio Astier en *El juguete rabioso* que escribí hace más de treinta años. Ras-
trear las escenas de lectura en Arlt me hizo leer a Arlt (y no solo a Arlt)

de otra manera. Mi interpretación de Sarmiento, por ejemplo, gira sobre la escena de lectura que abre el *Facundo*. Por supuesto, la noción –o la imagen– de “escena de lectura” excede a la crítica literaria y aún a la literatura misma.

En el capítulo sobre la vida y los textos del Che Guevara planteás una suerte de radicalización en la cual la vida deja de escribirse como texto (bajo la forma de diario, en este caso) y pasa a vivirse como literatura. Entre nosotros, el caso de Rodolfo Walsh (o Paco Urondo o Haroldo Conti) constituye otro caso de radicalidad, distinta pero afin, plantea algunas preguntas en torno de vida y praxis política. ¿Podrías desarrollar un poco más la relación entre praxis política y praxis discursiva en estos dos casos paradigmáticos y míticos?

Muchas veces el paso a la acción política fue un modo de resolver la tensión tradicional entre vida y literatura. Quiero decir, muchos escritores fueron llevados a la acción política por su concepción de la literatura más que por sus concepciones sociales. Cierta vitalismo, cierto culto de la experiencia vivida, se cristalizaron en la práctica política. Fue una salida frente a lo que muchos consideran la gratuidad (la aparente gratuidad) de la literatura.

¿Cómo concebís tu propia praxis política? ¿Como una actividad ante todo discursiva, poética?

Como político soy un lector, quiero decir, porque leí ciertos libros pensé de cierta manera y traté de actuar en consecuencia. O mejor, porque leía de cierta manera pude pensar políticamente. En su clásico ensayo *Persecution and the art of writing*, Leo Strauss dice que leer –y escribir– entre líneas, es de por sí un acto político. El censor está en un extremo y el conspirador está en el otro. En cuanto al sentido político de lo que escribo, desde luego, no soy yo quien puede definirlo (ni saberlo).

Pierre Bourdieu ha señalado la importancia para el proyecto de las devoluciones que bajo la forma de representaciones sociales recibe el escritor

tanto desde las instituciones propiamente culturales como las sociales y el mercado, entre otras. ¿Cómo hace un autor como vos, en la cúspide de la consagración, para preservar la necesidad intrínseca del proyecto? ¿Entablás negociaciones con las instituciones? ¿Te crea o genera conflictos esa negociación?

Hay negociaciones –luchas y conflictos sería mejor decir– que se dan desde el principio mismo de la vida de un escritor. ¿Qué hace uno con el libro que ha escrito? Esa es una cuestión que está siempre presente. El escándalo que se ha generado últimamente a partir del Premio Planeta que gané en 1997 y las consecuencias jurídicas que tuvo el asunto, podrían ser un ejemplo del universo en el que se mueve actualmente un escritor. Brecht hablaba de los modos de producción de la gloria. No son los escritores los que tienen la propiedad de esos modos de producción.

¿Podrías mencionar tres o cuatro obras de autores argentinos o extranjeros que vos creas sean centrales para entender tu propia poiesis? Ese catálogo ¿ha sido móvil y dinámico a lo largo de los años o más bien circunscripto a la estabilidad de unos pocos nombres?

Sin duda ese catálogo ha ido cambiando a medida que escribía; por otro lado los libros que uno admira no son necesariamente los que están más cerca de lo que escribe. Pero en fin, daré esos cuatro nombres (porque a todos nos gustan las listas). *El oficio de vivir* de Pavese, el *Diario* de Kafka, *Museo de la novela de la Eterna* de Macedonio, *In our time* de Hemingway.

¿Sentís que sos libre al escribir, o eso es una suerte de ilusión? ¿Pensás o sos consciente de las formas de control discursivo que operan en tu psiquismo en el momento de la escritura? ¿Es necesaria una ilusión naïve de libertad para escribir en paz?

Uno no escribe lo que quiere sino lo que puede. Si uno pudiera escribir lo que quiere, todos escribiríamos todo el tiempo obras perfectas. Pero siempre nos sale otra cosa, descolada, con goteras, irreconocible.

Por eso, seguramente, se vuelve otra vez a escribir. De fracaso en fracaso hasta la victoria final, decía Mao Tse Tung. Me gusta la frase, pero no sirve, porque nunca hay victoria final.

Tus intervenciones críticas ¿responden a búsquedas personales o formas premeditadas de producir un cierto impacto en el sistema literario? ¿Cuáles pensás que han sido algunos de los logros (si es que los hay) en ese impacto?

La escritura crítica está mucho más ligada a una demanda concreta que la escritura de ficción. Habitualmente nos piden que escribamos sobre un tema. Por ejemplo Pezzoni me pidió que escribiera un prólogo a *El juguete rabioso*, Lafforgue me pidió que escribiera un prólogo a *Facundo*. Esos dos ensayos (para volver a recordarlos) produjeron cierto efecto en mi propia concepción de la literatura (y de la crítica).

Tu prosa crítica responde a un horizonte académico sin incurrir en los protocolos académicos de escritura. ¿Te costó mucho lograr ese registro? Ese registro ¿se logró a partir de mucho esfuerzo, de trabajar en contra o a favor de qué?

Ser lo más claro posible y evitar la jerga y las modas críticas son las únicas consignas que he usado al escribir ensayos. Las clases desde luego han sido muy importantes para mí. Enseño desde hace muchísimos años. La discusión literaria que se da en un seminario o en un curso es un fantástico laboratorio de experimentación con la literatura.

Sin desdeñar el psicoanálisis (a diferencia de Borges), el marxismo u otras teorías del conflicto social (a diferencia de Borges) ni la crítica y la teoría literarias y otras ciencias sociales, tu obra se erige en un proyecto provocador, que hace estallar las formas convencionales y tradicionales de encasillar y concebir al letrado (en el amplio sentido del término). ¿Podría ser este uno de tus aportes a la historia de las poéticas? ¿Cuáles otros podrías señalar, al menos como anhelos?

Te agradezco la generosidad de la hipótesis, ojalá las cosas hayan sido como dices. Mucho de lo que he hecho está ligado a las posibilidades y a las condiciones concretas de la vida cultural en Buenos Aires a partir de los años 60. Todavía nos queda por hacer una crítica de la economía literaria (una crítica de la crítica, como decía Marx). De hecho, preguntarle a un escritor cómo se gana la vida es siempre una buena pregunta para entender su poética.

Las sociedades contemporáneas han espectacularizado el escenario de la esfera pública. Esto ha contribuido a la circulación de nuevas representaciones e imágenes del intelectual y del escritor, fijadas bajo la forma de estereotipos. ¿Cuáles podrías reconocer? ¿Cuáles serían tus estrategias de resistencia para conjurar este mecanismo?

La cultura de masas es básicamente antiintelectual, tiene la superstición de bajar el nivel para hacerse entender y esa es una ideología clásica de los intelectuales que creen que están un escalón por encima de los demás y que deben bajar para ponerse a la altura de sus interlocutores. No ha sido esa mi idea, claro, ni mi concepción de la literatura. En realidad pienso al revés, creo que hay que escribir como si el lector fuera siempre más sagaz y más sabio que el que escribe. Esa, por otro lado, es la gran lección de Borges. Escribía como si a todo el mundo solo le interesara la literatura

La praxis discursiva desata una serie de mecanismos psíquicos y cognitivos, individuales y sociales. ¿Cómo vislumbras el momento mismo de escribir? ¿Como un momento de placer, de aprendizaje, de asombro, de descubrimiento, cómo?

Todo está mezclado y tu descripción de las variantes es buena. Por mi parte he terminado por reducir el asunto a dos premisas básicas. Para escribir, solo necesito levantarme temprano y no atender el teléfono.

Tablero

Diana Amiama

LA DAMA

Si yo fuera un hada, pensé... Si yo fuera un hada, hoy que es día 13 y que es tu cumpleaños, cumpliría todos mis deseos que fueron, en otros tiempos, todos tus deseos. Para empezar, te regalaría una corbata de seda estampada con mariposas blancas sobre fondo azul. Preferiría observarte desde lejos, mientras estuvieras abriendo el paquete armado con capas de celofán anaranjado y oro y papel picado entre una capa y la otra, todo cubierto con viruta de madera dentro de una caja enorme. En realidad, preferiría no estar cuando lo abrieras. Si yo fuera un hada te vería sin estar. Y haría que las mariposas estampadas dieran en bandada un giro alrededor de la lámpara de pie que está detrás de tu sillón, para luego congelarse sobre el cielo de la corbata. Nunca te asombraron demasiado mis poderes ni mis malcrías, ni mis desplantes, ni mis atropellos de diva o de cabra loca, conforme fuera... por eso, te llenaría la sala de bichitos de seda, sin estar yo presente, porque así me prestarías un poquito de atención, después de tanto tiempo estúpido. Si yo fuera un hada, eliminaría el tiempo estúpido. También acomodaría los mares de este mundo de otro modo para

poder alcanzarte sin tantos esfuerzos informáticos cuando me diera por las tejas estar más cerca con el cuerpo. Me hubiera gustado no dejar de ser un hada cuando empecé a menstruar, pero ese es el ciclo natural y las hadas nunca rompen los ciclos naturales, aunque todos piensen lo contrario. Transformarme en una mujer ha sido un pasito más (sangriento, doloroso, fecundo pasito) hacia el precipicio del tiempo y, aunque acepté el vacío como condición y hasta me he acostumbrado, te confieso que nunca soporté la soledad que me acompaña desde entonces, porque sospecho que es el destino mismo, en la compañía. Añoro tanto los tiempos anteriores al precipicio, cuando no recordaba lo que había sido pero lo sabía, cuando mi malicia no tenía nada de mezquina y mis desvelos se podían definir con una acuarela en lila, granate y malva de deditos descalzos en el barro. Una vez te dije que hace más de cuatro siglos, por mi causa, se enfrentaron dos ejércitos y te reíste mucho, pero no me creíste. Y no me creíste aunque te di detalles precisos de los ruidos, a la madrugada, en los campos que habían sido sembrados trabajosamente y que por ello perdieron esa cosecha y la siguiente; y también te conté sobre caballos desplomados luego de pisotear la labranza de muchos humildes y te hablé de la sangre cuajada sobre hombres fuertes, embrutecidos y aniñados y de cómo olían dulce y rancio, a carne silvestre y panes ácidos. Te conté de las hambrunas y las fiebres que vinieron luego de que se levantaran las nieblas al paso de un sol blanco iluminando la masacre, no en mi honor (nunca pedí nada tan atroz ni tan grande), sino en honor al orgullo disfrazado de disputa por una dama, que era una corona puesta sobre un peñón, que era el poder. Pero todo lo que dije, recuerdo, terminó en tu carcajada aunque fuese muy verdadero, tanto como los ciclos naturales que se dan sin intervención alguna de nuestra voluntad y que cuando no se comprenden con los sentidos del cuerpo se explican como anormales (nada más ilógico a mi entender...). Así que, agotada mi voluntad de adorarte con mis sentidos del alma y del cuerpo y los otros que no sabría explicar mejor y que no por eso son menos ciertos, le di entrada a mi demanda de divorcio y al juicio por alimentos y otras boludeces que sí fuiste capaz de interpretar como parte de un amor que se termina, como capítulo final, como

casi esperada conclusión del desgaste (así te gustó llamarlo siempre) que fue el pasito inicial hacia el precipicio de las mutuas faltas de lealtad, del retaceo de caricias y la serie de extorsiones con que nuestros asesores letrados llenaron el expediente, al paso que embolsaban tus ahorros y nos cubrían de tristeza a mí y de ira a vos. De poco me ha servido que me entendieras con esos códigos de los hombres, que desprecio porque me confunden tanto, pero que, reconozco, son muy efectivos para hacer gatillar nuestros peores sentimientos, que no son sino nuestros mejores deseos, los más sueltos, los más blandos y los que nunca abordamos el uno con el otro y que por estar ya tan cansados de exigirnos, terminamos guardando a macerar sombríos, a deformarse, a heder y finalmente morir... o no. Entonces, si yo fuera un hada como antes, te daría esa corbata de mariposas blancas; de mariposas por lo frágiles, pero sobre todo por lo indefensas... por desplegadas y silenciosas y fáciles de entender en el azul. Y como hoy es tu cumpleaños y no soy el hada que desearía volver a ser, te he llamado por teléfono y le he dicho a tu contestador después del pip, que, a pesar de los pesares, yo te amo.

EL CABALLO

Había una vez un caballo decepcionante. Nada que ver con el de Felisberto Hernández en lo que respecta a sensibilidad y fino sentido de la valoración y mucho que ver con la reina Genevière según Marion Zimmer Bradley, o sea, ciclotímico, muerto de miedo de los espacios abiertos, de naturaleza entre cobardona e histérica, de lo peor si hubiera sido humano, nada grave tratándose de un caballo (aunque el tema de los espacios abiertos sí representó un inconveniente en las campañas).

Advenedizo y de buen talante en los palenques, siempre supo agenciarse un buen lugar a lo largo de sus vidas, tantas, que los primeros recuerdos se le pierden en el comienzo de los tiempos que luego se llamaron modernos y son superviejos. Por ejemplo, no se sabe o no recuerda si esa vez estaba merodeando en los alrededores de Cádiz, una siesta de pereza y moscas, cuando fue a refugiarse del

sol al que no se acostumbraba y arrimó la grupa a otros que como él esperaban a su jinete, buena gente, le dijeron. Por apartarse de los suyos que iban a la feria, se quedó en el montón y llevado en tropilla, arreado entre gritos y saludos de ala, gentilezas y redobles, acabó en los muelles, hociqueando el mar que era lo mismo que su prado pero con movimiento.

Antes de que se hubiese dado cuenta y por cerrar los ojos ante tanto espacio abierto, estuvo embarcado en una carabela de eslora igual a veinte caballos en fila, una ridiculez con la que se pretendió cruzar toda esa extensión que estaba ante sus ojos y no se atrevía a espiar y que se cruzó no más, pero sin contar con la confirmación de su mirada.

A bordo había poco grano y la bosta era paleada afuera con frecuencia, de modo que el olor en el barco no se parecía al de su pesebre. Olía a sal y a óxido.

Después de la campaña con Hernán Cortés se juró no más campañas, pero le tocaron Los Andes, desde la aguada de Pueyrredón hasta Los Patos. Buen hombre Pueyrredón. Cuando mandaba las mesadas, él y los otros comían ración de cebadilla. En fin, le sentó mal el cruce, se apunó y casi rueda en un desfiladero por cerrar los ojos. Sin embargo en el Billiken salió muy bien, al fondo, ángulo derecho, en la figurita de "El abrazo de O'Higgins".

No todo fue desventura en su vida. Lo mejor, ¡bah! lo que más le gustó, fue trabajar en publicidad. Le encantó filmar para Isenbeck el galopito por el borde de un mar amarillo, como si fuera un mar de cerveza. Se lo hicieron repetir varias veces hasta que le salió bien y después los que saben de fotografía le cambiaron el color al agua. ¡Más vale que el mar no es amarillo! Él lo había aprendido muy bien cuando lo embarcaron en Cádiz primero y luego con Bernal Díaz del Castillo en La Española.

Quedó tan linda la propaganda de Isenbeck que lo llamaron a probar fotos para el logo de un banco inglés re-paquete. Él se encabritó y se puso de perfil como sabía que hacían sus primos de la Escuela de Viena y le salió bien, porque lo tomaron y hoy se lo ve en los carteles y en las manijas de las puertas de muchas sucursales, negro sobre fondo verde. Pena que no sacó ni un mango, porque los del banco nunca le pagaron.

El destino de un caballo es muy previsible en general, le llueve, se asolea, se suda, se duerme de pie o echado, si hay que galopar, con los vasos recortados es mejor, a veces un poco de hambre, las heladas... Los sobresaltos no son frecuentes o tal vez formen parte de la vida misma del caballo. La guerra es acción, la calma es espera, pero los desfiles... ¡qué lindos los desfiles!, son como la guerra en calma. Una vez le tocó marchar con los carabinieri, el día del aniversario de la institución, por un empedrado de Roma que le repercutió hasta los tuétanos, resintiéndole unas cuantas vértebras cervicales, tal vez por eso los mareos y la sensación de inestabilidad posteriores.

En el desfile desplegó toda su gallardía; lo llevaba un oficial de la montada, muy afecto al espolín y que le había ajustado el bajador más de lo necesario. Si él era obediente... ¡para qué rigorearlo así! Cosa de milico. Marchó con el cuello como un hipocampo, los ijares reclamantes y el bridón que le hacía tragar la lengua. Nunca antes había sido tan exigido para nada.

Se acordó de Mayo del 68, jaqueado detrás de las columnas de una iglesia, Madelaine de la alguna cosa, y aunque esa vez ni le tocaban las riendas se sintió al borde del agotamiento, tenso, no queriendo, alerta como entre lobos, esperando que los demás se encargaran de lo que él no era capaz. Los tiempos se habían venido encima y la tropa insistía con la caballada. Él estaba en desacuerdo, no era ese su lugar, estaba para otra cosa. No por un tema ideológico, simplemente su nobleza no cuadraba en ese escenario. Tampoco era cuestión de que por el paso del tiempo y el arribo de una modernidad cuestionadora de la esperanza, del ser, de la angustia y otros temas que le escapaban pero que presentía como cartelones que atropellaría la humanidad más tarde, lo archivaran en un club hípico.

Por suerte no tuvo que intervenir en esa ocasión y todos sus devaneos se diluyeron junto con las sombras de las columnas, en los orines humeantes que regaban las escalinatas con reflejos salpicados de bosta.

De Marco Polo, ni acordarse. Ese tipo fue terrible, incansable. Si los desiertos y las estepas no habían sido novedad hasta entonces, con este hombre el espacio tuvo otro sentido y aprendió que desafiar a la sensatez nos permite dominar el tiempo.

A lo largo de lo que los hombres llaman siglos, siete u ocho, no recordaba bien cuántos, la falta de sentido temporal se frenó estrellada sobre la mirada de Don Florián.

Una tarde en que el polvo estaba colgado en el aire, haragán para bajar o para irse, ese hombre amante del recado sencillo y del silencio, dijo a su hijo cosas de las que se arrepentiría de haber pronunciado, muy verdaderas, pero que lo hicieron encontrarse con la mirada del chico que ya era un hombre, un hombre que estaba más adelante y que gustaba de silla. Esa tarde comprendió el tiempo. Esos ojos le dijeron que era tarde. Cuando se comprende que es tarde, se comprende el tiempo. Lo demás puede que sean fórmulas para medir y esperar y que ayudan muy poco a aceptar el escarnio.

Los insectos solían ser un pasatiempo, una interrupción vibrante, un modo de alterar cualquier sensación contundente sobre esto o aquello. Con su vuelo obstinado en espiral y sus ruidos, abortaban hasta la contemplación enajenada de lo blanco en la muralla que bordea al Mar Muerto. ¡Qué abandono! El recuerdo del abandono perturbado por el aire girando... y las mordeduras en las ancas y en el cuello. Después el polvo en las heridas y la sal del polvo que no dejaba sanar las llagas húmedas. No es una queja. Era parte de la vida. Pero todo dolía más e inesperadamente cuando, después de los insectos, el cuerpo no cicatrizaba.

Peor fueron las condolencias de los deudos, los rezos de las viejas y el silencio de los niños en los cortejos. Porque hay que decir que, a veces, la bonanza era esquiva y tuvo que aceptar tirar de un carro fúnebre, a fines del diecinueve en una Buenos Aires muy embarrada. Con los copetes de plumas y los arneses oscuros con detalles en plata pero muy sobrios, se sentía más ridículo que solemne. Su negrura metía miedo y esto era muy tonto, porque él se sentía muy, muy ridículo.

Después de las batallas, en ocasiones, había ayudado a arrastrar heridos y aun muertos, pero entonces la muerte era respetable y evidente por su sangre y por la carne destrozada o por los gritos que pedían por ella o la alejaban como escudos. Esas veces no hubo petos ni mantillo; arrastrar la angarilla amarrada con palos y tiento o en casos doblados sobre el lomo los hombres rotos y rasgados, quietos o palpi-

tantes, le hacía vivir su condición de bestia con dignidad. Algo parecido a lo que una vez le dijeron se suponía sentía un percherón atado a la rastra, cosa que por suerte nunca le tocó. No era que le disgustara el esfuerzo físico y lo había probado, pero si se podía acomodar a otras rutinas menos polvorientas y plebeyas, mejor.

Divertido fue una vez llevar a esa niña de trenzas sueltas que remontaba un barrilete. Las piernas no le llegaban a ninguna parte y su fuerza en la mano que sostenía las riendas no le constaba. Tal vez porque él corrió por el borde de la playa a contraviento, alentado por el castañeteo del barrilete en lo alto o porque la niña lo guiaba hacia lo que los dos deseaban, entendiéndose en la inclinación del cuerpo tibio, casi echado desde la grupa poderosa hasta el cuello rítmico, sudado, lamido de crines y grititos infantiles, o tal vez porque sentía las rodillas temerosas de deslizarse a un lado u otro, o desbocado al espantarse por la sombra del cometa que lo seguía por la arena, tal vez todo o algo de todo eso, le llenó la tarde de colores suaves y ocres que todavía se le cuelgan delante de los ojos, como lagañones de evocación.

¡Qué bruta la vida por sus huesos y músculos acompasados, hostigados por las risas de la niña! ¡Cuántos secretos tienen los sonidos y los olores y las complicidades de las almitas chicas con los cuerpos poderosos, indomables y alertas!

No supo más de ella. Fue hace tanto. La misma nena que le enseñó a bailar en el borde de la ola, como su madre le enseñara... posar los pies por las puntas y estirar las piernas desde el muslo y siguiendo, el cuerpo se impulsa en un salto breve, cae, se arquea y estira los brazos, que recogen los vientos, rodean el talle y de nuevo se abren. La pequeña pretendía enseñarle como dijo que hacía Isadora o algo así, la madre.

Él no puso empeño, pero la acompañaba al borde del agua y de a ratos balanceaba la cabeza y recogía una mano controladamente, solo por oírla gritar: "Así, muy bien, así, así".

Cree recordar que la niña vivió poco, después.

Hubo muchos contratiempos en su vida, algunos desaires como el que le hizo Branagh cuando filmó *Enrique V* y no quiso contratarlo porque era más alto que los demás y no se veía bien, aunque para sus

adentro él pensara que la alta era Emma Thomson, su mujer, que a caballo le sacaba dos pies, aumentando su complejo de inferioridad ya bastante acrecentado por las incuestionables observaciones que la aguda Emma le hiciera al guión original.

Por suerte se sacó las ganas de hacer cine cuando Mel Gibson lo convocó para *Braveheart*. Resultó buen director, a pesar de que ni los actores, ni los asistentes, ni los caballos le tuvieran mucha fe. Lástima que el papel requirió que rodara en las primeras tomas de la quinta escena, así que su intervención fue corta; casi ni se lo individualiza entre la caballada. Rodó bien, no se lastimó mucho y fue convidado rápidamente a regresar a Sussex para descongestionar las colinas escocesas donde se volcaron los pacifistas y los verdes a protestar en torno del set, por el abuso encubierto de animales domésticos en el montaje de espectáculos artísticos. En muchas ocasiones, demasiado frecuentes, los manifestantes desconocían cómo les arruinaban la diversión a él y a otros equinos, complicándoles la existencia, restringiéndoles las fuentes de trabajo y el agenciamiento de mimos y de exotismo.

Lesiones que recordara, solo una, cuando se mancó en una estampida. Fue más o menos así: estaban bebiendo agua de una poza, en el valle que ladea el Paimún. El Lanín al fondo y quieto, pero el Villa Rica, del lado chileno, se veía siniestro, tirando cenizas al aire, rugiendo cada tanto. Nadie recordaba que hubiese entrado en erupción por varias décadas, pero tampoco era cuestión de confiarse demasiado. Desde el caserío, Eugenia Cañicul levantó la cabeza al cielo, que cambió de color de tanto que lo miró con sus ojos verdes, y se quedó como esperando. Los guardabosques, que nada habían leído sobre volcanes en sus manuales, salieron a fumar bajo el alero de la cabaña. Para cuando empezaron a caer del cielo algunas aves, como gallinas mareadas, redondas y torpes, fue tarde. El suelo tembló y el estruendo se retobó en los paredones de los cerros de acá y las montañas más lejos. Los caballos levantaron las orejas, estiraron los hocicos, regularon agolpándose y finalmente partieron desesperados tras el primero que salió del rodeo desmañado y barroso en que se había transformado la poza.

No vio la cerca. Quedó tendido.

El suelo se rajó tragándose los juncos de la orilla y al tobiano de doña Eugenia que ya no podría ir al pueblo en las nevadas bravas. Después se cerró la grieta y dejó una cicatriz que el pasto cubrió antes de que él volviera a caminar. Para entonces había pasado la primavera y el verano estaba por la mitad, lleno de lluvias finas que no le dejaban recuperar la mano izquierda.

Clima seco le aconsejaron. Derecho a Córdoba, pasando por San Luis y el Hípico de Merlo donde había una fotografía que se acostaba debajo de las vallas, una boluda que sacaba caballos de abajo, para darle más profundidad a la toma.

La cuestión es que al principio por no pisarla y luego por pudor nomás, siempre se negó en la valla de doble reja aunque entrara derecho por el oxer y bien llevado.

Lo mataron a fustazos, a sermones, le pusieron dos riendas y lo hicieron doblar, encarar, doblar, encarar, reconocer y doblar, pero no sirvió de nada; le dieron azúcar y zanahorias, tampoco hubo caso.

Desahuciado, mal cicatrizada la mano y con algunas caravanas se lo dieron a Lucas Krütli para que lo vareara en el caminito, desde Piedras Blancas a Loma Bola.

El abuelo del chico, un alemán probablemente llegado después de la guerra, tenía la manía y el arte de tallar juegos de ajedrez. Lo vio a contraluz, en el pesebre. Era tarde y el viejo estaba sin anteojos. Lo talló así, sin verle la pata coja, hermoso. Y lo paralizó en la madera de su último caballo negro.

LA TORRE

La mujer lo abrazó y le dijo al oído: “Te voy a amar toda nuestra vida, pero no sé si te haré feliz”. Las otras se atareaban recogiendo sábanas sucias, lavándole el cuerpo y los jugos demorados que cuajaban en la cama. Ninguna la oyó.

Apenas lo arrancaron de entre las piernas y todavía llorando, se lo habían puesto sobre el pecho sudado. Ella dejó que él la oliera y la buscara mientras sentía todavía el pulsar compartido que lo serenaba

a él y le devolvía el compás a su respiración. Le había hablado en un tono bajo. Le lamió la cabecita, sopló en sus oídos y le apoyó la boca ajada en la frente, ahora limpia. Otro pulsar y fue el último juntos.

Las voces de las demás volvieron lentamente, siempre suaves, mezcladas a los roces de faldas con enaguas.

Las cortinas pesadas dejaron entrar un poco de luz y, cada tanto, el viento.

El fuego seguía ardiendo en su rincón de piedra.

El niño, enrojecido y envuelto, gritaba y no, sobre la camisa de su madre.

Las aberturas de la pieza miraban al norte, alto sobre el mar. El mar a los pies de la torre de piedra, entre piedras.

Tras los muros, los hombres esperaban acampados, en silencio. Esperaban porque les había sido ordenado y sabían que nacería muerto.

Mientras la puerta no se abriera, seguirían bajo el aire helado, portando las armas y los cueros del clan.

El viento se hizo intenso, trajo nubes y trajo la noche después. Ninguno se movió.

La mujer, abrazada a su hijo en la estancia más alta, se arropó bajo las cubiertas. Se le habían hinchado los pechos, agrietados y grises, y el niño bebía de a ratos.

La mujer no dejó salir a ninguna de las criadas, hasta que terminaron la noche y el viento.

Solo cuando llegó la luz verde de la primera hora, se puso de pie, sangrando todavía, sin ayuda, sin soltar al niño. Las mujeres se despertaron unas a otras, corrieron a ponerle una capa y a trenzarle el pelo seco. Ella se dejó hacer.

Aceptó la tiara sobre su cabeza vieja y cuando se sintió lista caminó hacia la arcada que miraba el mar. El niño se movió dentro del manto pero fue confortado por las manos que lo habían esperado demasiado tiempo antes y lo recibían tarde.

La mujer sabía que todo acabaría pronto, que no había más tiempo para pedir a quienes atravesaron los turbales que, devorando hombres y caballos, habían protegido ese peñón durante siglos.

De pie, la mujer sangraba sintiendo que nunca había estado tan viva.

No había conocido el miedo hasta la noche en que él nació. Y el único momento de su vida en que abandonó el orgullo fue cuando pidió la gracia de vivir unas horas más para alumbrar.

EL REY

Había una vez la llanura que no era tan chata, era una llanura con hondonadas suaves, como pozos abandonados en una felpita verde. Y, cada tanto, había piedras sembradas donde se atrancaban los ojos a falta de árboles.

Todo era tan sereno que invitaba a ser mirado de una sola vez, como una pincelada de un lado a otro, volteando la cabeza en la misma dirección del viento dominante que desde el norte moría en el mar, muy lejos, como están los mares cuando no se ven.

Había también esa vez un cielo descolgado de nubes verdes y pardas, algunas grises, pero pocas, ninguna blanca; estaban más o menos quietas y altas y gruesas, en capas lisas las de abajo y globosas las más cercanas al sol. En realidad no inspiraban miedo ni amenazaban con tormenta, simplemente estaban, contundentes y quietas, mientras el viento arreciaba la tierra.

Si alguien hubiera tenido memoria de los cielos azules de antes, la esperanza de un día claro no se habría perdido a favor de la espera de un atardecer añil, su noche tinta y su mañana verde empujando luego.

Entonces había una vez la falta absoluta de pájaros.

Pero sobaban los ruidos que venían en el viento: fieras distantes, crujidos de ramas de árboles en montañas que no se veían, el sonido de las piedras que se partían y desgranaban a veces, soltando un eco de cinco o seis gritos secos.

Caminando por los acantilados viejos que se erguían, no sobre agua sino sobre otra llanura idéntica pero con pozos de barro, se llegaba a un horizonte de acantilados, más lejano, que daba una vuelta al oeste y hacía presumir de girar en redondo aunque la línea de paredones adelante fuese muy recta y fatal en la bruma.

Por los acantilados no se iba a ninguna parte, pero se estaba al borde del abismo, el abismo repetido donde se estaba de pie, igual al del punto de partida que era igual al final. Entre uno y otro, una caída de setenta metros de silencio donde hubo una vez ruidos de aves rapaces, de gaviotas y otros animales sin alas que hacían de cuenta que miraban el mar. A lo mejor lo miraban y por eso se retiraron con él, si es que se fue cayendo por la pendiente tan difícil de apreciar a golpe de ojo, pero que podía presuponerse por el cansancio que daba recorrer esas tierras a contraviento; o tal vez lo que agotaba fuese el viento y no la pendiente y también puede ser que el viento se cayera por el desnivel que había desde el norte hacia el mar, arrastrando todo a su paso, seres vivos, gritos, piedras partidas, todo menos las nubes.

Había entonces una vez más, en este reino, su rey. En el centro y quieto y tan rodeado de súbditos temerosos y obedientes al mínimo gesto de su cayado, como coronado de nubes sobre un yelmo de acero remanente. Mantenía distancia de todo cuanto le rodeaba con solo estirar el brazo que sostenía su bastón y con uno solo de sus gruñidos bastaba para ser correspondido con el recule de la horda que le hacía eco, entre salvaje, disconforme y obediente. Estaba pues, cercado y defendido y por eso no dormía. Nunca daba más de un paso porque con solo un paso develaba su intención y hacía mover a la masa de seres que se cerraría en su entorno para salvarlo y salvarse.

Decía de sí que fue soldado y que poco recordaba de su vida, salvo lo que le fuera contado sobre el día en que nació.

Nació cuando el sol estaba verde sobre el mar, que entonces había, de una madre que lo sostuvo muy alto, mirando el cielo. La madre olía dulce y acre, lo recordaba tan bien como el dolor en la boca que vino después y luego del cual nunca más lloró.

Decía de sí que un hombre loco a caballo lo arrojó al galope sobre la última hierba que crece arañando las piedras con valvas que presagian el mar y que como entonces llovía y azotaba el viento no vinieron ni bestias ni pájaros de presa. Decía que su padre desató su ira sobre la costa para preservarle.

Su madre no fue salvada.

Una de sus criadas, decía, lo arrebató de sus brazos cuando vinieron a buscarla y le arrancó la lengua para que nadie lo oyera gritar. Entonces, envuelto en trapos, bajo la falda de la criada fue sacado de la torre donde a su madre le doblaron la cabeza.

Sabía que fue preservado para reinar luego sobre las tierras donde el viento no pararía nunca más.

Quieto, sin dormir, es el amo de la piara a la que domina sin hablar, sin dar más que un paso sobre su orina y sus heces tibias en el barro.

EL ALFIL

Algo muy muy concreto, era rengo, lo único que se sabía de él que se apoyaba en la punta de la mesa con la pierna más corta, en la columna de la parada del 307 con la pierna más corta doblada, en el mostrador del bar de Pedrito donde se colgaba del codo para balancear la pierna más corta y tragar el licuado de banana en dos glups. Al pebete de jamón y tomate le dedicaba más tiempo y a tus ojos, más tiempo que al pebete.

A vos no te importaba porque caminabas zarandeando las carpetas como una nena delante de este tipo viejo para vos y que andaba de chanfle.

Todos nos hicimos las preguntas que vos nunca te hiciste ¿o la ibas de pelotuda? Me dabas una rabia... hay cosas que no se pueden ignorar y cuando estábamos por abordarlas en los diarios, a la salida del colegio o en la calle misma, sí, en la calle donde cualquiera abriría los ojos porque hay que cruzar, vos no, telón, sonrisa boba o un parpadeo pesado de pestañas "... que ya llega él, que ahí viene, que no sabés lo que cuenta y lo que me dice...".

Una vez lo vimos salir por unos portones de Dock Sud, donde desguazan pesqueros de altura. Lo reconocimos, imaginate por qué, errándole a los charcos. Iba rápido, como a cien metros delante nuestro hacia la zona inundada, pero no llegó ni a la refinería de aceite que tira al aire ese olor a mondongo y nosotros, que ni me acuerdo de dónde veníamos, alguna riña de gallos... o de afanar o de timba,

no nos decidimos a seguirlo. Se nos perdió donde los rieles cortan los adoquines de la dársena. Siempre pensé que él sí que era torcido, no como nosotros que tomamos la comunión y ensayábamos el paso de compadrito antes de que nos hicieran caminar como colimbas.

Tengo muy pocas esperanzas de que vuelvas a respirar por las tu-
yas. Nadie se explica cómo llegaste a esa cama. Anita piensa que sos
otra persona. Los vecinos de tu mamá se quedan con ella por turnos,
en las horas en que no viene a visitarte.

Nosotros no sabemos lo que pasó. Nos sentimos engañados. El abo-
gado se cansó de explicarnos una cosa y la otra. No me jodan con lo que
consta en autos. Necesito entender y no quiero esperar para entender.
Fijate que en este país hay que esperar para todo y sin esperanzas.

El rengo era el más desesperado de todos nosotros y a quien me-
nos se le notaba. Nos hizo el verso despacio y siempre. Cuando nos
convidió a chorear boludeces fue como un juego que nos salió bien
y nos seguía saliendo mejor. El Colo y Caíto se borraron porque, al
tomarle el gusto, la vieja de uno y la novia del otro amenazaron con
denunciarlos si no se enderezaban.

Después se esfumó el rengo; me dejó con las ganas y cuentas para
pagar.

Cuando vino el golpe, ¿te acordás del golpe?, él entró en tu fa-
cultad... entró a varias... pero me hago lío porque antes del 76 había
probado tres facultades ¿no?

No le gustaba mucho nada, la cosa era empezar... empezar, inte-
rumpir, romper. Era bueno para romper, era elegante.

Los de la JUP enseguida le vieron los ojos ansiosos del inconforme
que se puede enganchar y él los enganchó de taquito. Lo conforma-
ron con su pasado de chorro, una experiencia que la revolución po-
dría aprovechar. ¿Vos no lo sabías? Seguro que sí, pero te parecía que
todos merecen una nueva oportunidad.

¿Es cierto que una vez les leyerón la mano y a vos te dijeron que
morirías de vieja y a él de muerte violenta? Anita me contó.

Vos militaste con él de gil que sos, que eras... o para seguir cuidán-
dolo porque una vez, en un asado, dijiste que a él la madre no lo quiso
y que vos lo sabías y él no y que vos lo ibas a cuidar mucho.

Tu vieja trató de quererlo mientras pudo hasta que se rindió a sus propios ojos.

Cuando él supo que ella sabía, trató de apartarte de tu gente y te llevó lejos.

Anita dice que empezó a pegarte cuando supo que tu madre no lo quería más.

La falta de amor de una madre puede cambiar el destino del mundo... no sé si de todo el mundo..., pero el del mío sí, el de mi barrio y ¿acaso el mundo es mayor que el universo que termina para allá en la 32 y para acá en Gambier?

Ahora viene a verte el médico. Ahora dentro de un rato.

Después tu vieja.

Después Anita con los vagos del club Brandsen, o sola. Ella siempre les cuenta cómo te encontró.

Cuando alguien es muy buenito, dan ganas de pegarle. ¿Eso tampoco lo sabías? Siempre distraída y tratando de estar alegre.

Cuando perdiste al pibe y fuiste a parar al hospital con la piel gris, él tenía mucho que hacer y no llegaba al horario de visitas. Fue la única vez que te vi los ojos tristes. Qué bien nos mentías. Te creímos. Vos te creías el mundo que inventaste a su lado.

No irías a ninguna parte. Aunque corrieras. Todos los caminos eran suyos. Él miraba hacia allá pero iría por el costado, sin dar explicaciones y por sorpresa.

Más te hubiera valido no retobarte.

Te molió porque le dijiste que no. Los vecinos dicen que gritabas "¡no!". No ¿a qué?

Me parece que esa máquina nunca se cansará de inflar tu pecho. ¿Y si te hicieras vieja atada a ese fuelle? Dormí tranquila.

Él ya murió de un tiro anónimo disparado detrás del paredón del club.

LOS PEONES

Empecemos por el principio. Ellos no le habían tenido miedo a nada, nunca, antes. Iban para adelante. Quedaron como resabios, recostados en un playón, oxidados, expuestos, fracturados, con las sucesivas capas de pintura desfoliadas como repollos, sangrantes a veces.

Pequeñas muestras del género psico-bolche, especie exilio-repariados, variedad depresivos.

Y se juntaban en los asados a codiciarse las mujeres ellos y los hijos ellas.

Los hombres no estaban en cuestión: se flirteaban, se franeleaban de mano o de ojos, detrás de la parrilla, del cerco, o dentro de la piscina y casualmente o no de ningún modo. Pero per se, los hombres no eran objeto de codicia para ellas. En cambio las casas, los metros cubiertos, si el portón era de nogal o de retamo, de quebracho o design de Etxea, esto sí era fundamental.

Los gatos o muy marca registrada o bien atorrante, pero siempre debía poder decirse algo de ellos, nunca un felino con pulgas que hiciera miau y nada más.

La empleada de la casa, un figurón asumido o nadie, que pasa hoy y mañana quien sabe, escoba nueva barre bien. La empleada de la empresa, para ellos, un poco tontita pero con buen perfume.

A fin de mes las acrobacias para levantar la tarjeta y los desvelos por los gastos de los chicos, la cuenta del supermercado con la tira de papel cada vez más larga.

La factura del celular suele ser motivo de divorcio y secreto de estado pero el vermouth de los domingos... ¡ah! qué maravilla, con queso al orégano y oliva, cortado en cubos, un refrescón y a escurrirse al borde de la pileta y a mirarse todos enormemente, hondamente. Se conocen y se alientan y se disculpan porque se saben iguales como antes aunque ya no son más así y son tan nuevos como solo saben sus amantes y el analista en el caso en que corresponda.

La vida por delante que empieza a tirar de sus presas un poco cansadas. Tira vengativa por empujada y fuerte y por la cinética que le imprimieron ellos mismos, en los años de juventud desconsiderada del tiempo y de sus consecuencias.

Algunos le van en zaga, convencidos, atraídos por las luces y los ruidos como hacia faros entre escollos. Los más cautos se hacen preguntas y cuidan de mantener la duda metódica como parte del ejercicio cartesiano que alternan con el paddle y la humildad necesaria para aquietar cualquier exceso de conciencia.

Los temerosos solo se preocupan del filtro UV y de que no falte vino, hermano.

Volvé primavera, pensó alguno, desaforada, inconfesablemente.

La corriente del niño se ha encargado de borrar las estaciones en este preciso punto, ridiculizando el color y el olor de los recuerdos. Los besos que le dieron a Mirta debajo de los limones invisibles de una magnolia que está todavía. Mirta no volvió.

Apagá la luz que vienen bichos, sugirió el de chomba a rayas. No creo que pueda, le respondió el amigo del alma, no me animo.

Y siguen las luces prendidas de noche y de día por las dudas y los bichos que a veces son grandes como gente muy fea y sin dientes y a los que no les importará nada ni nadie nunca más porque lo perdieron todo en las últimas crecientes que les arrastraron las casuchas, los catres y las ollas.

Bajen la música. ¿Qué música?, respondieron las mujeres.

Cambien el CD, contraatacaron desde afuera y entre mosquitos. Pero sigue la ola de redondas souleadas; la brisa las arrastra y hace soltar a los eucaliptos ese olor cascarrabias que les gustaba cuando eran chicos y olvidaron después.

Te quiero mucho, se oyó.

Silencio.

Todos se miraron, reanudando la charla como si nada, después de la síncope.

A quién o qué votarían. Qué se hizo de lo que alguna vez sentí y que se parece a la cabellera de tu hijo, pensó el que estaba acomodando las brasas.

Los vasos están sucios, con bocas tatuadas en los bordes, y llevan saldos de líquido con humo, aliento y carcajadas sin burbujas.

La adaptación, la estima, el pragmatismo, la duda y entonces nosotros ahora yo, me, mi, mío.

Vicuñas en la alta noche

María Elena Aramburú

—Les cuento. Anoche, serían las tres, pasó delante de mí un rebaño de vicuñas, mansas y suaves. Algunas me miraban con esos ojos de caramelo, muy tímidas; en seguida volcaban las pestañas y seguían avanzando, livianas y silenciosas, el largo cuello como apuntalando el aire. Fue tan hermoso —dijo mamá medio en éxtasis.

Virginia siguió mordisqueando su tostada con manteca y miel. La miel se derramaba por los bordes y le exigía la atención de la punta de la lengua, tarea en la que se concentraba prolija y despaciosamente. Yo estaba buscando en el diario las noticias que me interesaban y desplegué la tercera hoja. Las internacionales apenas las miré. En esos días todo era falso. Mamá se sirvió otro poco de café. Alcancé a ver la mirada soñadora, siempre algo triste, que atravesaba el ventanal hacia el jardincito de atrás. Era una mañana gris y opaca.

—¡Y no florece el crespón de China! —exclamó al fin, decepcionada, antes de llevarse las tazas. Virginia untó su última tostada. Al acabarla se desperezó con tal amplitud que rasgó la tela del camisón.

—Tendré que aumentar de talle —dijo entre risueña y sorprendida, mirando sus pechos saltando al aire.

El paro de los profesores se prolongaría varias semanas más, anunciaban los gremios; de modo que tampoco ese mes habría exámenes,

pensé dudando entre alegrarme o protestar. Miré la cartelera de los cines.

—Me voy, chicas. La comida está en el horno. Si salen, lleven llave. Voy a estar ocupada hasta tarde —nos rozó la frente con los labios y salió. Llevaba puesto un vestido de tres veranos sin importarle nada. La envidié un poco. Además, le quedaba lindo.

Al llegar a la cocina vi el cartel pegado en la puerta del horno: “ternera fragante al laurel del bosque”. No era más que un pedazo de carne con dos hojitas de laurel en cada extremo, dentro de una asadera con cachaduras. ¡Qué gusto por las palabras! Cuando éramos chicas a veces resultaba divertido, además de combatir nuestra crónica inapetencia. Pero ahora... mamá parecía no darse cuenta de que habíamos crecido.

Virginia gritó desde el baño. Se estaba acabando el agua y tenía la cabeza envuelta en una enorme cofia de espuma. Fui a encender el bombeador: no arrancaba. Un hombre en la casa, un hombre, eso es lo que hace falta. Virginia maldijo a la creación entera en los peores términos, mientras se enjuagaba el pelo en el hilo de agua que salía de una canilla del jardín. “Qué hace la vieja que no llama de una buena vez a un electricista. Decime qué hace”, me gritaba cabeza abajo al sacudirse la espuma que le burbujecía en la nuca.

—Trabaja —la tranquilicé—. Reparto de golosinas y afines. Es original, ya ves, y más poético que vender salchichones o quesos, no me digas.

Discutimos un rato por lo del electricista. Ella quería que me encargara yo, con la excusa de que soy mayor y aparento autoridad. Pero entre dieciocho y veinte años no hay mayor diferencia, le dije. Aparte, ella no tenía nada que hacer y yo sí. ¿Qué? Averiguar de una vez por todas de dónde salía el olor que había en la casa.

El viernes mamá volvió a hablar de las vicuñas. Le resultaba difícil, dijo, precisar el número de animales que integraban la manada. Aunque lentas en su marcha, se confundían en la penumbra del cuarto que alcanzaba a reflejarlas delante del espejo frente al que pasaban, hociqueando y tan coquetas, contaba arrobada. Lo que sí creía, dijo, era por el momento identificar a dos. Mientras el rebaño avanzaba

ondulante, siempre había dos cabezas que giraban hacia la cama, y cuatro enormes ojos acaramelados se posaban entonces en los de ella, muy dulces.

—Parece que me sonríen —agregó en el desayuno del domingo.

Semana tras semana de ese final del verano mamá fue variando, con mínimos detalles, la descripción del paso etéreo de las vicuñas en la madrugada. Se fue afirmando en la certeza de que dos eran reconocibles y simpatizaban con ella. Tal vez algún día se le acercaran, tenía la esperanza.

En esos días Virginia presentó a un amigo que trajo a comer. “Darío”, dijo extendiendo la mano a mamá y a mí. Estudiaba veterinaria; parecía muy desenvuelto, el tipo de muchacho chistoso y simplón. Trajo una botella de vino tinto y se sentó a la mesa como si toda la vida hubiera comido en casa.

—¿También trabajás? —le preguntó mamá al servirle la segunda porción de budín de berenjenas, o “pudding del violáceo obispo”, como lo bautizó una vez. Él contestó, envarándose en la silla, que sí. La municipalidad le había dado un cargo en el zoológico después de una selección entre varios estudiantes —se jactaba al explicar, con el desagradable inconveniente de unir palabras y comida en el mismo espacio—. Miré de soslayo a mamá para divertirme con su indisimulable aversión, justo cuando Darío agregó, ya casi con la boca libre:

—Me destinaron a rumiantes. Llamas, guanacos, vicuñas.

Mamá dio un respingo y lo miró con desconfianza. Él no advirtió nada porque seguía llenándose de budín y explicaciones.

—Las que más trabajo dan son las vicuñas, rebeldes, promiscuas. Malas madres, como las cabras —añadió tragando un sorbo de vino sin limpiarse los labios.

Mamá se levantó antes del postre. Virginia y yo vimos la mirada rencorosa con que nos abarcó a los tres.

Luego de esa noche no hubo más desayunos con noticias sobre el paso de las vicuñas. Mamá ventilaba y arreglaba su cuarto antes de salir a repartir chicles y chupetines por toda la ciudad. Tampoco se habló más de Darío ni él volvió a casa.

La sorpresa la tuvimos dos semanas después, un mediodía de domingo. El otoño había empezado a insinuarse en las floraciones de los palos borrachos y en las hojas doradas de los fresnos. Días antes, mamá se había quejado un poco de las habituales molestias del asma. Hacía rato que no se trataba: en los últimos años sus ataques se habían ido espaciando casi hasta desaparecer. Esa noche habíamos salido a bailar, como todos los sábados, Virginia con sus amigos, yo con los míos. Volvimos después de las siete, derecho a la cama. Cuando nos levantamos al mediodía, nos extrañó que no hubiera pan fresco, ni preparativos de almuerzo, y que en el mantel quedaran las migas de la cena. Virginia fue a buscar el diario al cuarto de mamá y casi en seguida oí sus gritos. Se dio cuenta de que ella no dormía al ver el brazo rígido colgar desde la cama y teléfono y frascos en el piso. Según constató el médico, el ataque habría sido al amanecer. El corazón no resistió la falta de oxígeno.

Papá vino al entierro. Cuando todo terminó, dijo que por suerte sus dos hijas éramos lo suficiente maduras y responsables para vivir solas. Estaba orgulloso de nosotras, repetía palmeándonos los hombros. Vendría más seguido a visitarnos y se haría cargo de los gastos de la casa. La odiosa de su mujer nos despidió con una sonrisa de indulgencia y franco alivio.

Ahora, cuando velamos en la noche, Virginia y yo nos miramos un largo rato, indecisas, sin palabras. Al fin, alguna de las dos se resuelve y va. El ruido es muy leve, como un soplado, o un roce de madejas. A veces dudamos haberlo oído, tan cerca como aparece y al mismo tiempo tan distante. Yo he tratado de resistir, de dormirme y olvidar, pero algo me vence y voy.

Estoy segura, ahí echada en el lado de mamá, de que ellas están. Pasan sigilosamente delante de nosotras, entre la cama y el espejo. Pero se nos ocultan. ¿Por qué?

Me quedan los ojos enrojecidos de tanto mirar la oscuridad. También los de Virginia están brillantes y húmedos en las mañanas. Nos miramos y sabemos que ha sido cierto, por los ojos, y ese olor raro, acre y dulzón, del cuarto de mamá. Pero no hay dulzuras para nosotros, solo esta vigilia en la penumbra con la espera y el miedo de otra noche sin vicuñas.

Los sueños de mi hermano

Eduardo Berti

Parece mentira, lo sé, pero hubo un tiempo en que mi hermano soñaba exactamente lo mismo que había vivido de día. Era como si alguien filmase su actividad diurna para proyectársela en las noches, inalterable, minuciosamente igual, hasta el detalle más nimio. En suma, mi hermano vivía cada jornada dos veces: una siendo el protagonista a conciencia y otra, por así decirlo, como espectador durmiente.

“Mis sueños son ecos perfectos”, sostenía, desconsolado. “Ecos que recompensan o castigan mis actos del día”. Yo no podía coincidir con esta idea, que me resultaba moral y fatalista, pero entendía sin esfuerzo su sentir: cada vez que mi hermano había tenido un día satisfactorio, se alegraba porque le esperaba un grato sueño; cada vez que había tenido un mal día rezongaba: “Lo peor es que me toca revivirlo”. A tal extremo esto era así que, después de una de esas *jornadas negras* que cualquiera desearía desterrar de su memoria, mi hermano resolvió pasar la noche en vela; pero de nada le sirvió el ardid porque al caer dormido a la noche siguiente soñó con los dos días consecutivos, incluido el intervalo del insomnio.

Alarmado por este mal, harto de no poder servirse de las noches para apartarse siquiera un poco de su existencia cotidiana, mi hermano consultó a psicólogos y médicos. Hasta corrimos a ver a una men-

talista llegada de Nepal, cuyos servicios se ofrecían desde las páginas de un diario levemente sensacionalista. La mentalista, una tal Señora Pi, ocupaba un hotelucho derruido, cerca de la zona del puerto. No tenía aspecto de extranjera ni de mentalista, pero hablaba una lengua indescifrable, sospechosamente semejante al guaraní, y se comunicaba con la clientela por intermedio de un hombre ojeroso y flaco que pronunciaba el español como si fuera oriundo de Cuba. La mentalista –si hemos de creerle al asistente y traductor– contó que había tratado tiempo atrás un caso opuesto: el de cierta mujer obesa que irremediablemente soñaba con los días por venir. Habían estado “trabajando su aura” a lo largo de seis semanas. Tantas horas dedicaban a estos *trabajos*, de los cuales la Señora Pi no quiso soltar detalle, que al final la pobre mujer soñaba únicamente con las largas sesiones por venir.

A cambio de dos kilos de bananas y de tres pollos comprados en una rotisería del barrio –la Señora Pi no aceptaba dinero– salimos del hotel esperanzados, con un principio de solución. “El hombre debe dormir en sentido inverso en la cama. Si no funciona, dar vuelta la cama. Si no funciona, dar vuelta el colchón. Si no funciona, probar con todas las combinaciones posibles entre hombre, cama y colchón en uno u otro sentido”, decía una hoja manuscrita por el cubano, cuyo nombre era Rodolfo y cuya firma, estampada al pie de las minuciosas instrucciones, remedaba en algo su cara: la “l” y la “f” “eras esbeltas, casi escuálidas; la tinta se había corrido bajo las “o”, dibujándoles tres especies de ojeras.

Así puesto, el menú combinatorio parecía inagotable. De inmediato comprendimos, sin embargo, que eran sólo dieciséis las alternativas, considerando las cuatro posturas posibles del colchón, dos boca arriba y otras dos boca abajo:

Hombre	1 - 2
Cama	3 - 4
Colchón	5 - 6 - 7 - 8

Lo que arrojaba:

1 - 3 - 5

2 - 3 - 5

1 - 4 - 5

2 - 4 - 5

1 - 4 - 6

2 - 4 - 6

1 - 3 - 6

2 - 4 - 6

1 - 3 - 7

2 - 3 - 7

1 - 4 - 7

2 - 4 - 7

1 - 3 - 8

2 - 3 - 8

1 - 4 - 8

2 - 4 - 8

Agotadas estas posibilidades, visto que mi hermano seguía con sus sueños que eran pura *mimesis*, concluimos que la cura no era tan fácil tal vez porque, a diferencia de aquella mujer obesa que soñaba por anticipado, mi hermano no se veía a sí mismo en acción. Por el contrario, en sus sueños el punto de vista era *subjetivo*, si vale llamarlo así: él escuchaba su voz, veía moverse sus manos, veía su torso y sus brazos, sus piernas e incluso sus pies, y si en camino encontraba algún espejo veía su rostro cabalmente reflejado aunque –detalle entre poético y curioso– siempre con los ojos cerrados.

Ni una segunda mentalista que hablaba pestes de la Señora Pi ni un pseudopsiquiatra heterodoxo que atendía en un viejo bar de Corrientes supieron socorrer a mi querido hermano. De a poco, presa de la resignación, él comenzó a apreciar lo bueno del fenómeno. Si tenía una conversación muy complicada, si olvidaba un detalle primordial, si enfrentaba un entuerto difícil de resolver, allá estaba su sueño para refrescarle lo ocurrido como un oportuno videotape que repite los goles

o echa luz sobre las jugadas dudosas. Sus compañeros de trabajo, sobre todo sus superiores, admiraban eso que tildaban de “notable concentración” o de “extraordinaria memoria”. Ignoraban que mi hermano trabajaba el doble que ellos sin cobrar por eso ni una hora extra.

Nadie puede aún explicarse cómo ni por qué, luego de tantos tratamientos inservibles, mi hermano comenzó a sanar en cuestión de pocos meses. Me atrevo a describir ese proceso como una “liberación gradual”: por más que los actos del día seguían siendo el eje central de sus sueños, él se apartaba noche a noche un poco más de lo verídico. Primero alteraba minúsculos detalles; más adelante fue intercambiando, entre los hechos reales, otros que eran lejanos porque habían ocurrido un buen día que no era la víspera; finalmente llegó la etapa de la invención y sus sueños, en forma paulatina, fueron poblándose de escenas y de actos inexistentes, fruto de su sola imaginación.

Cada mañana, a la hora del desayuno, mi hermano nos contaba a mi madre y a mí acerca de esas diminutas victorias sobre la vida ordinaria. Sus relatos crecían a paso firme, conforme él iba soñando más y más episodios ajenos a su día previo. Luego, a medida que los sueños se volvían más personales, mi hermano empezó a exhibir un pudor inédito y la situación pareció invertirse: lo que nos relataba al despertar no correspondía ya el terreno creciente de lo novedoso, sino al dominio decreciente de lo sucedido en la víspera. Hacía pensar mi hermano en un enfermo que, arrancándose un dolor, da cuenta de cómo éste disminuye palmo a palmo hasta volverse imperceptible. Cinco semanas pasaron hasta que llegó su primer “sueño autónomo”, que no guardaba ni la menor relación con lo vivido en la jornada precedente. Recién allí, entre gestos victoriosos, mi hermano se dio por curado. Compramos una torta, un botellón de sidra y nuestra madre –aficionada a los discursos repletos de latiguillos– propuso un brindis por esos sueños que “de ahora en adelante ya no sabrán de fronteras”. Pero, a partir de la mañana siguiente, mi hermano ya no pudo relatarnos nada; amanecía ahora con la memoria en blanco; murmuraba que los sueños se escurrían entre sus dedos. Pronto lo oímos sentenciar con amargura: “Tanto alenté su autonomía y ahora, qué premio más irónico, he acabado por perderlos”.

El precio de unas palabras

Carolina Bruck

—Escuchá bien Irene escuchame por favor yo no puedo escribirlo porque lloro lloro y me tiemblan las manos.

No un lunar mexicano, morocho, de los que sudan esos retratos exuberantes de pintura y de selva, los que pintaba la otra, la que cubrió el nombre de las dos de un esfumado de tiempo, de agua de colonia dispersa entre conversaciones de hombres importantes. Una montaña rocosa y pelos como arbustos acumulados en un extremo: eso veo cerrando un ojo a través del anillo de oro que me promete la vieja si transcribo sus palabras.

Se me dibuja como la miniatura de uno de los espacios repetidos en su relato: los pastizales que usaron como baño el día en que escaparon, el monte Kreift atrás, pura piedra, tapándoles la última visión de Brody, los alambres de púa siempre ahí, tan invisibles que podrían adivinarse. Lunar lleno de lágrimas de vieja cada tarde, como este plato de strudel, ácido y húmedo, que tengo que comer mientras me preparo a recordar lo que dice. Comer y escuchar, ahora también transcribir, es mi trabajo.

El acuerdo inicial fue otro, ofrecieron pagarme para que coma strudel y le lea cuentos, pero Frida modificó el pacto. Un martes a las

tres de la tarde conocí sus ojos casi transparentes con los que “no ve casi nada, o lo ve todo” y su voz como de piedras cansadas –las del Kreift– chocando y erosionándose entre sí. Enseguida saqué los codos del mantel de nylon para que sirviera la fuente con forma de racimo de uvas hueco y esperé a que respirara para cumplir lo que me pedía una boca de aliento rojo y sonidos viscosos.

Ese día, y los siguientes meses, quedé con el libro de Scholem Aleijem abierto en la primera página sobre las piernas, jugando a leer en voz baja los títulos españoles de los relatos de derecha a izquierda, como si fueran hebreos. Las piedras de la voz de Frida se raspaban, se empujaban unas a otras en un movimiento que solo tomaba un ritmo más lento –nunca paraba– en los ronquidos de la siesta. Me narraba **sus** historias, hilvanando los recuerdos por objetos o por personajes, saltando tiempos y temas, de un sombrero de piel que le había regalado el padre a los ocho años a los sombreros de Gath y Chaves cuando trabajó allí de sastre –de mujer sastre, no de modista–, de unas lloronas velando a cuadras del puerto de Berisso a sus paseos clandestinos por el Sena, de las flores de manzanilla en su delantal de nena de la revolución rusa al tilo de la ciudad que desde el cuarenta y cinco la deja aburrirse con la Singer a pedal.

No me brotan fácil ni estoy segura de que hayan sido estos algunos de los motivos exactos que encadenaron hasta ahora su relato, nunca la escuché tanto como lo voy a hacer hoy para retenerlas. Pero sí creo que muestran la forma en que Frida hace rodar las piedras en una caída interminable, que no es hacia abajo sino en círculo, de un sombrero a otro, de un río a otro, y luego al mismo otro río, al mismo otro sombrero.

Ese arte de respirar sin que lo noten, sin hacer una pausa para que el otro pregunte, estornude, le lea un relato cómico de Scholem Aleijem o decida irse, se me ocurre, lo aprendió allá –en ese dónde impreciso que la sacudió austriaca polaca alemana rusa– cuando tuvo que simular ser otra, quemar la estrella de paño y la biblioteca *idish* y el “vsky” del apellido para poder escapar a París.

Dice que lo que va a contarme hoy nadie lo escuchó antes, que quiere que mande una carta de lectores a *La Nación* y que escriba una nota en *Nueva Presencia*. Yo sigo mirando a través del anillo. Miro el

retrato gris de su esposo en la pared, la camisa de trabajo abrochada casi por completo. El de Frida, con el pelo abultado, negro, la mirada hacia adelante y el lunar, en Brody o en París, aunque no puedo distinguir si es marrón, si tiene pelos. Ahí sí se parece a la mexicana.

Anacronismo la carta de lectores a *La Nación*, pienso, una florcita de brillantes como engarce también. Será auténtico oro o una “fantasía”, como dice a veces la vieja de algunos de sus adornos, nunca de sus palabras, pero sí de sus adornos.

Improvisto un estornudo para morder el anillo, es duro, da lo mismo, no sé qué es lo que la dureza prueba.

—*Escuchá bien Irene escuchame por favor yo no puedo escribirlo porque lloro lloro y me tiemblan las manos.*

Nunca antes me pidió que la escuchara, ni nombró algo presente (como las cartas de lector o el periódico *Nueva Presencia*) sin que fuera una excusa para contar algo de su historia, vinculando los objetos y los personajes sin una razón aparente. Como en los diálogos de la comedia del mediodía que mira antes de que llegue a acompañarla.

—*No te vas a desprender del anillo, es parte de tu historia.*

No sé si el anillo significa algo para la vieja, pero quiero asegurar el precio de mis palabras sobre sus palabras, que no pague con fantasías mis intentos de hacer parecer real lo que me cuenta. De tanto insistir en este oficio de leerles a los viejos aprendí que así como para mí casi todo es mentira o tiene su parte de mentira, para ellos **todo** es verdad. Pero también que ellos, por creer tanto, no saben dar una forma a lo que cuentan en la que los otros puedan acomodarse.

Como Frida que, sin quererlo, durante todos estos meses retorció su memoria a la manera de las comedias televisivas.

—*Quiero que lleves el anillo Irene pagarte con eso es de oro lo único que tengo y no quiero tener más.*

Suena rara hoy la voz, como un intento de abandonar la letanía de las piedras, de parar la avalancha y dinamitarla, hacerla desaparecer y exhibir el olvido. Después de contar “algo” –todavía no sé qué– en las páginas del diario.

No pierdo si ella me cuenta y la grabo, pienso. Cuesta resistir este pedido: por curiosidad; pero también, tengo que aceptarlo, por com-

pasión. Podría borrar la cinta y postergar la carta para otra tarde que no será nunca si el anillo no lo valiera: me convenzo y le acerco el micrófono incrustado a la izquierda de la casetera. Es un modelo viejísimo, un grabador de periodista que le dejó como herencia mi predecesor. Frida suelta una risa trabada por la dentadura cuando se lo cuento: todo lo que para mí es pasado para ella es futuro.

—*Otras veces también estaba sola pero esta vez tenía más miedo de que no iba a encontrar enseguida a Natalio ni trabajo. Yo no sabía hablar el idioma un poco de francés lo más parecido.*

Resopla detrás de las pupilas vidriosas pero no llora. Empieza a hablar del barco, las barandas de cubierta hechas de sogas que se le quebraban en la garganta porque le hacían acordar a los alambres. Se terminaba la guerra y ella volvía a ser “vsky”: en el camino de París a El Havre nombraba otra vez su apellido completo.

Todas las arrugas forman mapas, y en el de Frida busco la huella de ese itinerario, pero ella sigue contando y a la imagen del camión verde reptil con la cruz roja en el lomo se sobreimprimen otras: las bolsas de arpillera entran en la bodega, una nena llora su dejar el país y grita en francés-polaco “no me gusta ser judía”, la cara de treinta y cuatro de Frida se refleja en un espejo del baño del puerto. Cara de papa hervida, de *borsch* sin carne, de *croissant* envejecido.

—*También tenía miedo de él más miedo que a Dios le tenía yo no soy de Varsovia soy de Brody como Chagall. Vos viste que en los cuadros de Chagall nadie se pelea todos bailan porque en mi pueblo era así mi hermano se subía con el violín al techo de la casa los gatos chillaban cuando empezaba a tocar. Pero después no lo dejaron subir más y él obedeció porque nosotros estábamos en Brody no en Varsovia.*

La cara de la vieja destiñó hace mucho los colores de Chagall. Si hubiera sido pintada por la otra Frida estarían más firmes ahora que en el veintinueve, cuando dice que conoció a Natalio, que no es el “él” a quien temía en el barco, porque Natalio, me contó otras veces, estaba en Argentina esperándola. Veo su voz como buscando otro pincel antes de desteñirse por completo.

—*Lo reconocí primero por la forma de la frente igual a la de su papá cuando escribía las etiquetas de los frascos en la farmacia pero no sé*

si fue eso lo primero. Estaba tan distinto tenía el pelo negro una barba como de rabí me parece que también me acordé de Lotte mi amiga. En la peluquería en Troyes cuando fuimos antes de llegar a París para cambiar de peinado dijo ni muy alemana ni muy francesa Frida se te va a notar.

Me habla de un hombre visto solo una vez de cerca y después de lejos por varios días. Sentado en una silla plegable de madera en la cubierta, disfrazado de ortodoxo, con el abrigo apretado sobre el cuerpo, siempre con frío. La gente comentaba que tenía terror a los piojos y a las pulgas. Ella, Frida, recordaba la frente del farmacéutico, uno de los dos farmacéuticos de Brody, el otro, el que por casualidad no había empleado a Natalio como idóneo cuando todavía se podía.

—Yo me acordaba de cuando este hombre acomodaba los frascos de perfume en la vidriera que los acomodaba mejor que el padre con más gusto como una mujer. En invierno la llenaba de unas flores de papel que eran como claveles hasta que se fue con ellos los alemanes. En Brody había pocos que se hicieron así como él después me enteré por Lotte que hasta salía en los diarios en Berlín no en la primera página pero se conocía el nombre. Tenía un cargo en el gobierno con los de la propaganda también había trabajado en la película Olimpia haciendo la decoración la escenografía.

Dice que odia la película de los nazis, y el odio le cubre la comisura de los labios con saliva, como si fuera un almíbar amargo.

—Todo el viaje me quedé del otro lado no me acerqué más del miedo y nadie estaba con él tampoco. Aunque yo era la única que lo reconocí porque los demás no eran de Brody. Con las mujeres estaba yo y mucho abajo recostada porque si subía a la cubierta iba a vomitar.

Vuelve a hablar del pasado del rabino falso, de su habilidad con las flores de papel, del perfume rebajado, de las joyas de mujer que le gustaba ponerse antes de la guerra y que ella y sus amigas le enviaban.

—Después el padre lo mandó a los ejercicios ellos le decían los ejercicios. Una vez sola lo vi después cuando lo bajó a mi hermano del techo con un tiro en la pierna y cuando rompió la puerta de la farmacia porque no lo dejaban arreglar más la vidriera. Ese día mis amigas le empezaron

a tener miedo yo le tuve más después que sabía lo que Lotte me contó y me lo encontré ahí tan cerca en el barco.

En Francia no estaba acostumbrada a reconocer gente ni a que la reconocieran a ella. De reojo miro la hora en el cucú de plástico marrón, controlo la cinta. Todavía no sé qué quiere que escriba en la carta de lectores.

—Está por sonar el cucú, Frida— le miento que es casi hora de que me vaya. Me traba la mano con la suya y pone entre las dos una bisagra de migas.

—Cuando bajamos del barco en Buenos Aires solo ahí nos cruzamos tenía los ojos grises se le habían cambiado de color como a mí antes los dos los teníamos celestes. Nos miramos fijo él se tocaba la barba todo el tiempo yo le dije que odiaba la película Olimpia lo único que me animé. Me empujó para un costado me preguntó si quería encontrar a mi familia no a Natalio a los que habían quedado allá en el pueblo.

Sé que nunca los encontré, los miro: están enmarcados al lado de su retrato y el de Natalio. Casi no se distinguen las caras: la foto y el portarretrato están más percutidos, como si las imágenes se envejecieran para crear la ilusión de no haber perdido tan pronto a los que aparecen retratados en ellas.

—Me puse a temblar dijo que no le contara a nadie quién era él. Como prueba de sinceridad me iba a dar ese anillo que era muy valioso de oro veinticuatro y brillantes de verdad. Yo temblaba mucho me hablaba un poco en alemán también en francés algunas palabras en castellano que yo no le entendía. No sé de dónde había aprendido tenía unos amigos en un pueblo me dijo que se iba a ir de la capital pero que no dijera nada que él además del anillo me iba a traer a mi familia. Yo no sabía de ellos hacía muchos años tampoco sabía que de mi pueblo ya no quedaba nada.

Da unas vueltas en mi dedo y se cae. Cuesta distinguirlo en el piso de mosaico granulado, que disimula tanto las cosas chicas que ruedan en él como el polvo que acumula.

—Más miedo que a Dios le tenía... por eso nunca conté.

Arrodillada, mientras busco el anillo, resignada a ennegrecerme, pienso en la historia que Frida arrancó a sus lágrimas.

En el cuarenta y cinco ese hombre la sobornó y ella, miedosa, se cosió los labios con la Singer por cincuenta años. Nadie lo descubrió (o nadie lo delató) y ella se culpa. Entonces decide publicar la historia, que ese sea su último gesto, provocar una mínima posibilidad de justicia.

El brillo débil del oro se renueva al contraste de mis manos sucias, redondeo la historia con un final que desborda la carta de lectores: Frida me paga con el objeto con que fue sobornada. Se absuelve. Cerca de la muerte, los papeles cambian. Ahora le teme más a Dios, aunque diga lo contrario.

La espío desde el mosaico antes de volver a sentarme: mirada de esta forma —el cuello ancho, la papada, el vello sobresaliendo por los agujeros de la nariz, los derrames en los ojos, el lunar deformado— parece un abogado de película clase B. Viejo y sin escrúpulos.

Me pregunto si yo en su lugar los hubiera tenido, si ahora los tendré. Pero no es el tema de los escrúpulos lo que debería preocuparme en esto.

—Hizo un ruidito Irene el grabador.

Doy vuelta la cinta y le pido que grabe todos los datos personales que recuerde de ese hombre. Llevo la fuente a la cocina, que está separada del living por un modular y permite pensar sin que me vea.

Mentirle que no se grabaron sus palabras, que vamos a tener que suspender todo hasta el martes que viene porque de memoria no puedo. Ocultarle que pensé que podría pero en cuanto la dibujé en mi cabeza me di cuenta de que a su historia yo la convertiría en un frito de película de la segunda guerra. Porque tengo las manos sucias de celuloide, de leyendas morales sobre fondo negro.

Ocultarle también que hubiera querido escribir sobre la otra Frida, apoyar los dedos en los colores de sus cuadros, acariciar sus bestias salvajes. Y no entiendo por qué, si los retratos de la pared me miran como si fueran mi propio pasado; y yo les creo, a las fotos, a los documentos, sí que les creo.

Dejo de jugar con el anillo, me lo pongo y se lo muestro.

—Es lindo, a pesar de todo —le digo y me arrepiento enseguida de la torpeza.

Hace media hora que el pájaro de plástico amarillo cantó que es hora de irme, la vieja volvió a retenerme la mano y paró la avalancha de su voz.

—*No te preocupes, Frida, el trabajo lo voy a hacer.*

Acentúo la palabra “trabajo”, segura de que el martes voy a devolverle su oro, el real y el de fantasía, porque no pude pasar de la primera frase.

Avistamientos

Rosalba Campra

I

Ya no tengo ninguna razón para volver a Turuépano. Pero a pesar del tiempo y de la voluntad de olvido, sigo sin poder dejar de contar esta historia, de contármela.

Todo empieza siempre más lejos de lo que parece. En este caso podría parecer que fue cuando entré en el salón, mareado por las horas de vuelo, la carretera, la lancha ronroneante, el aturdimiento del trópico, cosas que lo ponen a uno vulnerable, y la vi. Sentada a una de las mesas vi a esa mujer, y supe que me sería imposible defenderme. Era hermosa, claro, pero no ha sido eso. La rodeaba una especie de aura, efecto quizás de la luz breve del atardecer que se filtraba desde más allá de los manglares, reverberando en el agua lenta que nos rodeaba. O del nimbo como de oro batido de su pelo, un color que solo alguna vez he visto, en las mujeres de Dublín. Pero qué importa lo que otras veces he visto.

Estaba sentada a una mesa puesta para dos. Me sonrió. Ya sé, en un lugar como ese se sonríe a todo huésped nuevo. Una sonrisa no quiere decir nada. Pero la sonrisa, y la mirada eran de un impudor tan soberano que bastaron para hundirme en un remolino sin orillas, mecidos los dos por esa onda de oro.

Ahora entiendo que me equivocaba, y entiendo también que el amor no puede ser ese anhelo de disolución. Porque no era provocación lo suyo, era la falta de conciencia de sí de la infancia, una mirada como la de una niña a la espera del asombro que le está destinado.

Como decía, las cosas, sin embargo, empiezan siempre mucho antes. Por qué no cuando de la compañía me llamaron para informarme de una nueva misión, más complicada que las anteriores, en las que nunca hubo quien se entrometiera, porque las zonas a estudiar eran páramos, desiertos de arena o de hielo. Esta vez, en cambio, los intereses en juego no eran solo los nuestros –y los del gobierno, como es obvio–. También estaba, aparte de la competencia –otra obiedad–, el problema de los ambientalistas. ¿Cómo iban a permitir que esos manglares, refugio de ibis escarlata y de manatíes, se transformaran en territorio de explotación petrolera?

Tenía que inventarme un personaje que no despertara sospechas. ¿Fotógrafo, por ejemplo? Me pareció una buena idea. Eso facilitaría los recorridos, cada día una salida a zonas diferentes, durante el tiempo que hiciera falta. Naturalmente, el lancharo designado para acompañarme lo sabría con anticipación: casi todos los lancharos, bajo cuerda, estaban a sueldo de la compañía.

Cuando abrí el primer libro de los muchos que me había procurado para informarme sobre la flora y la fauna de los manglares y hacer más verosímil mi interés en desplazamientos poco usuales, lo que pasó fue que, en vez de las ilustraciones de la página que tenía ante los ojos, vi un manatí surgido del fondo de la memoria. Ondeaba, dibujado en colores tenues, vertical en una zona costera, sosteniendo a su cachorro para amamantarlo, y sonriendo al marinero que lo señalaba sorprendido desde un bote. Se asomaba desde uno de los libros preferidos de mi infancia, del que no había vuelto a acordarme hasta ese momento, *Extraños habitantes de las profundidades*. A menos que fuera *Curiosos pobladores del mar*, vaya a saber el título exacto.

Las mantarrayas, las holoturias, las medusas, los peces abisales eran seguramente seres extraños, flores carnívoras, demonios. Los manatíes, en cambio, se nos asemejaban de manera perturbadora. Aquel manatí del dibujo era como una mujer desnuda que con el pre-

texto de amamantar exhibiera los senos turgentes. Gente del agua, los llamaba el libro. Era entonces, quizá, cuando se había enganchado el primer eslabón. Y cómo prever que era para confinarme en esta nostalgia sin remedio.

II

Pero no era a nosotros a quienes se asemejaban los manatíes, sino a las sirenas. Eso fue lo que pensó Colón. Yo, al mismo tiempo que, gracias a los *Curiosos pobladores del mar*, me enteraba de los manatíes – tenía entonces siete u ocho años–, leyendo el cuento de Andersen me enteré de las sirenas. De las sirenas, y del amor. Y a mí, como a Colón, se me habían mezclado.

En realidad, como me informó un libro de Durand que fue el punto de partida para una bibliografía interminable, se les mezclaban a todos, cronistas, piratas, zoólogos. Nada más exquisito que la carne de manatí, habían dicho. Hasta habían probado la leche de sus senos. Los tienen como los de las mujeres negras, había escrito a fines de 1600 Oexmelin, otro autor que fui a consultar después de haberlo descubierto en *Ocaso de sirenas. Esplendor de manatíes*.

Todo eso me daba vueltas en la cabeza mientras veía dibujarse en la ventanilla el golfo de Paria. Golfo Triste, lo habían nombrado algunas cartografías del siglo XVIII, pero no pude averiguar por qué. Los mapas costeros están llenos de nombres de esa clase, por lo menos en América. Abundan el deseo, la desolación, el abandono, la esperanza. Vi las dos bocas, la del Dragón y la de la Sierpe. Vi el delta infinito del Orinoco. Antiguo. El mundo recién creado había sido así. En ese rincón inmenso y lejos, seguía siendo así.

Era en tales aguas donde el Almirante, abriéndose paso entre los fulgores turquesa del Caribe, había dado por fin con los mitos que hasta ese momento no existían más que en los libros. Solo un católico alucinado como él podía haber caído en ese engaño. Cuenta que vio a tres sirenas, pero que son feas. Yo también quería verlas, o verlos, no sé qué género usar. Mi lancharo sonrió cómplice cuando se lo dije.

—Todos quieren verlos, señor. Pero se va a desilusionar. Todos se desilusionan.

Me alojé en una casona al borde de los manglares. No había mucho para elegir: o eso, o una especie de campamento, o un catamarán anclado en un caño. Ese caserón, que se llamaba así nomás, “El caserón”, estaba a cargo de una pareja, Jan, que era holandés, y su mujer, Verónica, una italiana. Había electricidad, por supuesto, pero el salón estaba iluminado por quinqués y, si uno quería, también en los dormitorios se podían encender lámparas a petróleo. Más romántico, me había explicado Jan por teléfono.

Esa mujer estaba sentada a una mesa puesta para dos. Por qué para dos. Hay parejas que vienen aquí en luna de miel. La noche embrujadora de los manglares, recitan los folletos turísticos. No me sorprendió darme cuenta de que esas ráfagas que me habían arrasado el corazón eran celos. Sí, celos: la sanción de mi cautiverio.

Todo esto es absurdo, pensé, y sonreí en respuesta al reclamo de su sonrisa. Me costó despegarme de sus ojos, darme vuelta para inscribirme en el registro de huéspedes, mantener una conversación con Jan sobre mi estadía. Subí con el equipaje, me cambié y bajé lo más rápido que pude, pero ella ya no estaba.

Tampoco me animé a preguntarle nada a Jan. Aquí la gente se queda a lo sumo un par de días. Después de que los han llevado a un avistamiento de manatíes, de pájaros, una vuelta por los caños más importantes, a lo sumo una visita a un caserío de indios, ¿para qué van a quedarse? Salvo por razones de trabajo, como yo.

III

O como ella. Las de ella también eran razones profesionales, me contó. Esa mañana cuando bajé para el desayuno estaba sentada sola. En una mesa había una pareja con dos chicos, en otra un hombre canoso que me miró con detenimiento. La saludé y la invité a hacerme compañía en mi mesa. Ella hizo un gesto, y me senté a la suya.

Me miraba desde tal profundidad que pensé que mis palabras desaparecerían para siempre, sin nadie que las oyera. Pero no, ella iba respondiendo sin titubeos a mis preguntas: se encontraba ahí por trabajo, no era la primera vez que venía, era lingüista, era noruega, se llamaba Ilva, estaba haciendo una investigación sobre los waraos. Aunque lo que dijo quizá fue “con” los waraos, porque me sorprendí ligeramente, recuerdo.

Otro consejo, u orden, de la compañía había sido la de desconfiar, siempre. No solo nosotros disimulábamos nuestros objetivos. El hombre canoso, por ejemplo. Bien podía tratarse de un adversario. Por qué no la familia tan entusiasta, tan vocinglera. Por qué no ella, ella especialmente. ¿Noruega? Quién aquí podría confirmarlo, o negarlo. En cuanto a lingüista, se entendía con los waraos, eso es todo. Es fácil andar haciendo averiguaciones si uno se presenta como antropólogo, lingüista, oficios así. Gente que se toma muy a pecho la suerte de los indios, de los manglares, de los manatíes, de lo que va a pasar cuando se sepa que todo esto flota sobre petróleo.

De repente me descubrí deseando confesarle la verdad.

Lo que le dije, claro, fue la historia que tenía preparada. Este era uno de los pocos refugios para los últimos manatíes que quedan en el mundo, y yo era fotógrafo. Quería fotografiarlos de una manera nueva, tratar de recuperar algo no evidente, eso que los hizo confundir con las sirenas.

Ella me miró con los ojos entrecerrados, como midiéndome.

—Son pocos y sin remedio. Aquí hay unos cien, cientocincuenta, a lo sumo. Ni siquiera hace falta que los maten. Se acabarán por su cuenta, de la pura tristeza de ser últimos. De soledad. ¿Sabe que en el Norte, más allá de donde yo vengo, había una especie parecida? Unas vacas, en realidad. En el mar de Bering, y se extinguieron hace tanto. Mucho más feas que estos. A nadie se le hubiera ocurrido la insolencia de tomarlas por sirenas. ¿A usted los manatíes no le parecen feos?

No eran las palabras, era el tono. Me hizo pensar que ella también estaba allí con un proyecto, y que no era el que declaraba. Están los investigadores que terminan dándonos una mano, y los otros. Ella, sin duda, formaba parte de los otros. Parecíamos dos contendientes fin-

teando para probar cada uno las fuerzas y la técnica del enemigo. Un duelo en el que cada uno trataba de ocultarse, y hacer que el otro se descubriera.

Le conté cómo había empezado mi interés, o tal vez dije pasión: los dibujos de *Extraños habitantes de las profundidades*, que había visto cuando era un niño.

—Entonces aprendió cosas equivocadas. Los manatíes no son seres de las profundidades, no van más allá de lugares con cuatro o cinco metros de agua. Pero eso usted lo sabe.

Y sonrió, esa sonrisa demorada, abierta, que descubría la doble hilera de dientes muy blancos, muy pequeños, curiosamente puntia-gudos.

—Lo sé. Pero era solo un título, un título atractivo para un libro infantil. No me parece tan grave.

Se quedó callada por un momento, y me preguntó por qué había elegido Turuépano, en vez de Guatemala, o México. ¿Por qué no Río Dulce, o Chetumal?, insistió. Allí también tratan de darles morada.

Porque allá no hay petróleo. Y acá sí, y es eso lo que estoy buscando. De nuevo el impulso de decirle la verdad. La explicación que di no fue esa, pero también era la verdad.

—Porque en Río Dulce y en Chetumal ya he estado. Y porque acá iba a encontrarla a usted.

No pareció sorprendida, ni molesta, ni halagada. El sorprendido con su respuesta fui yo.

—Así es. Todo tiene que ver con todo. Por ejemplo, ahí ha venido a buscarlo su lanchero.

Y señaló a alguien detrás de mí.

Me di vuelta y allí estaba Ezequiel Antelo ¿Cómo sabía ella que era mi lanchero? Pero debía saber de todos, si ya había venido acá otras veces. Además, la actitud de Ezequiel era tan claramente de espera servil que la afirmación resultaba natural.

Le pregunté si no querría salir conmigo: iríamos por lugares especiales, que no están abiertos a los turistas.

—Yo tampoco soy una turista, me recordó, sin que hubiera en su voz ningún tipo de inflexión. A mí también vendrán a recogerme más tarde.

Esa noche, cuando regresé para la cena, ella ya estaba allí. Me senté a su mesa, puesta para dos. No llevaba ninguna joya. Ni siquiera tenía agujereados los lóbulos de las orejas, orejas pequeñas, de un rosado casi transparente en el que las volutas parecían dibujadas. La vi cubierta de joyas, la vi desnuda y enjoyada, y después miré el hoyito en la base del cuello, y me reí de mí mismo. Para qué, si ella es su propio esplendor, me dije.

Ahora, cuando trato de pensar en sus ojos, los recuerdo negros, pero sé que no es posible. Nadie con una piel de una blancura tan secreta que parecía de nácar podría tener ojos así de negros. Pero tal vez de lo que estoy tratando de hablar es de un abismo.

IV

Por la mañana ella no estaba. Le pregunté a Jan y me dijo que en general venían a buscarla temprano. Y me contó. Esa mujer era inválida. Por eso se la veía siempre sentada, siempre vestida con faldas largas.

No quise creerle. No tenía sentido. Ella me había dicho que salía para los avistamientos, que iba a los caseríos de los waraos.

Los waraos, precisamente. Su lancharo, o mejor dicho su canoero, era un warao. Venían a buscarla los indios, la cargaban en brazos hasta la canoa con suma reverencia, y se iban con ella. Jan no sabía adónde ni para qué. Él no hablaba lengua de indios. Y era mejor no mezclarse con los waraos, tenían una serie de enfermedades peligrosas, tuberculosis, la rabia de los murciélagos. Lo sorprendía que una mujer tan delicada se animara a esas andanzas.

Pensé que delicada no era una palabra para definir a Ilva. Aunque no es fácil encontrar otras. La fluencia de sus gestos, sí, y su ligereza, pero su seducción ascendía desde una oscuridad irremediamente arcana. O arcaica, quería decir. O salvaje, no sé. Uso esas palabras tratando de acercarme a una explicación, pero me doy cuenta de que, de todos modos, estoy hablando de otra cosa.

V

Ezequiel vino a buscarme. En uno de los caños vi deslizarse una canoa, y estoy seguro de que Ilva estaba ahí. Pero de repente, sin ningún vi-raje, la canoa había desaparecido. El estupor se me debe haber leído en la cara, porque Ezequiel se rio.

—Ellos conocen más canales que nosotros —había dicho, señalando la vastedad del manglar.

Algún otro día volvimos a cruzarnos, pero entonces ella no se escabulló, reapareció maliciosa detrás de nosotros y emprendimos un juego de escondite que me llenó de excitación y esperanza, hasta que Ezequiel acabó con mi entusiasmo.

—No conviene, señor. Son ellos los que nos están siguiendo a nosotros.

Aquella primera vez habíamos regresado temprano. Quería estar en la casa cuando ella llegara en su canoa, pero no fue una canoa. Regresó en una lancha, junto con la pareja y los chicos. Todos parecían muy divertidos. Me adelanté para ayudarla, con el corazón desalándose por la inminencia de su cuerpo contra el mío, pero ella me sonrió e inclinó la cabeza hacia los dos indios a su lado. Fueron ellos quienes la cargaron en brazos, la ayudaron a sentarse en su silla de ruedas y desaparecieron no sé cómo. No me había dado cuenta hasta ese momento de que esa era la silla en que solía sentarse a la mesa. Se dirigió a su habitación, y antes de entrar se dio vuelta.

—Ven a buscarme más tarde.

Que hubiera pasado a tutearme me perturbó. Después, sin embargo, pensando en nuestras conversaciones, todas breves, tan breves, y en las que, en realidad, nunca me contó nada de sí misma, llegué a la conclusión de que se trataba de algo que no tenía que ver con las palabras. La voz, lo perturbador era su voz velada, una voz con la imperceptible distorsión de una lengua extranjera. En el fondo alentaba el susurro de las últimas espumas que se sumen en la arena, el sople del viento sobre rompientes lejanas. Quizá lo que estoy diciendo es el eco en mi memoria de algo que también he leído, pero que no sé identificar. No es una figura retórica si hablo de la fragancia de su voz.

Llamé a su puerta y empujé yo la silla hasta la veranda, que era apenas una especie de balcón sobre el agua.

—Creo que te he visto desaparecer en una canoa por un canal escondido. Yo creía que solo se podía ir en avistamiento con guías autorizados.

—Los turistas, supongo que sí. Yo tengo un permiso. ¿Tú no, acaso?

Y me nombró una universidad de su país, o de cualquier otro, para el caso es lo mismo, por eso ella tenía un permiso. Acuerdos para un proyecto internacional de salvaguardia de las lenguas de grupos étnicos aislados, como los waraos.

—Aislados no, arrinconados, se corrigió.

Por qué otra vez ese deseo de contarle todo. Una forma de mostrarle mi rendición incondicional, quizá. O quizá obediencia a un mandato suyo.

Le propuse salir juntos al día siguiente. A un avistamiento de manatíes, o de pájaros. O a explorar caños más escondidos. Quién sabe si no nos encontraríamos con las sirenas, descubriéndolas cuando se sacaban su disfraz de manatí. Los manatíes bien podían ser sirenas disfrazadas. “Sirenas farsantes”, las definía Durand, o alguna otra de mis lecturas.

—Disfrazadas no. Farsantes, no sé. ¿Sabes qué dicen los waraos? Que el manatí es una sirena castigada. Hay tantos modos de explicar la existencia de parientes pobres. La palabra que usan, obviamente, no es “sirena”, sino otra, que viene a significar algo así como “señora del agua”.

VI

En el cielo vivía el Cazador Celeste, solo con sus pájaros. Los cazaba con un arma inventada por él, que después enseñó a usar a los indios, el arco y la flecha. Una vez un pájaro herido, al desplomarse, abrió un agujero en el piso del cielo y desde ahí fue cayendo hacia estas lagunas. Mira el Cazador Celeste por el agujero, y ve a las señoras del agua retozando. Hasta la cintura las ve, pues el resto está escondido

por la corriente. Ve a esos seres iguales a él, pero al mismo tiempo distintos. Curioso y enamorado y ansioso de compañía, desciende del cielo, pero ellas le hacen burla, porque tiene alas de pluma. Y con una cabriola se zambullen. Él descubre entonces que el resto de sus cuerpos está cubierto por un cuero negro. Y como castigo por el rechazo, las condena a que ese cuero las recubra enteras, para que nadie se enamore de ellas. Eso decían los waraos. En ciertas lagunas remotas quedaban señoras del agua que el Cazador Celeste no vio.

—Si es verdad, eso significa que los manatíes cantan —arriesgué.

—Se dice. Pero no. Los manatíes no cantan.

—¿Ni lloran?

—También se dice que lloran. Y que sus lágrimas son una poción amorosa.

Pensé que era una invitación. Me incliné para besarla pero, como si no lo hubiera advertido, ella se separó ligeramente. Seguía invitándome, pero ahora desde una distancia insalvable. Desde esa distancia me contaba, con un aire de voluntario desapego, que por eso los mataban, no solo para comérselos o por el cuero. Por los filtros de amor. Así era como terminaban las criaturas de las leyendas.

Quizá no lo hizo a propósito, pero me sentí burlado y contesté yo también en tono indiferente.

—Bueno, a otras criaturas de leyenda, los centauros por ejemplo, no les ha ido tan mal. Algunos trabajan en las calesitas. A las sirenas, en cambio, hay quien se las come. Lo he leído, como lo de los centauros, en un libro, *Sirenas de mercurio*, que cuenta además lo mucho que se las aprecia por su carne afrodisíaca.

Ella ahora me estaba mirando derecho a los ojos.

—Lo mismo se dijo de los manatíes. ¿Te gustaría comer carne de manatí?

—¿Por qué no? O mejor dicho, no, porque son una especie en extinción. Pero si no fuera por eso, ¿qué problema habría? Son animales como cualquier otro, y a menos que uno sea vegetariano...

—Entonces también serías capaz de comerte una sirena. Todos somos animales como cualquier otro.

—La parte de arriba seguramente no, me sentiría un caníbal. Porque el problema es la parte de arriba —la provoqué—. Hubo un caso, en Angola si no recuerdo mal, porque lo cuenta un autor angoleño. Sucedió que encontraron una serie de cadáveres de hermosas mujeres mutiladas, solo el tronco. Al final se descubrió que todo era obra de un pescador sin escrúpulos: pescaba sirenas, las cortaba, enterraba la parte de arriba y vendía con gran éxito las colas de esos pescados maravillosos, tan grandes, tan exquisitos.

Yo simplemente estaba contando una historia fantástica a medio camino entre lo cómico y lo grotesco, y me parecía divertida a pesar de lo truculento, pero la repugnancia que leí en sus ojos me hizo estremecer. Eso era lo que ella estaba pensando de mí. Un caníbal.

VII

Una inválida, iba pensando mientras me dirigía al embarcadero donde me esperaba Ezequiel para organizar el recorrido del día siguiente con todos los demás. ¿Cómo ha hecho para ganar la confianza de los waraos, por qué les da tanta importancia? Un puñado de indios seguramente en extinción, como los manatíes. Y a mí, ¿por qué me importa de los manatíes? Habían sido sirenas, decía ella, o más bien decía la leyenda que me contó. Cuando en el Océano Índico pescaban un dugongo, que al fin de cuentas es una especie de primo del manatí, en los registros de Batavia, todavía en el siglo XIX, anotaban que se había pescado una sirena. Y eso que los dugongos a lo que se parecen es a los tiburones, o quizá a un delfín, no ciertamente a una sirena.

De todos modos, los conquistadores no se habían dejado engañar por esas mitologías y se los comían bien adobados. A lo más, en los tiempos de la colonia discutían sobre si estaban admitidos en cuaresma. Entre ternera y pescado su sabor, decían los cronistas que trataban de describirlo. Lo mismo me dijeron una vez en New Orleans, ofreciéndome que probara los buñuelos de cocodrilo que vendían en un quiosco.

Y los indios, sus amados indios, ¿no se los habían comido acaso en otros tiempos? A centenares los mataban en las encerronas que hacían en la boca de los ríos. Y yo, ¿quería yo probar un guiso de manatí? ¿Sería capaz de comerme esas criaturas conmovedoras de mi libro infantil?

Pero por qué diablos debían resultarme más conmovedores los manatíes que los pobres corderitos de Pascua. Le pregunté a Ezequiel si era cierto lo del canto de los manatíes, cuando se cortejan, o cuando en corro conversan entre ellos.

—No señor —me contestó—. Solo cantan cuando están heridos y saben que van a morir.

Pero quién iba a herirlos, rebatí, o matarlos, por más que se los quisiera comer. La caza estaba prohibida, y se sabía el número de los que habitaban esos caños. Si alguno desapareciera se armaría un revuelo.

—Los cazan, señor, los cazan.

Había caños que los del Servicio de Vigilancia Faunística no conocían.

—Solo conocen los que nosotros les enseñamos, señor —dijo Ezequiel y me miró con el desparpajo de quien ya ha tratado varias veces el asunto.

Él podía arreglarlo. Pero costaba caro, y además no era tiempo para la leche del manatí, me advirtió.

Entonces, pensé, también ahora hay quien quiere probarla, como Oexmelin en su época. Pero Oexmelin era un médico y, aunque haya ejercido su profesión como cirujano de piratas, se le puede suponer un interés científico. Yo, ¿era eso lo que estaba buscando?

VIII

El día de la excursión, cuando llegué, Ilva estaba ya en la lancha, sentada en medio de los chicos, cada vez más alborotados. Detrás de ella, como si fueran ángeles guardianes, se habían dispuesto sus dos indios, y después el huésped poco comunicativo. Yo me senté al final.

Con la llegada de los padres el alboroto se calmó. Era temprano y nos envolvía una luz rara, una especie de niebla fosforescente que duró apenas unos instantes, terminando por reducirse a unos filamentos enredados en las palmeras. Ilva tenía el suntuoso pelo dorado recogido. Uno de los chicos se le apoyó en el hombro, ella bajó la cabeza para hablar con el otro. Su nuca se ofreció en un gesto milagrosamente indefenso y perverso, y yo me sumí en el desamparo del deseo. Ezequiel se volvió, hizo un gesto que no estaba dirigido a nadie en especial, y partimos.

A medida que nos internábamos en los caños la luz iba variando, la quebraban como fognazos los vuelos inesperados de las guacamayas, en el agua lenta un encrespamiento señalaba tal vez el paso de un caimán. Los gritos entusiastas de los chicos se mezclaban con unos gorjeos que yo no sabría identificar, con el cloqueo de las burbujas que reventaban entre las raíces sumergidas. Ellos gritaban al unísono, inventándose haber divisado un osito hormiguero enano acechado por un jaguar, me pedían que fotografiara todo, señalaban cada liana y cada insecto, se inclinaban para ver de cerca el manatí que de repente había emergido a nuestro lado, hasta que el más grande consiguió lo que seguramente quería: caer al agua para intentar encaramarse en el lomo del manatí, que a todo esto ya nos contemplaba desde un poco más allá, con la misma curiosa mueca en forma de sonrisa que tenía en el dibujo de mi libro. La aventura del valiente explorador duró apenas el tiempo de que uno de los waraos se zambullera y lo devolviera a la lancha de un solo envión. Ilva parecía divertirse con la misma tenacidad de los chicos.

Regresamos callados a una hora que ya no sabría precisar. El tiempo había tomado la misma consistencia del agua cenagosa de los canales. Se iba remansando y, cuando empezaba otra vez a fluir, las cosas no eran las mismas.

Cenamos todos juntos alrededor de una gran mesa que Jan y Verónica habían puesto con una elegancia rebuscada. También nosotros, incluso los chicos, nos habíamos vestido elegantemente. Habían llegado tres huéspedes nuevos, y yo quedé lejos de Ilva.

IX

La noche en que Ezequiel vino a buscarme estaba llena de ruidos. Era como si alguien, o algo, nos vigilara desde el manglar, pero no vi nada. La ventana de Ilva estaba abierta y sin luz. No era desde allí que nos miraban. Yo habría preferido que estuviera mirándome. Que me hubiera detenido. Pero esto lo pensé después.

Soy incapaz de recordar el camino que seguimos. Es una trivialidad decir que los manglares son una sucesión de recovecos indescifrables, pero eso es lo que son. En los mapas figuran los caños importantes, La Palma, Aruca, Caño Viejo, no la red sin nombres que se va tejiendo a su alrededor, laberintos que se cierran unos dentro de otros, prometiendo un centro pulsante, más allá, más allá.

Había otros seis hombres. La lancha se deslizaba en silencio. No sé cuánto tiempo pasó. A un un cierto punto Ezequiel y otro amigo suyo nos distribuyeron remos y pértigas.

Pensé que los manatíes estarían durmiendo. No se movieron cuando nos acercamos. Alguien se puso de pie y lanzó su arpón. A la luz imprecisa de las linternas vi el agua ponerse roja, de un rojo incierto, espumoso, inagotable. La sangre de los manatíes parece no acabarse nunca.

Y no es verdad que canten cuando saben que van a morir. Hubo solo un soplido lastimero en dos tonos, solo el estertor de una bestia moribunda.

Me avergüenza confesar que el sentimiento que experimenté no fue de horror, o arrepentimiento, o pena, en fin, algo noble que me habría permitido rescatarme ante mí mismo. No, simplemente me sentí ridículo. El canto del manatí. Qué estaba esperando yo, por qué había ido en busca de esa agonía. ¿Del canto de las sirenas, prometededor de un olvido tan infinito que habría superado cualquier goce? No sé cuánto duró, ni vi el destazamiento.

—Su canto es eso —rebatí con displicencia Ezequiel cuando le pagué—. Mañana podrá probar el guiso.

Sentí un conato de vómito.

—Mire que vale la pena —insistía Ezequiel—, no existe carne más deliciosa, y no habrá otras oportunidades. No creo que seguiremos haciendo estas salidas, se ha ido volviendo peligroso. Demasiadas cosas para esconder, en este tiempo —agregó después de una pausa llena de sobrentendidos—. De todos modos, aquí tiene un regalo.

Y me dio una botellita con un líquido vagamente opalino, un poco turbio.

En nuestro acuerdo no habíamos dicho nada sobre las lágrimas.

—Son buenas para el amor, dicen los indios. Es un regalo —insistió al ver que yo no parecía muy convencido.

Creo que cuando entré en el salón aún tenía la botellita en la mano. Ella estaba sentada a su mesa, encerrada en el círculo dorado de un quinqué.

—¿Oíste su canto? Solo el que les atraviesa el corazón lo oye. También te habrán dicho de las lágrimas. Un filtro de amor. Pero hay que saberlo usar.

Y tendió la mano. Le di mi trofeo inútil. Ella cerró los ojos y esperó. La besé. No hubiera debido. Ese fue mi castigo. Una entrega que me dejó prisionero para siempre, para siempre dolorido, sin salvación. Cuando abrí los ojos, ella me estaba mirando, tan de cerca que el vértigo me arrastró hacia un naufragio donde todo era luz.

Se despegó de repente echando la cabeza hacia atrás y giró la silla hacia su cuarto. No volvería a verla.

X

Ezequiel me llevó a la cita con los representantes de la compañía, del gobierno, y de nuestros nuevos socios. Durante esos días la situación había evolucionado y, gracias en parte a mis informes, ahora se presentaba una posibilidad de acuerdo con otro grupo. Eso, al mismo tiempo, aclaraba qué tipo de batalla iba a librarse con los demás. Naturalmente, allí estaba también el huésped solitario del Caserón. Fue un día de tratativas extenuantes, pero el resultado final los satisfizo a todos.

Es decir, ya no había ninguna razón para prolongar mi estadía.

Cuando llegué al Caserón, urgido por la necesidad de un encuentro, era muy tarde, y solo había en la sala un par de huéspedes nuevos, jóvenes, a los que Jan estaba aleccionando sobre el temporal que iba a desencadenarse.

—No es estación de ciclones, pero todo ha cambiado, hasta las mareas. Ya no se sabe bien cuándo es la estación seca, cuándo la de las lluvias, cuándo llegan los ciclones. A este, por ejemplo, no lo esperábamos.

—Lo mismo está pasando en todas partes. No se sabe cuándo es invierno y cuándo es verano: han desaparecido las estaciones —sentenció con actitud de entendido uno de los recién llegados, como si se tratara de una información inédita.

Yo comenté de unos amigos que habían nacido en la selva misionera, en Argentina. Iban a la escuela, y aprendían que el año tiene cuatro estaciones, primavera, verano, otoño, invierno. En primavera todo se llena de brotes y los árboles florecen, decía el libro. Aumentaba el calor, maduraban los frutos, y eso era el verano. En otoño las hojas de los árboles se ponen amarillas, se secan y caen, y así todo queda desnudo, ha llegado el invierno, les explicaba la maestra mientras ellos miraban por la ventana y veían el monte impenetrable, verde para siempre. O llovía o no llovía, la diferencia era esa.

—Como acá, y acá para colmo la temperatura es siempre la misma—, acotó Jan con aire de nostalgia—. Pero los ciclones nos visitan cuando se les ocurre a ellos, no a los meteorólogos.

Para mayor seguridad había que clausurar las aberturas. Los nuevos huéspedes ya habían cenado, y yo me llevé al cuarto algo que Verónica preparó para mí en el momento.

Me despertó un silencio sobrecogedor y después el estruendo de las tormentas del trópico, el vocear antiguo e inhumano de las tormentas todavía habitadas por dioses. Cada tanto me parecía percibir una palabra, palabras, interrumpidas por una especie de melodía sorda que trataba de abrirse paso entre los atabales. Su retumbo sonaba tan cerca como si estuviera dentro del cuarto, y traté inútilmente de encender la luz, hasta que entendí que era mi propio corazón.

Me pareció que el llamado venía desde más allá de los manglares y hubiera querido salir, pero todo estaba trancado y, de cualquier manera, Jan no me lo habría permitido. La verdad es que ni siquiera tenía fuerzas para levantarme. El sonido reverberaba del mismo modo que la luz de los manglares en la tarde, se iba transformando en un arrullo que terminó por llevarme otra vez al sueño.

A veces creo recordar lo que soñé esa noche, interminables negocios de anticuarios a lo largo de una calle desconocida, donde en las vitrinas se amontonaban joyas de coral cubiertas de polvo, pero son solo imágenes aisladas, y no consigo reconstruir la trama.

XI

Ella se había ido, me explicó pacientemente Jan. Le pedí que me dejara revisar el registro de huéspedes, como si ver escrito un apellido o un número de pasaporte, una ciudad, fueran a ayudarme a encontrarla, a saber quién era. En el fondo de la sala, sin mirar hacia nosotros, Verónica vaciaba unos ceniceros. No, no estaba previsto que se fuera tan pronto. No, no había dejado ningún mensaje. Jan no sabía quién había venido a buscarla. A lo mejor uno de esos waraos que ella frecuentaba. Todos los indios son iguales, no sabía a quién preguntarle.

Mientras me llevaba al embarcadero donde tomaría el taxi para el aeropuerto, Ezequiel me preguntó si estaba satisfecho con los resultados. No aclaró cuáles resultados y yo por las dudas dije que sí.

—Es que los manatíes se van a terminar —comentó—. Y todo lo que tenga que ver con ellos también. La verdad es esa, señor. Una lástima.

Y me contó la historia de un gran manatí que en tiempos de los indios se había dejado domesticar. Lo habían encontrado en las redes cuando era chiquito, y se lo habían regalado al cacique, que le daba de comer las mismas cosas que él y los suyos comían, y así el manatí fue creciendo y encariñándose con la gente, que lo llamaba por su nombre, Mato, y él venía a las casas a comer el pan de yuca de sus manos. Y cuando terminó de crecer era tan grande que diez indios po-

dían sentarse sobre su lomo, y él los llevaba a pasear por el lago. Mientras tanto los indios tocaban sus instrumentos, y Mato se complacía porque a él la música de indios le gustaba. Y todos vivían contentos con tales pasatiempos. Pero un día llegó en que se desencadenó un huracán furioso, y se salieron de madre los ríos y el agua de los caños se rebalsó y arrastró a Mato, llevándosele lejos, al mar donde naciera. Así es como había desaparecido aquel manatí para nunca más volver.

En realidad yo ya conocía esa historia, que había leído en varias versiones. Los cronistas de Indias la han contado muchas veces. No sucedió en esa zona, sino en Santo Domingo. Siempre que haya sucedido, pero para qué iba a contradecirlo.

—Todo tiene que ver con todo —, asentí, manifestando el asombro debido, y Ezequiel hizo otra vez ese gesto suyo que abarcaba los manglares, el mar más allá de nuestro alcance, el mundo desolado que me esperaba de ahí en adelante.

Hipogrifo

Gabriela Casalins

A Delia Cortés, que tuvo un hipogrifo

A los cuatro lados del trono permanecen cuatro
vivientes llenos de ojos, por delante y por detrás.
El primer viviente se parece a un león; el segundo,
a un toro; el tercero tiene cara como de hombre, y el
cuarto es como águila en pleno vuelo. Cada uno
de los cuatro vivientes tiene seis alas llenas de ojos
por ambos lados...

Apocalipsis, 4, 6-8

Martina fue siempre una nena muy obediente. De las que hacen todo bien. Era perfecta como alumna y como hija. No se le salía ni un pelo de las trenzas y sus vestidos cortos solo dejaban asomar calzones inmaculados. No como nosotras, que siempre necesitábamos que mamá nos destejiera las trenzas y las volviera a tejer hasta que los ojos se nos achinaban por la tensión ejercida. Porque si algo enfurecía a mamá eran nuestras trenzas deshechas, llenas de palitos o de plumas, delatores de destinos inciertos que jamás lograría adivinar.

No siempre mamá sufría esta fobia de trenzas. Le sobrevenía cuando miraba las trenzas de Martina, esas dos columnas perfectas y rubias que le bajaban rectas sobre el pecho y siempre coronaban su gloria con dos moños al tono del vestido. Después, a mamá también le agarraba una manía de la moda, porque si algo la volvía loca era ver a Martina en las fiestas familiares con su jumper de terciopelo verde

y esa blusita de alforcitas idiotas con cuello bebé de la que nosotras nos burlábamos. Siempre sentada en un rincón con cara de nada y las manos cruzadas sobre la falda. A mamá le bastaba mirar esa escena bucólica para que le creciera una bronca negra contra nuestros vaqueros Far West destruidos. Entonces nos obligaba a sacarnos las zapatillas Flecha y a usar zapatos de charol negro con medibachas blancas. Gracias a Martina.

Gracias a Martina fue, también, que nos compró las minis de paño-lenci marrón con los calzones horribles de banlon al tono que terminaban por darle a uno urticaria ya se sabe dónde. A ella le debíamos también el uso del maldito minishort y del chaleco de flecos de gamuza que siempre se te enredaba al treparte al techo del gallinero de la abuela.

Estas y otras eran las razones por las que odiábamos a Martina. Siempre parecía tonta y silenciosa. No trepaba árboles ni techos, porque tía Emilia se lo tenía prohibido, no se manchaba, ni traía malas notas y no pelaba a sus muñecas ni les pintaba las uñas con birome. Tampoco se atrevía a leer a escondidas las Corín Tellado de mamá, en el hueco del viejo paraíso como nosotras, que hasta nos robábamos la linterna a tal efecto.

Por supuesto que la aguantábamos lo mejor que podíamos cada verano en el campo. De lo contrario tanto mamá como el resto de las tías nos hubieran ejecutado ya hacía tiempo. Todas estaban aliadas en nuestra contra cuando se trataba de ella. Como si fuera a romperse en cualquier momento o se pudiera esfumar ante sus ojos, la tía Emilia, la abuela y el resto de la familia le dedicaban miradas de acuosa conmisericordia que no entendíamos.

Y bueno, al final, aguantarla dos meses no era gran cosa. Nos seguía como perrito faldero a todas partes y se nos pegaba sin chistar. A decir verdad, la pobre no era tan insoportable. Era más bien rara.

Nunca nos delató cuando le hicimos aquella perrería de lanzarle los gatos desde la estiba de bolsas de maíz en el galpón y uno le arañó el brazo. Todavía hoy tiene la marca de las uñas.

Simplemente dijo que el gato se había enloquecido mientras la tía Emilia le ponía agua oxigenada entre chillidos y mamá lo corría

a Albertito para que le dijera la verdad, mientras gritaba como una loca “¡Decime si fueron tus hermanas! ¡Decime si fueron ellas!”. Porque todo el mundo sabe, incluso hoy en día, que si mamá lo mira a los ojos a Albertito, el muy estúpido se cree que es la Medusa: se petrifica y canta. A dios gracias esta vez, Martina la paró y le metió el cuento de que quiso acariciar a la gata y la Calicó se volvió loca. Mamá se la puso en la falda como si Martina fuera una nenita de dos años y le explicó con una voz dulce que no le conocíamos que no tocara a los gatos que eran bichos traicioneros por naturaleza.

Ni una lágrima le vimos a Martina esa vez. Y eso que la herida era profunda. Ni esa vez ni nunca. Porque si algo tiene, además de la prolijidad, es esa cara de piedra que pone siempre. Esta chica no tenía emociones como nosotros, que gritábamos, nos tirábamos de los pelos, luchábamos contra los varones de la familia batallas campales en las cuales se podía comprobar quién insultaba mejor o nos trenzábamos en discusiones bizantinas acerca de quién se había comido el último caramelo de leche de la caramelera, que es el que no se toca. Cuestiones todas estas que terminaban en griterío de los chicos, griterío de los adultos, algún cachetazo y la penitencia consabida que volvía a convertirnos en aliados a todos los primos contra los grandes.

Bueno, que Martina anduviera con cara de piedra no nos preocupaba en aquel entonces y menos nos preocupa ahora.

Capaz que la cara era porque la tía Emilia se la pasaba suspirando muerta de miedo de que le pasara algo a su “beba”, como ella la llamaba. Tan de piedra era Martina que no le importaban nuestras burlas cuando nos íbamos a la laguna del chiquero de los chanchos a jugar con barro. Siempre empezaba la zorrита de Justina: “¡Beba, bebita, cara de bobita!”, le decía. Después la seguía Sole con su variación: “¡Beba, bebota, cara de pavota!”. Martina ni pío. La cosa se acababa cuando los varones se metían y se la agarraban con ella. Y ahí se armaba: porque Martina será cara de piedra y prolijita, pero es mujer. Se armaba la guerra de barro y cuando queríamos acordar, la veíamos a Martina irse a través del cañaveral, con el pantalón turquesa y la blusa blanca impecables. Ni una manchita.

La chica desaparecía así, de improviso, y no la encontrábamos por varias horas. La buscábamos desesperados porque si tía Emilia nos llegaba a preguntar y no había respuesta, ardía Troya.

La cosa era que se aparecía después, a la hora de la leche, sentada en la cocina. Eso nos significaba alguna penitencia venidera de la que Martina parecía no tener conciencia. Mientras todos nos sentábamos a la mesa en un revuelo de tazas y cucharitas, la Juana le untaba la manteca y el dulce de leche en el pan y le acariciaba la cabeza con una expresión de satisfacción estúpida que nos enervaba. Nosotros debíamos prepararnos la chocolatada solos y si le pedíamos pan con dulce nos contestaba con la consabida retahíla de insultos en quechua que nadie le entendía. La argumentación se acababa cuando soltaba la única amenaza que sí le conocíamos por experiencia carnal: “¡Te vu’ah dar un bicoqui!”. Y la india cerraba el puño amenazante con el nudo del dedo mayor sobresaliendo.

La cosa fue una tarde que la habíamos perdido. Nos separamos para buscarla y, por esas cosas del destino, lo saqué de un empujón a Albertito del camino de los frutales y lo mandé a buscarla a la manga. Es que el día era un sofoco y me pareció que debajo de los perales y los durazneros la búsqueda sería más fresca y aromática.

Caminé espantándome las abejas como si estuviera en un sueño. El calor me quemaba en la nuca y fue por eso me saqué el sombrero y me pasé la mano para secarme la transpiración. Después tiré la cabeza para atrás, buscando la brisa en la copa de los árboles. Entonces la vi.

La chica estaba acostada boca arriba en una rama, totalmente quieta.

Lo primero que me asombró fue que hubiera trepado a los árboles. La sola idea me asustó. La llamé varias veces desde abajo y no respondió.

Al principio me pareció que dormía. Después, al acercarme, le vi los ojos abiertos y extraviados.

La rama del duraznero se desplegaba casi horizontal, preñada de duraznos verdosos y aterciopelados. Ella parecía parte del tronco. Así de quieta estaba. Volví a gritarle. Nada.

Entonces fue esa sensación de náusea y el vuelco en la boca del estómago. Me petrifiqué ante el rostro inmóvil y los brazos cruzados sobre el pecho.

Tardé en reaccionar, después volví en mí y comencé a trepar. Cuando la alcancé me recliné sobre ella y la agarré fuerte de los hombros mientras abrazaba cuerpo y tronco con las piernas, para evitarnos la caída. Le grité una sola vez “¡Martina!”, en la cara. No sé si por la fuerza del grito, por el peso de mi cuerpo o por la presión de anaconda que le hacía con las piernas, ella me devolvió la mirada y dijo en secreto y temblorosa “el hipogrifo”, mientras señalaba las copas de los árboles.

Después comenzó el temblor y vi que tenía un sudor helado sobre la frente. Se lo sequé con la palma de la mano y esperé a que el terror cediera. Yo misma temblé con ella y después bajamos del duraznero en un silencio de catedral.

Fuimos a sentarnos directo sobre el suelo, y allí vi por primera vez que aquel rostro de piedra se transformaba. Martina lloró por única vez. Con las manos apretadas sobre el pecho, las trenzas desarmadas y la blusa afuera del pantalón.

Yo no sabía qué decir. Ella me miraba y soltaba entre sollozos recortes de frases que no le entendía: decía “garras, pluma y pico”, “papá y cola de león”. Decía: “cuidado, vuela, pateas”, o bien: “a vos no, a vos también, no”, mientras me agarraba las manos y las retorció.

Le llevó una media hora componerse y dejar de mirar como una loca para arriba. Después volvió a su cara de piedra, se deshizo las trenzas y las volvió a trenzar con una habilidad sobrenatural. Se metió la blusa en el pantalón, y comenzó a hablarme con una voz desconocida y resignada. Me pidió secreto y me obligó un pacto que sellamos con sangre de nuestros índices. Supe por ella de la bestialidad y el desamparo. Por ella, también conocí el trance y a la Bestia.

Nos sentábamos debajo de los frutales a la siesta, abrazadas, a esperarlo. No podíamos no ir.

Sobrevenía con un revuelo de hojas y los cascos de sus patas que golpeaban como tambores. Sabíamos que era un destino compartido para siempre y guardábamos la secreta esperanza de que alguna vez nos dejara partir sin atravesarnos con el pico por la espalda. Se alimentaba de nosotras como se había alimentado del padre de Martina hasta secarlo. Así me lo había contado ella.

Martina dijo que lo llevó sobre su grupa cuando ya era un ser transparente y frágil. A ella le habían dicho que estaba de viaje, pero ella sabía que la tía Emilia, la abuela y todos los adultos le mentían. Estaba convencida de que ahora el tributo debía ser pagado por alguien, y sabía que ese alguien era ella. Por eso se mantenía en silencio y desaparecía. Por eso la cuidaban como si fuera a partirse en mil pedazos. Todos los adultos sabían que tarde o temprano él la agotaría y se llevaría lo que quedara de su cuerpo inerte sobre la grupa, mientras el pico volvería a abrirse para el grito de triunfo. “Siempre hay un tributo”, me había dicho tomándome las manos entre lágrimas y su congoja por mi destino me había herido en lo profundo.

Al principio lloré, resignada. Estábamos demasiado aterrorizadas como para hacer otra cosa. Solo después de una semana de caminatas y éxtasis entre los frutales, mirando las copas sombrías me negué a aceptar que no existiera ninguna solución. Martina decía que el destino estaba escrito. Que los hipogrifos son seres caprichosos y ladinos y que si fijan la vista en una presa no la largan. No le hice caso. No está en mi naturaleza hacerle caso a nadie.

La arrastré conmigo al cuarto de la abuela. Fuimos al reclinatorio donde hacía la oración. Del pequeño estante saqué la Biblia. Siempre que teníamos miedo hacíamos aquello de acariciar la cubierta de cuero rojo, abrirla y ver figuras de los ángeles con la abuela en las noches de tormenta.

En la penumbra del atardecer, escuchando las voces y risas de la familia asordinadas por los muros anchos, las dos sentadas en el suelo de pinotea, abrimos el libro mientras rezábamos un Ave María. Martina lo tomó en sus manos. Yo se lo di. Ella lo sostuvo con la mano izquierda mientras el pulgar recorría en glissando las hojas, que murmuraban todas las palabras santas que iban siendo dejadas atrás. De pronto, casi cuando con las páginas que se terminaban se acababa nuestra esperanza, se detuvo. La fina hoja de papel casi translúcido vibró, se irguió y fue a recostarse sobre la contratapa suavemente, como una caricia o un buen presagio. Las dos nos asomamos. Sobre la falda de Martina el libro mostraba una figura que nunca antes habíamos visto en la Biblia de la abuela: un trono suspendido en el cielo enci-

ma del arcoíris, sobre el que descansaba un pequeño cordero. A su alrededor muchos ancianos coronados que vestían túnicas blancas. A los cuatro lados del trono había una criatura de seis alas cuyas plumas eran miles de ojos resplandecientes que brillaban como gemas. Arriba a la derecha la criatura adoptaba la forma de un hombre que se reclina sobre un libro en el que escribe con una pluma. Del mismo lado, pero abajo, aparecía un león con una garra levantada y la otra sobre un libro abierto. A la izquierda, en el límite inferior de la página, la criatura tenía cabeza y cuerpo de buey, y más arriba, en el vértice superior justo en línea recta con el toro, podía verse un águila con el pico abierto, parada sobre un libro que las dos reconocimos de inmediato: era la Biblia de la abuela...

De pronto, lo entendimos. Todo fue ver al cordero sentado en el trono y a sus guardianes. No necesitamos mirarnos para saber lo que sobrevendría.

Con sigilo dejamos la habitación, a oscuras ya, y guardé entre el pecho y la camisa el libro salvador. No sé si fue por el calor de aquella noche de verano o por el regocijo del descubrimiento, la Biblia me ardió en el pecho y tuve que dársela a Martina en el pasillo a oscuras. Ella la apretó detrás de la espalda, justo cuando Justina pasaba y nos sacó la lengua. Para disimular la corrí y le tiré de una trenza. Mientras mi hermana me sacudía, frenética, la vi alejarse silenciosa y desaparecer de pronto, como solía, ante nuestra vista.

En la siesta del día siguiente quebramos el destino. Bajo el viejo duraznero acomodé la Biblia en el centro del cuadrado que Martina había trazado con una rama en la tierra. En cada una de las esquinas, el atributo: arriba a la derecha, la pluma de tío Anselmo y un libro que Martina dijo pertenecía a su padre. Abajo, en perfecta línea recta con aquellos objetos, el león de plástico que le sacamos a Albertito, parado sobre las patas de atrás y con las fauces abiertas en amenaza. Del otro lado, a la derecha y arriba, aquel escudo de armas que tenía la cabeza de águila y que colgaba arriba de la chimenea de la sala. Por fin, abajo, un cuerno de toro que habíamos ido a buscar a la matera.

Después nos sentamos a esperar. No nos extrañaron ni el trueno ni el cielo abriéndose en una grieta negra en la tarde seca. Entre las

ramas que crujían con el viento lo vimos asomar su cabeza inmensa. Nos miró para intentar el sortilegio, pero ya era tarde: las dos repetíamos una Salve a voz en cuello, abrazadas, mientras a él, la lluvia le mojaba las plumas y el ruido de sus cascos se opacaba por los gritos de triunfo de la tormenta. Se debatió, se retorció entre las ramas, generando una explosión de frutos que caían en metralleta sobre nuestras espaldas doblegadas. Y después fue la eclosión: vimos su cuerpo desmembrarse. El águila voló abandonando el cuerpo de la Bestia y se esfumó al posarse sobre el escudo; su parte de león le rugió en el interior con un grito hueco, pero el sonido desapareció de pronto. El cuerpo sin cabeza del caballo batió cascos y terminó huyendo entre los frutales. En la furia del viento y la tormenta solo vimos sobre la Biblia el corazón de un hombre que latía. Después de desgajó la rama que nos cayó encima.

Nos encontraron ilesas debajo de la rama protectora. Tía Emilia gritó desesperada y con la fuerza de mil titanes, nos liberó de un solo golpe.

De más está decir que fuimos castigadas y admiradas después de aquellos hechos.

Martina dejó de ser un ser etéreo para su madre y la mía y pasó a engrosar la fila de los niños sin reparos. Soportó con estoicismo la penitencia por haber dejado mojar la Biblia de la abuela y puso su mejor cara de piedra al ser interrogada.

Nunca más volvimos al camino de los durazneros. Solo con los años he podido volver a él y evitar el pánico que me producen las plumas de las copas y el terciopelo de los duraznos. Son solo los años los que han hecho que se borren los cascos retumbando en la tierra seca.

Martina sigue siendo obediente y perfecta. Mantiene la misma expresión pétrea con los años.

Ayer nomás cruzamos las miradas en el cumpleaños de su hija, la vi tomarla de las manos por un momento y sentí la misma náusea que en aquella tarde calurosa. Creo que leyó mi pánico porque con la punta de los dedos levantó la trenza deshecha de su hija y me sonrió.

El monigote

Ulises Cremonte

La Hermana Carmen fue la encargada de darle un nombre: Eduardo, pero desde el momento en que Tomasa, una mulata de pechos asombrosamente diminutos para su raza, le comenzó a decir Duardito ya nadie en la Casa de los Niños Expósitos dejó de llamarlo así. ¿Por qué tus tetas son tan chiquitas? En otra vida fui vaca y la reencarnación está regida bajo un severo sistema de compensaciones. ¿Querés tocarlas, Duardito? No, porque necesitaría dedos del tamaño de un alfiler para hacerlo. ¡Paf! Esa fue la primera vez que la mulata le pegó.

Cuando Duardito cumplió 8 años, Tomasa le obsequió su primer muñeco vudú. Era una figura precaria, pero no por eso menos efectiva, que representaba a José Gadea, un puestero de la Recova que estafó a la mulata al venderle un rebozo que luego de pocos días de uso se le deshilachó. ¿Qué puedo hacer con mi monigote? Lo que quieras, siempre que te comportes con mesura: Dios aprieta pero no ahorca. No comprendo. ¡Paf! Advertencia: no utilizar elementos filosos hasta que no se tenga conciencia de la intensidad del dolor que se puede causar. Querido Duardito, sostén la cabeza del vudú con tus dedos índice y pulgar. ¿Así? Perfecto, muy bien, lentamente aumenta la presión, muy lentamente... así, muy bien, así... En ese momento Gadea sintió una penetrante ja-

queca; el perjurio funcionaba. Ahora deja de hacer fuerza, lentamente... así, muy bien, así... ¿Lo hice bien? Sí, muy bien, estoy orgulloso de vos. ¿Entonces ahora sí puedo usar un cuchillo? ¡Paf!

Como no era mucho lo que la mulata le dejaba hacer con el muñeco, la mayoría del tiempo únicamente lo usaba para jugar. Despacio Duardito, no lo andes zarandeando como si fuera una maraca. Esos días Gadea sentía fuertes revoltijos en el estómago y por lo general, si comía algo con grasa, terminaba vomitando.

Dada la sucesión de desdichas que sufría día tras día, Gadea comenzó a sospechar que algo extraño pasaba. Era un hombre poco afecto a creer en cosas que no se pudieran explicar, pero lo vivido en ese último tiempo le resultaba preocupante. La gota que colmó el vaso fue aquella noche cuando sintió en la planta del pie izquierdo un inquietante cosquilleo. El recorrido dibujado por el estímulo parecía formar una especie de rectángulo: comenzaba en la punta del dedo gordo, bajaba de manera lineal hasta el talón, luego continuaba hacia el otro extremo del pie, subía hasta el meñique, golpeaba levemente cada uno de los restantes dedos, como si fueran teclas de un diminuto piano y llegaba nuevamente al lugar desde donde había partido para volver a comenzar. La experiencia, si bien no le resultó del todo perturbadora, se extendió mucho más tiempo de lo que hubiese deseado. Era obvio que necesitaba apelar a las dotes de una persona preparada para enfrentar tales eventos. Luego de meditar largamente obtuvo la respuesta buscada. Entre los puestos de la Recova solía verse a una sombría gitana (la verruga en la nariz es un detalle que por redundante no debería ser mencionado). Su trabajo consistía en acercarse a mujeres que en su rostro portaban signos de un desengaño (no siempre acertaba en su elección) para ofrecerles gualichos que permitieran traer a su hombre amado de regreso. ¡Oh, sabia anciana, presiento que es usted la persona indicada para rescatarme de mi desgraciado presente! Después de esa pomposa presentación, Gadea pasó a contarle los infortunios que sufría desde hacía un tiempo. Es evidente que una magia poderosa ha caído sobre su persona, respondió la vieja para luego pasar a informarle los costos de su servicio. ¡Ah, me olvidaba, la mitad por adelantado! ¡Apa! Tenga en cuenta que soy una poderosa hechicera, in-

cluso algunos integrantes de la Junta han requerido de mis artes, le aseguro que luego de mi intervención todos sus males desaparecerán (... y bla, bla, bla). Es evidente que no tengo otra alternativa. No, no la tiene. La vieja recibió el adelanto acordado. ¿Cómo sé que no me va a estafar? Siempre estoy en la Recova y no voy a dejar de venir a buscar nuevos clientes por estas monedas que me dio de anticipo.

La gitana no tuvo dudas; a la luz de las características de los padecimientos sufridos por Gadea, la persona que estaba detrás de ese asunto no podía ser otra que Tomasa. Ellas, si bien no eran amigas, mantenían una respetuosa relación profesional. (El ámbito de la brujería en el Buenos Ayres colonial era demasiado pequeño como para que las hechiceras se anduvieran peleando. Por otro lado, dada la especificidad del oficio, lo mejor era llevarse bien: las represalias podían ser peligrosas). Así fue como la vieja decidió cortar por lo sano: esa misma noche visitó a la mulata. Sí, sí, es un monigote que hice yo; lo usa Duardito, es que este chico se aburre con tanta facilidad y no sabía con qué motivarlo. Querida colega, lamento informarte que van a tener que dejar de usarlo: Gadea ya me pagó un anticipo. Entiendo, entiendo, a ver, dejame pensar cómo podríamos hacer... ah, sí, ya sé... Deme la mitad lo que le pagó y listo. ¿La mitad?, no, no, no, no... la mitad es mucho... Es que si ya no podré utilizar el monigote necesito una compensación económica. Pero, querida colega, mi cliente está viviendo un verdadero tormento. ¡Él se lo merece! No era descabellada la reacción de Tomasa. Había escogido como víctima a una persona que merecía ese tipo de represalias. (Más aún si se tiene en cuenta que se han omitido otros aspectos de la vida de Gadea que podrían ilustrar cabalmente lo lejos que estaba de ser la parte del hilo más delgada). Justamente, ¿quién era el más débil en todo este asunto? Duardito, qué dudas caben. Un pobre niño, abandonado por su madre al nacer, criado entre Hermanas en un orfanato, estimulado por una mulata de pechos diminutos que ante la menor falta no dudaba en darle una cachetada. Ese infortunado muchachito tenía, gracias al monigote y por primera vez en su vida, la oportunidad de aprender un arte que podría serle de mucha utilidad en un futuro. De golpe y porrazo aparecía una gitana que, por algunas monedas, se creía con la suficiente impunidad de robarle al bastardo un

rentable porvenir. (Sin embargo hay que ser honestos en una cuestión para nada menor: no fueron “algunas” monedas sino “muchas”). Claro que, por otro lado, si la gitana no llegaba a lograr que Tomasa dejara de usar el vudú perdería no solo un cliente, sino la posibilidad de continuar recorriendo la Recova. Realmente era una situación complicada. La vieja supo que no le quedaba otra que negociar. La mitad es demasiado. Por fortuna Tomasa también estaba dispuesta a negociar. ¿Cuánto podría darme? La cuarta parte. Acepto, pero con una condición: deberá armarme un nuevo vudú. Listo el pollo, pelada la gallina. (Al final la cuestión era menos complicada de lo que se creía, ¿no?).

Finalmente Gadea dejó de sufrir aquellos extraños sucesos, la gitana cobró las monedas acordadas, Tomasa también y Duardito tuvo su nuevo monigote, esta vez armado por la gitana: esta vez la víctima era un importante miembro de la Junta. Nadie llega a ocupar puestos de poder sin pisar algunas cabezas. El problema es que a veces esas cabezas conocen el arte de la magia (oscura).

Nueva lección: el verdadero dolor no es físico sino del alma. Para que esta clase de tormentos se vuelva efectiva se debe someter al muñeco vudú a un estado de ingratitud absoluta. Duardito supo desarrollar esta etapa de su formación con particular destreza y en dos pasos:

a) ¿Ves todos esos chicos que están allá? Son como si fueran mis hermanitos. Me dijeron que tienen muchas ganas de jugar con vos. Obviamente, como Duardito ya había acordado la complicidad de los bastardos, cuando apareció con el monigote un coro de niños clamó: ¡que horrible muñeco!

b) Pequeño monigote yo sé que piensas que Tomasa, esa mujer extraordinaria, que está todo el tiempo con nosotros es tu madre. Pero no, te equivocas: a vos te abandonó una gitana.

Duardito alcanzó así el más alto grado en la práctica de tormentos. La palabra cura, pero también enferma.

Entonces: a kilómetros de allí, a bordo de la fragata *Fama*, en el preciso momento en que Duardito terminó de decir la palabra “gitana”, hundido en una profunda tristeza, fallecía Mariano Moreno. (Amado lector, no se sorprenda. O sí. Leí *Tesis sobre el cuento* y, ante la demanda de Ricardo Piglia, esta sería la historia 2).

Volver

Juan Bautista Duizeide

A Antonia García Castro y Juan Tata Cedrón

Un día
fuimos árboles
y sentimos pasar la primavera...

Buques, HÉCTOR PEDRO BLOMBERG

Apenas baje del taxi, de regreso por el puerto, después de caminar Lima solo y sin rumbo, va a sorprenderlo aquel barco. Desastrado, lastimoso, insalvable. Una auténtica ruina de los mares. Lo peor de todo es que se tratará de su barco. Una procesión de estibadores llevará cuatro días exhumando bolsas con trigo de las bodegas, poco les quedará ya de estadía en El Callao, sin embargo, él recién aquella mañana habrá podido escaparse unas horas a tierra. Como el cambio de moneda será favorable, un torrente de pisco en la sangre convencerá a cada uno de los muchachos de ser un Prada o un Gatica. De otra manera no afrontarían las grescas que noche a noche van a sucederse por malecones, enramadas, sevicherías y quilombos. Los alcoholes compartidos desvanecerán prudencias, imposturas y razones, la borrachera obstinada esfumará jerarquías y hermanará a la tripulación. A cada madrugada, marineros, foguistas y pilotos llegarán abrazados y cantando, tambaleantes y sangrando. Bajo una luz tímida, que pro-

meterá en vano lluvia, se darán coraje entre sí para encarar la planchada, exhaustos, en busca de una tregua fugaz a bordo. Y a él se le irá jornada tras jornada en coser cueros cabelludos, vendar brazos, entablillar piernas, enfriar hinchazones, aliviar ojos magullados y hasta inyectar morfina a los más doloridos.

Al embarcarse para su viaje de bautismo, la inexperiencia le habrá hecho ver imponente al *Pegaso* en la Dársena F de Buenos Aires. Una ilusión que el viento marino pronto ha de barrer. Aquel patacho ya no será, ni aquella mañana de los cincuenta en la Reina del Plata, ni luego en un espigón mugriento de El Callao, ni nunca más en parte alguna, ejemplo de pureza de líneas. Botado unas décadas antes en Glasgow para armadores de Singapur, su primer nombre, *Leyla*, no habrá sido lo único en cambiar cuando pase a manos de una empresa argentina. Además de rebautizarlo sin hacer el menor caso a la superstición náutica, le habrán modificado cubierta y bodegas. Y con tal de pagar menos impuestos, flor de tráfugas, habrán mutilado unos cuantos metros su proa. El *Pegaso* lucirá como un ataúd inmenso pintado de color herrumbre. Será calamitoso el rendimiento de sus máquinas, lo cual teniendo en cuenta el estado de sus cuadernas resultará una ventaja. Si arrastrándose a una velocidad de siete nudos gracias al viento y la marejada de popa, se retorcerá como un epiléptico, con máquinas un poco más potentes se rajaría en pedazos, dejándolos de postre para alguna serpiente marina de ronda por esas latitudes. El equipo de radio será un caso de tartamudez intratable; el mecanismo de gobierno, una vena loca que de tanto en tanto va a enchastrar con aceite la timonera. A cada uno de sus viajes al Pacífico –según va a enterarse por la voz del escobén durante aquel viaje al Pacífico–, en las oficinas de la empresa armadora pagarán tres a uno las apuestas a favor del naufragio. Sin embargo, entre rocas a flor de agua y corrientes traicioneras, el *Pegaso* una vez más sorteará el laberinto del Estrecho de Magallanes. Y después de miles de millas, ahí estará, escorado contra un espigón como un borracho que se apoya en una pared. Y él mirándolo, desilusionado.

Notará que el mismísimo capitán Etxeverria, a los gritos y sacudiendo los brazos, baja la planchada. Temerá que haya muerto al-

guien como desenlace de alguna trifulca. No alcanzará a dar dos pasos con esa idea arruinándole la mañana, que ya lo tendrá encima a Etxeverría anunciando las buenas nuevas: que otro capitán argentino, retirado hace años de la navegación, pretenderá volver al país por mar; y que la empresa armadora decidirá hacer una excepción en su política de no aceptar pasajeros. Hasta ahí, nada que pueda preocuparlo. Pero a aquel hombre va a estar devorándolo un cáncer. Resultará casi imposible que alcance el término del viaje. Y no querrá ni que le mencionen la posibilidad de ir a morir de otra manera que no sea por agua. Etxeverría le contará todo con voz rendida. Como si antes hubiera estado discutiendo horas, por teléfono, con alguien instalado en una oficina, a miles de millas de distancia de ese puerto por donde arreciará el viento, haciendo más cercanas las quejas de los petreles y envolviendo la escena en olor a guano y espuma salada. Explicará el ofrecimiento de pagar una pequeña fortuna por la travesía. Explicará la obsesión de ese hombre por embarcarse hasta donde una obsesión se puede explicar. Por último, justo mientras un petrel se interpone entre el sol y su cara, cubriéndola convenientemente de sombra, explicará que va a ser imposible oponerse a embarcarlo en el *Pegaso*. Los dueños de los barcos podrán no entender nada de navegación, pero son capaces de olfatear un dólar clavado en la Fosa de las Marianas.

—¿Qué le parece, Blanco? —le dirá el capitán.

—Lo que haya que hacer se hará —contestará él.

Su diploma de médico tendrá, como se dice, la tinta fresca. Nunca él, aún, habrá certificado una muerte.

* * *

Desde alguna sevichería, como un abuso de color local, los alcanzará un valseado de vitrola gangosa. Desde el mar soplará un viento de presagios. Al pasajero, por no llamarlo cadáver, que sería una falta de respeto, lo traerán al puerto en ambulancia y lo bajarán en camilla. Los muchachos lo subirán por la planchada y lo depositarán en un camarote como si maniobraran con una carga no muy pesada pero

especialmente incómoda para manipular. Cuando pueda ir a visitarlo, después de los trajines, las ceremonias y los trámites de la zarpada, ya navegarán por aguas abiertas con rumbo sur. Advertirá entonces su piel como cuero de foca, sus manos como espolones, sus ojos desesperadamente verdes naufragando en la calavera.

—Soy el capitán Dieusayde —se presentará el moribundo desde la oscuridad—. Comencé en los últimos veleros. No había matasanos. Uno aguantaba o lo tiraban al mar.

Será cuanto diga entonces. Luego, por varios días, va a callar. Pero cómo no tener presente esa voz.

* * *

Navegarán en lastre con rumbo sur, pegados a la costa para aprovechar la contracorriente. El *Pegaso* rolará como un péndulo gigante. No habrá nadie en toda la tripulación a salvo del dolor de cabeza. Él se la pasará agarrándose de donde sea para no caerse y terminará con cada músculo agarrotado, le resultará imposible dormir aun amarrándose a la cucheta. Una vez a media mañana y otra a la tarde, sobreponiéndose a sus propias molestias, visitará a Dieusayde en ese camarote con hedor a bóveda. Él se negará a correr el trapo que oficiará de cortina a su ojo de buey o a encender la luz. Nunca aceptará comida por esos días. A tragos largos, lentos y ruidosos, tomará el agua plagada con escamas de herrumbre que él le alcanzará en un jarro de latón. Nunca se quejará. Como si todo el mal sufrido se concentrara en su mirada, un relámpago verde en lo oscuro. Cuando intente preguntarle algo, alzará apenas una mano y la moverá, pausadamente, en señal de negativa. Nunca insistirá. Para qué. Si nada podrá hacer para calmarle dolores o penas. La provisión de morfina se habrá agotado en El Callao.

* * *

Atardecerá durante una de las últimas singladuras por el Pacífico. Manteniéndose a duras penas parado sobre la banda de babor, en-

vuelto en abrigos, buscará con la mirada la costa chilena a través de una niebla espesa como sangre. Un halo de luz tenue, difuso, intermitente, será cuanto logre divisar.

—Evangelistas —dirá esa voz a sus espaldas. Inconfundible.

Él se dará vuelta y verá a Dieusayde semidesnudo, con la melena más que blanca revuelta por el viento. Erguido como si el barco no se zarandeara de una banda a la otra.

—Evangelistas, el faro que marca la embocadura del Estrecho —explicará Dieusayde inmune a los pantocazos.

Él se quedará mirándolo sin atinar a nada.

—¿Le gustan los faros? —dirá el viejo capitán. Y sin esperar respuesta, sin la menor dificultad para mantener el equilibrio, va a retirarse en dirección al casillaje.

* * *

De ida, los fletadores de la carga habrán pagado el práctico del Estrecho de Magallanes. De vuelta, sin carga alguna, la empresa armadora se desentenderá y los condenará al Cabo de Hornos. Para ellos, en tierra, el máximo riesgo será sacarse de encima una ruina flotante y, después de un juicio sumario, cobrar el seguro.

Las horas que les lleve pasar del Pacífico al Atlántico, el Cabo estará oculto en una bruma compacta que pondrá en duda lo atinado de la navegación y hasta la misma existencia del continente. Horas y horas va a mantenerse tras un velo de opacidad inconmensurable, pero sin contradecir la glosa de horrores que sigue a su nombre como la estela a un buque. Ese fantasma los recibirá con vientos que él jamás en tierra había imaginado y olas más altas que su asombro. Bajarán las cuevas a una velocidad que enloquecerá a la corredera, hasta que la proa se clave en la siguiente escarpa de agua. El tiempo que tarde la proa en emerger, temblando entre espuma, alcanzará para que él repase desordenadamente su vida: una bicicleta roja a todo lo que da por veranos despreocupados del treinta y pico y su perro dele ladrar, una rubia de ojos celestes que todavía no aprendió una palabra de castellano tirada junto a él en el piso de arriba de un boliche por En-

senada, los jacarandás en flor una mañana de diciembre después de pasar la noche en vela estudiando para el último examen, su padre bien trajeado en el muelle de la despedida y unos pasos atrás su madre escondiendo el llanto en un pañuelo, el gusto del melón, la voz de su abuela cantando algún tango de Gardel mientras lava la ropa y el viento inclina los geranios. Ese puñado de imágenes que valdrá, hasta entonces, como suma de sus días.

Cuando queden quietos por un momento, detenidos en uno de los valles de calma fugaz y equívoca entre dos montañas de agua, el palo mayor del *Pegaso* se verá bastante por debajo de las crestas, que en una media luz de pesadilla van a encandilar como soles al garete.

Las olas arrastrarán los botes salvavidas, trastos de madera podrida por los que ni valdrá la pena lamentarse, y también se llevarán una antena de radio y retorcerán la chimenea y revolverán a varios tripulantes a los que deberá atender por contusiones múltiples. Pero nada de eso ha de ser lo más memorable para él. Apenas comience a sacudirse el barco, Dieusayde se presentará en la timonera y Etxeverria va a mirarlo de reojo, fugazmente, sin decir nada.

Él, que por no permanecer solo en su camarote aguantará ahí arriba, entera, aquella singladura, aferrándose de lo que tenga a mano, y aun así lanzado de tanto en tanto contra los mamparos por algún rolido, verá al capitán Dieusayde como una aparición: apenas abrigado, con las piernas bien abiertas y algo flexionadas para mantener el equilibrio, los brazos cruzados tras la espalda y los ojos iluminados por la fiebre.

Así, horas.

Cuando ya estén acostumbrándose a soportar su presencia callada, el capitán Dieusayde hablará:

—San Juan de Salvamento. O si prefieren, el Faro del Fin del Mundo —anunciará.

Y su voz, esa voz, sonará más joven.

Y sobre la última palabra largará una carcajada áspera.

Después, completará:

—Pero el mundo no se termina acá.

Y sin parar de reírse, dejará el puente.

Lo escucharán escaleras abajo a pasos largos y rápidos.

Luego, por unos minutos, no sonarán más que la lucha entre el viento y el agua y las máquinas del *Pegaso*.

Hasta que Etxeverria intervenga:

—Al faro que dice haber visto este hombre se lo llevó una tormenta hace años... Intentos de reconstruirlo hubo, pero... Además, sería imposible verlo desde acá.

El temporal irá amainando. Truenos a lo lejos como si por el horizonte resonara la carcajada turbia del desahuciado.

* * *

A partir de aquellas singladuras, el capitán Dieusayde abandonará por completo su encierro y pasará a ser una presencia inevitable. Aunque siga sin probar bocado, no faltará a una sola comida en la mesa de oficiales. Nadie, ni siquiera Etxeverria, podrá hablar delante de él. Como si trajera una ola de silencio. Tampoco faltará a una sola de las guardias en el puente. A cada rato va a verificar el rumbo y la corredera. A toda velocidad, con una urgencia de fugitivo, maniobrá el compás y las reglas paralelas con sus manos huesudas y reseca. En un susurro irá sacando cálculos. Sin animarse a preguntarle nada, los pilotos lo dejarán hacer. Mientras vayan bordeando la costa, nombrará de memoria cada punta, cada bahía, cada golfo. Avistará y reconocerá los faros antes que el piloto de guardia. En voz queda, pero firme, irá diciendo sus nombres como si cada uno fuese parte indispensable de algún conjuro. Aunque haya niebla cerrada, de día o de noche, el relámpago de su mirada cruzará las distancias y verá. Él le recomendará que descanse, el capitán Dieusayde largará una carcajada despectiva y lo retará:

—Yo piloteaba veleros de tres palos cuando sus padres dibujaban monigotes. Ocúpese de sus asuntos, doctor.

* * *

Todas las noches, después de la cena, él subirá al puente de navegación a charlar con el piloto de guardia a esa hora, Juan Gonzaga, más o menos de su edad. Por eso va a estar arriba cuando Dieusayde cuente una historia de juventud. Hasta esa noche, habrá sido una presencia que va y viene susurrando por la oscuridad, sin dirigirse, jamás, a ellos.

Comenzará, de golpe, a hablar acerca de la mala costumbre que tenían muchos pilotos, de garabatear monstruos marinos y caras de mujer sobre las cartas náuticas, aprovechando los perfiles de la costa y las líneas de profundidad. Dirá haber conocido capitanes que repartieron azotes por esa herejía, pero así y todo, no lograron impedir su persistencia. Pasará, sin transición, a contar un episodio íntimo. No hará una pausa para tomar aire en todo el relato. De manera abrupta parecerá darlo por terminado.

Tras minutos de silencio, comentará:

—Ella me quería, pero no estaba dispuesta a romper un mundo.

Seguirán sin animarse a decirle nada.

—Una historia vulgar, ¿no les parece? —agregará él.

Tal vez no se tratará de una pregunta retórica. Pero no la contestarán.

—La vida entera me mantuvo fiel a aquella ausencia. Ahora todos los amores son imposibles para mí —concluirá.

Le dará la mano a Gonzaga, le dará la mano al médico y abandonará el puente de mando.

Permanecerán sin hablarse por lo que falte para terminar el cuarto de guardia. Durante esa hora, larga entre las horas más largas del mar, a los dos jóvenes les dolerá la mano por el apretón del viejo.

* * *

Al médico le tocará encontrarlo a la otra mañana a Dieusayde.

Ojos tan vivos no volverá a ver en ningún muerto. No podrá cerrarlos. Le faltará coraje ante esa mezcla de amargura, odio, rebeldía y frustración.

Pensará que ese mismo día van a tirar al mar a Dieusayde envuelto en una bandera de señales deshilachada. Pero las cosas sucederán de

manera más prosaica. A fin de evitar inconvenientes legales, el capitán Etxeverría hará avisar a la empresa para que se ocupe de los trámites y el papelerío impuestos por la llamada civilización a toda muerte, y dispondrá que estiben el cadáver al fondo de la cámara frigorífica, lo más alejado que se pueda de la carne a comer en las singladuras restantes.

* * *

Pronto van a descargar al muerto en su lugar natal, donde solamente irán a esperarlo unos empleados de la morgue fastidiados por la tardanza del barco en amarrar. Pero, antes de sacárselo de encima, deberán pasar navegando al través de aquel faro que tanto quiso ver una vez más. No habrá una sola nube por el cielo, un sol inmenso le arrancará chispazos de luz al mar, un grupo de toninas, cada tanto, cruzará la proa del *Pegaso*. Parado en el alerón de babor, el médico de a bordo va a mirar por los binoculares: verá unos turistas que parecerán apreciar la marcha del barco desde el balcón en lo más alto del faro. Al pie, estacionado entre los médanos, distinguirá un jeep. Recordará la confesión del muerto: cómo había llegado hasta ese faro un atardecer de un verano remoto, a caballo, montando en pelo con una mujer rubia y descalza en ancas. El viento en su cara ha de ser entonces como el aire que el galope alzaba, y su pelo revuelto como el de aquella mujer. Recordará que Dieusayde y ella se quedaron mirando el mar hasta que solo fue una voz inmensa en la oscuridad, un presentimiento bajo las estrellas apenas revelado, cada tantos segundos, por el ramalazo de luz del faro. Y que abrazados como náufragos pasaron las horas y vieron el amanecer que siguió. Recordará que tras el regreso de aquella excursión ya no volvieron a encontrarse. Y sabrá que nunca más tendrán la oportunidad de hacerlo.

Distinguirá cómo desde el faro los turistas saludan el paso del barco moviendo los brazos. No alcanzará a contestar. Bajará los binoculares y escapará hacia la timonera. El capitán Etxeverría se mantendrá mirando a proa. El marinero de guardia estará atento en mantener el rumbo complicado por un oleaje de popa. Los dos como si no se

hubieran dado cuenta de nada. Él dirá cualquier cosa para disimular. Resonará en su cabeza lo que habrá oído segundos antes ahí afuera, en el alerón. Sola en el viento, una voz habrá susurrado:

—Faro Quequén.

Esa voz. Ya sin cuerpo, esa voz.

Con todo lo que le tocará después, en años de navegación, nada alcanzará a impresionarlo tanto. Aunque tal vez su juventud, al principio, y luego el paso del tiempo irán rodeando los hechos de un aura tan sugerente como contraria a la verdad objetiva, si tal cosa no es una ilusión más. Pero, suceda como suceda, así recordará aquel episodio en una rueda de gente de mar, ante una mesa de caoba que reflejará la botella de vino, los vasos y sus caras, mientras esperan el cambio de marea para zarpar. Así podrá contar aquella historia que marcó su primer viaje, antes de emprender el último.

Tantas son las formas del amor

Graciela Falbo

Lulia López quedó embarazada cumplidos los noventa y dos. Fue una fiesta y un asombro ver su vientre, que durante años había permanecido flaco y caído, ascender, abultarse, combarse hasta borrar las líneas de la piel. Ninguno en la familia advirtió la preñez. Es difícil que alguien pueda ver lo que no cree posible. Sin embargo, así sucedieron los hechos.

Apenas la bisnieta de Lulia cumplió los diecisiete, ya estaba estrenando los esplendores de su primavera con el repartidor encargado de traer el agua mineralizada a la casa. Junto con el agua el chico aportó el fuego y, en un cruce de miradas, se produjo un incendio en los cuerpos adolescentes. En forma furtiva, los jóvenes iniciaron sus citas en el apartado resguardo del cuartito de las herramientas que el padre de la chica había levantado en los límites del jardín, y que (por lo demás) jamás usaba.

Allí seguros, en secreto cobijo, respiraron el moho de humedades antiguas junto con el perfume caliente de los jazmines del país que ingresaba por el tragaluz. Envueltos en aromas, retozaban las horas de la siesta concediéndose sus más tiernos impulsos. Bailaban los cuerpos entre almohadones, mantas y edredones de plumas liberan-

do humores que los hacían estallar en gritos (contenidos unas veces y otras tremolantes, como colas de cometas).

En la casa silenciosa, ausentes los mayores en sus ocupaciones, solo quedaba Lulia. La mujer agotaba sus manos en un tejido mientras se dejaba ir en un ensueño donde bailaban fragmentos de los tiempos vividos, que iban y venían como en un flashback. Así sobrevivía las tardes con esa labor de mantas que iniciaba todos los abriles y que extendía hasta terminado el invierno.

A veces también recorría el jardín, asegurando que se mantuviera la humedad en la base de las azaleas y de las prímulas, plantas a las que no había que descuidar por su frágil contextura. En alguno de aquellos paseos, los pasos silenciados por livianas pantuflas, asistió repetidas veces a los sonidos sofocados por risas y palabras contumaces. Nunca supo por qué, las noches que continuaron a su primera escucha, fue tomada por una rara sucesión de ensueños deliciosos que se le imponían venciendo una floja voluntad.

Tal vez fue por eso que una terca tentación le empezó a dar vueltas, por la cabeza primero y más tarde por zonas hacía tiempo calladas de su cuerpo. O acaso el orden fue en sentido inverso.

Hay quienes se dieron a pensar que esa comezón, que se instaló como un fuego empecinado que ardía entre sus pechos y sus piernas, no vino por sí sola. Dicen que un día, la disminuida capacidad de su visión la llevo a confundir las pastillas para regular la presión que tomaba por las noches, con las asombrosas píldoras de su hija adicta al consumo de hormonas. Y si en la hija el efecto de las píldoras se limitaba a sosegar unas vagas angustias nocturnas, en Lulia la medicación produjo otras consecuencias.

Los cuerpos son mecanismos sutiles, portan cada uno instrucciones precisas, consuman alquimias recónditas y misteriosas. Y lo que en la hija moderaba el fragor de los sudores nocturnos, en la anciana produjo la maravilla. Un buen día empezó a sangrar y entró en un período que duró cuatro meses y tres días.

A continuación se le presentaron esas ganas raras que parecían llegar desde la noche de los tiempos. Esto, avivado por los juegos de la niña en el cuartito de las herramientas, fue lo que la apremió a fraguar su plan.

Primero, convenció a la chica de su necesidad de actualizar la receta de un medicamento indefinido. Con esa excusa consiguió enviarla al seguro social, a sabiendas de que la ausencia de su bisnieta intentando ese trámite atravesaría la jornada completa.

Una vez que consiguió sacar a la muchacha de la casa, la reemplazó en el cuarto de los encuentros. Desnuda Lulia se tendió bajo el edredón y de las mantas, a la espera del joven semental. El muchacho, lejos de imaginar la trampa, apresurado por su urgencia, se arrojó sobre el cuerpo desnudo haciendo lo suyo sin descubrir el engaño. No tanto porque los cuerpos de la joven y de la anciana se parecieran como por el arrebatado ímpetu que un antiguo deseo activó en Lulia.

Lo que ocurrió después pertenece al secreto. Es posible que el joven descubriera el engaño y se horrorizara. O, tal vez, se horrorizó y no le importó un engaño que, de inmediato, lo instaló en unas delicias desconocidas. Quién ignora que el agua contenida en las grandes represas es capaz de producir energía suficiente como para iluminar mil ciudades.

Así, esa tarde abrasadora, en la que el sol lamía los chapones del cuarto, Lulia viajó celebrando los momentos de su vida. Murió y renació una y otra vez en una sucesión de instantes en los que azarosamente se le confundieron las luces y las sombras.

Fue esa única vez.

Terminado el acto el joven se retiró urgido por cumplir con el deber de abastecer de agua al resto del barrio. O quizá porque no quiso saber qué había sucedido.

El caso fue que, ese día, Lulia quedó preñada.

Son muchos los que dan por falso este relato. Les lastima e indigna la imprecisión de realidades forjadas en la trama de los mundos incautos.

Pero ¿quién conoce las dimensiones del alma o los pliegues del universo? ¿Quién las complejas medidas del amor? ¿Quién se cree capaz de detener el flujo del agua infinita que mana de la secreta fuente?

Solo el desamor consume ese poder de explicarlo todo.

Lulia lo vivió como una ensoñación. Por eso supo –tan real era lo vivido– que para poder creerlo debía construir otra historia.

Y fue esta:

Dijo que una tarde, mientras tejía a la sombra de la Santa Rita y se solazaba en los sonidos sofocados de los jóvenes que llegaban del cuartito de las herramientas, un raro resplandor iluminó las ramas altas, entre las florecillas fucsias.

Cuando se aproximó a mirar de qué se trataba vio una figura que irradiaba; le pareció un gran pájaro o algo similar.

Y el ave cantó diciéndole que había sido elegida para llevar a cabo una concepción.

No tuvo tiempo para oponer resistencia: un rayo la atravesó de pies a cabeza, dejando a su paso un calor que quedó alojado entre sus pechos y sus piernas. Y, cuando el rayo cesó, una sensación de alivio y juventud que desde tiempos lejanos no sentía.

Salió del éxtasis para ver que el ave se había desvanecido.

Los gemidos habían cesado, y el joven salía, furtivo, del cuartito de las herramientas.

Fue así que Lulia quedó fecundada.

Pero el hecho fue de inmediato anatematizado por su cura confesor a quien la mujer acudió para pedir consejo. Convencido de que era presa de los raros efectos de un sincretismo religioso y pasando por alto ese abdomen que a toda vista se abultaba, el cura pontificó:

“Que hay edades para esto y para aquello. Que no son las gestaciones asuntos de la vejez; menos en el caso de una buena mujer, de familia y de recato. Que es la vejez tiempo de distancia y decoro, de quietud y de olvido”.

De este modo el cura la apostrofó, enhiesto el índice, recto y oscuro.

Ante la flaca recepción del cura, y atenta a los cambios que ya empezaban a producirse en su cuerpo, Lulia dudó sobre cómo interpretar su propia historia. ¿Cómo explicar la preñez en un cuerpo donde el silencio llevaba más de sesenta años? Fue entonces que, buscando una explicación que el mundo aceptara, se le antojó fraguar el alocado relato de la aventura con el joven.

Fuera cual fuese la verdadera versión, lo ocurrido sucedió.

Pasando el tiempo y con cada nueva luna su abdomen se hinchó tensando la delgada piel del vientre.

Por fin la transparencia cubrió una comba perfecta. No llegó al noveno mes. Perdió aguas en el octavo.

Enseguida vinieron los dolores de parición.

Junto a la santa rita, amparada por una misteriosa luz, asistió al nacimiento de una joven.

De pie salió la niña de entre las piernas de la madre. Una núbil diosa surgiendo del mar en su peana de nácar. Bucles dorados caían sobre sus pechos de paloma. El ombligo, dulce hoyito de sombra sobre la rosa del pubis. Y era su risa espuma jazmines. Al mirar los ojos limpios de la joven, sin rastros de cansancio, la madre vio los suyos propios brillando nuevos otra vez.

Lulia contempló el prodigio de su obra. En la carne joven la inocencia temblaba húmeda como una flor. Cantó y su arrullo se confundió con el canto de los pájaros. Soltó de entre ambas un cordón del que emanaba un aroma de jarcias y de jazmines. Había parido. La vida se había renovado por ella como el misterio. Entonces descubrió qué cosa era el misterio. Eso: algo tan íntimo y al mismo tiempo tan ajeno. El lugar donde la vida se produce sin que nadie sepa cómo intervenir.

Dicen que fue un instante lo que duró esta historia. Es igual. El tiempo siempre ha sido capaz de burlarse de las precisiones.

Después (no hay índices de cuánto tiempo después fue ese después) el ave se desvaneció en la memoria, y con ella la casa, el jardín, la niña y la noche. Lulia dormitó bajo las dulzuras de la sombra, las manos reunidas con la lana de su tejido. Un cantar del viento despeinó sus cabellos.

Y la mujer, como quien se ha cumplido, se supo eterna. Su cuerpo fue el centro de un silencio negro y ahí ella brilló, serena, como una estrella.

Prosas del río

María Laura Fernández Berro

A Mabel, tu mamá

Río, río, río... tú te llevaste el amor mío/
devuélveme su cariño río, su corazón.

UNA MAÑANA

Agua en el aire. Mañana vegetal. La vida late en el cielo. Como nunca, el agua. Azul-celeste, el río. Sube el sol.

Sube.

No hay biguás, ni patos, ni garzas, ni gaviotas. Peces saltan. Filos de cuchillos de plata temblando van.

Miro el sol tan nítido. Despacio remo. En la improvisada orilla, el río hierve.

CASAS COMO BARCOS

Proa al sur, al oeste. A la orilla, un perro. Un niño, un perro. A la orilla del río. Dos soledades van.

No tengo pies, si remo.

Un barco quieto dibuja sombras.

Río como un animal movedizo, marrón, enorme.

Un barco oxidado, recostado sobre la arena rota.
Casas cuelgan desde los árboles. Casas como barcos anclados en
la raíz del monte.

VINO A MÍ

Miré la ola errante y no tuve miedo. La orilla, sucia y náufraga. El
pelo al sol. La espuma rota en perlas de nácar. Y la luz. Fue entonces
que el río se secó. Se arrugó el agua, centro y orilla.

Río por donde todo vino, por donde todo se va. Mi río-desierto sin
el oasis de una nube. Nada.

COLOR DEL RÍO

Un hombre del color del río, con un cigarro sin filtro entre los dien-
tes. Nomás siente el gorgoteo de la hélice que distingue entre cientos
de embarcaciones, una mujer del color del barro, que vive en la casa
de madera y chapas, asoma a la barranca y saluda al paso, con la mano
derecha, en alto.

El timonel de la lancha se lleva su mano derecha a la visera de la
gorra encasquetada hasta las cejas e inclina la cabeza. Cuando la cha-
lana vira en el recodo siguiente del canal, la mujer vuelve a meterse
en la casa.

Muchas veces los vi.
Nunca se hablaron.

VIENEN

Vienen. Veo venir los juncos, el barco muerto, la palmera rígida, le-
jos. Vienen hacia mí los pájaros. Todo viene. Se quiebra el agua. Rom-
pe la luz muda el río. ¿Por qué un perro? ¿Por qué una orilla si el agua
es el mundo?

Huellas líquidas dibujan los remos tras de mí. Cierta música es remar. Frasear el agua.

Siento una fuerza animal. Es el empeño de las manos. Filo y luz abren el agua. Filo contra el agua. Los árboles, desde la orilla, manchan, dibujan, crecen.

Río vegetal, animal, mineral. Mi río.

No avanzo, el río me amarra. Me dejo. En la orilla: una garza. La sangre empuja, mueve, acerca.

ESCRIBIR

En el río, el viento me sorprende con las manos nerviosas. ¿Sobrevivimos al desgaste del amor? Mejor, escribo. Clavar un cuchillo rubio en el hombro del mar.

Una jaula de lunas anémicas, rotas, líquidas. Escribir es clavar un cuchillo, pienso. Uno, dos. Uno, dos. El sol, en mi costado, me seca la piel. Uno, dos.

El lector es un cuerpo y un espacio. Cuando escribo, avanzo. Uno, dos. Uno, dos.

Escribo.

Nos lleva que

Encontrar una clave, interpretar señales, ver el otro lado del agua, sentir que ella nos lleva en el aire y es bueno que así sea.

TRES

Somos peces de tierra angustiados. Desterrados somos que, desde el exilio, escribimos el agua. El agua.

Detrás del río

Voy, voy detrás del agua, por necesidad de estar en otra parte.

SON DEL

El río, el monte, la selva son un ramo de olor al aire libre. La voz del río es el agua que remo.

Soy el río con orillas y remansos, con remolinos y crecidas, con meandros y cascadas, pero voy con sauces y con lunas, con juncos y con pájaros.

Y el viento del sudeste que es raíz y canta. Canta en las olas, canta en mis manos. Canta.

SUJETO MUERTE QUE ES

No existe tanta proa capaz de romper una verdad. Toda verdad es seca y desprovista, y duele.

La muerte es una presencia inútil. Sé que no hay forma de recuperar lo perdido. Pero si escribo vuelve en forma de pan, en el olor de las salvias, en el color del verano. ¿Y si las palabras mienten?

Mueren. Se mueren de una vez y para siempre. Y llega el tiempo de caminar sin ellas. Quedan mudas de verbos, aposiciones, circunstanciales. Subordinación no hay en la muerte. Solo el cadáver de lo tácito, de lo explícito. Puro sujeto la muerte es.

FUE

Seda blanca vistió de olor a piel. Oscura noche luna de agua que desbarata. Cruza la línea del este rezando desde los pies. Desnuda casi, sus huesos leves de escarcha. Se hamaca sobre él. No estaba.

Oscura luna de lata desata deseo el río peces saltan la luna vienen desean silencio cartílagos babeando ondulan leves otra vez dijo hun-

dididos casi ahogándose soledad espuma un perro ladra en la sombra
luces en cruz los brazos luz que viene, viene el cielo, derrumba lunas
cuchillas de lata desata la seda blanca lame el olor a piel luna de agua
de agua de agua de agua de agua.

Y sale otra vez hundida se ahoga se mete en la piel la luna reza.

EN EL PELO, EL VIENTO

Sauces derrumban el sol paisaje que dice adiós en la tarde que se
va. Es otoño. Marzo de sombra viene.

No te olvidó.

El agua en su tonada bajo un cielo enorme de océano.

No dijo adiós.

Es otoño y llueve. Piensan de lejos los sauces viento en el pelo ay
viento brujo en el canal y una araña teje espera viene y va raíz de ham-
bre viene y va, va y viene, y volverá.

No olvidaron.

Bajo ese cielo de mar, duele.

Derrumbe de sol, otoño. Marzo vino. Es sombra en la tarde que se fue.

LA VIDA TANTO

Tanto no poder. Dolor en las puertas de la música y la piel. Mece
caricia vuelve a la vida música gira baila estremece pollera sencilla
tiembla dulce vuelve un espejo abraza hondo cada vez más hondo el
pelo es el viento aliento de luz. Vuelve la vida tanto.

ELLA

Algo late en mi madre que es luz y siesta en puñales de invierno.

Ahí va la tarde al galope y la luna en el río es párpado agitado, y
puñal.

Murió la tarde.

Reza. Tiembla luna de luz. Noche blanca en álamos, violines bailan.
Mi madre late en su pañuelo desnuda de aves. Me acaricia. Ella ni
sabe de la niebla entre las cañas.
Camina entre escoltas de lilas.
Llena la noche de tambores de luna. Baila la noche. Viene mi ma-
dre. Canta. Su corazón aplaude. ¿Ríe?
Se duermen luna y mar. Camina. Reza. Viene. Viene, mi madre.

ELLA OTRA VEZ

Su cuerpo tiembla. Volcán de sangre en primavera. Quema. Se
hundirá en venas. ¡Madre! ¡Quemas!
El sol muere, se acuesta. Noche envuelta en el aire la besa. Canta
un pájaro. El último canta. ¿No es tarde ya? ¡Baila! Grita desnuda de
huesos. Se hundirá en el cuerpo de raíces. Nacerá nueva de libertad.
Vuela y es canto. Crece en el agua, entre las flores.
Otra vez el sol.
¡Quién sabe!
Ya no sé, Madre. Y es tu olor a madera y beso.
Dejó la vida volar.
Tiembla Mi Madre en la luz. Nacerá.

CANTO NO ES

Canción de pájaros. Semillas de un pecho enfermo que se agita.
Ojos cerrados. Puños verdes, violetas.
No puede.
Respira en ronquidos desde la orilla. La rama más alta suelta el aire.
No hay canción.
Cae entre las cañas del río. Cae. Su voz no es canto, pero de rodillas
cae. Lloro cayendo mañana. Los ojos, cierra. De puños su pena verde,
violeta.
La orilla mansa enferma se agita, detrás el río.

El paseo de Andrés López

Mempo Giardinelli

A causa de la velocidad a la que descendía el ascensor neumático, Andrés López sintió que un intenso frío le subía desde los pies; le pareció tener el estómago en el cuello, las manos en la cabeza y la cabeza mucho más arriba, como si hubiera quedado suspendida en el piso veintiuno mientras su cuerpo caía.

En la vereda se encontró con un atardecer nacarado, que le recordó a los Campos Elíseos en otoño. Los edificios altos se asomaban por sobre los árboles de la avenida, dibujándose en el crepúsculo de sangre ardiente que iba oscureciendo al mundo, mientras unos pocos peatones caminaban presurosos, tiritando, por los cincuentenarios adoquines. Aspiró el aire puro, rápidamente familiarizado con la tarde (como siempre a esa misma hora, cuando se retiraba de la clínica) y se dirigió a su automóvil, casi presuntuosamente, tarareando una vieja canción.

Abrió la puerta, se sentó y al girar la llave de contacto observó por el espejo retrovisor que de un edificio vecino salían, veloces, tres sujetos cuyas caras reconoció; también vio, en la cuadra anterior, un Falcon verde, correctamente estacionado, con cuatro hombres a bordo. Sintió un escalofrío, comprobó que se apagaba la luz roja (lo que

indicaba que el motor estaba caliente) y en ese momento descubrió el orificio negro, al final de un caño angosto y medianamente largo, junto a su ojo izquierdo.

—Correte —le ordenó una voz. Andrés López, torpe, mecánicamente, se pasó a la butaca derecha—. Ahora destrancá las puertas traseras.

Lo hizo. Subieron dos individuos de aspecto infantil: uno era moreno, bajo, insignificante y tan nervioso que su cara, de tantos tics, parecía un letrero luminoso; el otro, un rubio huesudo, grandote como un camión Mack, tenía una expresión como de estudiado asombro permanente y se movía con dificultad. Ambos le sonrieron mientras el coche se ponía en movimiento, conducido por el primer individuo. Lentamente avanzaron hacia la esquina; allí doblaron hacia el Este.

El de los tics lo apuntaba con una pistola 45 negra, brillante, que parecía recién comprada.

—Quedate tranquilo, tordo —dijo el rubio, con voz suave—. Hoy vas a llegar un rato más tarde a tu casa, pero resulta que no ando bien. Me duele mucho y los muchachos opinan que la herida se está pudriendo. Quiero que me cures, me des de alta y no nos veamos más.

Andrés López apenas podía controlar sus nervios. Observó al que manejaba, un individuo de cara vulgar, neutra, que con un traje negro y un poco de talco en las mejillas hubiera pasado por director de un cortejo fúnebre, y sintió que su piel se erizaba. Haciendo un esfuerzo, logró serenarse, resignado, y dijo:

—Está bien —se dio vuelta para mirar hacia atrás, lentamente, sin movimientos sospechosos—, muéstrame la herida...

El rubio se quitó el saco, se levantó el suéter y desabrochó todos los botones de la camisa, lo que permitió ver su enorme pecho velludo atravesado por un grueso vendaje, manchado de sangre desde las tetillas hasta la cintura.

—Permítame —dijo Andrés López después de sacar, cauta, insospechablemente, una tijerita de su maletín.

Mientras limpiaba la herida, echándole un polvito blanco primero y luego una considerable cantidad de tintura de merthiolate, recordó que, ocho días antes, los mismos tres sujetos lo habían abor-

dado. Incómodamente instalado en el asiento posterior, en aquella oportunidad había tenido que extraer una bala calibre 38 de entre las costillas del Mack (quien solo transpiró, sin emitir una mínima queja), en pésimas condiciones de asepsia, en medio del mutismo tenso de los otros dos y con la amenazante urgencia que significaba la 45 del mequetrefe de los tics, cuya cabeza parecía patinarle sobre el cuello en pequeños movimientos convulsivos. Al cabo de una interminable, extenuante hora de labor, le habían advertido que lo verían nuevamente para que finalizara la curación y, mientras tanto, si quería a su familia, debía mantenerse en absoluto silencio, comportarse como lo hacía habitualmente, llevar siempre el maletín en el coche y, obviamente, no avisar a la policía. Después se apearon en la Costanera Norte, detrás del Aeroparque, ascendieron a un Torino azul, sin patente, que parecía esperarlos, y se alejaron velozmente.

Mientras terminaba la curación, se dijo que había realizado un buen trabajo, ciertamente, ya que la herida, aunque inflamada y violácea, no presentaba infección. Al concluir el nuevo vendaje, más liviano y flojo, sintió que le dolía la espalda. Se acomodó en su asiento y observó que marchaban despaciosamente por Pampa, rumbo a la costanera.

—Tiene que seguir cuidándose —afirmó—, pero no es necesario que vea a un médico. Dentro de una semana, más o menos, sáquese la venda, píntese con merthiolate y cúbrase la herida con un par de gasas y tela adhesiva. Y tome los antibióticos que le receté el otro día durante una semana más. Eso es todo.

El Mack lo miró con una sonrisa.

—Te portaste, tordo —le dijo, y después se dirigió al que conducía—. Seguí derecho y da la vuelta por Salguero. Parece temprano todavía...

Andrés López suspiró profundamente, se pasó una mano por los cabellos y miró a través de la ventanilla. Por el rabillo del ojo observó al grandote, a quien el crepúsculo le partía la cara en dos pedazos, uno de los cuales estaba sorprendentemente dorado. Este se dio cuenta y amplió su sonrisa.

—¿Cuánto levantás por mes?

—Bastante, pero menos de lo que ustedes se imaginan.

—Los médicos ganan mucha gaita. ¿A vos no te alcanza?

—No. Tengo a mi madre enferma. Cáncer. Y además, mujer y cuatro hijos. Con mi vieja llevo gastada una millonada de pesos. Y encima estoy pagando la casa y el coche. Un médico gana bien, sí, pero yo tengo demasiados compromisos.

—¿Y tus hijos?

—Van al colegio. Son chicos.

—¿Y tu mujer?

—Está con mi madre.

No hicieron más preguntas. Andrés López se propuso no hablar si no lo interrogaban. Mediría sus respuestas; ni una palabra más que las necesarias.

Llegaron a Salguero y giraron en redondo, lentamente, enfilando luego hacia la Ciudad Universitaria; el viento helado se filtraba por las rendijas de las ventanillas y Andrés López sentía que una parte de su cara se congelaba y perdía la sensibilidad. Su corazón latía veloz, vigorosamente, como cada vez que se ejecutaba un penal favorable a Racing. Como si hubieran advertido su ansiedad, lo convidaron con un cigarrillo, que aceptó, y los cuatro empezaron a fumar. Enseguida comprobó que se relajaba y pensó que, al fin y al cabo, no tenía por qué preocuparse; se trataba de un paseo placentero, era otro quien conducía y él podía mirar los resplandores de la costanera esparcidos sobre el ancho río, o, del lado de la ciudad, los árboles que se iban confundiendo con las sombras de la noche que caía.

—Así que tu vieja se está muriendo —comentó el del volante—. Si hubiéramos sabido no te tocábamos. La verdad que te portaste.

El tono de disculpa le resultó chocante.

—Y decí que la vez pasada te quedaste piola —sonrió el de la 45, negando enfáticamente.

—Cierto —afirmó el Mack—. La gente no entiende que si se resisten es peor: uno se pone nervioso y se escapan los tiros. Matar no es lindo.

Quedaron nuevamente en silencio. En Núñez volvieron a girar, cuando ya casi era de noche y en el cielo se dibujaba un arco blan-

cuzco, como una gran aureola de santo que cubría toda la ciudad. El Mack añadió:

—Por cualquier cosa, decile a tu familia que si alguna vez los enciman, no se resistan. La cana y nosotros, todos, estamos medio nerviosos y en una de esas... Uno nunca sabe.

Andrés López, perplejo, se preguntó cómo era posible ese trato, esa charla absurda con esos tres individuos que no tenían, precisamente, caras de perdonavidas y que lo hacían pasar del estupor y el sobresalto a la curiosidad.

—¿Por qué me “encimaron” a mí?

—Casualidad —dijo el Mack—, pero te darás cuenta que nosotros no estamos en el escruche; necesitábamos un médico y buscamos uno bien debute. Te tocó a vos.

El de la 45 comentó algo en voz baja. Mack asintió.

—Che tordo —dijo el de los tics, sonriendo—, te vamos a pagar por lo que hiciste, ¿eh? Doscientos lucas y mi bobo, ¿te parece bien? No tenemos más efectivo encima, ¿sabés?

—Pero... —se oyó a sí mismo Andrés López, pasmado, negándose a reconocer que alguna vez las reglas del juego podían dejar de cumplirse, incapaz de admitir que existieran reglas diferentes de las suyas.

—Sí, quedátelos —confirmó el Mack, pasándole por sobre su hombro un pequeño fajo de billetes de diez mil y, envuelto en un dudoso pañuelo, un pesado reloj de oro.

Después apartó con un dedo la pistola de su compañero, quien la guardó bajo el cinturón mientras guiñaba como si se hubiera encontrado con Susana Giménez en el baño de hombres del Luna Park.

—Tenés la vieja enferma y familia numerosa —agregó—. Además parecés buen tipo, te portaste y seguro que andás seco. Es lo que yo siempre digo: este es un país de mierda.

Andrés López reprimió, severamente, una sonrisa. El otro seguía:

—Claro, acá todos quieren laburar tranquilos y tomar mate los domingos en la casita de las afueras. Pero nadie puede, salvo los bacanes o los mafiosos, que al fin y al cabo son la misma cosa. Entonces todo es cuestión de huevos: el que se da cuenta de que no vale la pena

deslomarse por un sueldo de mierda tiene dos caminos: o se resigna o se pasa a nuestro lado.

—Cuál.

—Negocios, tordo, negocios.

Se cruzaron con dos patrulleros, que hacían sonar sus sirenas, estridentemente.

—Hijos de puta —sentenció el Mack.

—Nos andan buscando —explicó el que manejaba—. Nos vendió un botón.

—¿Quién?

—Un comisario, un botón. Hay muchos taqueros que laburan para nosotros. Por la plata baila el mono, tordo. Pero este cornudo nos vendió.

Los patrulleros entraron a la zona portuaria.

—¿Y ahora qué harán? —se atrevió a preguntar.

—Enseguida terminamos el paseíto, quedate tranquilo.

Andrés López tuvo la sensación de que se le anudaban algunas tripas.

—¿Necesitás más guita? —le preguntó el Mack.

—¿Eh...? No, no —sintió unas irresistibles, súbitas ganas de vomitar.

—Dale, no te hagás el estrecho, tordo. Medio palo. Es un préstamo. Te lo podemos hacer llegar mañana. Te portaste, viejo.

—No, por favor, yo...

—Bueno, como quieras —dijo el que conducía, apretando el pedal del freno—. Acá nos bajamos y vos te quedás chito, ¿eh?

El automóvil se detuvo frente al carrito 56, sobre la vereda de los murallones que dan al río. El olor de las primeras achuras comenzaba a embriagar el aire de la noche, que había caído pesadamente sobre Buenos Aires, cuando los tres individuos descendieron rápidamente, dejando el coche en marcha.

—Chau, tordo, y gracias por todo —le dijeron, dirigiéndose apresuradamente hacia el Torino azul, que estaba estacionado diez metros más adelante.

En ese momento se encendió un buscahuellas, al costado de una camioneta detenida junto al restaurante, e iluminó al trío. Varias ráfa-

gas de ametralladora los barrieron, mientras una decena de policías de civil corría hacia ellos.

—¡El tordo no! —alcanzó a gritar una voz, que Andrés López reconoció era la del Mack, antes de que la silenciara un último balazo.

Los policías llegaron junto a los cuerpos de los tres desgraciados. De un Falcon verde descendió un hombre gordo, bajo y moreno, con una pistola en la mano; se acercó al Mack, lo miró unos segundos, le apuntó a la cabeza y disparó. Después guardó el arma en su cintura, impartió algunas órdenes y caminó lentamente, complacido, fatuo, hacia el automóvil de Andrés López.

—Buen trabajo, doctor —lo saludó, extendiéndole la mano.

Andrés López no respondió. Con la vista clavada en los tres cuerpos extendidos desprolijamente sobre el pavimento, empezó a vomitar.

La pasión según San Martín

Mario Goloboff

A Oscar Terán

Hijos, guardaos de los ídolos.
PRIMERA EPÍSTOLA DE SAN JUAN, 5-21.

Los cuadernos llevaban su nombre, y las cajas de lápices, las plumas de tinta, las gomas de borrar, los guardapolvos. Y además estaba toda la mañana frente a nosotros, arriba, ocupando el centro de la pared principal de un aula enorme con tres ventanas altas a la calle desde donde se alzaban los rumores del día, las voces de los vendedores de fruta, las de los paseantes.

Mis hojas eran desprolijas, llenas de ilevatables manchones en cada deber. Al comienzo, me proponía conservarlas casi intactas, pero a medida que avanzaba la semana veía cómo se malgastaban en borradores, en tachaduras, en correcciones ruinosas, dañándose arriba y abajo con esas orejas que torcían los ángulos y entristecían la página. También yo era un chico triste, y quizás fuera por eso que no podía evitar la lenta corrupción de mis prometedoras hojas blancas.

De todos modos, la figura del Gran Capitán adornaba la primera. En aquel sexto grado, el ritual disponía comenzar (y seguir y poblar y cubrir) todo con él: justamente 100 años atrás había muerto en un lugar de Francia cuyo nombre, de pronunciación extraña, parecía hablar del mar y del destierro. Yo me apropiaba de mi primera amada hoja, de mi lápiz de punta casi siempre egoísta, de mis mejores deseos, y comen-

zaba el desmesurado intento de reproducir en líneas y en contornos lo que indudablemente estaba más allá de mis patrióticos esfuerzos.

Sus virtudes eran tan grandiosas que escapaban a la improvisación de un niño; no obstante, una y otra vez yo insistía. Comenzaba por la erecta nariz, bajaba hacia la boca fina y a pesar de ello decidida y tenaz, tomaba el señero mentón donde el trazo no podía disimularse, recaía en el cuello, regresaba todavía indeciso sobre la sombra de la cara pugnando con las orejas torvas y las inacabables patillas, me entretenía con los arabescos de la mitad de uniforme visible, y dejaba los ojos, la frente, todo lo de arriba, para un postergadísimo aunque ineluctable final. Esos ojos constituían para mí la peor de las pruebas. No acertaba a ubicarlos en algún lugar preciso y tampoco daba con la medida exacta, con la forma adecuada, con el color, ni, muchísimo menos, con la tan elocuente y nítida expresión: un inalterable espíritu de independencia que lo llevaba a vencer.

Me sentía solo en ese combate desigual. No había nadie alrededor de mí. Los otros chicos se alejaban como en un sueño de fiebre. Los ojos del Cóndor de los Andes me escrutaban desde lo alto. Yo los penetraba hasta tragarlos, pero cuando el lápiz arriesgaba el trazo, las líneas verdaderas se desvanecían.

Al fin, como fuera, terminaba. Me libraría la campana del recreo, la salida, o la mueca de la maestra que, al acercarse a mi banco, iba a gritar "acabe de una vez, no se va a pasar la santa mañana haciendo ese desastre". Y en realidad, cuando en casa abría de nuevo el cuaderno, contemplaba con pena mi obra, porque la estampa era una caricatura, tan distante del cuadro que teníamos en el frente del aula como de cualquier figura humana.

¿No era yo suficientemente patriota? ¿No sentía lo mismo que todos, y por eso fracasaba? ¿O hace esas basuras porque es un judío y no quiere a la Argentina? Esta última pregunta la espetó la señora de Bileto a una clase enmudecida por lo estrambótico de la cuestión. Ana María (lo supe después, cuando repuesto de una corta enfermedad volví a la escuela) fue la única que respondió no, o la única que al menos contestó algo, argumentando vehementemente que yo dibujaba mal y eso era todo: ella sabía que amaba a mi patria más que a

ninguna y que nunca había hablado mal del Santo de la Espada ni de ningún otro prócer.

En aquellos años que nos tocó vivir, todas las cosas fueron haciéndose particularmente difíciles. Acaso cualquier generación de nuestro inhabitable mundo pueda decir lo mismo. Y muy probablemente tenga razón. Pero cada uno debe dar testimonio del conflicto que lo desgarró, y a lo mejor por la suma de esos desgarramientos pueda conocerse alguna verdad, y por la de esas esforzadas verdades (en un incierto futuro) la historia. La nuestra comenzó frente a las titánicas cejas de un Libertador, en una escuela de pueblo, cuando teníamos once o doce años, y terminó mucho después o quizás termine recién ahora en que a los cuarenta y tantos de mi edad trato de dibujar, sin otros artificios que los de la palabra, un rostro que ya escapó de mí, aquel de Ana María.

Ella estaba entre los mejores del grado, única hija adoptiva (era un secreto a voces) de la portera de la escuela, guardaba con decoro su humilde condición, y prefería hacerse querer por su comportamiento y su compañerismo. "Conducta" contaba tanto o más que cualquier otra aptitud escolar y, si bien estas no le faltaban, su poder en la clase venía de las pocas y oportunas ocasiones en que hablaba. Lo hacía suavemente, para hacerse oír; creaba un oasis en medio de nuestro bullicio interminable y nuestro interminable desorden. Naturalmente parca, naturalmente justa, naturalmente católica en un pueblo donde las excepciones eran pocas, la sobria defensa que ese día hizo de mí cerró para siempre el insidioso interrogante lanzado por la señora de Bileto. Y abrió a la vez entre nosotros un camino que jamás habíamos explorado: el de mi gratitud, el de una mutua solidaridad que no quebrantarían ni la edad ni el tiempo ni las tan duras marcas que suceden en el tiempo.

He escrito que aquella época fue difícil; sus avatares no alcanzaron a mellar empero nuestra creciente fraternidad. Debo calificarla así ya que no puedo sostener que hayamos sido amigos: las diferencias de sexo contaban mucho más que ahora por aquel entonces, y nuestra frecuentación era impensable. Tampoco conocíamos aún las posibilidades del amor: acaso nuestros sueños se hayan rozado alguna vez, pero temo que fueran solo los míos los que la buscaban, y en ese caso

me parece faltar a su recuerdo el dar cuenta de ellos. No estoy escribiendo para hablar de mí o de mis noches; lo hago para dibujar un sueño que no me pertenece, un inatrapable aliento, esa cara de niña contra la tempestad.

No, no nos amamos, ni nos tuvimos, ni nos perdimos: los ídolos se encargaron de todo ello por nosotros. Los ídolos y mi dificultad para adorarlos.

Terminado el sexto grado, comencé el Nacional y ella el Comercial; fui prefiriendo cada vez más la compañía de amigos callejeros y haraganes; creo haber deseado y obtenido algún éxito entre las muchachas. Afortunadamente, Ana María permaneció siempre apartada de mis relaciones y de esos farragosos contactos. Nos cruzábamos a veces en alguna de las limitadas esquinas, manteníamos un diálogo inocente sobre nuestros respectivos compañeros y estudios, nos separábamos sabiendo que allí vivíamos, cotidianos, presentes, en un universo todavía visible.

El año 52 la vi desfilar por las desnudas calles de nuestro pueblo con inmensas coronas; detrás y delante de Ana María iban hombres y mujeres tristes. Peones del campo, obreros de la construcción y de la única refinería de aceite que había en las afueras, modestos empleados, sirvientas. Velaban la imagen de Eva (para ellos "Evita"), una reciente muerta a la que ya calificaban de eterna. Cuerpos anulados dentro de la multitud, volvían a cada paso a quebrarse bajo el silencio de los árboles sin hojas. Pensé que esa noche me perdería irremisiblemente la proyección del cine Rex: Sterling Hayden y Jean Hagen quedarían para siempre detrás de la pantalla sin mostrarme qué pasa cuando *La ciudad duerme*, porque esta, la mía, no dormiría jamás: vivía una pesadilla que recién empezaba, y lo hacía con todo el boato alcanzable. El espectáculo me pareció grotesco: amparado tras la ventana del living, sonreí. Al ver nuevamente a Ana María, esta vez junto a su madre, me dolió su dolor y quizás el haber sonreído. Desconocía la ilimitada maldad de que son capaces los seres humanos, y jugaba con el duelo de otros como un dios perverso.

En junio de 1955 se desató la esperada tormenta. Para ese entonces nos asfixiábamos hasta en nuestra propia casa, y ya ni delante de

Francisca (que desde antes de mi nacimiento trabajaba para nosotros) podíamos alzar la voz. El levantamiento fracasó, pero aun durante esas cortas horas de esperanza papá hizo señas para que no discutiera con ella. La buena mujer, con lenguaje elemental, se explayó sobre las desgracias del país y contra los “vendepatria”, los mismos que, en su desordenado libreto, “habían matado a Moreno y a Belgrano, a San Martín y a Evita”. La dejamos decir, por compasión, por afecto. También por prudencia: las radios oficiales no tardaron en atronar venganza, y en casa se apagaron las luces del comedor y del salón.

Solo septiembre trajo la tan ansiada libertad. Cayó lo que acusábamos de tiranía, y con ella sus nombres y estatuas. La más grande y ridícula, la que afeaba el paseo de la plaza del Prócer, la derrumbamos nosotros, los de 5.º Nacional. Por aquel tiempo yo ya había empezado a escribir y descubría (u otros me hacían descubrir) una innata facilidad oratoria. A impulsos de esos desatinos adolescentes, dije encendidos discursos de victoria, y también abrí la fiesta de clausura de nuestro bachillerato con dos o tres frases que la tentadora difusión de mi propia palabra me había concedido. Ana María estaba allí, representando a su Colegio Comercial, y oyó, naturalmente, todos mis desvaríos. En ese instante me tuvo sin cuidado, y ni siquiera me acerqué; acaso hasta haya subido mi indignación patriótica y mi acaloramiento para señalarle tácitamente ciertas distancias.

Comenzó después un baile con dos orquestas. Yo, que nunca había superado los tímidos valeses, salté desafortadamente desde las rancheras hasta los rocks sueltos. En un momento dado, fuera de mi procaz tembladeral (al que habían ayudado no pocas gotas de alcohol), reparé en ella. Creí que me observaba, junto a otras dos amigas, sin bailar. Desafiante, atravesé la pista, pero cuando me vi tan cerca de su mano, ostentoso, infiel, sin poder retroceder, sentí miedo al rechazo. Me saludó tibiamente, me presentó a sus compañeras, me invitó a compartir su mesa. Le dije que prefería bailar, y asintió. Entendí que no necesitaba testimonios del hombre porque ella sabía qué guardaban los hombres.

Bailamos. Una, dos, muchas piezas. El cantor equivocaba la letra de *Garúa* y se lo comenté. No se ve a nadie cruzar por la esquina. So-

bre la calle, la hilera de focos lustra el asfalto con luz mortecina. Y yo voy como un descarte, siempre solo, siempre aparte, recordándote. Festejé mi memoria y mis ocurrencias; me dio una serenidad que no sé si ella misma tenía. Avergonzado, la miré a los ojos para oír: “No temas, algún día toda esta tristeza se convertirá en gozo”. Olvidé que bailábamos, olvidé el lugar, olvidé mis fervores de hacía un rato: no olvidé en cambio que era la primera vez que la abrazaba.

Hablamos de cosas intrascendentes, y también de sus horas y de las mías. Pero no aludimos, cumpliendo un ya tácito pacto, a nada de lo que podía separarnos. Nuestro entendimiento estaba ahí, fresco, todavía intocado, jugando una apuesta contra la corrosión.

Los recuerdos que vienen después son los del despertar a una improbable madurez. Dejé el pueblo natal y descendí en una ciudad fría donde las diagonales profundizaban el desconcierto: simulaban sueños de un déspota extraño y hermético que hubiera querido provocar continuos y falsos desciframientos. Caminé ansiosamente por esas diagonales buscando el contacto de antiguas paredes en mi mano niña, pero ni las casas ni mis manos eran ya las mismas y aprendí a reconocerme cambiante en un cambiante mundo.

Volvía de vez en cuando al pueblo para ver a mis padres; los encuentros eran duros y hasta agresivos. Yo estaba haciendo el examen de conciencia que toda nuestra generación inició entonces, y revisando el abismo que nos separaba de lo que por aquellos días, aún algo pomposamente, llamábamos “las masas”. Intelectuales a la deriva, procurábamos reencarnarnos históricamente, y para hacerlo había que ver el pasado con los ojos y el corazón de ellas. Papá concluía nuestras discusiones atribuyendo a la Universidad mis veleidades, “y vaya a saberse a qué otras compañías”.

En esos viajes la busqué íntimamente. Perseguía algo más que un reencuentro y una reanudación de nuestro perdido diálogo; algo más que la recuperación de su mirada y de su rostro que nunca lograba recordar; algo más también que la concreción de una fantasía amorosa imposible. Frente a mis cambios, a mis nuevas maneras de ver la patria y sus inquietos destinos, necesitaba su acuerdo, ahora factible, y su inconmensurable perdón.

No pude ya verla. También ella y su madre se habían marchado del pueblo, y nadie supo (o quiso) darme datos claros sobre el lugar donde habitaban ahora. Alguien me dijo que la madre había muerto en Buenos Aires: alguien deslizó insinuaciones sobre “peligrosas” actividades de Ana María en provincias del norte. Pero nada más. Los años han seguido pasando y corriendo sobre nuestras cabezas y nuestras sangres de manera salvaje. La patria es hoy, toda ella, un montón de cenizas, y los pocos leños que quedan no alimentan más que un fuego tiránico. Ana María seguramente ha caído; tenía solo un cuerpo para difundir su mensaje, y así debe haberlo entregado: mezclándose al polen que vuela de las flores, al agua que nutre las plantas. Nunca lo he sabido con certeza y tal vez ni quiera saberlo. Busco su nombre aquí y allá, pero jamás lo he visto y eso alumbra una estúpida esperanza. Sé, en el fondo, que ella ya no está. Que ha pasado como una sombra o como un viento que agita los árboles. Que otros la han amado y la han seguido. En nuestro aterido sur, en nuestra pampa desierta, en nuestros salitrales inmensos, en los subterráneos de las villas o en el altiplano hambriento, ellos habrán recogido su comunión silenciosa, su sacrificio, su buena nueva. Yo, pequeño en mi interminable diáspora, la dibujo, extranjero. No acierto en los trazos, en el color ni en los hechos; presiento que sí en sus contornos. Ella cubre mi mano con dulzura de niña, y canta, para que no lllore, sobre los movimientos del mar.

Lunel, Languedoc, 1978-1979.

Adsum

Angélica Gorodischer

La primera vez que vio a ese hombre en su jardín se asustó muchísimo. Voy a llamar a la policía, pensó. Pero después se imaginó el diálogo hay un hombre en mi jardín ¿lo conoce? pero no no lo conozco es un intruso en mi jardín ¿le robó algo? no ¿la amenazó? no ¿estaba armado? no sé ¿intentó entrar a la casa? no ¿y qué hizo? nada pasó nomás ¿y qué quiere que hagamos? no sé son ustedes los que saben lo que tienen que hacer señora si no hay delito la policía no puede actuar bueno está bien gracias buenas tardes. Después fue acostumbrándose: el hombre pasaba, solo pasaba, no estaba armado, no lo conocía, no intentaba entrar. Lo estudió, poco a poco lo estudió. Descubrió que tenía un pequeño lunar marrón claro acá, cerca del ángulo del ojo izquierdo. Descubrió que era ancho de hombros y que siempre iba impecablemente vestido; y que no usaba anteojos y que miraba invariablemente al frente y que no apuraba ni disminuía nunca el ritmo del paso. Descubrió además que se le había pasado el miedo, que ya no pensaba en llamar a la policía y que casi esperaba que pasara, todos los días. Y pasaba. Pasaba, no faltaba nunca: todos los días, verano e invierno, buen tiempo o lluvia, pasaba por su jardín, tranquilamente, sin dar vuelta la cabeza para mirar hacia la casa o hacia el cerco

del fondo. Si llovía, se mojaba; o no se mojaba; o mejor dicho, parecía no mojarse: no le resbalaba el agua desde los hombros, no le caía por la espalda del traje gris oscuro, no se despeinaba, no entrecerraba los ojos contra las gotas de lluvia. Solo pasaba, seguía pasando. Lo que sí cambiaba era la hora. La primera vez había sido, ella se acordaba muy bien, a las nueve y cuarto de la mañana. Y en los días sucesivos, a las diez y media, a las ocho y cuarto, a las once, hasta que ella dejó de contabilizar el tiempo. Pasaba, el hombre pasaba y ella lo esperaba y un vez que pasaba podía dedicarse a la casa o salir o hacer lo que se le diera la gana; pero hasta que el hombre no pasaba, ella esperaba. Lo esperaba y él pasaba. Nada cambiaba nunca.

O sí.

Desde aquel día a las nueve y cuarto de la mañana algo había cambiado y ella no se daba cuenta de qué. Es que no podía, no podía eso, eso de darse cuenta y no podía porque esperaba atentamente a que el hombre pasara y la atención se le iba en eso, se ocupaba en eso de esperarlo a que pasara y cuando pasaba, mirarlo atentamente a ver qué otra cosa descubría y entonces no le era posible ver, saber, hasta que vio y supo por ejemplo que la mañana parecía siempre nublada, siempre todos los días en los que el hombre pasaba que eran todos, y que aunque hubiera sol y ella lo hubiera comprobado, cuando el hombre pasaba estaba nublado, se nublaba el cielo. Eso era distinto aunque otros aspectos del día no lo fueran.

O tal vez sí, pero no el día.

Fue en ella y no en él en donde descubrió que algo más había cambiado y ese algo eran las fechas. Cómo puede ser que una confunda las fechas. Un pequeño tropezón puede ser hoy es miércoles ah no hoy es jueves, eso sí. Pero confundir los meses y, peor aún, los años, eso era por lo menos llamativo y tenía que ver con el hombre que pasaba por su jardín; ella no estaba segura de dónde estaba el vínculo pero sí estaba segura de que la presencia del hombre, por mínima que fuera, corta como era, sostenía la trama difusa de los años y los días. Estamos en 2015; no, en 1768. ¿Seguro? Seguro. ¡Pero no! Es el año 1919. Claro, sí, de eso sí que estaba segura. Pero al día siguiente era 1497. El diario, se le ocurrió: el diario, tengo que ir a ver la fecha en el diario. De modo que

fue a ver la fecha en la parte de arriba de la página del diario y era el 14 de diciembre de 1911. Claro, por supuesto, diciembre de mil novecientos once, cómo podía haberse confundido, qué raro.

También, fechas aparte, a las que ya sabía aceptar, y que era un día de lluvia, se fijó en las vestimentas. El hombre pasaba siempre vestido de oscuro, elegante, discreto, con el mismo traje y la misma corbata y la misma camisa o eso parecía, pero ella cambiaba, no sabía en qué momento, cambiaba de vestido. Segundos antes de que el hombre pasara ella tenía puesto un chemisier gris con cuello y puños blancos y ah un cinturón de cuero blanco. Cuando el hombre desaparecía por detrás del parante derecho del ventanal, ella tenía puesta una túnica de gasa celeste y un turbante plateado y así seguía hasta el fin del día. Al siguiente se ponía pantalones negros y una remera rosa de mangas largas pero después de que el hombre pasaba se veía vestida con falda floreada hasta los tobillos, botas cortas de color café y un top de raso beige. Y así de seguido, pasando por mamelucos, trajes de baño, uniformes del Ejército de Salvación, burkas, bikinis, trajes sastres, vestidos de novia, trajes de buzo y negros hábitos de monja.

Cuando ya no le preocupaban los cambios de ropa, cuando ya estaba acostumbrada y el único inconveniente era que no podía salir a la calle con traje y casco de astronauta, por ejemplo, en esos días empezaron a aparecer los personajes. El hombre que pasaba no estaba solo. O sí lo estaba pero rodeado de gente. A veces eran dos o tres personas, a veces era una multitud. El hombre no los miraba, seguía pasando indiferente al clima y a las sombras a veces quietas pero siempre animadas que estaban allá un poco más atrás, silenciosas. Indiferente a ella, a la casa, al jardín, a todo lo que no fuera el ritmo de su paso.

Ella dejó de mirar el paisaje y de mirarse a sí misma y volvió, como el primer día, a fijarse intensamente en el hombre que pasaba por su jardín. Pero ya no tenía mucho para descubrir; de hecho, no tenía nada nuevo. Era el mismo hombre que el primer día la había asustado tanto. Tal vez, se le ocurrió un día vestida con toga blanca y sandalias doradas, tal vez descubriera algo más si saliera y caminara con él. Pensó que era una excelente idea. Pero al día siguiente los personajes de allá en el fondo eran muchísimos y estaban uniformemente vestidos

de marrón oscuro, enormes hábitos con capuchas todos hechos de telas bastas y pesadas, y andaban con las cabezas gachas mirado al suelo, las manos juntas, los labios moviéndose apenas en oración o conjuro y temió que las sombras se le echaran encima y la ahogaran y no salió. Durante muchos días alimentó esa fantasía de salir al jardín y acompañar al hombre en su camino. Sabía que no lo haría, ni en 1376 ni en 2001 ni en 1623 ni nunca y sin embargo no se permitió pensar en nunca. Vistió sedas y arpilleras, polleras y shorts, sweaters y perramus, pero no salió.

El hombre siguió pasando, todos los días de todos los años con el mismo traje, el mismo ritmo, los mismos climas, los mismos o distintos personajes, la misma indiferencia.

De modo que un día de 1358 ella salió al jardín vestida con amplia pollera sostenida por miriñaque de alambre, chaqueta de terciopelo, peluca plateada, botas de piel de ante, gorguera y guantes violeta de gamuza. No llovió ese día.

—Es que no, no tenemos ninguna explicación, ninguna sospecha —dijo Laura.

—Era bastante descuidada en cuanto a la seguridad de la casa —explicó Armando.

—Querido —interrumpió Laura con una sonrisa levemente ácida—, no agregues lo que yo iba a decir. ¿Sabe, comisario? Nos inclinamos a creer que la han secuestrado y que en algún momento van a pedir rescate. ¿A usted qué le parece?

—Puede ser, señora, puede ser, no descartamos ninguna posibilidad, por desusada que sea.

—Lo que es, si van pedir rescate, se están demorando bastante —dijo Armando.

—¡Querido! —dijo Laura.

—Vamos a esperar, señora. Vamos a esperar lo que sea necesario porque algo tiene que suceder, alguna señal vamos a recibir.

A veces llovía sobre el jardín, a veces no. Sombras solían adivinarse entre los fresnos. Pero todo era en silencio... aunque pasos, a veces, muy suaves, muy lentos, sin respuesta, grises, sin tiempo.

Hamlet - La última cita

Liliana Heer

Hay numerosos Hamlets pero escasas máquinas de sincronía transparente. Pareciera que el viejo hábito de cubrir los ojos con sudarios aceita la censura. Hace muy pocos años, en una ciudad al sur del ya no tan nuevo continente, presencié con sorpresa la original puesta de Barberis. Un *striptease* basado en *La ratonera*, cuyo propósito era exhibir los mecanismos del poder. La obra nace del futuro, desentierra: Fortimbrás, el vencedor, ante un suelo regado de cadáveres, pisando fuerte declara sus derechos, quiere saber, pregunta. Horacio, alerta a mis instrucciones, le responde. Ambos necesitan un relato para evitar que los flecos de la verdad apesten. A la luz el espectáculo en dimensión de tal: lo público y lo privado.

Horacio, puro movimiento, brinca, da vueltas carnero, entrega las páginas que escribe en un rincón del escenario a los actores salidos de una jaula. Va dando letra a los comediantes pero falta uno, el jefe de la compañía no está. Ha sido oportunamente eliminado.

Mi papel se repartía entre todos, dividido y propagado era príncipe, estudiante, cortesano, bufón. Los actores discuten, aceptan el guión a los tirones. La versión acentúa el carácter teatral del hombre y

del mundo, la voluntad de olvido, su potencia de *show*. Esta también es una representación, padre. ¿La esperabas?

Quiero llegar a ti desde el presente –el tiempo del engaño– y hacerme eco de las partituras que inspiramos. He puesto en un cedazo los argumentos: se parecen, difieren, teorizan, repiten las mismas citas, defienden contradicciones, plagian. ¿Habrá otro método?

Todavía hoy, los críticos quieren saber por qué el ejército prohibió la obra después de su novena representación. ¿Sin *La ratonera* la hubieran prohibido? Creo que no. Ese injerto, la osadía de insinuar las trapisondas ante un rey cuando el proceder jacobeo era la oda a lo visible. Mis líneas dentro de la pieza exponían la cesura entre una forma de verdad y otra, denunciaban que había más de lo que había, y en aquellos tiempos lo que no estaba a la vista debía morir, como Polonio detrás de las cortinas.

La memoria de los hijos está comprometida por la perdición que los engendra. Al padre, se lo ama y se lo odia, por capítulos o a lo largo de toda su existencia. Por esa razón, hoy te convoco, me gustaría hablar del duelo, me refiero a la ausencia, no al duelo que sostuve con Laertes.

¿Cómo sintió el padre al hijo muerto? ¿Cuál habría sido tu reacción si yo hubiese aparecido pidiendo clemencia?

Soy el alma de tu hijo. Un hijo desposeído y un padre inmortal. Mi voz, tu voz latiendo a semejanza del mar en un corazón consubstanciado. Dos perros lamiendo viejas llagas. Dialéctica de pacotilla. Campanas, suenan campanas.

Sé muy bien que el mercado de la muerte implica tener derecho solo a la leyenda, los créditos, la marcha caballeresca tras el féretro. Repetición de anécdotas y memorias, dirección sin salida del sepulcro, entierro unánime. Sé muy bien que el padre se vende en estampitas, no solo en las iglesias, también en los correos y en las mercerías. Con un botón alcanza: lo importante es que funcione. Por supuesto, la función está en el teatro de la caída: sube el telón y las variaciones del caer abanicán al espectador. Insisto Majestad, es tentador para los críticos explicar al artista utilizando datos personales. Algo entendió Stephen entre las dos y las tres de la tarde del largo día de *Ulises*: cuan-

do Ruthandbaconsouthamptonshakespeare u otro poeta del mismo nombre en la comedia de errores escribió Hamlet, él no era simplemente el padre de su propio hijo, sino que, no siendo más un hijo, era y se sentía el padre de toda su raza, el padre de su propio abuelo, el padre de su nieto no nacido aún, quien por la misma razón nunca nació porque la naturaleza detesta la perfección.

Hice el nudo en orden inverso y terminé desatándolo. Ahora debo abrir las manos, soltar tu retrato, poner *end* al folletín, decir adiós al desborde fantástico.

Es posible que esta sea nuestra última cita, por lo menos la última cita con un padre. Ser hijo reduce a la idolatría o al desprecio, ambos sentimientos me repugnan. Basta de arrullos y arañazos. Si pudiera dejar de ser hijo como se deja de pertenecer al resto de las cosas, con la felicidad del abandono y la dicha de quien ve desprender una cosa, una adherencia.

Los nuevos siglos generaron otro modelo de filiación. Si bien era inmensa la distancia entre el que mató a su padre y copuló con su madre y nuestro famoso Elsinor, esa distancia fue multiplicada. El griego ignoraba lo que hacía, su padre no pudo reconocerlo porque jamás lo había conocido; su madre era una mujer sufrida en manos de un salvador. Todos fueron santos inocentes dotados de esa fuerza heroica que impide mirar atrás. Si supieras cuántas veces soñé con ser Edipo. Nuestro caso, si puedo llamarlo así, adolece de exceso de razón y la razón es ubre de malentendidos. Nosotros motivamos otra clase de teoría, no menos tendenciosa, menos resonante. Escapamos al mito cayendo en el drama de carácter. Los Óscar al culpable son para Edipo. ¿Cómo podría no ganarlos y volverlos a ganar si gracias a él la policía familiar tiene suficiente control para fabricar víctimas y agujonearlas desde la cuna?

Shakespeare entra después aunque preceda al griego.

Fui tu Adán padre, la gotera recordatoria en el tablero. Obedecer, obedecer. Como Adán supe que la acción no modifica nada, como Adán sentí el ridículo ante la necesidad de ajustar el mundo salido de quicio.

Shakespeare entra después y me hace suplicar:

Que se derrita la carne mancillada, que se convierta en rocío.

La misma distancia que hay entre el héroe cegado y la pusilánime figura del *dandy* llorón que ni siquiera sabía que prefería no hacerlo hasta el último minuto en que lo hizo, tal vez por necesidad de reproducir en otro mundo al elenco completo; reitero, la misma distancia entre el griego y yo está exhibida en un Hamlet de celuloide. Al ver esa película encontré un instante de sosiego. Me alivió saber que en un país del norte cercano a Dinamarca había otra versión de nuestra historia: *Hamlet liikemaailmassa*. Fue reconfortante observar la construcción del personaje, el despliegue inigualable de la cámara ante un Hamlet cínico, provocador, ajeno al sacrificio y los buenos modales, valiente y osado heredero de una industria internacional. El melancólico agnóstico es reemplazado por el hombre de acción, un Hamlet que no posterga, espera. Desconfía al punto de atemorizar a los conspiradores dispuestos a malvender la empresa comprando patos de goma (no cisnes) para el confort de las salas de baño. Un Hamlet asesino, hábil en aumentar la dosis de veneno vertida a cuentagotas en el *drink* cotidiano por el culposo Caín. También, no me molesta admitirlo, un Hamlet asesinado con justicia por su mejor amigo –harto de contemplar desmanes–. Deberías ver esa película, apreciar el sorprendente contrapunto, la lucha de clases, la tensión hitchcockeana, el blanco, negro y sobre todo gris, el suspenso *punk*: Shakespeare ante el abismo de una nueva metamorfosis.

El *film* cristaliza la mutación que me produjo tu segunda visita, cuando fui llamado por Claudio para dar cuenta del cuerpo de Polonio. En aquel diálogo, bajo lúcido delirio, hablé de distintos manjares, de los emperadores fraternos de la degustación. Cualquiera puede pescar con el gusano que ha comido de un rey y comer del pez que se comió al gusano. No puedo negar el desdén por la realeza que ese episodio denunciaba. El hombre hermanado en su *detritus* formó parte de una teoría igualitaria que con el tiempo ganó y perdió ascenso. Quiero decir, salió del mundo subterráneo para imponer sus ideales y, como todos los ideales hacen burbujas, ahora estamos flotando en la venenosa historia oficial de la humanidad.

La tormenta

Isla de los Estados, 1902

Sylvia Iparraguirre

Cuando la silueta del barco fue un punto en el horizonte, el marinero Novello, supo que el capitán no volvería. La certeza lo aturdió como un golpe: estaba abandonado en la Isla de los Estados. Le castañearon los dientes y todo el cuerpo se le puso a temblar. Nadie iba a venir. Las corrientes marinas y la niebla eran terribles en la Isla, hacían naufragar los barcos estrellándolos contra las piedras como si fueran barriles vacíos. Acobardado, pensó que la culpa de todo la tenía su madre. Seis meses atrás, sentada frente a él a la mesa de la cocina, su madre viuda había dicho que, con casi veinte años, debía ingresar en la Subprefectura, donde, según ella, “tendría porvenir”. ¡Y qué porvenir había tenido! Miró alrededor. Había nevado hacía unos días y grandes manchones blancos moteaban la tierra rocosa y oscura. Las laderas de las montañas y de los fiordos, cubiertas de enormes helechos y tupidos bosques de coihues mostraban una sombría belleza, pero Novello no lo notó. Muerto de frío, se largó a caminar por instinto, sin saber hacia dónde ni para qué.

En realidad, si estaba en esa situación era porque en la isla existía el presidio de San Juan de Salvamento. Por lo menos había existido hasta una semana atrás, cuando las autoridades decidieron traspasarlo a

Ushuaia, momento en que los presos, aprovechando los preparativos del traslado, se amotinaron y huyeron. En unas barcasas se largaron a cruzar el Estrecho de Le Maire, a fin de alcanzar la Tierra del Fuego y, allí, la libertad. Avisada la Subprefectura, la base de Río Gallegos a la que pertenecía Novello había enviado un barco a aplastar el motín. Pero llegaron tarde, cuando ya los presos habían desaparecido y tras ellos el poco personal que quedaba en tierra. El edificio abandonado del presidio, más frío que la propia intemperie, y el cementerio adosado al último muro infundieron un temor supersticioso a los marineros, que sintieron que hasta para homicidas era inhumano el lugar.

Como si no pudiera convencerse de lo que le estaba pasando, Novello repasaba una y otra vez el desembarco en la Isla. Les dieron armas y la orden de registrar una zona amplia alrededor del penal. En una confusa distribución de hombres, se encontró formando parte de una de las patrullas que habían salido en redada y se extravió. Por completo desorientado en la soledad hostil de la isla, había perdido el rumbo del edificio del presidio. Horas más tarde, veía el barco cruzar frente al acantilado, rumbo al sur, a Ushuaia. Su puesto era en bodega; aun cuando se dieran cuenta de su falta, comprendía que no iban a volver. El capitán, como todos, sabía que si los prófugos habían alcanzado la costa fueguina, andarían buscando refugio en las estancias, y estaban armados. No debía esperar su barco por lo menos hasta dentro de dos o tres días.

Su única suerte, pensó, era que los habían hecho desembarcar con las mochilas. Hizo un rápido recuento: dos latas de carne, unas galletas, un cuchillo, un pedazo de soga y algunas cosas más. Bajó por el acantilado hacia la playa en forma de herradura donde anidaba una colonia de pingüinos. Apenas notaron su presencia, pero a Novello le gustó ver algo vivo, que graznaba y se movía en aquella desolación. Se sentó en una roca y estaba comiendo una galleta cuando una piedra cayó por detrás de su espalda y rodó hasta el borde de la rompiente. Se levantó de un salto con el fusil listo. Le pareció ver una sombra que desaparecía arriba. Tratando de tranquilizarse –Novello se decía en voz alta que estaba nervioso–, caminó por la base del acantilado en busca de un refugio. Al poco rato daba con una cueva abierta en

la piedra. La inspeccionó y decidió que se iba a instalar ahí. Acarreaba una buena cantidad de ramas secas, cuando tuvo otra vez la sensación clara de que alguien, desde la cima del acantilado, lo vigilaba. Tiró la leña, apuntó hacia arriba y disparó.

—¡Quién anda ahí!

El estampido rebotó en los pliegues escarpados de la costa y fue tragado por el gemir constante del viento. Animales feroces desconocidos, algún ser extraño y furioso de la isla tomaron formas caóticas en la mente de Novello, que trepó con desesperación. Jadeante, quedó frente a las colinas desiertas, con manchones de nieve, por las que había caminado hacía unas horas.

Las sombras del crepúsculo cayeron de golpe desde las montañas y casi sin transición la isla quedó sumergida en la noche más profunda. Mirando el fuego penosamente encendido en el fondo de la cueva, Novello se sintió solo en el mundo y el miedo y el frío lo atontaron. El gemir lúgubre del viento subía y bajaba. Avivó las llamas y se acomodó lo mejor que pudo con la manta sobre los hombros. Entre la ropa superpuesta buscó el reloj que colgaba sobre su pecho, única herencia de su padre: las siete de la noche. Saber la hora lo reconfortó débilmente. Era algo que todavía lo unía a los demás, a su casa, al cuartel. Alguno de sus compañeros, su madre incluso, podían estar mirando las siete en algún reloj. A esta hora, ya sabrían que había quedado en la isla. En medio de estos pensamientos, el tiempo perdió dimensión.

Cuando despertó, el fuego se había extinguido hacía horas. Con el cuerpo entumecido se asomó a la luz gris de una mañana helada que lo impulsó a moverse y a saltar hasta sentir que volvía a tener dedos en los pies. El cielo del sur auguraba tormenta. Miró a lo lejos una forma oscura que, a unos cien metros de la cueva, por la playa, le había llamado la atención el día anterior. Se largó a caminar. Al llegar, observó largo rato el bote. Del casco partido al medio solo quedaba una mitad que parecía la popa. La marea lo había arrastrado boca abajo, lejos de la rompiente, quién sabe hacía cuánto tiempo. Grandes flejes de hierro con enormes remaches mantenían todavía sólidamente unidas las tablas; unos metros de cadena herrumbrada colgaban de una

argolla en medio de una colonia de lapas. Una ballenera de barco antiguo, de vela, pensó Novello, resto de algún naufragio. Haría una buena tapadera para la boca de la cueva, lo protegería de la tormenta que en cualquier momento iba a descargarse. Se desembarazó del equipo, se agachó y encajó el hombro debajo del borde; empujó hacia arriba. Apenas pudo mover unos centímetros el casco, en parte encallado. Se metió debajo, en cuclillas encorvó la espalda y empujó. El esfuerzo fue tremendo, pero esta vez el bote cedió al tiempo que un dolor agudo le traspasaba la mano. Un clavo en una saliente de la madera le había herido la mano izquierda. Quedó inmóvil, tratando de juntar voluntad para salir y lavarse la mano en el mar. Cuando asomó la cabeza, un hombre alto lo encañonaba con su propio fusil. Percibió todo junto y de golpe: el pelo largo y revuelto, la barba de días, la mugre, el traje a rayas del presidio. El hombre tenía una frazada puesta sobre la cabeza. En la cara enfermiza cubierta por la barba, los ojos, hundidos y opacos, lo miraban fijo. Con el fusil le hizo señas de que levantara las manos. Atragantado, Novello obedeció. El mar se había embravecido y el silbar eléctrico del viento anunció una de las feroces turbonadas. El hombre manoteó la frazada que se le voló de la cabeza. Sin una palabra, los dos buscaron refugio debajo del bote. Novello veía el cañón del arma cerca de su cara, vigilada por los ojos hundidos del preso. En un impulso repentino, se arrojó sobre él y forcejeó con un cuerpo que resultó pura piel y huesos. El hombre era corpulento, pero se defendió apenas.

—¡Y ahora, qué vas a hacer...! —gritó, dueño otra vez del arma a la que sus brazos transmitían su propio temblor. Se arrastró por el espacio exiguo bajo el bote y le apuntó.

—Dame las manos. ¡Juntalas, te digo!

Le ató las muñecas con el trozo de soga; después, se anudó un pañuelo alrededor de la herida. Un poco más calmo, sacó el reloj: las doce del mediodía. Afuera había amainado. Con suerte, tenía cuatro o cinco horas de luz.

—Salí —ordenó.

Miró con mayor atención al prófugo. Al esfumarse el temor inmediato, un pensamiento reconfortante ocupó la mente de Novello. Con esta acción inesperada iba a quedar muy bien con el oficial; ni

qué hablar de sus compañeros. Tal vez le dieran una medalla o algún tipo de recompensa. Se olvidó por un momento de dónde estaba y se entregó a la escena de un regreso aclamado en Ushuaia y en Río Gallegos. Su madre... el ímpetu del viento lo mandó hacia adelante, desintegrando las imágenes del triunfo. El cielo tenía un color violeta oscuro y, hacia el sur, muy bajo sobre el horizonte, un resplandor lechoso de bordes lívidos le anunció que no había tiempo que perder.

—¡Agarrá la cadena! ¡Ayúdame! —ordenó.

El preso obedeció y tiraron juntos hasta que la mitad del bote se desencajó y empezó a moverse. En la boca de la cueva, los dos se apoyaron, jadeantes, contra el medio casco; en un último esfuerzo, lograron enderezarlo y apoyarlo sobre la entrada. Apenas se recuperaron, Novello ordenó:

—A juntar leña.

El preso se acomodó la frazada sobre la cabeza y salió adelante. Nubes negras y bajas aplastaban los contornos de la isla y los hacían apurarse sin que ninguno dijera una palabra. Ya de vuelta dentro de la cueva, una luz cenicienta se filtraba entre las maderas carcomidas del bote.

—Armá el fuego —dijo Novello, tirándole los fósforos. Descansó contra la pared de piedra, agotado. Señaló el jarro de lata y la cantimplora que colgaban de la cintura del preso atados con una soga.

—Dame eso.

El preso se los extendió. Novello tomó agua, tapó la cantimplora y la dejó a un costado. Las rachas heladas hacían crepitar el fuego que adquirió fuerza, dándole calor en las piernas y la momentánea ilusión de que todo podía salir bien. El preso se había cubierto con la frazada y acercaba las manos al fuego, que le ponía reflejos cambiantes en la cara huesuda. Para ocultar la ansiedad que le producía la inminencia de la tormenta, Novello sacó una lata de carne y maniobró con el cuchillo. Sobre las rodillas, el caño de la carabina apuntaba al preso.

—¿Qué habrás hecho vos? —hablaba fuerte para tapar el ruido del viento—. Seguro que mataste a alguno, o a muchos.

Terminó de abrir la lata y la arrimó al fuego. Miró al preso y se envalentonó.

—¡Contestá! Por qué viniste a parar acá.

Fue entonces que el frío de la cueva se le metió en los huesos porque el preso, mirándolo fijo, abrió enorme la boca y le mostró un muñón de lengua. La propia boca de Novello estaba ahora abierta. Le llevó un momento reponerse de la sorpresa.

—Así que te cortaron la lengua... No serás soplón, vos... —La voz se le apagó y se quedó ceñudo mirando la lata. ¿Qué clase de hombre era aquel para que le hubieran hecho algo así? No le gustó nada la idea. Pudo haber sido un accidente, pensó; el hombre tenía una cicatriz al costado de la cara, que la barba no le había dejado ver antes. Con un resoplido de impaciencia, puso carne sobre dos galletas y se las extendió. El preso las hizo desaparecer en un segundo. Novello rebuscó en la mochila y los ojos se le iluminaron: la bolsita con yerba. Puso agua en el jarro y vertió yerba en el agua. Contento, esperó; quien sabe a la mañana siguiente ya estaba el barco en la costa. El mate cocido caliente fue lo mejor que le pasó a Novello desde que se quedó solo en la Isla. Le tendió el jarro al preso. Un momento después, como si recordara algo urgente que hacer, sacó el reloj: eran las seis de la tarde. El rugido cóncavo del viento anunció la descarga. Ya se viene, pensó. Desenvolvió el pañuelo sucio e inspeccionó la herida de la mano. No le gustó nada su aspecto.

En ese momento, con un aullido salvaje, se desató la tormenta. Un vendaval de lluvia y viento golpeó el casco que se sacudió con furia, mostrando que era por completo insuficiente. Novello tiritaba tratando de que el fuego se mantuviera encendido. Las oleadas de frío se hicieron cada vez más intensas y salían de las mismas paredes de la cueva. En algún momento de la noche, Novello dejó de sentir los pies. Mucho más tarde, al menos así le pareció, el preso se sentó a su lado apoyándose contra él. Con las manos atadas alineó la frazada y la manta y cubrió las dos espaldas. Los cuerpos juntos produjeron algo más de calor. Afuera parecía que la isla entera explotaba. Novello sepultó la cara entre los brazos cruzados sobre las rodillas y desde allí espizó el pedazo de bote que temblaba como una hoja en el huracán, como una puerta de cartón sacudida de sus bisagras. Si el bote se volaba, eran hombres muertos, pensó confusamente y sin demasiada

alarma mientras su cuerpo se iba acalambrando, y él se dormía, se hundía lentamente en la oscuridad. Alguien le sacudió el hombro y apenas pudo levantar la cara. En los ojos sumidos del preso, vio el reflejo del fuego que se extinguía. El hombre le mostraba las manos. Novello no sentía el cuerpo; el sueño lo invadía de manera irresistible.

—Ah, sí, quieres que te suelte... y después...—Se le cerraban los ojos.

El preso hizo un ademán frenético señalando la entrada y volvió a sacudirlo.

—Salí te digo. —Novello apenas pudo moverse, con enorme trabajo lo volvió a encañonar.

Como si no le importara que lo perforara de un balazo, el hombre se abalanzó sobre la boca del fusil que se le clavó en el estómago. Un sonido gutural, horrible, salió de su garganta; de un manotazo le quitó el arma y la tiró al otro lado del fuego. Lo levantó brutalmente por la ropa, lo empujó hasta la boca de la cueva y allí le plantó las manos en la cara. A Novello la sangre le circulaba otra vez, podía mantenerse de pie y fue capaz de sacar el cuchillo por sus propios medios. Con una sensación de borrachera, torpemente, cortó las cuerdas. Ajustar el bote más adentro de la cueva, dijeron las manos libres del preso. Se descargó un granizo ensordecedor y el fuego se apagó. En la oscuridad, sin darse cuenta, Novello gritaba. A tientas, hombro junto a hombro, empujaron, pero el viento los zamarreó pegados al temblor convulso del bote. Con el mismo instinto, esperaron una embestida a favor, empujaron a un tiempo y el casco quedó incrustado en la entrada. En ese momento, Novello sintió el golpe en la cabeza y perdió la conciencia.

Cuando despertó, las llamas movían luces y sombras en el techo de piedra. Estaba acostado, boca arriba, tapado con su manta y con la cantimplora debajo de la nuca. Un dolor agudo le traspasó la cabeza. Preocupado por estas novedades angustiosas, olvidó todo lo demás. Se tocó la frente y encontró una venda, parecía un pedazo de camisa. Se apoyó en un codo y miró alrededor. Una franja blanca de granizo se había formado debajo del bote. Algunas piedras de hielo entraban con tanta furia que rebotaban en las paredes de la cueva. El preso le

extendió el jarro de mate cocido. Al tomar el asa, Novello notó que su mano estaba limpia y que le había cambiado la venda. Había aprovechado el granizo para calentar agua, pero a él, ¿qué le había pasado? Lo miró con recelo y buscó en el piso el fusil. Estaba cerca del cuerpo encogido, cubierto con la frazada, al que lo único que parecía importarle era permanecer lo más cerca posible del fuego. Sigilosamente, con el pulso desbocado, empezó a correr el fusil con el pie, hasta que lo tuvo el alcance de la mano. Un momento después, vacilante, se sentaba y apuntaba al preso que parecía no haber advertido nada de su maniobra.

—A ver, vos —intentó recuperar la voz de mando, pero apenas logró algo más que un susurro ronco. El hombre ni lo miró.—¡A ver, vos! ¿Qué me pasó? Hablá.

Se había olvidado de que el preso era mudo. Con cansancio, el hombre señaló el bote y con el canto de la mano se dio un golpe en la frente. Novello se sintió espantosamente mal. Olvidado del fusil, se tendió en el piso. Iba a morir en esa cueva, herido y de frío. No iba a ver más ni a su madre ni a nadie. La autocompasión lo invadió, aferró el reloj y miró la hora, lloraba en silencio, sin darse cuenta. Sintió una mano que le apretaba el hombro, le palmeaba la espalda. El preso hizo un gesto en el aire, como queriendo decir: Nos vamos. Aturdido, Novello entendió que se iban a morir ahí y se le desfiguró la cara. El preso negó con la cabeza. Hizo otro gesto que quería decir correr el bote de la entrada y salir al sol, a la vida. Novello se calmó. No supo cuándo, se durmió.

A la mañana, la tormenta había pasado. Nubes bajas cruzaban hacia el norte a gran velocidad; el frío cortaba la cara y los desniveles del terreno estaban blancos de granizo. Bajando hacia la playa, la colonia de pingüinos ocupaba otra vez su lugar, lo que Novello tomó como un buen presagio. Sin decir una palabra, ató las manos del preso que las ofreció sin resistencia. Lo encañonó y salieron; poco después llegaban a la cima del acantilado. Pasado el mediodía, la silueta del barco de la Subprefectura se recortó en el horizonte. Novello se desbordó y saltaba y corría y daba vueltas agitando los brazos. Sentado en una piedra, el preso permaneció inmutable ante estas demostraciones, gacha la cabeza bajo la frazada.

—¡Ya nos vieron! ¡Ya vienen! –gritaba Novello a los saltos.

Después se calmó y también buscó una piedra donde sentarse. Un rato largo lo pasó mirando el mar. Observaba al preso y volvía a mirar el mar, como el que mide el pro y el contra de una decisión. Al fin, sacó el cuchillo de la vaina y se acercó despacio. Lo tocó para que alzara las manos e hizo el gesto de cortar la soga. Sin saber por qué, había adoptado la gesticulación muda: con la mano le dijo que se podía ir, que lo dejaba en libertad. El otro encogió los hombros y, sonriendo apenas, negó con la cabeza. “Es cierto”, pensó Novello, “a dónde podría ir; en dos días estaría muerto”, y como una consecuencia natural e inmediata de esto pensó: “Y yo también, si hubiera estado solo”. Saliendo del aturdimiento en que lo habían sumido la tormenta y el saberse abandonado en la isla, vio por primera vez con claridad algo que el preso, seguramente, sabía desde el principio: que estaban vivos porque eran dos; que, en ese páramo de hielo, un hombre solo no hubiera tenido posibilidad alguna, y que si el preso lo había acechado desde los acantilados era simplemente porque a él lo vendrían a buscar, porque, igual que él, había querido sobrevivir. Cuando esto le quedó claro, Novello retrocedió y se sentó en su piedra, y la soledad que volvió a notar a su alrededor le pareció todavía más aterradora. Cuatro horas más tarde, habían sido llevados a bordo.

Aturdido por su flamante popularidad, Novello se olvidó del preso que fue conducido a la bodega con custodia. Lo reclamaban las voces de sus compañeros que, entre elogios y palmadas, le preguntaban detalles de su aventura. Por primera vez, fue el centro de una rueda de caras amistosas y sonrientes, entre las que circulaba la botella de caña. Mientras tomaba ansiosos tragos y mostraba con incredulidad sus heridas restándoles importancia, repetía el relato de su encuentro con el prófugo, que ya, sin darse cuenta, había empezado a magnificar. Recién al atardecer, cuando un tanto mareado bajó a bodega a retomar su puesto, Novello recordó al preso. Al hombre de carne y hueso, no al feroz evadido de su relato. En el camarote que hacía de celda, un imaginaria lo custodiaba. Novello se quedó en la puerta. Experimentó un ambiguo sentimiento que no pudo definir. En su boca se formaron unas palabras irreprimibles:

—Nos salvamos, eh.

El preso lo miró con una levísima ironía que Novello no estaba en condiciones de notar. En un impulso, alzó la botella de caña y, haciéndole un gesto al custodia de que saliera —el soldado obedeció, al fin y al cabo el que hablaba era el héroe del día—, se la ofreció. El hombre la aferró con las manos atadas y bebió sin apuro tragos interminables. Cuando al fin dejó la botella sobre la mesa, Novello no encontró más que decir. Iba a salir y las manos se le fueron solas a palmear la espalda del hombre. Las palmadas también parecieron interminables. El preso lo miró, sin expresión. Y eso fue todo. Poco después, en su litera, acompasado por el rumor familiar de los motores del barco, Novello se dormía. Antes, no miró ni una sola vez la silueta sombría de Isla de los Estados que, a popa, se perdía, confundida con la bruma gris de la caída de la noche.

Asombros y movimientos

Noé Jitrik

NOCHES MIXCOAQUITAS

En esa joya de José Alfredo Jiménez que se titula *Ella*, hay tres o cuatro perlas poéticas: “Y sus labios se abrieron para decirme ¡Ya no te quiero!” y enseguida “Quise hallar el olvido al estilo Jalisco”, verso que remata en el distante “pero aquel tequila me hizo llorar”, para terminar con el senequista “pero ya estaba escrito que aquella noche perdiera su amor”.

Cada uno de esos versos tiene un alcance diferente y en todos hay una palabra que cala hondo de diverso modo; entre todas es como un reguero semiótico, una dispersión significativa semejante a esos fuegos de artificio que lanzados desde el piso se distribuyen en el cielo iluminándolo fugazmente.

Así, el rotundo “ya” del primer verso tiene la fuerza de lo fatal, lo definitivo, el lugar de una llegada sin retorno: unido al “querer” imagino la bíblica estatua de sal, pero al revés, quien se va y no mira para atrás: ¿se pierde, se salva? En el segundo verso la palabra “estilo” reduce el drama y lo lleva a un piso literario, es como si el poeta, no el abando-

nado, tomara distancia etnográfica y nos dijera “no es para tanto, una cosa es sufrir un abandono y otra hacerlo ‘a la manera de’, según usos y costumbres”. El demostrativo “aquel”, y no el artículo “un”, aplicado al tequila lo singulariza, remite a una experiencia única que se liga a la situación y la ilustra en el extremo de una terapéutica imposible. Y, por fin ese inolvidable “perdiera”, como forma verbal de irrealidad en lugar de un más posibilidoso y real “perdería”, que si se hubiera empleado habría convertido la poesía en una anécdota, en algo trivial que pasó. De este modo, todo el lamento por el abandono adquiere una tonalidad de fuga, de hueco metafísico, obliga a sentir o a pensar en qué es eso que llamamos “pérdida”. Hacer eso, haberlo hecho con esas palabras es lo que puedo llamar “poesía” con toda la seriedad del caso. Creo que este razonamiento habrá de gustarle a Gonzalo Celorio, alma sensible a esta clase de poesía en particular, a la música a la que sirve y a la poesía en general en todos sus niveles, sin calificaciones, sin diferenciar entre lo sublime y lo espontáneo. Y si lo evoco –y en cierto sentido lo convoco– es porque su casa de Mixcoac era una suerte de templo en el que oficiaba la voz de Daniel Santos, las paredes se impregnaban de danzones veracruzanos y cubanos, Agustín Lara venía a convencernos de que sus padecimientos eran herederos de las pasiones rubendarianas, Benny Moré a mostrarnos que lo increíble estaba allí, María Grever a decirnos que ser mujer era la gloria y por fin Compay Segundo recuperado y, si no recuerdo mal, la María Teresa Vera nunca olvidada. Él con fervor, yo con recogimiento, él sacerdote, yo acólito de un arte propio de un lugar, México, al que yo me asomaba con el respeto del exiliado y la admiración de quien vive de imágenes y ha perdido muchas cosas pero no el asombro.

En una de esas noches –el tequila no nos hacía llorar– hubo una información excitante: Dámaso Pérez Prado comía muy cerca de ahí, en La Playa, un restaurante de pescado del celebrado, por Celorio, Mercado de Mixcoac, primera estación en mi largo tránsito mexicano, perfume de guayabas. Quisimos ir a verlo, tal vez la decadencia o el desplazamiento que había sufrido el chá-chá-chá lo habría victimizado, y creo que fuimos pero ya no estaba: habría que ver si sus alaridos los llevaba puestos y los exhalaba también al comer la mojarra frita que en ese

lugar resplandece, como si regresara con su hálito acuático, para seguir en el bolero, “la brisa que viene del mar”. No sé qué campaña de defensa de Pérez Prado iniciamos ahí mismo, por no sé qué agravio que lo habría herido pero, en todo caso, nos identificamos con un sufrir que más bien era de Lara, no de él.

A Gonzalo le gustó un ensayo que yo hice al reunir la voz atiplada pero armoniosa de Benny Moré cantando *Varadero* con el vasto *Muerte sin fin*, de José Gorostiza. Entre lo final que implica el “varar”, que es donde mueren los barcos, junto al inevitable mar, y el “sin fin” de la muerte, hay una concomitancia, ambas expresiones establecen un pacto en un subterráneo simbólico en uno de cuyos extremos está una canción evocativa y dolorosa que tiene a la palabra “varadero” como lo que pone en movimiento ese caudal de vibraciones, y en el otro una alta reflexión metafísica, una alta poesía. Unirlas me pareció que reducía y aun eliminaba antagonismos, en la canción popular hay núcleos de radical angustia, hay que sentirlos y descubrirlos, y la más abstracta y refinada poesía potencia esa misma angustia, mediante palabras de un rigor deslumbrante e implacable.

En realidad yo no pretendía mostrar el camino que va de lo popular a lo culto o a la inversa, sino simplemente hacer un homenaje a las noches mixcoaqueñas pero, sin embargo, tal vez mi reflexión en algún punto se encontraba con fecundas teorías románticas; tal vez Brahms lo había entendido y realizado, por qué no verlo del otro lado. Porque, en el fondo, solo se trata de encontrar el punto en el que la poesía brota y de percibir cómo todo se funde en la búsqueda de un sentido que está más allá de los lugares que la expresión tiene en los códigos sociales. Pura emoción, puro tributo que yo estaba rindiendo a un orden de realidad que no habría podido imaginar en la Argentina y que me estaba siendo dado con esa gente, con esos sonidos, en esas noches. ¿Y por qué no también en la Argentina? ¿Acaso ciertas letras del tango no nos remiten a la zona de la angustia que los grandes escritores supieron transformar? Otro memorable, Ángel Vargas, canta: “No vendrá... pero la espero igual”. ¿No es acaso lo que le ocurre al coronel a quien nadie le escribe pero va a buscar, no obstante, la carta?

Y en esa atmósfera mixcoaquita, ad usum Celorium, otra revelación, la de una voz prodigiosa, la de Celia Cruz cantando, en una especularidad absoluta, precisamente, indudablemente, *Mi voz*. Dicho de otro modo, como consciente de la maravilla de su voz entonaba un himno a lo que la voz puede dar de sí, de la más profunda subjetividad a la objetividad del instrumento más preclaro. Y sobre la cual también escribí, me vuelven esas impresiones, la memoria es un conjunto de vendavales, uno es de belleza, otros son de nostalgia, otros de desdicha.

De modo que entre el abandono cantado por Jiménez, las noches de Mixcoac y Celia Cruz, más, naturalmente, Gorostiza y Celorio, se me compone un mosaico, una red de palabras que me siguen aprisionando y que me hicieron decir, al divisar las pampas inmensas que mis ojos no alcanzaban a cubrir, "qué va a ser de mí lejos del mar Caribe".

II CAMINATA

Esta mañana, a las 8.48 exactamente, salimos a hacer un paseo a pie. Por primera vez, en casi diez días de caprichosas tormentas, amaneció claro y luminoso. Las tormentas han dejado una secuela: la atmósfera tiene un aspecto otoñal y el sol sale bastante tarde, cerca de las ocho; es como si hubiera aprovechado la racha de mal tiempo para atrasarse. Tomamos por Juan XXIII, no hay nadie en esta calle ni en las que la cruzan, la bóveda verde por la que pasamos tiene algo de amenazante, de sobrecogedor; tal vez eso hace que callemos y que intentemos que nuestro paso sea vivo, pensando, quizás deseando que el ritmo de la marcha nos infunda rápidamente un poco de calor para neutralizar esa vaga amenaza. Echamos miradas a ambos costados, ya no se ve movimiento en la casita llamada El Aguaribay, donde pasa el verano una mujer rubia, que alguna vez integró un efímero grupo de estudios dirigido por mí; nada, como siempre, se advierte en la gran casa que está enfrente, rodeada de silencio, tal vez no se pueda decir que sea por abandono y sí por reclusión de sus habitantes. Un cartel predica alquiler de caballos pero no se los ve, no se ve a sus cuidadores,

no se escucha ningún relincho. El vado, a unos trescientos metros de mi casa, no tiene agua, es raro que la tenga incluso en épocas de grandes crecientes, el río que la lleva se pierde poco antes de llegar a ese sitio. Al llegar a la esquina siguiente tomamos hacia la derecha, en dirección al manantial. La calle es impecable, parece pintada, tiene un trazado perfecto, una que otra casa a los costados, también silenciosas, no alteran una extraña armonía, el verde es compacto y brillante, asombroso, incluso en los setos y las bardas, no digamos hacia arriba, donde se juntan las copas de los árboles de ambos lados. Antes de llegar a la fuente, “el chorrito de San Roque”, entramos al camino que va a Cruz Chica, paralelo a la ruta asfaltada; mi respiración, en las subidas, se hace fuerte, trato de recordar y aplicar las normas que alguna gente sana me explica, en vano, cada tanto: aspirar por la nariz, espirar por la boca. En ese camino, que como es alto permite ver cambiantes panoramas hacia la izquierda, ya sea jardines grandes y bien cuidados, ya colinas suaves que se alejan y entrecruzan sus planos, está, sentado junto al borde, un operario de la empresa de electricidad, tiene puesto un casco y, se supone, está esperando algo o a alguien, al equipo quizás porque es hora de trabajo; el hombre nos saluda, es el primer saludo que recogemos en esta mañana. El aire, tal vez a causa de lo profundo de las aspiraciones, huele a flores frescas, de pronto un aura de menta, de pronto el perfume de unas flores blancas, seguramente campanillas efímeras, que han proliferado gracias a las abundantísimas lluvias de los últimos días. A lo lejos, se ve con toda nitidez una casa, sobre la izquierda, en una colina; es nueva y todo brilla en ella, el pasto y los techos, pero no se ve a nadie cerca, saliendo o paseando o haciendo algo. Un poco más adelante, antes de llegar a un desvío que lleva, a apenas veinte metros, al camino pavimentado que va a Los Cocos, se ve una mujer que con movimientos vigorosos maneja una pala con la cual traza una especie de sucinto canal por el que cae un agua que viene, quizás, de algún manantial; coloca pequeñas piedras al costado, a modo de contención, el canal semeja una víbora que serpea hasta abajo. La mujer nos saluda al pasar, nos mira tal vez con curiosidad. Dejamos el desvío de costado, echamos una mirada a la gran casa vacía que se yergue sobre la derecha y enfilamos, todavía

con energía, hacia arriba; al llegar a la pequeña iglesia de la Cruz, donde nunca entramos, siempre está cerrada, tomamos el camino de la derecha, en cuyo comienzo un cartel, preventivo o informativo, enuncia: ¡subir en primera! Esa calle asciende, verdaderamente, el cartel no mentía y sus curvas crean un efecto de ilusión, tal vez detrás de la próxima empieza un descenso, quizás alguien aparezca y, rito sin mayor relieve, nos salude. Esa calle va rumbo a los filtros desde los cuales, hace unos años, llegamos a una cascada bellísima, las aguas caían, y seguramente lo siguen haciendo, en una olla en la que nadie se bañaba en ese momento pero donde muchos, que estiman esa belleza, suelen hacerlo. Estábamos con Julio Lareu y su amiga Ana y, después de contemplar esa caída, descendimos por el lecho del río viendo, de pronto, sorpresivamente, casas de una oculta magnificencia, como si solo se pudiera llegar a ellas desde las piedras amontonadas y alisadas por las infinitas crecientes. Pero ahora, con Tununa, solos los dos, dejamos de lado la cascada y aun los filtros y preferimos descender, el camino regresa hacia la izquierda y hace un lazo con el que dejamos de lado junto a la iglesita. En la bajada se empiezan a ver casas importantes; algún perro lejano ladra con furia e inútilmente, otros nos acompañan un trecho y luego, sin dar razón, nos abandonan internándose por senderitos que nosotros advertimos solo porque hemos visto que los perros desaparecen por ahí. Pasamos por delante de la casa del pintor Remo Bianchedi, donde estuvimos cenando pocos días antes: está todo cerrado, seguramente duerme, es temprano todavía. Enfrente está la casa de otro pintor, Jorge Soto Acebal, conocido por Chori. Tununa mira hacia la casa y distingue a través de una ventana un cuerpo que se agacha y luego se incorpora; le hacemos señas y él nos ve, nos reconoce, nos saluda y en instantes se nos acerca, nos invita a tomar café –no aceptamos– y nos cuenta brevemente sus peripecias recientes en una sala de terapia intensiva a causa de un problema cardíaco. Lo dejamos y, un poco más adelante, por el lado derecho ascienden unas voces, una de las cuales es reconocible, es o puede ser la de Elsie Vivanco, que vive abajo, junto a un arroyo. Nos decidimos a llegar hasta su casa, previa pregunta al artesano, Belpoliti, que desde su taller ve, acaso controla, tanto el descenso hacia La

Cumbre como el acceso a Cruz Chica, rodeando la casa de Manuel Mujica Láinez y el ascenso hacia el alto, la zona cercana a los filtros, donde según dicen subsisten los “ingleses” de La Cumbre, seres cada vez menos visibles y acaso inexistentes. Elsie está, nos recibe, nos ofrece café –no aceptamos– y manzanas de su casa –que aceptamos– y entre otras cosas nos cuenta una excursión a caballo de casi dos días al lado oculto del Uritorco, por el lado de Ongamira. Su relato es bueno: al llegar arriba se ve hasta Ascochinga de un lado y Soto del otro, incluidos los Llanos de La Rioja. La idea nos parece atractiva y nos la prometemos para el año que viene; ahora, estamos a fines de febrero, no se pueden llevar a cabo empresas de ese porte. Luego seguimos por el camino que baja, que es el que tomamos para venir, y volvemos a ver a la mujer que hacía el canal; ella nos mira con curiosidad y tras el nuevo saludo le preguntamos por su tarea y, de paso, nos informa que está al cuidado de esa gran casa, abandonada desde hace años, fue un hotel, no se vislumbra ninguna intención de rehabilitarlo, nos da la impresión de que no sabe, pese a su vivacidad, ni siquiera quiénes son los dueños. Nos pregunta si somos de aquí y, como siempre, tenemos dificultad en responder, hacerlo es dar demasiadas explicaciones. En el lugar en el que el operario estaba sentado, al borde del camino, hay un camión y tres hombres trabajando arriba, en esas canastas que, como si fueran ascensores, transportan a uno o dos hombres que reparan algo en un poste de luz. El luminoso cielo de cuando empezamos a caminar empieza a ser asediado por nubes cada vez más abundantes y espesas, la tormenta, ciertamente, se niega a darse por vencida. Retomamos la calle Juan XXIII y junto al sitio en el que habíamos visto el cartel anunciando alquiler de caballos está un hombre, con mucho sol en la piel, de bombachas y una fusta o látigo en la mano; al saludarlo, nos pregunta si no vimos unos caballos sueltos por ahí arriba; son tres, nos explica, y escaparon por la mañana temprano, como si huyeran del trabajo, son trabajadores esclavos. No los vimos, sí, quizás, señales de su paso, líneas de bosta fresca por algún impreciso lado o tal vez eso fue otra vez y en otro lugar. Al llegar a casa comprobamos que la temperatura no cambió demasiado aunque la transparencia desapareció, el aire está un poco turbio, las nu-

bes cambiantes arruinan lo que prometía ser un día perfecto. En casa se me hace consciente que las dos horas exactas en que caminamos lo hicimos en silencio, casi en mutismo. Da que pensar: quizá el color del aire o el silencio de la sierra o el próximo cambio de estación corten el habla, pero también puede ser que estemos, en especial yo, perdiendo la facultad de hallar motivos o temas, quizás el medio nos determina más de lo que quisiéramos, esa atmósfera de abandono o de reclusión se nos mete dentro y nos –me– hace sentir que estamos fuera del mundo, entregados a fuerzas oscuras, aunque iluminadas por el sol y que, fuera del mundo, no hay mucho de qué hablar.

El músico de Biskra

Nelson Mallach

Más tarde tengo la esperanza de volver sobre ello y contar todo lo que no me atreví a decir entonces.

ANDRÉ GIDE, *Journal*.

Este manuscrito no llegará a manos extrañas; ni siquiera a las de Jean Delay, mi biógrafo. Durante cincuenta y cuatro años guardé sus páginas escritas a los veintinueve en ocasión de visitar a Oscar Wilde en el miserable balneario de Berneval. *In memoriam* es solo una parte; el resto, que es lo que sigue, no lo he difundido. No por creerlo un relato prohibido, sino porque trata sobre algo diferente: soy yo en sus páginas, sí, como siempre; pero un yo medido por la lente de quien hizo de mí un ser medroso y atento al filo de la carne, como si en este juego probara él los límites de mi amor por Emanuelle, mi ángel.

En su nombre abandono la primera persona para entregársela. Solo insisto en estas líneas finales. Completo el manuscrito con este prefacio y, antes de ocultarlo, encaro su relectura. Vuelvo a sentir como aquella vez en Berneval-Sur-Mer el bullicio de mis sentidos, el hormigueo en mis piernas, las palpitaciones agudizadas. Él, recostado sobre los cojines, dispuesto a escribir letras hechas de mí.

Pudiera ocurrir que alguno hallara mi escrito. Se sabe que hay personas que buscan más allá de los límites. Si forzara este cajón de doble fondo en donde pienso esconderlo y diera con estas hojas a las que adoso letras temblorosas ¿qué podría yo reprocharle a su conciencia?

G. París, 1951.

1. *Chalet Burgeot, 1898. El cuarto del segundo piso; una bohardilla de techos bajos. Sobre una alfombra polvorienta hay algunos almohadones dorados que acompañan al narguile. Por el ventanal se ve el mar que él observa sin su chaqueta puesta y los puños desprendidos.*

El carruaje nos condujo por las callejas de Biskra hasta el café moro. Recuerdo a los niños. Cada cara, cada vello incipiente en sus bigotes. Se sentaron delante de nosotros para ejecutar las canciones que tanto agradaban a Bosity. A él le gustaba esa ambivalencia entre la frágil niñez y el olor de sus axilas. Y yo siempre procuré su placer como un mandato. Míreme ahora. Fíjese en el estado de mi dentadura, en estas ropas de vagabundo. No soy el que encontró en Argelia. En cambio, usted ha tenido el recorrido inverso. Si me acuerdo del pálido muchacho de veintiún años que era: alto, con los cabellos lacios a medio cuello, algo retraído y severamente insociable; tan ingenuo en los campos en que yo brillaba como un cometa imprudente.

2. *Trenza los hilos de una cuerda. Equivoca los nudos y se flagela con ella.*

¿Cómo puede pensar que la fatalidad debe ser aceptada como parte de nuestro destino? Abandoné el África para volver a Londres y sentarme seguro frente al tribunal. Era la respuesta que daba a la infamia: esa maldita nota que había sido dejada en el Albermale Club. Está bien que se referían a cosas que había hecho sin privación de aspavientos; *to Oscar Wilde, posing as a sodomit*, firmaba el enemigo. Y yo, todo lo había hecho por él, porque le gustaba que fuera así, porque me hubiera abandonado de haber evitado la representación pública. Yo era su teatro. ¿Por qué debiera pensar que ese amor me perfeccionaba al decidir responder a las acusaciones del Marqués de Queensberry? Ese odio que Bosity tenía hacia su padre debía ser encaminado por alguien. Fui yo su daga envenenada. Me presté al intento. No volví a Londres por limpiar mi nombre como lo deseo ahora. Lo hacía por loco amor. ¿Y me hace grande la fatalidad de haber estado mudo durante dos años o hablando entre dientes en la rueda de la cárcel? Hice y deshice cuerdas como trabajo forzado. Yo, el señor del sonido articulado. ¿Me perfecciona esta mudez que continúa aún hoy

día? No puedo sentarme y tomar la pluma para poner en letras los dramas que maduré en prisión. ¿Es el *amor fati* una verdad o un consuelo, querido André?

3. Recostado sobre los almohadones, lame la boquilla del narguile. Sus ojos están entrecerrados cuando la tarde adormece el cuarto y muta los dorados de las telas a sanguinolentos.

Recibí la carta de Douglas apenas abandoné Argel. Me pedía que no viajara, pero en lo más profundo de sus frases disfrutaba mi riesgo tanto como el hundimiento de su padre. Igualmente no residía en este dilema lo sustancial de su carta. Querido amigo, el motivo que le había tornado el pulso tembloroso al momento de escribir había sido usted, su compañía la noche en que Bosy se perdió en la tratativa absurda de dar con aquel jovenzuelo y nos dejó solos. El carruaje, el bar. ¿Mohamed se llamaba el músico de Biskra? Bosy tenía predilección por él, sin embargo esa noche se empecinó por el otro. Usted también lo conoció; al que vistió con ropas elegantes y se conducía entre los suyos como un príncipe. Yo recuerdo muy bien a Mohamed porque por él usted me dijo *sí*. Esa respuesta medrosa. ¿Le temblaba la voz? Le agradezco que me haya hecho partícipe de su candor. No hay placer como el del perverso. Le entregaba el fruto más sublime de Bosy y usted decía... *sí*. Pero quisiera saber, aunque está eximido de respuesta si así lo prefiere: ¿aquel *sí* tembloroso fue el primero?

4. Un pulverizador presionado por sus yemas expulsa una esencia pútrida, que no tiene correlato en su memoria sensitiva; sin embargo, no lo incomoda, más bien lo alegra. Contrarresta la humedad marina que se filtra sin tregua en la bohardilla.

¿Le disgusta que me acerque tanto? La gente nos mira. Quizá piensan que usted es uno más de los que me acompañan a veces en mis paseos tomándome de la mano. Eso también le molesta, tanto o más que mi olor; que pudiera ser de esta ropa, de mi piel o de mis cabellos. Elija. Resulta un tanto vergonzante estar a mi lado. Dígalo. Grítelo. He

caído en desgracia y lo sabemos; todos se enorgullecen de esta frase. La fama me ha abandonado. Soy algo peor que un perro callejero.

5. Acomoda el saloncito. Busca posiciones para los almohadones. Se aleja un instante para observar el escenario en perspectiva. Disconforme, vuelve a modificar el decorado.

Bosy se enteró de nuestras tropelías de esa noche. En la carta decía que yo le había entregado a Mohamed para desviar su conducta (cosa cierta) y que había presenciado ese encuentro con su consentimiento. Usted sabe muy bien que eso nunca ocurrió, pero Bosy ha despertado en mí la curiosidad. En las horas de trabajo forzado mi mente escapaba gracias a la pintura de ese lienzo. Llenaba la celda con los fragmentos de bar que recordaba: el humo, los olores, los jonzuelos clavando sus ojos en los nuestros, las notas musicales escalando como el opio por los narguiles. Imaginaba su desnudez sobre la piel cetrina. Y es eso lo que quiero ahora que he perdido todo. Verlo a usted, aquí en mi casa, con algún Mohamed, frente a mí, representando el último drama que tal vez escriba: *El músico de Biskra*.

6. De pronto, emerge la pizarra como un sortilegio. Vuela por los aires estancados del ático una esponja y borra con premura un nombre que se vuelve a escribir con insistencia.

En el hotel de Blidah estaba escrito su nombre en la pizarra cuando llegamos. Me alegró encontrarlo. Su timidez era para mí un intersticio por donde me placía asediarlo. Sin embargo, al volver de la calle alguien había borroneado su precioso nombre. Pregunté y me dijeron que había sido usted mismo el que había usado la esponja. No le voy a mentir, lo creí un tanto descortés, desapareciendo así, sin siquiera saludarnos. Con ese sabor amargo di un nuevo paseo por las callejas atestadas de chilabas. Al rato, volví sediento y temeroso de que Bosy ya no estuviera en la habitación, pero ante la pizarra se congelaron esas emociones insanas: su nombre aparecía nuevamente, con la claridad de una perla sobre los nuestros. Me detuve. Usted me sedaba,

sépalos. Y al mismo tiempo, disparaba mi imaginación... Pero ¿por qué se fue y volvió? ¿Acaso yo ya era vergonzante?

7. Retira un clavel rojo del florero y lo coloca en su solapa. No le encuentra una posición que lo deje conforme. Entonces lo arranca y se lo come.

Recuerdo en los jardines de Uardi a los niños con sus cabras. Bebí una copa de lagmy, el vino de la savia de la palmera. Qué dulce mareo impregna el ser en la sombra de aquellos jardines, en la que la dentadura blanca de los pastores invita al retozo. ¿Los conoce? ¡Qué jardines! Viaje, usted, que cuenta con fortuna y juventud. Vuelva a aquel momento en que aún soltero vagaba y volvía a la vida después de estar tan enfermo. Que el matrimonio no lo prive de ese contento. Y comprometa su cuerpo escindido. Entiendo eso de amar a un ángel; seguramente ella lo sea. Pero entregue su cuerpo. No permita que solo sus ojos sean el vehículo del placer. No piense que respeta más por limitar los impulsos de la carne. Sea como esos pastores: ¡libre!

8. Una mosca se posa sobre su brazo e intenta matarla con un periódico enrollado, pero el insecto escapa. La luz cenital pone en primer plano el polvo que se desprende de la manga de su saco. Busca un cepillo con urgencia y empieza a repasar la tela, pero esta cede, se desgarras.

Cuénteme lo que hicieron con Bosy cuando partí de Argelia. Él repitió una y otra vez que usted estuvo encerrado en su cuarto tocando el piano y así lo creo; pero subrayó esa acción por sobre las suyas. Insistió en recluirlo en la falta de incentivo para vagar en busca de aventuras. Por eso lo he arrinconado con mis preguntas hasta que se refirió a la noche en que en la terraza del hotel usted se entregó a sus brazos. ¿Es cierto? O solo contraataca para tranquilizar su pensamiento respecto de nuestro vínculo. Entienda que, desde aquella vez en que borró su nombre de la pizarra del hotel en Blidah, ha estado entre Bosy y yo, como la presa de una cacería. Y si de ninguno fue, ni él ni yo estamos seguros de afirmarlo.

9. Aparece como un espectro su abrigo de piel de nonato. Busca en sus bolsillos con desesperación hasta que da con un pequeño envoltorio anudado con una cinta de seda bordó. Sus dedos tiemblan antes de deshacer el moño arrugado.

Mire estas fotos de mis hijos con cuello de Eton. Bosy decía que a este hijo mío, que Constance no me permite ver, se lo reservaba para él, como si yo fuera el dueño de una de las mercancías argelinas. Yo reía; no por voluntad sino por satisfacerlo. Me reía, ¿entiende? Trocaba ese agravio en una broma. Yo, el padre de Cyril, mi hijo mayor, mi orgullo, del que estoy privado por haberlo sometido al escarnio. ¿Entiende, usted, por qué merezco esta condena?

10. Como si hubiese descubierto una verdad, se abraza al retrato de su hijo Cyril.

¡Qué extraño! En 1891 lo conocí a usted, André. Ese mismo año, en agosto, ocurrió mi primer encuentro con Bosy. Y usted está aquí, junto a mí, frente al mar en este balneario de mala fe. Si hubiese evitado el destino, tal vez estaríamos nosotros dos ociosos ahora mismo. Tanto usted como Bosy eran jóvenes hermosos, dignos de lo que creía ser en aquel momento.

11. Un libro. No hay bibliotecas que cubran las paredes. Se trata de un libro aislado en la inmensidad de la sala que es un universo trastocado. Lo abre con parsimonia. Arranca una página que tiene un título, Oscar Wilde y yo, y un autor, Alfred Douglas. Se la come.

¿Podía yo soñar con una divinidad más encantadora que Bosy? Lo adoraba, sí, lo adoraba verdaderamente. ¿Y dónde está ahora? Publicó un libro infame. No quiere verme. No quiere siquiera que se pronuncie mi nombre en su presencia. Soy un esputo sanguinolento de un tísico para él. Me arrojó al último lugar de la tierra. Ni mi nombre me ha quedado, ni mis iniciales. Mis hijos desterrados. Mi madre desconsolada al extremo de la muerte. Mis antepasados acuchillados de deshonra... Pero usted está aquí, el sol entra por la ventana, el mar sigue batiendo las costas y alguno

aun pretende mi caricia. No está tan mal. Al fin y al cabo acepto el devenir tal como ocurre ¿Ve? Este destino de gloria lacerada, que seguirá su camino más allá de mis dientes apolillados, buscará otros tiempos más acordes donde pueda ser restituido, donde se olvide mi carne y se perpetúe mi belleza. Tiene razón, ya no me juzgaré. Mejor acepto la nueva patria, mi isla. Este reino de telón raído. Amo esta fatalidad, André. Póngase contento: seré incondicional a esta vida de miseria.

12. Camina en puntas de pie de un extremo al otro del salón. Acomoda los almohadones. Vigila entornando apenas una puerta.

Duerme. Apenas se ha presentado esta mañana a verme. Él no sabe que usted está en la casa, aunque en la comida de anoche me ha preguntado si lo he visto. Le he dicho naturalmente que no. ¿Quién se hubiese imaginado que tocaría usted la puerta del chalet? ¿Acaso sabía que él estaría aquí?... Es una broma. Sé lo feliz que se pondrá Mohamed al enterarse de su presencia. Parece que consiguió al fin viajar a Francia con algún señor benevolente al que ya abandonó. No ponga esa cara. Sé que usted enfrentó a su familia por traerlo y aceptó al fin la voluntad de los suyos. No se precipite. Sea mío en parte. Entregue su intimidad a mi mirada. Entienda esta representación como un mínimo triunfo sobre Bosy. Pido poco luego de haber padecido tanto.

13. Espera sentado sobre los cojines, sin la camisa puesta.

Claro que no es Mohamed. Para la cruda realidad tuve la prisión. ¿Por qué no imaginar un Mohamed? Un músico de Biskra para usted y para mí nomás. Íntimo. ¿O acaso este lugar es Argelia? Seamos los autores de este drama. Acepte el escenario que le propongo. El partenaire no está nada mal. Supera en belleza al verdadero, pero no insista porque no sabe tocar música. Igualmente no es lo importante el que sea o no un triste negro argelino. Nada de eso. Mi pedido excede esa vulgaridad. Desnúdese ante él. Olvídeme. Ni usted ni ese negro son presente para mí. Miraré hacia el pasado. Entre ustedes dos solo estará Bosy. Solo quiero ser partícipe de lo que él vio sin estar yo presente.

14. Desnudo.

Desnúdelo como si se tratara de una primera vez. Hágalo sin culpa, que es tersa la carne del niño. Desplómese a su lado. Apenas rócele los labios. Recorra su piel respirándole encima como un potro que olfatea la mano de su amansador. Pero no se levante, André. No abra esa puerta. No me deje con este negro maligno que me pedirá el dinero que ya no tengo, que me pegará antes de robarme lo poco que me queda. ¡André!

15. Ensangrentado.

Recuerda cuando me llevó usted a la casa de la princesa Ourousosof. Ella se alarmó al mirarme por primera vez. De pie, señalando sin vergüenza mi rostro, afirmó a viva voz que veía una aureola en él. Todos, hasta usted creyeron que ella estaba fuera de sí; pero yo, a pesar de mi sonrisa, entendí la preocupación certera de la princesa. Algo ya andaba mal y esa mujer lo estaba augurando.

Oración final

André mío.
Persigo algo más.
Paso tras paso, soy el caído.
Un San Sebastián acribillado.
Un Sebastián Melmoth.

Las flechas que hirieron a San Sebastián, estilizadas, son las marcas distintivas del traje de presidiario que vestí durante dos años en la cárcel de Reading.

Negrita

Analía Martinoia

Remington.

Así, a secas.

¿Nombre? No. ¿Para qué? Si con el apellido te digo todo. Bueno, la verdad es que él me dice Negrita. Cuando habla de mí con otros dice "Mi Remington", y yo le escucho el amor y el orgullo. Pero cuando estamos solos, y soy toda para sus manos, me dice bajito: "Negrita, qué tenemos hoy, vos y yo...". Y a mí se me estremece hasta el último resorte.

¿Saben que tengo la forma de sus caricias en el cuerpo? Una "a" tan gastada..., las "o", "e", "s" sin brillo –pasaron muchos "héroes", muchas "penas", "adioses", "soledades"–, el espaciador tiene el hueco de su apoyo y no le duele.

Si cierro los ojos siento la tibieza de sus manos en mis costados cuando, levantando la cabeza y apretándome entre los dedos, ordenaba las imágenes que se agolpaban en torbellino, descartaba comienzos, agradecía finales.

Lo cierto es que lo conozco más que ella. Aunque Matilde pudo darle estos hijos que adora. Pero lo conoció científico, brillante, viajero. Lo quiso compañero de laboratorio, dilecto de los Curie, incansa-

ble observador aferrado a un microscopio que él un día apartó con la misma certeza que dejó París, cerró el capítulo de ciencia en su vida y me eligió a mí.

Ella insistió, desesperó, recriminó. Acompañó.

Cansada de querer cambiar el curso de un río con puñados de arena, le dijo sí a empezar de nuevo. Sí a la vida de ama de casa, lejos de portaobjetos y mecheros, cerca de pañales y espasmos bronquiales. Las noches sin sueño junto a él, entre pizarras, reactivos y fórmulas interminables, las cambió por el dulce oficio de velar hijos con fiebre, escuchando el teclear –tan lejos y tan cerca– de ese compañero suyo que se metamorfoseaba increíblemente eligiendo otros caminos con poco lugar para su huella.

Eran los años en que Einstein visitó Argentina. Y la Facultad de Física de La Plata que lo acogió como alumno y lo supo triunfador, hijo del mundo, al lado de los maestros de la época, ahora lo veía pasar por la vereda de enfrente, investigando hacia adentro recuerdos e historias, abstraído y solo, con una libreta de apuntes en el bolsillo, pisando sin ver.

El día en que me hizo suya, ya la libreta le quedaba chica. Hojas y hojas se amontonaban en desorden en su escritorio, más de una semana de no hablarse con Matilde y amigos preocupados visitando la casa con gesto de pésame. Ese día se paró frente a la vidriera de la compraventa y me miró largo rato; luego entró con paso decidido y, tras sacar todo lo que llevaba en los bolsillos, me calzó bajo su brazo y salió apurado a la llovizna. Afortunadamente su amigo Julio vivía cerca, porque por más que me secó con esmero, se me hicieron unas saltaditas de óxido que todavía hoy conservo –con placer, en realidad– como la marca imborrable de nuestro encuentro.

Fue Julio quien le regaló las primeras hojas y le hizo lugar en la mesa de la pensión para apoyarme. Sentí mucha ternura ante sus tropezos con el tabulador, las letras que no encontraba o la cinta trabada. Se ve que en sus épocas de científico siempre hubo un escribiente que pasó en limpio sus creaciones.

Y hoy estamos solo él y yo, como ese primer día, sin intermediarios ni fisgones, con el corto trayecto de la idea a la mano, de la tecla al

papel. Y el ritmo suave y constante de un diálogo amoroso y secreto, frontal y sin tapujos.

Hoy. Hace ya tantos años que estamos juntos... que nuestro amor se ha hecho tan callado y obvio como sereno e inevitable.

Sobreviví tus borrascas de hojas arrancadas, golpes y portazos.

Fui estoica compañera de interminables noches sin descanso.

Aunque me acomodé en el escritorio, al que considero hace tiempo mi hogar, también supe estar en la mesita de mármol bajo el tilo del fondo, en el asiento trasero del auto en muchas de tus escapadas, ¡y hasta en el sótano!

Eso merece un capítulo aparte. Sí, escritor, yo también tengo lo mío que decir.

Cuando la empresa descargó en el recibidor las cajas y empezaste a abrirlas junto a tu esposa, halagado y sorprendido, sentí cierto vibrar desconocido que en pocas horas pude aclarar, poner nombre y sufrir de la manera más atroz: celos.

Ella entró en nuestra vida por la puerta grande, cuando ya eras famoso, reconocido, homenajead. Así, cualquiera. No te conoció en los comienzos, no practicó la paciencia bajo tus manos torpes, no aprendió a conocerte el humor de lejos, por la forma de calarte los anteojos, atusarte el bigote o hasta respirar en medio suspiros.

Y sin embargo le hiciste lugar. Y hasta te corriste a un lado –como me desplazaste a mí– para que tu hijo Mario la conectara, buscando la cercanía del tomacorriente, que no le diera el sol directo, que no hubiera humedad. Tanto mimo para esa criatura rechoncha y altisonante que de buenas a primeras pasó a reinar en nuestro escritorio, convertido en eje de encuentros familiares, nietos ansiosos, hijos superados y una Matilde siempre resignada a un segundo plano gris y contenedor.

Celos. Y una breve estancia escaleras abajo, que me hizo padecer terrores hasta entonces desconocidos y extrañarte como nunca. Y odiarte. Y odiarla.

De haber sabido, como supe luego, de los vanos intentos, tus broncas e impotencias y las pantallas enteras de inspiración robadas

por una tecla fallida, habría disfrutado mis días de encierro como unas merecidas vacaciones y no como un destierro rencoroso.

Pero ya sabés: duró poco. Juntos escribimos la carta agradeciendo el regalo y adjudicándonos la falta total de idoneidad y eficiencia para trabajar con esos adelantos tecnológicos. Te vi mojar el sobre que acompañaría el regreso sin gloria de la vulgar PC a su origen. Y tu sonrisa fue un bálsamo, y el enojo de tus nietos una risa. Y mis dientes de tecla todavía hoy sonríen al recuerdo de esa, tu única aventura.

No cambiaría por nada mi vida a tu lado. Ni le cambiaría detalle.

Nos necesitamos el uno al otro. Somos parte el uno del otro.

Te conocí convaleciente, te esperé, y aquí estamos.

Me tuviste cansada, sin tinta, con teclas rotas. Pudiste cambiarme. Pero me hiciste arreglar, y aquí estamos.

Hoy escribimos lo que dices será tu última obra. Como no concibo la existencia sin tus palabras, el día que calles callaré contigo y me desarmaré en mil pequeñas partecitas de metal insignificantes, insertibles, inviolables.

No habrá otro después. No importa si lo hubo antes.

Ninguna mano osará acariciarme ni intentará convencerme con prosaico léxico. Solo entiendo tu lenguaje, para el resto seré sorda, muda e inútil.

Borracha de tus historias, el licor barato de otra prosa no me cabe. Vomitaría.

¿Sabés? Cuando te vayas... no te irás. No quedaré sola. No necesitaré derrumbarme en trozos.

Seguiremos juntos, en algún lugar, Ernesto.

Porque no puede ser de otra manera.

Los brazos de Venus

María Martoccia

“¿Por qué le habré dicho a Ramiro que estoy a punto de divorciarme?”, se pregunta el hombre, sentado sobre un médano –sus hijas a la orilla del mar y en el muelle un pescador que lanza una y otra vez esas redes a las que llaman medio mundo–. El viento sopla del noroeste y la espuma de las olas está cargada de yodo. “Si entre Ramiro y yo no existe la menor confianza, somos casi dos desconocidos”. Agita un brazo y murmura: “Últimamente de lo único que estoy seguro es de mi inseguridad”. Camila le responde desde la orilla: agita un pañuelo, hace unos pasos de baile. El pañuelo tiene los colores de la bandera de Francia –que son los mismos que los de la bandera de Liberia– y por unos segundos le parece que la nena maneja un barrilete. Su otra hija, la mayor, camina sobre la arena húmeda y cada tanto se arrodilla y hace un pozo; él les contó que cuando era chico las playas estaban llenas de almejas.

—Ah, están acá...

El hombre levanta la cabeza.

—Te dije que veníamos.

—Entendí frente a casa... —La mujer le hace un gesto a su marido para que estire la lona y así poder sentarse. Lleva anteojos oscuros,

una túnica a rayas de una tela liviana y transparente y un bolso dorado del que cuelga un llavero hecho con plumas.

—Estamos a unos metros, Ana. —El hombre señala detrás de los médanos—. Fijate. Desde acá se ve el súper de los paraguayos. Se llama Guaira, como los saltos esos que nosotros visitamos hace años. En el 92, ¿no?

—Tardé en encontrarlos —dice la mujer, poniéndose una gorra—. Esta playa es muy abierta, yo me hubiera ido para el otro lado... — Apoya una mano sobre la rodilla de su marido—. Donde estuvimos ayer, que era tan lindo. O cerca del muelle, el muelle para el viento.

Federico se encoge de hombros. Rocío debe haber encontrado almejas, está con medio cuerpo dentro de un pozo.

—Aunque no parezca —insiste Ana—, si te sentás allá, donde está ese hombre con la tabla, hay una diferencia enorme.

—Si vos lo decís...

Federico imagina que el muelle es un dibujo en tinta china y que el pescador está sacando ostras y pulpos de tentáculos flexibles como cámaras de caucho para una bicicleta. Entierra un pie en la arena y levanta un paquete de cigarrillos que se balancea unos segundos entre sus dedos.

—¡Ay, qué asco! ¡Dejá eso! —grita Ana María, apuntando con el índice el paquete de cigarrillos—. Andá saber de quién fue y dónde estuvo. ¿No lo pensás?

Federico abre los dedos del pie. Como si hubiera estado esperando, una ráfaga se lleva el paquete de cigarrillos. El muelle deja de ser un dibujo.

—Con este viento es imposible —insiste Ana—. ¿No ves que sobre los médanos no hay nadie? Mirá, ya tengo todos los anteojos llenos de arena.

Federico obedece y mira unos segundos a su mujer: la túnica le queda muy ajustada y en el escote se le forman cientos de arrugas nuevas; se le ocurre que así vestida se parece a un paquete de regalo sin abrir, no dice una palabra y vuelve a fijar la vista en el mar. En dirección a las nenas camina una pareja con un perro labrador. Son dos ancianos petisos que llevan bermudas y chalecos impermeables sin

mangas: ella naranja, él verde; el hombre tiene las piernas torcidas y al caminar se desvía levemente a los costados, como hacen los cancheros. El perro se mete en el mar y el viento empuja a las nubes, a las que –sin duda– considera inoportunas. Federico respira hondo: un olor penetrante le llena los pulmones y le empieza a picar la garganta. La arena es gruesa y oscura, y con las algas que trae la marea se mezclan pedazos de plástico, sogas y caracoles gastados por el agua, de agujeros tan ínfimos como el pinchazo de una aguja.

Ana pone el bolso en un extremo de la lona, antes guarda el llavero de plumas.

—Rocío está buscando almejas —dice Federico—. Anoche les conté a las chicas de cuando yo venía a estas mismas playas con mi papá —levanta un brazo—: ¡si me habré dado panzadas de almejas! Les poníamos un chorrillo de limón y listo.

—¿Almejas? —pregunta Ana fingiendo sorpresa—. Ya no hay, Federico. Además, cuando vos hacías eso, tenías diez años. Y Rocío tiene casi diecisiete. No es algo para que haga una chica de su edad.

—¿No? —A Federico se le escapa una sonrisa—. ¿Y qué tiene que hacer una chica de su edad?

—Qué sé yo. —Ana estira las piernas y se mira las uñas de los pies recién pintadas—. Salir, estar con sus amigas. Rocío está cada vez más para adentro... Pensar que el año pasado no paraba de presentarse en *castings*, ¿te acordás?

—Los adolescentes cambian, Ana.

El hombre entrecierra los ojos para evitar el reflejo del sol: entre las olas asoma la cabeza del labrador y, a pesar de la distancia, llegan hasta sus oídos las risas y los gritos de los ancianos. “Capitán, Sultán, Falucho, tengo que hacer una lista con nombres para perros grandes. ¿O sería mejor un nombre menos convencional?”

Ana deja de mirarse las uñas de los pies, asegurándose de que la próxima vez elegirá un tono de esmalte más claro:

—Marina —dice—, está veraneando con su familia acá nomás, a unos kilómetros. Y ya llamó tres veces. Pero Rocío dice que no tiene ganas, que la llama después... —Se acerca a su marido—. Sabés quién digo, ¿no?

—Sí —responde Federico—. La chica esa del flequillo que le tapa los ojos... La anoréxica.

—¡Ay! Fede, no le digas así —exclama Ana—. Tuvo un problemita, pero ahora está lo más bien. Y relinda. —Parece pensarlo mejor y agrega—: Bueno, más linda.

—Habrás comido —responde Federico—. Era un palo, un palo vestido. —Levanta los ojos al cielo y sigue a una nube con forma de pera—. Así se le decía a las flacas cuando yo era pibe, ¿te acordás? O flaca escopeta. Esa era otra expresión. Pero ya nadie la usa. A tu hermana los compañeros le decían “flaca escopeta” y lloraba.

Ana se pone de pie y empieza a sacarse la túnica; con el esfuerzo para hacerla pasar por la cabeza se descose en la sisa. “Trac”, escucha Federico.

—A Marina —explica Ana contemplando con fastidio la sisa rota—, la ayudó una psicóloga del colegio, un amor de chica. Si vieras cómo le estuvo encima, porque la madre no quería darse cuenta del problema de su hija. Viste que hay padres que se enceguecen y creen que con sus hijos todo funciona a las mil maravillas. —Se lleva una mano al pecho, aclara—. Por suerte, a nosotros eso no nos pasa. Nos pasan otras cosas, pero eso no.

“¿Qué serán las cosas que nos pasan?” se pregunta Federico.

Sin que lo hayan visto u oído llegar, delante de Ana y Federico cruza el hombre que por las tardes vende churros en las playas. Está apurado, no lleva la chaqueta blanca ni el gorro que suele llevar cuando trabaja, pero reconoce a sus clientes y dice:

—A mi mujer se le terminó el azúcar.

Sube por el médano y desaparece.

—¡Pasá después! Vamos a estar acá —le grita Federico, dándose vuelta.

Ana se inclina:

—Dejá de comprar tanto churro, Fede. A las chicas les salen granitos y a nosotros muy bien tampoco nos hace.

Federico levanta la vista; su mujer lleva una bikini a lunares mínima y una hilera de ampollas forma la letra “S” sobre sus hombros.

—Yo también consulté a esa psicóloga del colegio —dice Ana doblando la túnica hasta dejarla del tamaño de un pañuelo y metiéndolo—

la dentro del bolso—. Se llama Adriana. Como yo era la madre de una alumna, me atendió en el gabinete y no tuve que pedirle hora.

Federico frunce la cara y parece a punto de responder, pero se distrae buscando al perro que por momentos aparece en la cresta de una ola y enseguida se hunde como si una mano lo atrapara y quisiera llevarlo al fondo. El aire huele a madera podrida. Ana sigue la línea de la mirada de Federico y descubre a los viejos en la orilla y al perro en el mar. Vuelve a mirar a su marido, agita la cabeza como si dijera “Ah, era eso” y continúa:

—Y ahora que la “anoréxica”, como vos le decís, se recuperó, quiere volver a los *castings*. Yo creo que con una amiga Rocío va a entusiasmarse de nuevo.

—¿La madre de Marina —pregunta Federico—, también quiere que su hija trabaje en la tele?

—La madre no, Fede. Ella quiere —responde Ana, volviendo a sentarse sobre la lona—. Dejé de mandarme esas indirectas... Como si yo fuera una de esas madres frustradas que viven las vidas de sus hijos. Nada que ver, vos sabes que tengo mi trabajo y bien contenta que estoy... pero Rocío siempre quiso actuar. Desde que tenía dos años señalaba la tele y decía: “Yo, yo...”. Es tan linda, ¿no?

—See...

Federico sonríe aliviado: por unos instantes creyó que los viejos y el labrador se habían ido, pero se corrieron unos metros en dirección muelle, donde el pescador que pescaba con el medio mundo ahora usa una caña; la vieja está jugando con el perro: le tira una pelota y espera que se la traiga. Cada vez que el animal se acerca, ella se inclina para sacarle la pelota de la boca y lo acaricia. El viejo se sentó y hace abdominales. Las nubes, obstinadas, volvieron, esta vez diáfanas y leves como burbujas, y el viento arremete en ráfagas furiosas; en el aire flotan distintos olores: a madera podrida, a sal, a la crema que se está pasando Ana y huele a duraznos, el olor al aceite de coco que despiden el hombre de la tabla, echado sobre una toalla con un traje de neoprene. Camila y Rocío entran en el mar y, cuando el agua les llega a la altura de las rodillas, se quedan haciendo gestos de que sienten frío. Rocío envolvió las almejas en el pañuelo que le dio su hermana —el

mismo que Camila agitó hace un rato para saludarlo— y lo dejó junto a las sandalias, a salvo de la marea. Los colores del pañuelo brillan bajo el sol pero el azul se transformó en violeta. Federico trata de recordar qué otras banderas tienen los mismos colores que ese pañuelo pero no recuerda ninguna; en alguna época él sabía los diseños y los colores de todas las banderas. El Labrador corre detrás de la pelota que le lanza su dueña: una vez, dos, tres. En un momento, la pelota aterriza delante de las almejas envueltas en el pañuelo. El Labrador se detiene, las olfatea y mueve la cola entusiasmado, pero el viejo se incorpora de un salto y le da un golpecito en el hocico. La vieja aplaude y se ríe de la travesura; después los tres caminan por la orilla, dejando atrás el muelle y a Rocío y Camila, que tiritan de frío. El Labrador se sacude el agua y el viejo toma a la mujer de los hombros. Cuando la pareja de ancianos y el perro se convierten en un borrón del tamaño de un pulgar, Federico piensa que serían una acuarela, no un dibujo en tinta china.

—Un perro así —concluye Federico—, es una buena manera de mantenerse en forma. Un compañero.

—¿Qué? ¿Qué decís?... —Ana se termina de pasar la crema que despiden olor a duraznos y sin esperar que su marido le responda, se echa sobre la lona. Uno de sus muslos roza a Federico y le deja una línea blanca sobre el short.

Federico mira a su mujer, que se bajó los breteles del corpiño: bajo las axilas se le forman tres rollos y alrededor del ombligo tiene estrías. “Si se vistiera con más sobriedad, parecería más joven”, piensa. Pero no le dice nada; la última vez que le hizo un comentario sobre la ropa, ella le respondió: “Típico de un hombre que no tolera que su mujer tenga independencia económica y se compre lo que quiere. Cuando pagabas vos, no te parecía mal”. Federico pone los ojos en blanco: “Eras más joven, Ana... Algo que vos no querés entender”.

Ana le toca la espalda.

—Rocío se parece muchísimo a la mamá de mi papá. —Espera una reacción por parte de Federico pero como no llega, dice—: Ah, vos no la conociste. La abuela Lala, murió poco antes de que nosotros empezáramos a salir... Pero es muy parecida, los mismos ojos, así de ese color raro, que cambian según el día y que...

—Vi fotos de tu abuela —interrumpe Federico—. Tanto no se parece. Para mí, Rocío se parece más a una hermana de mi mamá —hace una pausa y añade—: la tía Elba, que era preciosa y tuvo una vida de mierda.

—Tu tía Elba era muy linda, sí. —Ana se levanta y queda apoyada sobre los codos—. Pero Rocío no se parece en nada. ¿En qué la ves parecida vos?

La gorra se cae sobre la lona y el pelo le cubre la cara. La gorra tiene bordado “Enjoy” con hilo plateado.

—A mí me parece igual a la tía Elba —insiste Federico—. Y no creas que soy el único: mamá piensa lo mismo.

Ana atrapa la gorra antes de que el viento la haga rodar sobre la arena. La crema que se pasó por la cara se desvaneció y tiene la punta de la nariz roja.

—Bueno —dice la mujer, volviéndose a echar de cara al cielo sobre la lona—, es lógico que tu familia quiera verla parecida a uno de ustedes.

—¿Por qué es lógico? —pregunta Federico al borde de la risa—. ¿Por qué decís eso? Vos todo lo pensás en términos de bandos. —Levanta las manos con las palmas hacia arriba—. Si alguien hace algo es porque actúa “En contra de”. Lo mismo cada vez que te cuento algo del trabajo. No es siempre así...

Ana María responde, pero la gorra que le tapa la cara y que sujeta con una mano impide que Federico entienda qué le dice. La palabra bordada en plateado se lee al revés.

Detrás de unos matorrales aparece una familia: padre, madre y dos hijos: una nena toda vestida de color fucsia que lleva un salvavidas alrededor de la cintura, y un nene que le pide a los gritos a su madre que abra la heladera portátil. El padre, después de preguntarle a su mujer dónde le parece mejor instalarse y de que ella le responda a través de los gritos del nene: “Cerca del mar”, clava la sombrilla al lado de Ana y Federico, en el médano siguiente, donde crecen unas flores rosadas que al atardecer se cubren de escarabajos negros. Ana se acomoda el corpiño y los rollos desaparecen. El recién llegado saluda a Federico levantando discretamente una mano hasta la altura de los hombros,

después se sienta en una silla plegable y empieza a leer el diario. La madre se muestra muy firme con el nene, le asegura que no abrirá la heladera hasta el mediodía y, antes de echarse a tomar sol, dice: “Lucila no te metas en el agua sin avisarme”. Aunque la nena, arrodillada a los pies del padre que lee el diario, insiste en ir a jugar a la paleta.

Federico no puede dejar de mirarlos; después de todo, el saludo del hombre parece darle permiso. La madre, que sigue diciéndole al nene que la heladera “se abre al mediodía” y que llega incluso a amenazarlo con llevarlo a la casa “y te quedás solo no se sabe hasta cuándo”, es bastante más joven que su marido, tiene la nariz respingada, una boca de labios finos que se muerde continuamente como si quisiera deshacerse de ellos y unas piernas formidables, perfectas, torneadas y de color bronce metálico.

El cielo está despejado, desapareció la nube-pera y en el mar se formaron unas manchas turquesas. A Federico, el hombre que lee el diario le parece un castor —incisivos grandes, cabello duro y espeso, textura robusta— y la esposa, con sus formidables piernas metálicas, una de esas garzas solitarias que meten sus patas en los bañados.

Ana se corre inquieta sobre la lona, no encuentra una posición cómoda y queda con la cara pegada a las nalgas de Federico; mientras lo hace, observa a los recién llegados. No puede distinguir a través de sus anteojos oscuros el color bronce de las piernas de la mujer, pero calcula que entre la pareja existe por lo menos una diferencia de diez años; aseguraría que la joven madre trabajó alguna vez para su marido aunque que no puede precisar la profesión del hombre. ¿Él es dentista y ella fue su asistente? ¿Fue la secretaria en un estudio contable? Antes de cerrar los ojos, decide que la voz de la joven madre amenazando a su hijo corresponde a la perfección con el tipo físico y se dice, orgullosa, que ella nunca amenazó a sus hijos con castigarlos, algo que no es cierto. Pasan volando un par de gaviotas y lanzan unos chillidos agudos que parecen avisar una calamidad, Ana retoma la conversación:

—¿Por qué tu tía Elba tuvo una “vida de mierda”?

Federico tarda en responder, deja de mirar a los vecinos, y dice:

—¡Uf! una tragedia tras otra, pobre Elba. Tuvo un hijo enfermo de una enfermedad rarísima y el marido la estafó. Se quedó prácticamente en la calle.

—Ay, cierto, ahora que lo decís me acuerdo —exclama Ana—. Tu mamá me lo contó mil veces. Pero viste cómo es: una cuando le cuentan desgracias se olvida.

El castor dobla el diario y le pide a su hija que le alcance una gorra: “Lucila, sacá con cuidado las cosas del bolso y no hagas lío que mamá después se enoja”.

—¿Y qué pasó con el hijo de Elba? —pregunta Ana—. ¿Murió? Porque si vive, ahora debe tener más o menos tu edad.

—No sé —responde Federico—. No oí que haya muerto. Nosotros, después de que murió Elba, le perdimos el rastro. —Cabecea resignado—. Habrá pasado lo que pasa con esos enfermos crónicos: terminan internados en alguna institución...

La respuesta de Ana no se hace esperar.

—Eso depende de la familia. Hay familias que se ocupan de los familiares enfermos y saben perfectamente qué les pasa.

Federico mira al hombre con el traje de neoprene con la tabla de surf a su lado. Si no la hubiera apoyado sobre la toalla, o la hubiera clavado sobre la arena, no daría esta sensación de que está irremediablemente solo y de que la tabla es su única compañía. A él nunca le interesó practicar ningún deporte pero mira los campeonatos de tenis por televisión y siempre alienta al equipo de la República Checa.

—La tía Elba —recuerda Federico—, decía algo que me quedaba grabado... No era de hablar mucho, pero cuando hablaba siempre decía algo que te dejaba pensando. Era una mujer inteligente, lástima la vida que tuvo.

Ana levanta un brazo, junta los dedos de la mano apuntando hacia arriba, y pregunta:

—¿Qué decía?

Federico mira el horizonte: un grupo de nubes redondas parecen flotar en el mar como glaciares gigantescos. Baja la vista a sus pies y dice:

—La tía Elba decía: “Reservo los sentimientos humanos para los humanos”. Me quedó grabado. Siempre me acuerdo que venía a casa, impecable, sin quejarse de nada, ni de la falta de plata ni de la enfermedad del hijo, y repetía: “Reservo los sentimientos humanos para los humanos”.

—No entiendo —interrumpe Ana— ¿Qué quería decir?

—¿Y qué te parece?—Federico levanta la voz y deja de mirarse los pies—. Que los sentimientos son para las personas. Se lo decía a mamá que es loca por los perros. Elba veía a mamá con Tuquito — hace una pausa—. En esa época, mamá tenía a Tuquito, que vivió como veinte años y tomaba anís, ¿te acordás?

Ana afirma con la cabeza: se acuerda de Tuquito, su suegra le servía anís en una de las tazas de la cocina y ella después sentía asco cuando le daban un té en una taza que podía ser la misma que había usado el perro.

—Y sí, un poco de razón tenía tu tía Elba —dice Ana—. Tu mamá le daba más bola al perro que a ustedes.

Federico se levanta y se pone a dibujar círculos en la arena con la punta del pie. A sus espaldas, la garza reparte sándwiches y sirve tereré. “Aunque no les guste es bueno para ustedes”, dice. “En estas vacaciones no vamos a tomar gaseosas ni comprar papas fritas. Algún día me lo van a agradecer...”.

“Jamás lo hubiera creído de ella”, piensa Federico y sigue dibujando sobre la arena.

Ana deja pasar unos minutos y en tono conciliatorio, dice:

— No tiene ninguna importancia si Rocío se parece a mi abuela o a tu tía Elba. Después de todo, los parecidos son materia opinable, ¿no?

Federico repite “materia opinable” para sus adentros y hace un rectángulo con una pirámide encima:

—Si vos lo decís.

—Nosotros —dice Ana—, estábamos hablando de algo más importante...

—¿Hablabamos? —pregunta Fede, borrando la pirámide—. ¿De qué?

—¡Fede! —Ana se sienta como impulsada por un resorte—. Hablábamos de las chicas. Hace un rato vos mismo dijiste: la adolescencia es un momento de cambios. Y es así. Es lógico que tengan algún problema... Como Marina Caputo, que pasó una etapa problemática con la comida. Lo que los padres tenemos que hacer es estar atentos y ayudar para...

—¿Tuviste que ir a la psicóloga para que te dijera eso?

Ana se levanta y se pone a la par de Federico.

—Sí, no me lo digas en ese tono —echa una mirada rápida a sus vecinos, que comen los sándwiches bajo una sombrilla diminuta, y murmurando, dice—. Son cosas que caen de maduro, pero que uno necesita que se las recuerden. Hace rato que dejamos la adolescencia.

—Siglos... —responde Federico con nostalgia y se echa sobre la lona.

Es como si entre ellos dos hubiera un mecanismo que regula que cuando uno está parado el otro debe acostarse; los pies le quedan afuera y siente el calor de la arena que le sube en su cuerpo. Imagina, como si fuera un lugar lejano, que está en la orilla juntando almejas y que habla con los dueños del Labrador. ¿Es cierto que estos perros necesitan mucho ejercicio? Ana nunca quiso tener animales. Los pelos, la comida, sacarlos a pasear, siempre tiene algún motivo para prohibirle que compre un perro. Con los ojos cerrados, el olor de la crema que se pasó Ana le resulta repulsivo. ¿Cómo fue que le dijo a Ramiro? Estaban almorzando en la parrilla a la vuelta del estudio: "Estoy a punto de divorciarme". Le salió como si ya estuviera arreglado. Incluso aclaró en tono de broma: "Lo bueno es que ahora voy a tener más lugar para mis cosas y voy a poder andar descalzo y comer sobre las bandejas de cartón del delivery. ¿A vos no te gusta comer con los tenedores de plástico mientras mirás la tele? Son cosas que las mujeres nunca te dejan hacer". Ramiro tiene los ojos azules y una novia gerente de compras en un hipermercado que es una campeona del ahorro y le llena los bolsillos con cupones de descuento: para la parrilla, para el diario, para las camisas que venden sobre la avenida Nazca.

Ana lee una revista que sacó del bolso y el nene de los vecinos volvió a la carga: está lloriqueando frente a la heladera portátil, son sollozos entrecortados por un ataque de hipo.

—¿Consultaste a la psicóloga por Rocío? —pregunta Federico.

—Ay, Fede, me asustaste —exclama Ana, llevándose la mano al pecho—. Creí que te habías dormido. Sí, consulté por Rocío. Igual lo que me dijo para Rocío puede servir para Camila. —Deja la revista—. Yo la consulté porque vi que con Marina Caputo le había pegado.

El castor se lleva al nene al mar y la mamá quiere que también vaya la nena, pero la nena no quiere ir: “Si va él, yo no voy”, dice, señalando a su hermano.

—Ana —dice Federico, con los ojos cerrados y los dos pies hundidos en la arena—, me voy a comprar un perro.

—¿Eh?

—Cuando volvamos a Buenos Aires, me voy a comprar un perro —repite Federico, abriendo los ojos—. Un perro grande, de esos que siempre quise tener: un setter, un ovejero todavía no sé...

—Al animal voy a terminar cuidándolo yo —dice Ana—. Las chicas no están nunca, y vos tampoco.

Federico se toma un tiempo y, después, como si pensara dos veces cada palabra, dice:

—Voy a tener más tiempo, voy a ir menos a la oficina. ¿No te dije?

—No. ¿Por qué? ¿Hay problemas con Ernesto?

—No, ¿por qué se te ocurre que hay problemas con él? Además, si hubiera problemas, tendría que ir más, no menos.

—¿Y con ese chico nuevo? —pregunta Ana—. El arquitecto que contrataron a principios de año. Nunca hablaste de él. ¿Pasa algo con él...?

Federico se sienta, flexiona las piernas y apoya el mentón sobre las rodillas:

—¿Ramiro? —pregunta.

—Sí, Ramiro, sí, no me acordaba cómo se llama. ¿Hay problemas?

—No, no hay ningún problema: yo quiero ir menos, nada más.

Ana guarda la revista dentro del bolso:

—Me voy a meter en el agua —dice—, y después vamos a caminar, ¿dale?

—Debe estar helada —dice Federico—. Las chicas no se metieron.

—Las chicas son las chicas, Fede. Y yo soy yo. ¿No sabés que cuando quiero algo no paro hasta conseguirlo?

Ana corre hasta el mar y se zambulle de cabeza, hace la plancha y se deja arrastrar por una ola hasta la orilla; cuando sale habla con Camila y le muestra el antebrazo. Después, vuelve corriendo junto a Federico, saca del bolso un gran pañuelo que tiene un papagayo de todos colores, se envuelve el cuerpo y se lo ata en la espalda con un nudo.

—Me picó una aguaviva —dice y, sin esperar que Federico haga un comentario, pregunta—: ¿Qué quería?

—¿Quién?

Ana cabecea en dirección al médano de los vecinos:

—El señor de acá al lado... Vino a verte. Lo vi desde el agua.

—Ah, sí —dice Federico, como si fuera algo que pasó hace tiempo—. Me preguntó si conocía un plomero.

—¿A vos?

—Sí. Alquilan la casita con las palmeras. Esa que tiene mayólicas en el frente. Y ayer se les inundó la cocina.

—Ah, mirá. No parece que tuvieran tanta plata. —Ana termina de peinarse y se ata el pelo—. Vamos a caminar, Fede. Dejé la lona, los vecinos la cuidan; yo llevo el bolso.

Federico se levanta y se sacude la arena del short de baño.

Cuando están bajando el médano, se cruzan con una chica pelada que sube a toda velocidad.

—¡Pobre! —susurra Ana—. Debe tener cáncer.

—¿Cáncer? No creo; es una moda.

—¿Moda? ¿Qué moda?

Caminan por la orilla y dejan atrás el muelle y a Camila y Rocío que los saludan a los gritos. La playa se está llenando de gente. Un hombre arrastra una reposera y deja la arena marcada. Lo sigue una señora gorda, con un mate en la mano, que camina sobre el camino que deja la reposera como si de este modo se cansara menos.

—Fede...

—Sí.

—Quería decirte algo. Te lo quise decir antes pero estabas ocupado... Justo cuando tenían la entrega de Pilar, que para ustedes era tan importante...

—¿La casa de los Santilli?

—Sí —dice Ana—. Viste que tuvieron tantos problemas con el piso, que no les entregaban lo que habían pedido y que... la mujer era una hinchada y quería el color ese de madera que no se conseguía...

Federico se agacha, levanta una piedra y mirándola, dice:

—Eso fue en noviembre, hace tres meses, y ahora me parece que pasó hace años... ¡Cómo vuela el tiempo!

—Bueno, sí... —Ana toma a Federico del brazo—. Casi fin de año. Las corridas de los exámenes de las chicas, y yo estaba en la oficina sin Teresa... En esos días Rocío tuvo que hacerse un aborto.

—¿Cuándo?

Ana suelta a Federico:

—Te estoy diciendo: en noviembre. Justo la semana que ustedes entregaban Pilar y yo estaba sin Teresa en la oficina.

Federico se guarda la piedra en el bolsillo del short:

—¿Por qué no me dijeron?

—¿Y qué hubieras hecho? No había otra. Vos y yo siempre firmamos los petitorios para legalizar el aborto. Te imaginás que no es momento para tener un bebé. Rocío va a seguir estudiando y quiere volver a los *castings*. No lo dice pero yo sé: quiere.

Federico se adelanta unos pasos; da media vuelta y se pone delante de Ana.

—Rocío está cambiando, Ana. No le interesan los *castings*.

—¿Qué le interesa?

—Qué sé yo... Habla de estudiar algo como asistencia social. Viste que estuvo trabajando en el dispensario de una villa.

—Ya se le va a pasar.

Federico levanta otra piedra, esta vez más grande y con vetas rojas:

—Hay gente que tiene vocación de servicio —dice.

—Mis hijas no.

—Pero Ana —insiste Federico—, vos misma cuando estudiabas ibas al Moyano para ayudar.

—¿Y qué? —la voz de Ana es firme—. ¿Te parece que no aprendí que esas cosas no sirven para nada?

Federico se guarda la piedra con vetas rojas en el bolsillo. Llegan a una playa desierta, la arena es fina y en la orilla se ven boyas de plástico con inscripciones en ruso y pedazos de redes que sirvieron para atrapar toneladas de atún.

Ana señala unos médanos dorados, donde crece la misma flor color rosa que cubre todos los médanos.

—¿Cómo se llamará esa flor? —pregunta—. Es tan linda. Lástima que a la tarde se llena de unos bichos asquerosos.

—No sé —responde Federico—. Quizás esa flor no tiene nombre.

—Todas las flores tienen nombre, tonto— dice Ana, arrimándose.

Federico se aleja, camina unos metros con la cabeza gacha y, como si tratara de convencerse, dice:

—A los botánicos se les puede haber pasado algo por alto, ¿no?

Ana sonríe ante la posibilidad de este descuido. Federico siente que las piedras le pesan, tira la primera que levantó y se queda con la de vetas rojas. Pasan delante de una pareja joven que juega al dominó, ella tiene la piel blanquísima. Ana se hace una cola de caballo y la ata con una vincha que lleva en la muñeca; vuelve a acercarse a Federico y le dice:

—Cuando nos conocimos, me enamoró de vos todo lo que sabías.

—Ah, ¿sí?

—Me contaste por qué la Venus de Mileto no tenía brazos. En la casa de Piru, donde nos conocimos. Eso fue lo primero que me dijiste.

—¿La estatua? —pregunta Federico, sintiendo el olor a la crema de duraznos que todavía despide la piel de Ana—. ¿Y por qué no tiene brazos?

—Qué sé yo, no me acuerdo.

—Mirá, yo tampoco. Ni siquiera me acuerdo de haberlo sabido alguna vez...

Ana levanta el índice, como si fuera una advertencia —en lugar de un recuerdo— y exclama:

—Querías ser escritor. ¡Sabías tantas cosas!

Federico patea una lata oxidada. Debajo hay un caracol roto, cubierto de pelos azules:

—Los escritores no son escritores por lo que saben, Ana, son escritores por lo que inventan.

—Igual... —dice Ana— debe ser mejor saber que no saber... ¿Qué? ¿Los escritores inventan de la nada?

“No quiero discutirlo”, piensa Federico y entran juntos en el mar; las algas les hacen cosquillas en las piernas y unos peces plateados y finos como alambres saltan enloquecidamente.

Ejercicio literario sobre la memoria

Tununa Mercado

No sé si será posible, pero mi intención, ahora mismo que escribo esta primera frase, es vaciar mi cabeza y dejar que aparezcan ideas, imágenes, o lo que fuere, sobre la memoria. Digo: *memoria*, una palabra grave, con paredes gruesas y una base fuerte, capaz de sostener una carga de objetos cuyo peso y volumen son difíciles de ponderar. Y me resisto a atribuirle a esa vasija el contenido que le sería más pertinente, recuerdos, sencillamente recuerdos, una palabra, esta, sin cohesión, que se desperdiga en fragmentos, de apariencia frágil y desagregada. El plural en inglés, *Memories*, tiene parecida inflexión, partículas dispersas que para singularizarse tienen que acumular pasión y drama, ser circunstancia, estar en una historia, palabra que digo con temor de signarla con una mayúscula. *Souvenirs* son los objetos destinados a evocar unas vacaciones, tienen un carácter efímero, su tiempo es el de un presente gozoso y percedero. Si de perduración se trata, los sueños que se repiten, golpeando los sitios del dolor cada vez que se sueñan, están allí para revivir la quemadura y no parece que ningún conjuro vaya a detenerlos. Ellos hacen memoria a su manera, durante el día, si admitimos que el día es estar despiertos; trabajan sutilmente alguna materia y la suben como resto para la noche.

El resto es como una célula depositada en el cerebro, que se expande hasta ser relato en esa recámara con entrepisos y compartimientos tabicados. Siempre hay materia, aunque no haya resto del día. Lo que se quiso olvidar volverá, será cuento en el sueño y aflorará en la vigilia para ser contado. Los sueños que se repiten son un reaseguro para la memoria, plegados en el inconsciente, son como murciélagos que abren sus alas para desplegarse en la noche, casi ensueños ellos mismos porque solo tienen lado oscuro y nocturno en el devenir de su especie. Si la historia que ha cobrado forma en el sueño se mantiene para ser contada, si por añadidura repite la de un sueño anterior, su forma será parte de la saga llamada cura en la que se valorizan todos los tramos de la repetición.

Así, con estas digresiones llego hasta dos términos: poder y resistencia, de multívoca expresión. Un poder sería el que la memoria acumula y transporta contra todo lo que podría borrar el tesoro que ha preservado contra la corrosión del tiempo. Ese es el noble poder, no quiere olvidar víctimas, injusticias, está para señalar al traidor, al ejecutor, al tergiversador. Es el poder que se consolida para fortalecer su resistencia, su complemento en la vida política y social de un pueblo. Poder y resistencia están en la misma olla memoriosa y se complementan para abatir a quienes los menoscaban.

El otro poder, sea militar o eclesial, abre fosas. El de la memoria erige, como el monumento en Berlín al carpintero George Elser, quien un 8 de noviembre del 39, colocó una bomba fabricada por él mismo, en una cervecería de Munich, para matar a Hitler en medio de un discurso. La bomba estalló, pero Hitler habló menos de lo esperado y se fue antes de lo previsto. Comunista, campesino y carpintero, terrorista, subversivo, pudo haber evitado la guerra. Lo mataron en Dachau en 1945. La escultura, de Ulrich Klages, muestra el perfil de Georg Elser, formado por una línea de acero de 17 metros de alto, en la Wilhelmstrasse, donde se encontraba el corazón del poder nazi.

Hay un hervor de la memoria: sube a la superficie del gran caldero, convocada por un término, *tragedia*, una escena de mediados de septiembre de 1973, días después del golpe de Chile. Recibimos en mi casa a un matrimonio chileno, que ha llegado a Buenos Aires buscan-

do refugio, sin prever el maleficio del sitio que elegían para refugiarse. Busco sus nombres, no los encuentro. Si la escena perdura no es tanto por los datos que la sostienen, que han desaparecido, sino porque reapareció del fondo en el que estaba inerte para resignificarse referida a mi propio exilio.

Cuarenta años después afloró para poner en evidencia lo que no sucedió en aquel momento, es decir, la rememoración fue de algo que faltó. Yo no me levanté de mi silla para abrazar a mis visitantes aquella noche después que contaron su tragedia, no hice el movimiento que habría desatado su llanto y distendido por lo tanto la opresión que traían. Fueron escasos mis recursos. No abrazar, no estrechar, no provocar esa expansión necesaria. Es poco, pero es fundamental. Un mal recuerdo.

La memoria elige dónde expandirse. Sabe a quién elegir, dónde hacer su casa, dónde poner su olla, dónde guardar su alimento. Lo hace sin declaraciones y sin que su elegido se dé cuenta. Es una apuesta a la condición humana más primaria que necesita preservar en un escondite sus bienes para encontrarlos cuando llegue el momento de la necesidad. Así los objetos que esconden los niños, los señuelos que dejan los animales para reconocer sus guaridas, los nombres que la víctima guarda para identificar a sus pares. El elegido para guardar tiene peculiaridades, ya ha sido pulido por otros elegidos. No es un espontáneo: se revela como apto para servir a las causas que tiene la memoria, porque ha calado en él, sin que lo pidiera, un valor que otros le han inculcado y que le confiere poder y resistencia. De ahí el carácter ejemplar de la memoria. El que guarda ha tenido que sublevarse ante un hecho brutal o, mejor dicho, un hecho brutal lo subleva y no pretende borrarlo, sino que lo admite dentro de sí como una reserva, como un saber y como un saber hacer. Emanuel Ringelblum es uno de los héroes de la Resistencia en el gueto de Varsovia. Inventa la llamada operación "Oynegshabbos", 'Gloria del sábado' en iddish, porque los resistentes solían reunirse en ese día desde septiembre de 1939 hasta enero del 43, para organizar un archivo de documentos de diverso tipo, los de mayor riesgo político y los más inocentes como cupones de leche, entradas a conciertos e invitaciones o papeles en-

voltorio de chocolates. En esos depósitos, tambos de leche, cajas, se guardó la historia de la resistencia de los judíos contra la muerte, acaso la única por su magnitud.

La brutalidad lo subleva, decíamos; nuestro elegido, el memorioso, se ve compelido a buscar en los territorios arrasados, en los testimonios, a forzar el silencio de los testigos. Y si hay un rasgo que lo caracteriza es la melancolía. Es un adicto de la memoria, está absolutamente entregado a sus requiebros. En las historias que escribe, los poemas y la música que compone, la pérdida resuena como un chelo. El tiempo se sostiene de una cuerda para luego ensancharse en un ancho lamento. Su poética reside en ampliar lo que ha quedado, el resto, para percibir sus repliegues e indagar en lo desintegrado. Sobre ese núcleo compondrá su pieza de memoria. Sabe que no levantará ficciones, porque desconfía de esa palabra así como antes prefería no hablar de recuerdos. Necesita llamar de otro modo ese trabajo sobre el resto, fuera de la lógica de la verdad o la mentira que no está tampoco en el relato de los sueños, porque su montaje, para llegar a ser una forma, tiene que ser desprejuiciado, libre de retórica, al margen de las clasificaciones. Entonces, el memorioso, que solo sabe reparar lo dañado, monta su objeto insidioso en contra del olvido.

Para narrar hay que irse.

Exilio, extranjería, destierro, trashumancia, fuga, extrañamiento, la imagen que hermana estas situaciones es la de un vuelo o travesía hacia lo desconocido. Podría pensarse que a medida que la distancia crece y el tiempo corre lo que se deja detrás irá empequeñeciéndose, hasta ser un punto remoto perdido entre las brumas. Pero es tan intenso el poder de ruptura que tiene desplazarse hacia otro lugar atravesando las puertas de la propia casa, ciudad o país, que ese acto, por sí solo, en su mismo enunciado, constituye la novela por excelencia: para narrar hay que irse, abandonar el sitio propio, saltar por encima del círculo de nubes y llamas en el que se está para entrar en otro mundo y allí, con un balbuceo al principio, buscar el modo de decir por primera vez lo que se ha perdido.

Hay muchos exilios, y la literatura ha hecho de ellos su materia: diarios de viaje, libros de éxodo marcados por una ausencia cuya

densidad es proporcional al dolor que significó la partida, textos en los que los hijos expulsados de una tierra regresan a ella después de peregrinajes siempre largos y cargados de aventuras, testimonios de quienes nunca regresan y que por eso mismo permanecen atados en la letra y en el espíritu al lugar en que nacieron. Pareciera que no hay épica de la condición humana que no descansa sobre esta ruptura que paradójicamente no rompe, sobre este corte que aparenta la separación pero que en realidad mantiene la fusión con el origen, como si los mitos de la historia personal –la casa, el barrio, la ciudad o el pueblo, la voz de la gente, la lengua materna y la ley paterna–, materia de los sueños, estuvieran reclamando siempre que se los deje emerger a la superficie para ser materia de la escritura. ¿Hay que lamentarse, por lo tanto, por el exilio? ¿No se gana, finalmente, más que lo que se pierde, por lo menos en un aspecto, el de la escritura?

Durante este último medio siglo, pero con más precisión a partir de la guerra de España, el exilio marcó la vida de nuestros países en América Latina. Si hubiera que fijar el primer registro en nuestro recuerdo de los fines de la década del 30 –antes se trataba de emigración-inmigración, no de exilio–, el rumor de la guerra civil se impondría. Sería como una plegaria por los caídos bajo los fusiles del franquismo, un murmullo en medio del estruendo, en el que pronto oiríamos superponerse el fragor destructivo de la segunda guerra mundial y el avance del fascismo en Europa. La literatura de América Latina recibió esa corriente de exilio español que por su convicción y contundencia tuvo la capacidad de modelar la cultura en la que buscaba albergarse. Tuvimos a esos poetas en el norte y en el sur; los pasos de Juan Ramón Jiménez, de Pedro Salinas, León Felipe, Rafael Alberti, Luis Cernuda, Luis Buñuel, resonaron en México, San Juan de Puerto Rico, Buenos Aires, Córdoba, y de alguna manera esos nombres se sobreimpusieron en nuestras vidas, de casa en casa, de biblioteca en biblioteca, y sus imágenes se fundieron a las de nuestros poetas.

Después, más tarde, las dictaduras latinoamericanas, desde las más remotas en la historia, empezaron a expulsar encarnizadamente a sus artistas e intelectuales creando nuevas generaciones de desterrados, estratos diferenciados cuya proliferación e intersección fueron una

fuentes de riqueza para los países en los que se encontraban. Escritores como Luis Cardoza y Aragón y Augusto Monterroso, guatemaltecos, emigrados de la dictadura de Castillo Armas se encuentran con Miguel Ángel Asturias, emigrado de Ubico; Mario Monteforte Toledo, Carlos Illescas, Alaíde Foppa –cuyo padre, Tito Livio Foppa se había refugiado en la Argentina huyendo del fascismo– se cruzan y traban amistad con los exiliados que llegan a México en los 70; Carlos Martínez Moreno, Ángel Rama, Juan Carlos Onetti, Carlos Quijano, uruguayos, coinciden con Julio Cortázar, Daniel Moyano, Manuel Puig, argentinos, y con los chilenos Fernando Alegría y Ariel Dorfman, y con el haitiano René Depestre y el nicaragüense Sergio Ramírez, por no mencionar sino unos pocos. Todos escribieron gran parte de su obra lejos de sus países de origen y los países de confluencia fueron, en las últimas décadas, México, Venezuela, España y Cuba. La Argentina, donde se exiliaron desde Gombrowicz hasta Roger Caillois y Ramón Gómez de la Serna, lo había sido antes, en un pasado ya lejano, que las dictaduras últimas pretendieron hacernos olvidar: en Argentina encontró asilo Juan José Arévalo y, por momentos, el propio Miguel Ángel Asturias.

Si intentáramos deslindar la comunidad de rasgos que los une, tendríamos que indagar más allá de sus peculiaridades narrativas o poéticas para alcanzar una dimensión que los identifica: el ejercicio de la memoria. No solo porque sus textos tengan el relente de la evocación, sino porque el exilio crea en la realidad lo que la propia escritura necesita para constituirse: explorar la lengua perdida, el mito oculto en el repliegue de la infancia, el vacío del no lugar, del no sitio, a partir del cual se regenera el uso de la palabra escrita. Quienes escriben en el exilio, desde una perspectiva de exilio, establecen con el acto de escribir la relación más tensa e intensa deseable: escriben desde cero, despojados y separados del mundo pero no por eso fuera del mundo, con todo su horror. ¿No es esta la situación misma de la escritura y de la literatura? ¿No es esto lo que se puede leer en alguien como Kafka, que nunca salió de su país natal, lo cual hablaría más de una disposición interna que de un acto verificable en la llamada realidad?

Escritura de abismo, exploración en la noche, tanteo en la niebla, los he visto dar vueltas en torno a esa experiencia límite que los

arrancó de un lugar y los puso en busca del paraíso perdido. Escribir es siempre un gesto proustiano, aun cuando el texto aparentemente narre grandes acciones. El gesto proustiano se percibe en la delicada inflexión con que Luis Cardoza describe Ciudad Antigua en *Guatemala, las líneas de su mano* o en *El río. Novelas de caballería*; está presente en la obsesiva insistencia con que aparece el Paraná y la instancia "río" en la obra de Juan José Saer; se reitera en la saga novelística de Mario Goloboff sobre su pueblo en la pampa argentina, Carlos Casares, que lleva ya varios volúmenes; nunca se disipó como perduración del lenguaje en la obra de Cortázar, ni como estructura narrativa "genética" en la obra de Manuel Puig. Aparece, en sordina, delicadamente, en los poemas de Alaíde Foppa que, además, hizo del exilio una tarea de conciencia y de construcción.

Los he visto llegar al exilio con sus manuscritos. Los he visto perder sus originales por traición del inconsciente. Los he visto cuando aceptaban haberlos perdido y consolarse con un posible recomienzo. Porque finalmente, decían, la cuestión es escribir, solo escribir. Walter Benjamin tuvo hasta último momento sus manuscritos bajo el brazo antes de suicidarse cuando supo que no iba a poder cruzar la frontera española huyendo del nazismo en el 40 y Primo Levi escribió con sangre en un campo de exterminio, en el pabellón de infecciosos de Auschwitz, en medio del dolor y la enfermedad.

El más grande y más viejo desterrado de la historia del Siglo XX, León Trotsky, llegó a México con los manuscritos que había rescatado de los sucesivos cateos y avasallamientos de la GPU soviética, y en la casa en que vivió y en la que lo asesinaron en 1940, en Coyoacán, todavía se ven las huellas de su trabajo de escritura que se irradiaba en varias lenguas, en el ruso natal, en francés o en inglés y acaso también en castellano. Sobre el escritorio se ven sus lentes, una lupa, un artefacto con rollos que se parece más a una caja de música que a un grabador y que tal vez fuera un dictáfono; una máquina de escribir cuyo valor simbólico sobrecoge. Durante siete años de exilio, en Prinkipo, en Francia, en México, sus papeles fueron el equipaje más asediado por los gendarmes estalinistas, y en cada alto del destierro se tomaban medidas de seguridad para preservarlos. Es sabido que cua-

renta, cincuenta años después fueron abiertos y empezaron, como todo texto leído por primera vez, a generar ese manar incesante de la escritura que nunca muere.

En el centro del exilio está la melancolía, ese sol negro que inmortalizó Gerard de Nerval en su poema "El desdichado". Replegado sobre su historia, recluso en un recinto que es pura pérdida, quien escribe en el destierro recupera en cada línea de su escritura lo que le han quitado; le quitaron su casa, lo despojaron de su tierra, pero ha ganado un territorio y una casa y, ciertamente, un recinto nuevo, una caja que yo llamo "caja de escritura" en la que pacientemente, en alto y por ancho, en superficie y en volumen, se erigirá un mundo. Contra el tiempo y contra la muerte, quien escribe desde la experiencia del exilio, quien es en sí mismo exilio, tiene asegurada la fuente. Adolfo Sánchez Vázquez, filósofo español, nos dijo alguna vez a los exiliados argentinos en México: "Esa marca nunca se borra, esa herida nunca se cura". Siempre estará allí, y siempre se dejará oír su demanda: Soy vacío. Complétame.

Carta de Enrico a su padre^{1*}

María Negroni

Turín, 17 de julio de 1958

Querido padre:

En mi mesa, de pronto, una fotografía del niño que fui. Tiene siete u ocho años, un trajecito de terciopelo azul, su aspecto es prolijo, atroz, ejemplar, como si hubiera empezado a morir. Ha empezado a morir.

La escuela y sus series gramaticales de todo lo que no adviene.

Una palabra después de otra para aprender, para entender que el amor falta, siempre, en todo amor.

Ese año me regalaste un Diario. Me pediste que registrara en él la vida del colegio. A veces, me encontraba en él con cartas tuyas. Las dejabas allí como elevadas torres, llenas de reprimendas, sermones, despeñaderos de nunca acabar, que se clavaban en mi cuerpo. ¿Alguna vez fuiste consciente de tu poder sobre mí?

¹ * Nota del editor: Carta de un personaje de ficción a otro personaje de ficción, basada en el libro *Corazón*, de Edmondo de Amicis.

Al lado de esa foto, otras: el niño en penitencia, con las vacunas puestas, a la hora de la siesta, soplando las velitas, rodeado de sus compañeros, el bueno de Garrone, el calabrés Coraci, el adoquín de Stardi, Derossi el traga, el aristócrata Votini y todos los demás, Nobis, Precossi, Coretti. Todos ahí, en meticulosa fila, menos Franti.

A Franti lo expulsaron, ¿te acuerdas, padre? Lo echaron por traer a la escuela una marioneta muy alta y muy pesada que se parecía a él y gritaba, a quien quisiera oírlo: "Existimos tan poco". Ese día el maestro empezó a los gritos: "A la escuela se viene a estudiar, no a sembrar el caos ni las ideas subversivas". Los padres se acuartelaron. Gritaban "¡Abajo, perro!", "¡Muerte y demonios!", "¡Maldito seas!", "¡Acabemos con los granujas!". También los chicos se le enfrentaron, lo insultaban en el nombre del odio, huían de él como de una bestia infectada. Yo mismo le dije: "¡Lárgate, marmota! ¿Qué esperas para esfumarte?".

Ese día, padre, estabas orgulloso. No podías creer que tus esfuerzos hubieran fructificado, que eso que repetías día y noche, no hubiera caído en saco roto. La escuela es una madre, decías; cuidado con faltar el respeto; todo sale de la misma lonja; la caridad es caricia; si te portas mal, te mandaré al Asilo para Niños Ciegos; aprende de la centella de tu hermana; no hagas comparaciones; no descuides tu Caja de Ahorros; te sacaste solamente un ocho, ¿por qué no un diez sobresaliente?; tus libros son tus armas, pequeño soldado, ¡esfuerzo y esperanza!

Me hiciste prometer también, bajo palabra de honor, que nunca sería malvado como Franti, que evitaría a toda costa esa risa que escupía veneno, que no cedería jamás a la tentación de sentirme insatisfecho. Tu madre, agregaste, se entristecería en grado sumo, y ya sabes, un disgusto de tal naturaleza podría arrebatártela, hoy, mañana o pasado mañana, y entonces ¿qué consuelo habría para ti?

Han pasado muchos años desde aquel otoño, padre. Han pasado guerras, brigadas rojas, infamias, desapariciones, violencias y decepciones de todo tipo.

Aquel día, Franti –que me despreciaba– se fue mascullando cosas. Nunca supe nada de él. Más tarde, se dijo, tuvo el proyecto de volverse loco, de transformarse en anarquista, de escribir un antilibro para oponerse a los catálogos de nuestra educación profascista.

Quién sabe, padre. Dejo sobre la mesa la fotografía. Deleznable, el trajecito de terciopelo azul. Hace tiempo que el niño intuye la relación que existe entre su vestimenta y el horror. Baja los ojos, como si quisiera, a la vez, desmentirte y no hacerte daño. Franti apenas lo mira, ocupado como está en dibujar los secretos de la clase muerta. Su risa ilumina el mundo. Se oye latir un corazón de piedra. Ábrete sésamo.

Tu hijo, Enrico.

Tríptico

Reina Roffé

I

ARRIBA Y ABAJO

Empequeñecidas, doña Inés y sus dos hijas adolescentes colocaban sobre una mesa ramilletes de flores que ellas mismas habían preparado abasteciéndose de las glicinas y nomeolvides que crecían en el patio de la pensión. Había velas nuevas, cirios aún no encendidos. Hacia el fondo, en la zona oscura de la pieza, se adivinaba un altar, imágenes: la Virgen de Luján, ¡cuándo no! y el retrato de la Señora.

Duelo en la casa de abajo, exaltación de fiesta en la de arriba. Arriba, se descorchaban botellas para festejar el fallecimiento de la Señora, pero discretamente, con cierto sigilo por el miedo de provocar chivatazos, la ira o la venganza, por ejemplo, de doña Inés, que adoraba a esa *chirusa*, a esa *mierdita* que empezaban a llamar –ya era, y sería para siempre, más que abanderada o benefactora o jefa espiritual o patrona o mártir o santa–, la más grande.

Habían descorchado botellas en casa de su abuela. Los hombres, vestidos de etiqueta, ironizaban acerca de lo mal que acababan *las minas baratas venidas a más*. Las mujeres, con sus vestidos de organza,

simulaban una sonrisa, fingían celebrar la crueldad de los sarcasmos. Un temor latente de padecer la enfermedad que había consumido en poco tiempo a la Primera Dama, creaba una barrera natural en ellas, ponía tope al odio.

Es un recuerdo falso, una escena que alguien le contó a Davina, que ella misma fue armando con otros recuerdos suyos y memorias ajenas. Cuando esto sucedió, si sucedió así, ella todavía no había nacido, estaba en el vientre de su madre. Los trajes de etiqueta y vestidos vaporosos de organza pertenecen a las fotos de una boda, la del tío Mario, en la que toda la familia se vio obligada a ser elegante.

Que celebraron la muerte de Evita, de eso se ufanaron durante muchos años. Pero su padre, que detestaba a la Señora, debió llevar luto, brazaletes o lazo negro en la solapa para que en su local los otros tenderos no lo miraran mal o lo denunciaran.

Por entonces, las hijas de doña Inés serían apenas unas crías. Si las recuerda adolescentes es debido a la imagen última que guardó de ellas. No dejó un solo día de espiarlas a través de los cristales rotos del vitral, que tenía dos zonas de mira: una, por donde se veían los cuartos de los pensionistas y la pieza grande de doña Inés y sus hijas; otra, por la que podía observar la cocina y el patio, este con un espacio de tierra que fue, primero, gallinero y, después, jardín.

Todo revuelto y cambiante en la pensión de doña Inés, joven viuda, *de buen ver*, decían los tíos con malicia. Por las mañanas, lavaba a mano sábanas, toallas, camisetas de los huéspedes peregrinos que alojaba, todos hombres, todos de provincias, y las ponía a secar entre la higuera y la parra; luego, limpiaba las cinco piezas alquiladas, el día se le iba fregando. Pero a veces, por la noche, aceptaba alguna caricia en la cama ocasional que ella misma había tendido.

Lloraba mucho a solas, a escondidas, a la hora de la siesta, mientras planchaba, pero también reía demasiado en las cenas, tenía el vino alegre, comentaban las tías.

Lloró sin llanto cuando la Señora pasó a la inmortalidad. Había tanto silencio abajo. Arriba, de alguna manera, también.

Celebración callada, temerosa. La abuela, los tíos, su padre, todos ellos complacidos murmuraban, humedecían sus labios con vino es-

pumante. Su madre, en cambio, bebía por el gusto de beber, triste, olvidada por todos, incluso por ella que estaba en brazos de alguna de las tías, sentada en el sillón de mimbre del pasillo. Su madre, como doña Inés, adoraba a la Señora, una adoración visceral, sin fe, sin ideología, solo por identificación. Ella también había sido, era, se sentía, la hacían sentir una *mierdita*.

Pero Davina no estaba en brazos de nadie, esa es una mentira, sino en las dulces tinieblas del vientre materno. ¿Serían dulces o convulsiones? Me temo que esto último.

En el sillón de mimbre se hallaba años después hasta que alguien, por precaución inútil, hizo que una de las tías y ella entraran en la habitación más protegida de la casa, donde las balas no podían penetrar. Se oía el tiroteo en la calle, el ruido metálico, rodante, de las pesadas cadenas de los tanques del ejército avanzando hacia Plaza de Mayo. Davina oía, creía oír todavía la respiración fuerte de su abuela, algún comentario untado de victoria, mientras los semblantes iban perdiendo su palidez, las puertas se abrían nuevamente, las noticias en la radio anunciaban el triunfo de lo que se dio en llamar Revolución Libertadora.

Había caído Perón. La noticia alegró a la familia, a la mitad del país, regocijado porque la otra mitad, la enfurecida, embravecida, feroz otra mitad no había salido a defenderlo. Rápidamente, en apenas cuatro días, casi sin luchar, un general retirado había derrocado al General, que daba la casualidad era todavía presidente electo.

¿Y los tanques pasaban cerca de su calle? ¿Se sentía el ruido de los tanques, la acechanza del tiroteo, los disturbios? Es la fantasía de un recuerdo, espejo deformante, un recuerdo confuso que, no obstante, le parece tan vívido, tan real y fresco como el vino espumante de las celebraciones.

En el brindis de 1955, Davina ya era una presencia en la casa, digamos que una presencia chiquita. Por eso, no le resulta extraño guardar memoria de aquel momento, de esos años, incluso de los días en que aún no existía: lo que marcará para siempre se intuye, se entiende por ósmosis, abre una grieta y se queda, se afianza aun distorsionado, levanta montañas y también genera su propio derrumbe.

II PROHIBIDO LLORAR

La habitación es pequeña, sus paredes desconchadas. Ve capas de pintura de distintos colores. Sinuosos mapas de yeso mugriento, úlceras oscuras que tachonan el muro que tiene enfrente. Hay un cuadro con la imagen de una enfermera que pide silencio. Está colgado con alambre de un clavo gordo y oxidado. Detiene su mirada en el cuadro y no se interna en la habitación. Su madre la empuja suavemente hacia adentro.

—Dale un beso a la abuela —le dice.

La abuela se está muriendo de cáncer y yace en una menesterosa cama de hospital. Hay un olor particular en la habitación, que no distingue, el de la anestesia que, por entonces, despedían los cuerpos durante días. La habían operado y, no obstante, se estaba muriendo.

La abuela sonrió al verla. Tierna y, a la vez, dolorosamente dijo:

—Ah, es la pingüinita.

Sus abuelos maternos, cuando ella y su hermano iban de visita, los llamaban pingüinos. Ahí vienen los pingüinos, exclamaban desde la puerta de calle no bien los veían llegar. Y eso parecía ser una alegría. Los pingüinos debían de hacerles mucha gracia y ellos también. Guarda escasos recuerdos de esos abuelos, ambos fallecieron cuando ella tenía unos nueve años.

La abuela apenas puede levantar un poco la cabeza. Le da un beso y sus labios chocan con el hueso del pómulo. Una cara descarnada, amarilla y ese olor fuerte que impregna el cuarto se mete en su nariz, le revuelve el estómago.

—¿Viste qué bien está la abuela ahora? —dice su madre, y añade—: Unos días más de reposo y los médicos le darán el alta para que vuelva a su casa.

No se lo decía a ella, no era a ella a quien quería animar engañosamente.

Respira hondo, tiene náuseas, pero no quiere vomitar ahí o decirle a su madre que la lleve al baño, porque está colocándole las almohadas a la abuela, quiere que adopte una posición más cómoda en esa

cama fea y triste. Al moverle las almohadas, la abuela se queja, su quejido es un suspiro entrecortado, profundo, como si viniera del fondo mismo del dolor, que escapa a su voluntad.

Parece muerta en esa cama grande que ocupa casi toda la habitación, en ese cuarto asfixiante, sin ventanas, en el que permanece de pie; no hay donde sentarse, nada donde poner el ojo, solo el cuadro de la enfermera regañona y la pared descascarada y sucia. Respira hondo otra vez y retuerce en el bolsillo del tapado, el abrigo azul y rojo de salir, el pañuelo que tiene un manchón enorme de tinta seca, no sabe cómo ocurrió eso. Entonces, piensa que es domingo, domingo por la tarde y todavía no hizo los deberes, la redacción que pidió la señorita, composición-tema-los sentimientos. Ramón, su compañero del colegio, había dicho que los sentimientos eran cosas de chicas, que él iba a escribir sobre el coraje.

Se agacha para levantarse las medias tres cuartos y su madre da un tremendo respingo, le dice que no se le ocurra sentarse en el suelo ni tocar nada. Se incorpora rápidamente y deja una media más baja que la otra. De cualquier forma, no llegan a cubrirle las rodillas y lo que tiene heladas son las rodillas.

Su abuela la mira sin mirarla, tiene como una pátina en los ojos. Da la impresión de estar ya en el otro mundo.

Piensa en la paloma muerta que un día encontró en la terraza; en el pollito que le regalaron en Reyes y quedó tieso sin motivo alguno al día siguiente de estar inquieto y tan vivo. También en las cucarachas que su hermano aplasta de un pisotón; en el perro que murió atropellado por un auto en la esquina de su casa. Sus dueños lo lloraron, comentaba el barrio, con mucho sentimiento.

Sabe lo que es la muerte. No ver nunca más a los que quieres, perderlos para siempre, dicen las voces.

Ella pedía cada noche a Dios, que estaba en el techo de la habitación donde dormía, como si el techo de la habitación fuera el cielo, con enorme fe y convicción, que nadie de todos a quienes quería se murieran, que todos, pedía, y cada uno de los que formaban parte de su familia estuvieran sanos y salvos por siempre jamás. Hasta los doce años le suplicó a Dios. No rezaba, no sabía hacerlo, solo le pedía a Dios

cada noche, sin olvidarse, aunque la venciera el sueño, por la salud y el bienestar de los suyos.

—Saludá a la abuela que ya nos vamos —dijo su mamá.

Y ella se acercó a darle otro beso en su cara flaca, amarilla y angulosa, pero no pudo. Empezó a llorar en silencio, copiosamente, cosa de que se viera bien que eran lágrimas abundantes las que expresaban su pena. Quería comunicarle lo mucho que la apenaría su muerte.

Su madre la sacó inmediatamente de la habitación. Si entró a empujones suaves, salió de allí a empujones violentos.

—Cómo se te ocurre —dijo su mamá a gritos, histérica, cuando estuvieron fuera del hospital— ponerte a llorar delante de la abuela.

No recuerda si la llamó tonta o algo peor. La miraba con desprecio, con rabia. Habían ido a consolar a la abuela, a tranquilizarla, no a refregarle en la cara su muerte inminente. Su madre, por supuesto, no habló de muerte. Era ella quien oyó comentar en su casa que la abuela se moría. Los mayores hablan delante de los chicos y los chicos registran, arman su cuadro. ¿El que se muere no debe saber que se muere, hay que reír en vez de llorar?, dicen las voces con perplejidad.

A partir de entonces, ya no fue trigo limpio para su madre. Había querido demostrarle sus buenos sentimientos, su pena, y no resultó. Tal vez sea mejor esconder los sentimientos. Son cosas de chicas, había dicho Ramón. Evidentemente, de chicas tontas. De chicas malas.

Ahora, cuando alguna lágrima asoma, respira hondo, la contiene, como si retuviera un vómito.

III LO QUE QUEDA

¿A quién habían ido a visitar en aquel edificio con ascensor? Empezaba el verano. La madre llevaba un vestido azul con vivos blancos, de media estación, que usó hasta lo indecible, le hacía tan buena figura. El padre iba perfumado, olía a lavanda y a cigarrillo rubio. ¿También fumaba Saratoga, como el tío David, o Chesterfield? Su padre siempre se dio a sí mismo lo mejor o lo más caro, seguro que fumaba cigarrillos

de importación, dice la voz. El hermano también entra en escena con ese corte de pelo asesino que convertía sus orejas de infante en las de Dumbo; su cara menuda, pálida, asustadiza. ¿De qué estaba asustado permanentemente? ¿De lo que ya había y quedaba por revelar?

Al fin se marcharon de la casa visitada. Su hermano Rubén, su papá, su mamá, el tío David (engominadísimo) y ella, que tendría unos cinco o seis años. De la puerta del ascensor colgaba un cartelito. Advertía, con las debidas disculpas por las incomodidades que se pudieran ocasionar, que el ascensor estaba siendo reparado y, hasta que la obra no finalizara, solo admitía el peso de tres personas. Tío David dijo que él bajaba por las escaleras. Ellos entraron en la cabina.

—Papi —dijo—, no podemos bajar todos, somos cuatro.

Su padre, mientras cerraba la puerta, la mandó callar. Ella insistió:

—Uno, dos, tres, cuatro. Somos cuatro, papi.

—Es que vos no contás —le respondió él con un tono neutro en el que no se podía reconocer si bromeaba o hablaba en serio, si era chiste o regaño—, vos no sos nada.

Cuando llegaron al hall, corrió a los brazos de tío David con los ojos anegados en lágrimas.

—¿Qué le pasa a mi gatita mimosa, por qué llora?

Más mal que bien, le contó.

—Lo que ocurre es que dos niños apenas suman el peso de un adulto —dijo el tío para consolarla—. Eran cuatro, pero el peso correspondía al de tres personas.

Más bien que mal, entendió, pero en ella se fue afianzando una tristeza que conspira.

Fluidos

Paula Tomassoni

BABAS

Si la primera imagen hubiera sido de espaldas, seguramente la impresión habría resultado distinta. Cuando Joaquín dobló por el pasillo de paredes de ligustrina empujando la carretilla, vio como un fantasma a Mastronardi aferrado con una mano a la columna de luz. Tenía los ojos vidriosos y fijos en algún punto del fondo. Parecía muerto, pero babeaba de tal manera que Joaquín se detuvo en seco por el asco. Sufría un ataque. Se había escapado otra vez y se había descompuesto en la puerta de la casa de Franca, justo al lado de la columna de luz, exactamente a la hora en que terminaba la clase de cerámica. Joaquín apoyó la tijera de podar en el piso, contra la pared del taller, al tiempo que escuchaba cómo los alumnos, hasta hacía un rato concentrados en darle forma a la arcilla, conversaban animadamente de esto y aquello. En cuestión de segundos saldrían por la puerta y comparecerían, en un único punto, Joaquín y su carretilla, Mastronardi en trance agarrando la columna y la profesora con sus cinco aprendices con olor a barbotina.

—¡Señora! —la llamó el jardinero antes de que abriera.

Sin saber si lo escuchaba o no, le explicó a gritos la situación.

Adentro del taller se hizo silencio. La puerta de madera con un número pintado en una placa de cerámica se abrió sin ruido. Los ojos europeos de Franca precedieron a la pregunta: “¿Que Mastronardi qué?”.

—Le dio un ataque acá, frente a su casa. Yo iba a podar la ligustriana, porque ya terminé en el fondo con los jazmines, y lo vi ahí parado. Venga, señora, mírelo usted.

Rodearon al hombre que parecía muerto de no ser por la baba que ya le había mojado la camisa. Una de las alumnas, una joven de unos veinte años con una solera de flores enormes, preguntó cómo había llegado hasta allí. Creían que se había escapado de la casa de Eber, un viejo soltero, dueño de un negocio, que vivió en el barrio toda su vida y lo alojaba desde que a Mastronardi se le había muerto la mujer. Cada tanto se escapaba. Se sabía que estaba enfermo, aunque no muy bien qué tenía. Un poco de epilepsia, de parálisis, de demencia. Eber contaba a sus clientes acerca de los desvaríos de su huésped: a veces pensaba que todavía era joven y que estaba hablando con su mujer, con antiguos compañeros del ejército ya jubilados o fallecidos. Decía que a la noche aún se levantaba obsesionado por sus gallinas.

Joaquín sonreía cuando escuchaba esas historias. Para él Mastronardi siempre había sido viejo, aunque ahora se daba cuenta de que, cuando era chico, su vecino tendría más o menos su edad actual. Él se metía junto con otros pibes por el baldío de al lado para robarle huevos del gallinero. Se los llevaban a sus madres que los cocinaban sin preguntar de dónde los habían sacado. Si el viejo los descubría, disparaba al aire con una escopeta antigua y puteaba en italiano. Una vez había creído encontrar la solución consiguiendo un perro enorme de mal carácter, que en una semana se comió dos gallinas y terminó enterrado en el parque con tres agujeros y sus balas en el cuerpo. Puteando en italiano lo recordaba Joaquín al verlo agarrado con la derecha a la columna. Le pareció que lloraba.

—Joaquín, hay que avisarle a Eber —resolvió Franca sacudiéndose el polvo del delantal.

—Si se escapó no debe estar Eber, señora. Hay que llevarlo hasta allá... pero cómo.

En el barrio se decían muchas cosas de la generosidad del vecino para hospedarlo. No habían sido nunca amigos y hasta era conocido el cuento de que se llevaban muy mal. Había quienes aseguraban que Eber le había hecho firmar un poder para cobrar la jubilación. Mastronardi tenía doble ciudadanía y, al parecer, todos los meses recibía una pensión en dólares desde Italia. Otros hacían comentarios más maliciosos. Hacía como veinte años que la reputación de Eber se había mancillado en el barrio con el testimonio de los que habían ido a Brandsen a ver las comparsas de Gualeguaychú. Un grupo de amigos había ido en tres autos hasta el corso, a sesenta kilómetros de distancia y, antes de que apareciera la prometida comparsa de la capital del carnaval, en las filas de la formación local que bailaban bajo el estandarte *Los angelitos de Brandsen*, Eber tiraba besos enfundado en un vestido blanco de lentejuelas bien pegado al cuerpo, y con los ojos pintados como Elizabeth Taylor. “¡Es puto!” fue el grito que corrió al día siguiente por las calles del barrio, y bastó para que el vecino fuera puto para siempre. No faltaba quien dijera, entonces, que Eber había estado secretamente enamorado de Mastronardi, y que había encontrado su oportunidad tarde, cuando murió su mujer.

Joaquín pidió ayuda a los alumnos varones: un hombre de unos sesenta años, con ojotas de cuero cruzadas que dejaban ver las uñas amarillas, y un muchacho joven, de flequillo abundante, que tenían la vocación de amasar arcilla con agua todos los jueves de catorce a diecisiete. Costó sacarle la columna de la mano: debieron abrir los dedos uno por uno. Joaquín se acordó de un gesto que Mastronardi hacía habitualmente cuando era joven: golpeaba con dos dedos de la mano sobre el hombro contrario. Había sido un hombre poderoso.

Trataron entre los tres de levantarlo, pero era muy pesado y, en ese estado semirrígido, difícil de cargar. El muchacho sugirió lo de la carretilla. Endurecido y babeante lo acomodaron lo mejor que pudieron.

—Yo lo llevo —se ofreció Joaquín.

Franca lo miró señalando con la vista la ligustrina sin cortar. Joaquín le dijo que no había muchas opciones, a menos que quisiera plantar al viejo en el jardín.

—Sí —acotó el hombre de las uñas apolilladas—. Así después te crece un árbol de hijos de puta.

Mastronardi había tenido siempre mal carácter, y fama de haber hecho atrocidades cuando estaba en las filas del ejército. Tal reputación contrastaba con la de su esposa: mujer dulce y agradable, que cosía para afuera y por eso hablaba siempre despacio, como sosteniendo alfileres entre los labios.

Joaquín lo empujó tres cuadas. Abrió la puertita de la cerca de madera y tocó varias veces timbre. Como imaginó, no había nadie en la casa. Lo impulsó hasta un rincón del zaguán medio oculto por la enredadera, para que no le diera el sol y para que no se viera desde la calle. Lo logró a medias, porque los pies enormes colgaban de la carretilla. El jardinero revisó los bolsillos del viejo, pero estaban vacíos. Después lo dejó en el zaguán.

Cuando volvió a lo de Franca los alumnos ya se habían ido. Juntó las herramientas. La ligustrina, desprolija, dejaba mecer su bigote por la brisa que había aumentado al bajar el sol. Joaquín prometió regresar al otro día para podar, cuando hubiera recuperado la carretilla. Franca aceptó y fue a buscar la billetera. Aunque hacía casi doce años que el muchacho arreglaba su jardín, le pagó la mitad: no fuera cosa de que al día siguiente la dejara colgada.

ÉTER

Era absurdo que estuviera nerviosa y no tenía sentido que estuviera asustada. Pero algún nombre debería ponerle a ese casi temblar de la boca mientras acompañaba cantando la canción de Maná. Su amiga Marita ya había salido con él y le había confirmado el rumor que habían echado a correr los chicos del club. “La tiene tan grande”, le había dicho, “que te juro que no lo podés creer”. Y entonces Lucy, y todas en la oficina, habían empezado a mirarlo con menos discreción. Además, era lindo. Y eso rompía con un mito antiguo y hasta entonces indiscutible: ellas sabían que cuando un tipo estaba bueno, en la cama un desastre.

El miércoles anterior se había acercado hasta su escritorio para invitarla. “Me gusta porque no es vueltero”, dijo Lucy a las chicas cuando les contaba la nueva. Mariela acotó algo así como que también era un galán.

El viernes les pidió a sus compañeras que la cubrieran para salir un rato antes, hacer unas compras, prepararse un poco. Una mano lava a la otra y ninguna se opuso a que Lucy gozara entonces de ese privilegio, siempre y cuando contara el lunes todos los detalles.

Ya en la puerta del departamento, apoyada contra la pared, buscaba las llaves en el bolsillo. Además de todo lo que cargaba a diario, sostenía el vino blanco espumante que había comprado por cincuenta pesos en el supermercado chino, y que, apretado como estaba debajo de su brazo, corría el riesgo de resbalarse y acabar perfumando el corredor de baldosas hexagonales. Lucy abrió la puerta cuando ya sentía la transpiración debajo del pulóver con cuello alto. Entró, apoyó el vino sobre la mesa, subió la estufa al máximo y se sacó el abrigo al tiempo que iba hasta el equipo de música a probar los CD que acababa de comprar. Un pibe los acomodaba sobre una manta en la vereda y los vendía a cinco pesos cada uno. Al salir del trabajo Lucy estuvo mirándolos un rato hasta que eligió tres. Al primero, *Soft and hot*, no se animó a pedirlo por el nombre: “Dame ese con tapa colorada” había dicho señalándolo con gesto desentendido. Al alejarse un poco lo sacó de la cartera para ver en la tapa la lista de canciones. Tenía versiones de viejos temas lentos de los ochenta. También compró uno de Maná y otro de un tipo solista que cantaba algunas cortinas de telenovela.

Lucy prendió una vela con perfume, ordenó unos almohadones y sacó de la bolsa un par de cosas que había comprado. Se había lookeado para la ocasión descartando el conjunto animal print y el portaligas rojo. “Es el polvo del año”, había dicho en un suspiro Mariela y había agregado que si ella seguía sin conseguir nada terminaría siendo una monja de clausura. Estuvieron discutiendo un rato sobre qué iba a hacer Lucy para esperarlo, hasta que Ana Julia las sorprendió:

—Depilate —propuso. Las chicas de la oficina la miraron y se rieron. “¡Obvio!”, gritaron casi todas convocando a dos alejadas que sacaban fotocopias.

—No, boluda —aclaró—. Depilate *toda*.

Aprobado por las siete presentes, después de ir al supermercado, Lucy pasó por la depiladora del centro a sacarse hasta el último pelo del último recoveco de su cuerpo. Al ritmo que la cera caliente se enfriaba sobre su piel, pensó que estaría bueno convidarlo con un vino espumante. A ella tampoco le gustaba dar muchas vueltas.

Como no era muy grande, el departamento tomaba temperatura rápidamente. Había prendido la luz de las lámparas de pie y apagado la central, titilaban las velas con perfume y Maná en el aire. Aparentemente, estaba todo listo. Se desnudó cerca de la estufa para verse entera en el espejo del fondo que le daba al living sensación de amplitud. En el cuerpo casi iluminado por la luz amarilla, de pechos con grandes pezones oscuros que apenas cubría con sus manos frías, veía por primera vez desde que era chica su sexo desnudo, limpio, claro. El clítoris asomaba sin pudor. Apenas se reconocía en la imagen. Achinaba los ojos para ver con nitidez y le parecían sus partes ocultas cada vez más grandes, más externas. Le dio miedo. Abandonó el resto de su cuerpo para tocarlo. Las chicas le habían dicho una vez que era un pene reprimido, que era la costilla de Adán. Podía ser, o no, pero lo cierto es que Lucy se sentía más desnuda que otras veces que había estado desnuda. Empezó a considerar que no había sido buena idea la de Ana Julia y que ahora ella estaba tan expuesta, sin leopardo ni portaligas ni nada para esconderse. Cruzó las piernas, destapó el vino espumante y se sirvió una copa de las dos que había preparado en la mesa ratona, preguntándose si temblaba de frío o por los nervios. Por qué le había hecho caso a esa manga de envidiosas mal cogidas que solo querían cagarle la noche. Si todas le tenían ganas y la había invitado a salir a ella y ahora estaba ahí parada sin poder ocultar su colgajo (que ya podía sentir sin ver entre sus piernas) que la exponía sin reservas. El alma al desnudo. De qué le servían ahora las tanguitas viejas que tenía en el cajón si él iba a tocarla depilada. Si no fuera porque se teñía de rubio hubiera sido capaz de cortarse el pelo y pegarlo otra vez en su sexo descaradamente abierto.

Tenía un vino tinto en la alacena, así que no se afligió al servirse la segunda copa del nuevo. Recién con la tercera, se acordó de Cleo.

La muñeca dormía en el estante de arriba del ropero y era el único juguete de cuando era chica que su mamá no había regalado. No había sido la más linda, ni la más cara, pero había algo en la pobrecita Cleo que la hacía especial para Lucy. Pero eso no importaba. Solamente se había acordado de ella porque también era morocha. Vieja, de plástico rígido, sin articulaciones y con los pelos negros tan duros que parecía que crecían para arriba. La bajó del estante en las mismas condiciones que unos años antes la había guardado: desnuda. Su sexo marcado como una pestaña sobre el plástico de la entrepierna. Pobre Cleo, lampiña y expuesta en el ropero como ella estaba ahora en su casa, esperando a su chico generoso que probablemente no tardaría en llegar.

Lucy recortó el cabello oscuro y grueso de la muñeca hasta que tuvo un puñado. Enseguida confirmó que no existía manera de pegarlo a su piel algo rosada por la depilación reciente. Probó hasta cansarse. Se apenó viendo en el espejo su cuerpo con sarna de mechas plásticas mezcladas con pegamento. Ahora él iba a pensar que estaba enferma. Llorando apenas, levantó la muñeca para tirarse sobre el sillón aterciopelado. La acercó hasta su cara y muy lentamente comenzó a tocar, oler, lamer su sexo vacío. Sabía a lana y naftalina y Lucy descubrió cómo de ese sabor gustaba todo su cuerpo. Con la punta de la lengua dibujaba la hendidura apenas perceptible de Cleo al tiempo que con la mano se recorría. Ya no temblaba ni por frío ni por nervios. Agarrando la muñeca por los pelos recortados, la paseó bajando por la piel hasta llegar con ella a su desnudez algo sucia de plasticola, vino y mechones negros. La mano de puño cerrado de Cleo entró por el espacio abierto de Lucy que la sintió hasta chocar y escarbar con sus dedos inmóviles sus rincones profundos. El sillón la abrigaba mientras movía la muñeca en una cópula larga, sudando y sumergiéndose entre los almohadones ya desordenados. Un rato más tarde, acompasadamente, el movimiento de ambas se fue aletargando hasta detenerse. Respirando agitada, alejó de sí el cuerpo ya inmóvil de Cleo y acarició el suyo sin suavidad ni violencia.

Golpearon a la puerta y Lucy, que tenía sueño, pestañeó con los ojos cerrados. A media luz veía los restos de su previa sobre la mesa. El CD ya se había terminado y el departamento estaba en silencio. Cleo

dormía sobre la mugre de la mesa, satisfecha y pelada. Lucy se levantó del sillón y sacó del armario una manta. Se repitieron los golpes en la puerta. Volvió a acostarse y cerrar los ojos. No quedaba más vino blanco: esa noche, por lo menos, no le iba a abrir.

SANGRES

El plan se venía gestando desde hacía una semana, desde el momento en que Sandro, el mayor de los primos, jugando a la bolita contra el tronco de la higuera, había escuchado la conversación de los grandes.

En la casa de la abuela la parrilla nueva quedaba bien al fondo del terreno, y mientras las achuras se cocían a fuego lentísimo, la familia tomaba un vermut bajo la copa enorme de la higuera cincuentenaria. Mitigando el calor con la sombra del árbol, la sed con Cinzano con hielo (menos la tía Clara, que tomaba Fernet con soda) y el hambre con queso, salamín y pan, charlaban. Hablaban siempre de lo mismo: el trabajo de la semana; los hijos; la mejor carnicería para comprar el asado; recuerdos del pasado emergiendo a modo de anécdotas que habían sucedido en ese mismo parque, bajo esa misma higuera, cuando era un poco menos frondosa. A raíz de la muerte de la tía Dora, hacía algunas semanas, las reuniones se habían tornado más breves y silenciosas. Pero de a poco habían ido recuperando el ritmo normal y hasta al tío Fito se lo veía ya riendo de a ratos, escupiendo pedazos de aceituna y miguitas de pan.

De ese historial que los adultos tejían bajo la higuera recogió Sandro el relato del escuerzo y la sentencia. “No tenés infancia hasta que no despanzurrás un sapo”, había dicho el tío Carlos, masticando un pedazo de queso con la boca abierta.

Fue de las primeras frases que escuchó Sandro después de los silencios en torno del asunto de la tía, y supo que las cosas estaban volviendo a la normalidad. No hay nada que el tiempo no cure: sí que estaba aprendiendo, ese domingo.

La tía Dora había sido una mujer enorme, anchísima, que se batía el pelo con spray y se pintaba los párpados con sombra verde agua. La fa-

milia se reía de ella a escondidas porque era, decían, un poco tonta. Y así había sido también su muerte, pero todavía no le causaba risa a nadie.

Tratando de hacer hoyi, usando la mano izquierda como plataforma de lanzamiento y el pulgar derecho como percutor, Sandro disparaba y oía. A la tarde, a la hora de la siesta, lo comentó a los demás.

Lo planearon rápido y una semana después los cuatro primos, más el vecino (con su hermanito de cuatro años), estaban listos para intervenir. Sobre el ala izquierda del terreno, cerca de la parrilla vieja que se había desmoronado y que usaban para subirse y espiar la casa del vecino, habían improvisado una mesa de disección. Entre las porqueñas que se apilaban contra la medianera, ocultas al resto del parque por una ligustrina, encontraron lo que les hacía falta: cuatro estacas y los cuellos rotos de dos botellas. La víctima, sabían, los esperaba bajo los agapantos amontonados en el cantero del costado de la casa.

Le dieron la estaca más grande a Julia para contrarrestar que ella, por ser mujer, tenía menos fuerza. Muy a su pesar, no tenía primas mujeres, por lo que si quería que sus primos la invitaran a estar con ellos, tenía que adaptarse a sus juegos. Los varones la aceptaban. A ella y a su condición femenina, y lo dejaban de manifiesto en estos gestos sencillos: no taclearla fuerte si jugaban a la pelota, o darle la estaca más grande para sostener el sapo.

Sandro levantó el animal con las dos manos y lo dejó caer contra el piso, mientras Patricio sentaba a su hermanito a metro y medio de la operación.

—¡Pará! Lo vas a reventar.

—No, porque no lo tiro con fuerza, lo dejo caer.

—¿Para?

—Para atontarlo. Como una anestesia.

Sabía, Sandro. Por eso mandaba.

Julia apretaba con fuerza su estaca sosteniendo la pata del sapo que yacía mirando al cielo. Cuando estuvieron todos listos, Sandro cortó. La piel era dura o el cirujano muy torpe, porque la panza no se abrió como un telón para exhibir sus maravillas, sino que debió pasar el vidrio varias veces, desgarrando, rompiendo, sangrando, desparramando un poco.

—No te cortes.

El cirujano agarraba el utensilio quirúrgico con las dos manos. En el esfuerzo, sacaba un poco la lengua.

—¡Estaquen! ¡Estaquen! —gritó Sandro a los cuatro que, en las esquinas, sostenían con todas sus fuerzas los extremos del sapo. Julia, casi siempre, cerrando los ojos.

—Estaqueen —corrigió Martín.

—Ya está.

Todos se inclinaron a mirar. El hermanito de Patricio se acercó por un costado pero un grito lo volvió a su lugar.

—¡Allá, vos! Si no hacés caso no te traigo más. Vos mirá desde allá que sos muy chiquito. Es feo esto, ¿Ves? Tiene sangre, ¿Ves? —Corrió el cuerpo hacia un costado sin soltar la estaca. Su hermanito se estiró para ver un poco más, pero no se movió de su puesto, y gritó: “Si tiene sangre está muerto, no me va a hacer nada”.

Patricio se enojó:

—¿Qué decís? Puede tener sangre y estar vivo...

—Puede estar muerto y no tener sangre —acotó Sandro—. Dicen que la tía Dora se murió porque se atragantó con un ñoqui frío que robó de la heladera. Había quedado del mediodía. Muerta, y sin sangre: ahí tenés.

—¿Así se murió? —Patricio escuchaba por primera vez la historia.

—Sí. Tío Fito la encontró tirada en la cocina, la cabeza toda hinchada y violeta.

—Eso es sangre —explicó Patricio—. Nada más que sin salir. Del lado de adentro.

—Como que le explotaron las venas.

—O el corazón.

Sandro movió la cabeza negando, y eso quería decir que el corazón no podía ser, porque quedaba más abajo.

—¿Podemos soltar? —preguntó Martín—. Ya está muerto.

—Ni se les ocurra. Hasta que no terminemos, no. Las ranas saltan muertas en la sartén cuando las cocinan. ¿Querés que te salte el sapo así como está en la cara? —Julia reprimió un gesto de asco.

—¿Y por qué se comió un ñoqui frío? —Patricio seguía pensando en la tía.

—Porque era gorda —dijo Julia—. Mamá dice que el vicio la perdió.

—Porque era tonta —agregó Martín—. ¿Ya podemos soltar? Me estoy acalabrando.

Esperaron. Nadie se animaba a tocarlo.

—Tiene sangres de muchos colores —observó Patricio.

—Lo rojo nada más es sangre.

—¿Y eso otro? —señaló apuntando con la pera, sin soltar la estaca.

—Son los líquidos del sapo. —Sandro se alejó unos pasos, buscó en el piso una ramita, y volvió. Con la punta más filosa removió el interior de la panza, apartó, mezcló, desparramó hacia afuera las viscosidades. Después nombró no muy seguro algunos órganos y ensayó convincentes explicaciones anatómicas. Todos lo escuchaban. El hermanito de Patricio, aburrido, arrancaba los pastos alrededor de su sitio.

—¿Y ahora qué hacemos?

—A la cuenta de tres, largamos todo y salimos corriendo, por si salta.

—¿Y lo dejamos acá?

—Mientras almorzamos sí, para que el sol lo seque. Cuando se vayan a dormir la siesta venimos y lo enterramos.

Todavía se quedaron un paso atrás, mirando los restos despanzurados. Sandro se había manchado con sangre la remera blanca. Le pasó la mano frotando a ver si se limpiaba: lo iban a retar.

Mientras volvían caminando a la higuera, el único que habló fue Patricio:

—Era cierto —aseguró—. Ahora sí tuvimos infancia.

Asintieron. Resolvieron encontrarse de nuevo después de comer, para los servicios. Iban a ponerle una cruz. Patricio trepó la mesada en desuso de la parrilla vieja y saltó el tapial hacia su casa. Sandro se subió detrás y le pasó a su hermanito, sosteniéndolo por las axilas.

—Tengo hambre. —Empezaron a caminar hacia la familia reunida debajo de la higuera. Todos menos Julia, que se había adelantado para lavarse las manos antes de comer.

Bella de San Severo

Aurora Venturini

De no ser por el erotismo de los habitantes de Pompeya y Herculano, Nápoles por sus quinientas cúpulas votivas pudo ser considerada Ciudad de Dios. Pero es ciudad de dioses paganos, denunciados en las pinturas y cerámicas, en los búcaros y vasos, y en la Casa del Fauno.

Innegable resulta la religiosidad de lo napolitano. Jean Jacques Bouchard, escritor de 1631, opinó: "...no dudo que las iglesias de Nápoles igualan y hasta superan a las de Roma en la suntuosidad de ornamento de plata, adornado con terciopelos y sedas doradas...".

He visitado Il Duomo de San Genaro para ver el relicario de la sangre del santo cuando se licua. Y es verdad. Imposible de verificar por qué y cómo. La imagen de pura plata de San Genaro, parte a parte, es llevada en ceremonia por un clérigo y un monaguillo para lustrar y después conectar. La sagrada estatua brilla en un altar próximo a los fieles, arrodillados en el piso alfombrado, dado que no hay bancos con reclinatorio.

Anoto lo referente al Santo Patrono para no ofenderlo. Pero lo que me enamoró, alterándome, fue la Capella de San Severo, misteriosa. Data de 1590.

Su historia, a causa de haber sido guardada con celo por la familia, es preciosa y llamativa, pero oculta detalles.

Giovanni Francesco Di Sangro, duque de Torre Maggiore, sufre un mal que por su característica debe ser cáncer. En 1608, creyeron se trataba de algo espantoso, que no podría curar el conocimiento humano, y manipularon el mal las curanderas y brujas; también se rezaba en Santa María, y el duque sanó. El milagro merecía una capilla. La familia cedió el predio de la residencia del Palacio San Severo para su fundación, en el corazón de Nápoles.

En 1737, un príncipe descendiente, Raimondo Di Sangro, entregó al escultor veneciano Antonio Corradini la extensión de la zona palaciega para instalar museo y mausoleo.

Corradini vivió en la hacienda de la nobleza, dedicado día y noche a su *métier* con mármoles de Carrara. Elaboró las estatuas que están intactas y que superan a las de los museos de otros países que no tienen comparación en toda Italia.

El ambiente amplísimo de la planta baja del edificio al cual se ingresa por una puerta de madera dura es la Capilla San Severo, con imágenes muy pálidas, veladas por tules delicados y cadenciosos en sus caídas plegadas.

Una de ellas, *El Decoro*, significa una dama velada en posición extática.

El Decoro es un ser angelical velado que sostiene un baptisterio.

La Modestia manifiesta tal expresión sumisa que apenas sentir desde el frío mármol sensación de angustia comunicativa.

El visitante se acerca a palpar el tul que es niebla transparente y que descubre, en lugar de ocultar. El tacto choca con el mármol. El velo y los velos son Carrara adelgazados hasta la infinitud.

La invención de Antonio Corradini empieza y termina en el ámbito de la Capella.

La costumbre y modo de ese tiempo atribuyen a poderes mágicos capturar el aire y petrificarlo, llegando a asegurar que el escultor habría robado huesa humana, para con procedimientos diabólicos crear el tul extático estatuario.

Moriría como cualquier humano Corradini y el trabajo se encargó a Francesco Queirolo.

Los dueños le obligaron a firmar un compromiso de exclusividad de trabajo en la Capella. El súbdito firmó su encierro eterno,

y aún permanece en el lugar como antes, pero en su bóveda del mausoleo.

Ese artista debió abandonar Génova y Roma. La “nobleza napolitana” era fuerte y se avecinaba el poder borbónico.

Queiroló se aferró al mármol, material que abunda en el sur peninsular, tanto como en Atenas.

Despertó un bloque con la imagen de *La Sinceridad*, y otro con la de *El desengaño*.

El Barroco tardío lo fatigaría, conduciéndolo a la helada laguna del Caronte. Su nicho está junto al de Corradini.

Le sucedió Giuseppe Sanmartino, que elaboró el *Cristo Velado*, ante el que cualquier observador habrá de persignarse.

Ya emanaba el hálito de su hora final para Sanmartino, y lo esculpió. No es tul, es mármol adelgazado hasta la locura. Más aún, es la muerte exudada por un cuerpo yacente, torturado por la vida. El suspiro y el llanto, estratificados.

Nadie podría evitar esta escena, porque toda existencia va hacia esa frontera.

He visto a visitantes de la Capella atónitos ante el Cristo yacente de Sanmartino, que expresa la imposible sobrevivencia de alguien o algo, siendo el velo leve pero tieso del ineludible fin.

A la muerte de Queiroló seguirá Francesco Celebrano, quien decorará con sus esculturas el grandioso altar mayor, junto al monumento al Pater Familiae, Cecco Di Sangro.

El pórtico de la Capella se debe a Paolo Pérsico, como así también la dulzura del yugo del matrimonio, estatuas que descansan al visitante de la fatiga y la tortura del otro yugo.

En corrillo de brujería, atribuyen la mencionada maravilla de los velos al ocultismo de Raimundo Di Sangro, moliendo huesos humanos en un radiador de plata. Mezclaba las ralladuras con un ácido de su invención, luego sumergía tules de ilusión que colocaba sobre las esculturas, respetando las ondas, los pliegues, los volados y las caídas que se formaban naturalmente.

De la magia de Raimondo salen las “máquinas anatómicas”: cuerpos humanos sin músculos, pero con el entramado de venas y arterias intactas.

Cada vez que he vuelto a Nápoles, visité a la pareja de las vitrinas: “Hola, Bella”, dije a la dama; a él lo saludé con cariño, tal es su devastación que angustia. El tiempo se ha llevado pedazos de su cuerpo y los ojos, pero aún parece respirar.

Bella me mira diciéndome algo que viene de su corazón expuesto, dado que todos los órganos son visibles, y alza el brazo derecho saludando. La excomunión del príncipe Raimondo Di Sangro devino de la delación de que hubo envenenamiento a la pareja de servidores, filtrándoles un agente petrificador en las venas. La excomunión y el fracaso de su defensa ante el Santo Tribunal lo envolvieron en velo de olvido voluntario y falta de memoria, conduciendo a la muerte, al príncipe Raimondo, que era un masón a la italiana y, en el fondo, un devoto de la iglesia, desde su época de formación jesuítica.

La periodista Clara Miccinelli posee en el centro de Palermo un palacio, cuya antigüedad rayana con el de San Severo lo tornan decadente y atractivo para los fanáticos de las antigüedades barrocas.

Los espiritistas reunidos en el salón de recepciones sesionan los viernes a la noche; algunos se quedan en el jardín de plantas y dan la voz: “hay, visitante”, cuando Raimundo Di Sangro asoma cintura hacia arriba su anatomía correcta, aunque fantástica, saluda a los del jardín con cortesía noble y rebuscada, siglo XVIII, y ruega que sepan que su excomunión fue injusta, porque no envenenó a los siervos de las vitrinas.

La pareja expuesta, dice: “fue obra de Giuseppe Salerno, que recurrió los huesos de dos esqueletos con alambres encerados, con líquidos y sustancias de su laboratorio”.

Los espiritistas recurren a una médium que, en trance, escupe sangre y repite lo dicho por el fantasma.

Analizada la sangre, no coincidió con el grupo sanguíneo de la expectorante.

La médium dijo que debajo de un parquet del Palacio Miccinelli había un cofre con pergaminos e incunables masónicos que denunciaban al médico Raimundo Di Sangro, quien experimentaba en humanos y animales, en procura de un remedio para curar una enfermedad, que por lo descrito sería cáncer.

Sobre los autores

Diana Amiama nació en La Plata en 1956. A los 21 años tuvo que exiliarse en Sao Paulo, Brasil, donde residió hasta 1985. En esa ciudad estudió y obtuvo el título de profesora de Lengua Francesa en la Alliance Française. De regreso a su país se dedicó a la escritura teatral, formándose en dramaturgia en la EAD, Escuela de Arte Dramático de Buenos Aires, con maestros como G. Báñez, M. Kartun, B. Galemiri, A. Tantanián, E. Rovner, J. C. De Petre, J. C. Gené, R. Szuchmacher, entre otros. Escribe teatro y novela. Varias de sus obras fueron estrenadas en nuestro país, España, Chile y Uruguay, y obtuvieron premios regionales y nacionales. Adapta y versiona a los clásicos. A veces dirige sus obras: *Adamo y Eva*, *Agua de puñaladas blandas de agua*, *Tangos de siempre pero ahora*, *Cenicienta my dear*, *El alumno invisible* y *Liberarios*. Trabajó como docente, jurado y curadora de festivales. Ha publicado teatro en las editoriales Corregidor, Faiga y La Comuna y en e-book la novela *El beso de Badra*.

María Elena Aramburú nació en La Plata. Egresó de la Universidad Nacional de la Plata (UNLP) con el título de profesora en Letras, es escritora y ha traducido libros del inglés. Ejerció la Rectoría del Colegio

Nacional Rafael Hernández (UNLP) durante el período 2001-2004. Tiene editados dos libros: *Escenarios privados* (cuentos, 1983) y *Los fuegos de bien amar* (novela, 1992, Faja de Honor de la Sociedad Argentina de Escritores). Su cuento “Estrenando abuelas” recibió el Premio de Cuento Corto de la revista *Puro Cuento*, 1991; su colección de cuentos *De los deleites de acá* (inédita) obtuvo la Primera Mención de Honor en el Concurso de Narrativa de la Fundación Inca, 1994. Sus cuentos “Vicunñas en la alta noche” y “La fuerza del destino” figuran en antologías. La Fundación Aurora Venturini le otorgó el Primer Premio del Concurso de Cuento 2006, por “El lazo”. Escribió, en colaboración con Guillermo Pílla, el volumen *Historia de la Literatura de La Plata* (2001).

Eduardo Berti nació en Buenos Aires en 1964. Vivió diez años en Francia. En la actualidad vive entre Madrid y Bordeaux. Es escritor y periodista cultural. Publicó los libros *Rockología* (1990), *Los pájaros* (1994), *La vida imposible* (2002, Premio Libralire) y *Lo inolvidable* (2010); los aforismos y miniprosas de *Los pequeños espejos* (2007), y las novelas *Agua* (1997, Tusquets), *La mujer de Wakefield* (1999, finalista del Premio Fémina), *Todos los Funes* (2005, finalista del Premio Herralde), *La sombra del púgil* (2008) y *El país imaginado* (2011), por la que obtuvo, además del prestigioso Premio Las Américas, el Premio Emecé. Como antólogo ha editado *Nouvelles, antología del nuevo cuento francés* (2006), *Galaxia Borges* (con Edgardo Cozarinsky, 2007), *Galaxia Flaubert* (2008), *Los cuentos más breves del mundo. De Esopo a Kafka* (2009), *Historias encontradas* (2010) y *Fantasmas* (2011), además de haber traducido autores como Nathaniel Hawthorne, Jacques Sternberg, Henry James, Jane Austen, Charles Dickens o Alphonse Allais. En 2014 publicó *Spinetta. Crónica e iluminaciones*. Desde 2014 es integrante del OuLiPo (Ouvroir de littérature potentielle).

Carolina Bruck estudió Letras en la UNLP y se graduó como magíster en Creación Literaria con una tesis dirigida por Juan Villoro (Universidad Pompeu Fabra, Barcelona). Realizó, además, estudios de posgrado en Edición (beca de la Fundación Carolina). En 2013 recibió el primer premio del Concurso Eugenio Cambaceres de la Biblioteca Nacional

por su libro de relatos *Las otras* (2013), por el que resultó, además, una de los cinco finalistas del Premio Hispanoamericano de Cuento Gabriel García Márquez (2014). En 2008, obtuvo el primer premio en el V Concurso Nacional Macedonio Fernández por su libro de relatos *Fast food*. Trabaja como editora, como guionista de documentales sobre escritores y artistas, y como docente universitaria de grado y de posgrado en la Universidad de Buenos Aires (UBA), la Universidad Torcuato Di Tella y la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales. Ha publicado, junto a Irene Klein y Laura Di Marzo, *Cuando escribir se hace cuento* (Buenos Aires, Prometeo, 2011).

Rosalba Campra nació en Jesús María, Provincia de Córdoba. De allí se fue hace mucho tiempo (primero, por razones de estudio, a París, y después a Roma, donde vive actualmente). Es catedrática de Literatura Hispanoamericana en La Sapienza Università di Roma. Ha impartido cursos y seminarios en universidades extranjeras. Publicó trabajos de investigación (entre ellos *América Latina. La identidad y la máscara, "Como con bronca y junando"... La retórica del tango, Cortázar para cómplices, Itinerarios en la crítica hispanoamericana, Territorios de la ficción. Lo fantástico, Travesías de la literatura gauchesca*), ficciones (*Ciudades para errantes, Ella contaba cuentos chinos, Formas de la memoria, Herencias, Las puertas de Casiopea, Los años del arcángel, Mínima Mitológica, Ficciones desmedidas*) y las obras en que, conjugando escritura y vocación plástica, superpone palabra e imagen (*Constancias, The book of Labyrinths, Moradas de los Mayores*). Sus textos figuran en numerosas revistas y antologías en Europa, América Latina y Estados Unidos.

María Gabriela Casalins nació en La Plata en 1961. Es profesora en Letras por la UNLP. Profesora y capacitadora docente del Instituto Eureka para la Educación del Pensamiento en La Plata. Fue responsable de la creación del Primer Portal Literario de la ciudad de La Plata en la web: *Diagonautas*. Recibió una mención por su cuento "La mudanza", en el concurso nacional de literatura fantástica y ciencia ficción Ciudad de Arena 2005, cuyo jurado estuvo integrado por Pablo de Santis, Patricia Suárez y Carlos Gardini. Su libro de cuentos *Histo-*

rias familiares obtuvo el primer premio en el III Concurso Internacional Hespérides de cuento 2005. Durante el año 2009 publicó *Animalia*, libro concebido bajo la forma de un bestiario medieval. En 2014 dio a conocer la novela para niños *Lo que Teo no dice*, ilustrada por Laura Aguerrebehere, en edición de La brujita de papel. Desde 2013 dirige con las profesoras Mónica Dias Leal e Inmaculada Manzanares Ruiz el blog de literatura infantil *El mono de la Tinta*.

Ulises Salvador Cremonte es licenciado en Comunicación Social (UNLP) y doctorando en Comunicación Social (UNLP). Fue coordinador General de la Editorial Nacional de La Plata (Edulp, 2000-2010). Director de la Colección Ficciones de Edulp (2000-2010), codirector del Laboratorio de Ideas y Textos Inteligentes Narrativos (UNLP). Participa en el Instituto de Investigación y Experimentación en Arte y Crítica (Universidad Nacional de las Artes, UNA), asesor literario de la editorial Club Hem (La Plata), coordinador de los encuentros de Jam de Escritura (Edulp), crítico literario en las publicaciones *Bazar Americano* y *Maíz*. Columnista del mensuario *El Otro* y de la publicación digital *Crítica* (UNA). Publicó *Muñeca y yo* (2006), finalista del Premio Novela Clarín 2003, *Los Eventuales* (G7, ganadora del Premio de Novela Breve del Festival Iberoamericano de Nueva Narrativa 2010) y “El Durmiente” (2011).

Juan Bautista Duizeide nació en Mar del Plata en 1964. Es piloto de ultramar egresado de la Escuela Nacional de Náutica General Manuel Belgrano (1986) y periodista egresado de la UNLP (1990). Coautor de la investigación periodística para el documental *Homo Viator*, del director Miguel Mato, acerca de Haroldo Conti (2007). Ha publicado los libros *Kanaka* (2004), *En la orilla* (2005), *Cuentos de navegantes* (compilación de relatos, Alfaguara, 2008), *Contra la corriente* (2009), *Crónicas con fondo de agua* (2011), *Confín* (2012), *Lejos del mar* (2012) y *Alrededor de Haroldo Conti* (ensayos acerca de literatura y política, Sudes-tada, 2013). Es traductor de inglés, francés e italiano. Por su obra ha obtenido las siguientes distinciones: segundo premio en el Concurso Nacional de Cuento Haroldo Conti 1994, primer premio en el Concur-

so Nacional de Novela Leopoldo Marechal 2003, primer premio en el Concurso Nacional de Novela Breve Julio Cortázar 2004. En 2014 obtuvo, junto a la fotógrafa y artista plástica Fabiana di Luca, una Beca Nacional de Fondo Nacional de las Artes.

Graciela Falbo es escritora de ensayo, poesía y ficción. Para niños y jóvenes, obras como *¡Basta de Brujas!*, *Cuentos de otros Planetas*, *Plox*, *Cuentos muy muy antiguos*. Sus libros han sido editados en la Argentina y en México. Sus ficciones fueron recuperadas en numerosas antologías en la Argentina y en distintos países de América y de Europa. Ha sido traducida al portugués, inglés, italiano y francés. Autora del libro de poesía *Transformaciones* y editora de *Tras las huellas de una escritura en Tránsito, la crónica contemporánea en América Latina*. Es también autora de la tesis *Volver a Narrar: Puro Cuento, una revista literaria en la Transición Democrática Argentina*. Doctora en Comunicación, en el año 1998 crea el Taller de Escritura Creativa como cátedra de la carrera de Periodismo y Comunicación Social de la UNLP. Ha dictado cursos y conferencias en otras universidades nacionales y extranjeras como profesora invitada.

María Laura Fernández Berro nació en La Plata. Egresó de la UNLP como profesora en Letras. Es traductora del francés y del alemán. Publicó *Esteban J. Uriburu, sacerdote y aventurero* (2000), *Ana Mon: la transformación solidaria I* (2001), *Ana Mon: la transformación solidaria II* (2005), ambos traducidos al inglés, portugués y francés, *Dardo Rocha: su vida, su obra y el Museo* (2010), *Piu Avanti, vida de Almafuerte* (Pedro Bonifacio Palacios) (2012), *Silvia de Batista de García Cortina, esa voz* (2014). Asimismo, los libros de ficción: *El camino de las hormigas* (Ediciones de la flor, 2003), Primer Premio en el Ayuntamiento de Córdoba (España), *Mujer que viene* (2005), *La Sangre derramada* (Premio Aurora Venturini, 2007), *Cuentos para todos los niños del mundo* (2011), *Sin orillas ni cielo* (2013), *Variaciones del río* (2013, Premio Burnichonal mejor libro editado en la ciudad de Córdoba, Argentina, en el marco de la Feria del Libro 2013). Del 2014 es su libro *Mentira*.

Mempo Giardinelli nació y vive en el Chaco. Exiliado en México entre 1976 y 1984, a su regreso fundó y dirigió la revista *Puro Cuento*. Su obra literaria, traducida a más de 20 idiomas, recibió importantes galardones, entre ellos el Premio Rómulo Gallegos 1993 y el Pregonero de Honor 2007, y otros en Italia, España y Chile. Es autor de una decena de novelas. Entre las más conocidas: *Luna caliente*, *La revolución en bicicleta*, *Santo Oficio de la Memoria* e *Imposible equilibrio*. La más reciente es *¿Por qué prohibieron el circo?* Autor también de libros de cuentos (*Vidas ejemplares*, *Estación Coghlan*, *Luminoso amarillo*) y ensayos como *Así se escribe un cuento* y *El género negro*, es, asimismo, un reconocido autor de literatura para niños, con personajes reconocibles como Celeste, Valeria o la gatita Luli. Es doctor *honoris causa* de la Universidad de Poitiers, Francia. Fundó y preside en el Chaco la fundación que lleva su nombre, dedicada al fomento de la lectura.

Mario Goloboff. Publicó *Caballos por el fondo de los ojos* (1976), *Criador de palomas* (1984), *La luna que cae* (1989), *El soñador de Smith* (1990), *Comuna Verdad* (1995), novelas. Se dedicó a la enseñanza universitaria, en Francia y el resto de Europa y en la UNLP, de la cual hoy es profesor extraordinario en la categoría de Consulto. De sus investigaciones nacieron *Leer Borges* (1978), *Genio y figura de Roberto Arlt* (1989) y la biografía de Julio Cortázar (1998), en su última edición: *Leer Cortázar. La biografía* (2014). Fundó, con Vicente Battista, la revista de ficción y pensamiento crítico *Nuevos Aires*. Su libro sobre estudios de autores argentinos se titula *Elogio de la mentira* (2001). Ha escrito en poesía: *Entre la diáspora y octubre* (1966), *Los versos del hombre pájaro* (1994), *El ciervo* (y otros poemas) (2010). Actualmente, es director del Museo Nacional Casa de Ricardo Rojas-Instituto de Investigaciones. Reside, después de muchos años de ausencia, en Argentina.

Angélica Gorodischer nació en Buenos Aires en 1928, pero reside en Rosario, Argentina, desde muy pequeña. Es narradora. Ha publicado treinta libros entre novelas y colecciones de cuentos. Algunos de ellos son: *Jugo de mango* (1988), *La noche del inocente* (1996), *Cómo triunfar en la vida* (1998), *Menta* (2000), *Kalpa Imperial* (2001), *Doquier* (2003),

Historia de mi madre (2004), *Tumba de jaguares* (2005), *Tres colores* (2008), *La cámara oscura* (2009), *Tirabuzón* (2011), *Las mujeres de la calle Brenner* (2012), *Cruce de caminos* (2012) y *Palito de naranja* (2014). Ha sido traducida al inglés, francés, italiano, alemán, checo, holandés y portugués. Le otorgaron los premios Emecé (por su novela *Floreros de alabastro, alfombras de Bokhara*, 1984), Esteban Echeverría, Konex (Platino y a la trayectoria), Gigamesh (España) y World Fantasy Award a la trayectoria (EE. UU.). Preparó *Noruega cuenta. Antología de la narrativa noruega*, y compiló numerosas antologías de narradoras argentinas y latinoamericanas.

Liliana Heer es escritora y psicoanalista, miembro de la Escuela de la Orientación Lacaniana y de la Asociación Mundial de Psicoanálisis. Directora, de las Jornadas sobre Literatura y Psicoanálisis: Autopistas de la Palabra. Algunos de sus textos fueron traducidos al inglés, italiano, francés, serbio, alemán y portugués. Publicó, entre 1980 y 2014, el libro de relatos *Dejarse llevar, Giacomo-El texto secreto de Joyce* (ficción crítica), en coautoría con el escritor argentino J. C. Martini Real; *Ex-crituras profanas* –antología personal–, y las novelas: *Bloyd*, Premio Boris Vian 1984, *La tercera mitad*, *Frescos de amor*, *Ángeles de vidrio*, *Repetir la cacería*, *Pretexto Mozart*, *Neón*, *El sol después*, *Hamlet & Hamlet*, ilustrada por Miguel Rep y *Macedonio-Para empezar aplaudiendo*, pieza teatral ilustrada por Vanina Muraro con veinticinco prólogos de lectores y estudiosos de Macedonio Fernández. Es docente de la Universidad de Tres de Febrero en la Maestría de Escritura Creativa. <www.lilianaheer.com.ar>.

Sylvia Iparraguirre nació en Junín (Buenos Aires) en 1947. Es egresada de la Carrera de Letras de la UBA. Formó parte de las revistas *El Escarabajo de Oro* y *El Ornitorrinco*. Publicó tres libros de cuentos: *En el invierno de las ciudades* (1988, Primer Premio Municipal de Literatura), *Probables lluvias por la noche* (1993) y *El país del viento* (2003), reunidos en el volumen *Narrativa Breve* (2005), y la extensa crónica: *Tierra del Fuego. Una biografía del fin del mundo* (2001, reeditada en 2009), que recibió el Premio Eikon. Es autora de las novelas *El parque* (1996); *La*

tierra del fuego (1998), que recibió el Premio de la Crítica (25.ª Feria del Libro de Buenos Aires, 1999), el Premio Club de los XIII, y el Premio Sor Juana Inés de la Cruz (México, 1999); *El muchacho de los senos de goma* (2007); *La orfandad* (2010) y *Encuentro con Munch* (2013). Sus cuentos y novelas han sido traducidos a diez idiomas. En 2012 recibió el Premio Esteban Echeverría y en 2014, el Premio Konex de Platino en la categoría novela.

Noé Jitrik es escritor y nació en Rivera, La Pampa, Argentina. Vivió dos exilios: el primero, en Francia, y el segundo, más extenso, en México, de 1974 a 1987. Ha escrito novelas (*El ojo de jade*, *Los lentos tranvías*, *Limbo*, *Citas de un día*, *Mares del sur*, *Long Beach*, *Destrucción del edificio de la lógica*) y cuentos (*La fisura mayor*, *Del otro lado de la puerta*, *Fin del ritual*). También estudios de las obras de Lugones, Sarmiento, Echeverría, Quiroga y Borges. Hasta el año 2000 había publicado los libros de poesía *Ferriados*, *El año que se nos viene*, *Addio a la mamma*, *Comer y comer* y *¡Discola Cruz del Sur, guíame! Cálculo equivocado* reúne poemas que van de 1983 a 2008. En 2006 publicó un libro de narraciones memorativas, *Atardeceres*, primero de una serie compuesta por *Los lentos tranvías*, *Libro perdido*, *Mediodía* y *Casa rosada*. Actualmente es director del Instituto de Literatura Hispanoamericana de la UBA. Dirige la *Historia Crítica de la Literatura Argentina*, cuyo plan le pertenece.

Nelson Mallach nació en La Plata en 1968. Egresó como profesor en Letras de la UNLP. Ha estrenado obras en La Plata y en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires. Desde 2013 desarrolla un proyecto de intervención teatral en edificios emblemáticos de la ciudad de La Plata, destacándose la Casa Curutchet diseñada por Le Corbusier (Monumento Histórico Nacional), el Museo Almafuerde (Monumento Histórico Nacional) y la actual sede del Conservatorio de Música de la Provincia de Buenos Aires, conocido como Palacio Servente (Monumento Histórico Provincial). Como dramaturgo ha sido distinguido con el Premio Municipal de la Ciudad de Buenos Aires, el Premio Armando Discépolo del Instituto Cultural de la Provincia de Buenos Aires y en

dos ocasiones fue elegido para participar con textos de su autoría en "Teatro por la Identidad" (Abuelas de Plaza de Mayo). Fue premiado por la UNLP, la Municipalidad de Córdoba, el Instituto Cultural de la Provincia de Buenos Aires, la editorial El Ateneo y la provincia de Chubut en el año 2009.

Analía Martinoia es narradora. Nació en La Plata en 1956. Realizó estudios terciarios en el Instituto Superior de Formación Docente N.º 17: maestra nacional superior y profesora en Educación Preescolar, 1977, y un posgrado en Especialización en Educación de Adolescentes y Adultos (2004). Numerosas capacitaciones en lengua, literatura, psicogénesis de la lengua escrita y prácticas del lenguaje. Asistió a talleres de escritura, al Taller de Narración Oral a cargo de Claudio Ledesma durante los años 2007 a 2009 y a posteriores actualizaciones. Se ha desempeñado como maestra de primaria, maestra y directora de Jardín de Infantes durante más de treinta años, maestra de adultos, maestra de plástica en secundaria y adultos, inspectora de Educación Inicial. Actualmente retirada de la actividad docente, realiza estudios de Artes Plásticas en la UNLP. Y, como parte del grupo de narración oral Palabra de Mujer, recorre escuelas, teatros, hospitales y otros escenarios del país, Uruguay, Chile y Perú.

María Martoccia nació en Buenos Aires y estudió Letras en la UBA. Vivió en España, Inglaterra, Marruecos, Tailandia, Yemen y los últimos diez años en una chacra en las sierras de Córdoba. En 1995 ganó el concurso de *El Cronista Comercial* con su cuento "Mr Black" que envió desde Tánger. Tradujo, entre otros, a Kawabata y a McLaren Ross. En 1996 publicó *Caravana* (cuentos); en 2002, junto a Javiera Gutiérrez, el libro de semblanzas biográficas *Cuerpos Frágiles, Mujeres prodigiosas*. En el 2003 aparece su primera novela, *Los Oficios*, y en el 2006 *Sierra Padre*. La Bestia Equilátera edita *Desalmadas* en el año 2010 y la Editorial Beatriz Viterbo, en 2015, el libro de cuentos *Los enemigos de la lluvia*. Sus cuentos y algunos fragmentos de sus novelas, integran numerosas antologías y algunos de ellos han sido publicados en Estados Unidos, entre otros países. Hace unos meses se instaló en Buenos

Aires, no sabe por cuánto tiempo, y trabaja en el guión de un corto que obtuvo un premio en el Instituto de Cine.

Tununa Mercado nació en Córdoba. Es autora de *Celebrar a la mujer como a una pascua* (1967), *Canon de alcoba* (1988), *En estado de memoria* (1990) –traducido al francés y al portugués–, *La letra de lo mínimo* (1994), *La madriguera* (1996) y *Narrar después* (2003). Vivió y dio cursos de literatura latinoamericana en Besançon, Francia, durante la dictadura de Onganía; estuvo exiliada en México desde 1974, donde trabajó como periodista y tradujo del francés para diversas editoriales. Regresó a Buenos Aires en 1987, después de la restauración de la democracia. En 1998 recibió una Beca Guggenheim para escribir su novela: *Yo nunca te prometí la eternidad* (2005), por la cual recibió, en 2007, el Premio Sor Juana Inés de la Cruz en la Feria del Libro de Guadalajara. En 2004 obtuvo el Premio Konex y la Medalla por el Centenario de Neruda, otorgada por la Presidencia de Chile, compartida con Tamara Kamenszain.

María Negroni nació en Rosario, Argentina, y reside en Buenos Aires. Durante veinte años vivió en Nueva York. Es poeta, ensayista y narradora. Publicó numerosos libros de poesía, entre ellos *La jaula bajo el trapo*, *Islandia*, *El viaje de la noche*, *Arte y Fuga*, *Buenos Aires Tour*, *La Boca del Infierno*, *Cantar la nada* y recientemente *Elegía Joseph Cornell*; varios libros de ensayos: *Ciudad Gótica*, *Museo Negro*, *El testigo lúcido*, *Galería Fantástica* (Premio Internacional de Ensayo, Siglo XXI) y *Pequeño Mundo Ilustrado*, y dos novelas: *El sueño de Úrsula* y *La Anunciación*. De 2013 es su libro *Cartas extraordinarias*. También tradujo a Louise Labé, Georges Bataille, Valentine Penrose, Charles Simic y Emily Dickinson. Obtuvo las siguientes distinciones: Guggenheim (1994), Rockefeller (1998), Fundación Octavio Paz (México, 2002), New York Foundation for the Arts (2005), Civitella Ranieri (Italia, 2007), American Academy (Roma, 2008) y Premio Konex (Buenos Aires, 2014). Su libro *Islandia* recibió el premio del PEN American Center al mejor libro de poesía en traducción del año (Nueva York, 2001). Ha sido traducida al inglés, francés, italiano y sueco.

Actualmente dirige la Maestría en Escritura Creativa de la Universidad Nacional de Tres de Febrero (Untref), en Buenos Aires.

Ricardo Piglia nació en Adrogué, provincia de Buenos Aires en 1940 y reside en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires. Estudió Historia en la UNLP. Profesor emérito de la Princeton University. Ha publicado *Respiración artificial*, *La ciudad ausente*, *Plata quemada*, *Blanco nocturno* (Premio Nacional de la Crítica en España y Premio Rómulo Gallegos, entre otros) y *El camino de ida*. Los cuentos de *Nombre falso* y *Prisión perpetua* y los textos de *Crítica y ficción*, *Formas breves* (galardonado con el Premio Bartolomé March a la Crítica) y *El último lector* pueden ser leídos como los primeros ensayos y tentativas de una autobiografía futura. Para el cine, escribió el guión original del film *Foolish Heart*, y el guión de *La sonámbula* de Fernando Spiner. Junto al músico Gerardo Gandini compuso la ópera *La ciudad ausente*, basada en su propia novela y estrenada en el Teatro Colón en 1995. En carácter de editor publicó *Diccionario de Macedonio Fernández* en 2000. Su obra ha sido traducida a numerosos idiomas.

Reina Roffé nació en Buenos Aires en 1951 y reside en España. *Llamado al Puf* fue su primera novela. La siguiente, *Monte de Venus*, fue prohibida por la dictadura militar argentina de 1976. En 1981 obtuvo la beca Fulbright y se trasladó a Estados Unidos, donde dio a conocer el libro *Especulo de Escritores*. Publicó *La rompiente*, editada simultáneamente en Buenos Aires y en México, con la que ganó el Premio Internacional de Narración Breve otorgado por la Municipalidad de San Francisco. En España ha dado a conocer *Juan Rulfo: Autobiografía Armada*, *Conversaciones americanas* y una biografía, *Juan Rulfo. Las mañas del zorro*, ampliada como *Juan Rulfo. Biografía no autorizada*. En 1996 publicó su cuarta novela, *El cielo dividido*. Sus cuentos fueron reeditados con el título *Aves exóticas. Cinco cuentos con mujeres raras. Y uno más*, en 2011. En 2009 publicó la novela *El otro amor de Federico*. Ha sido traducida al inglés, italiano, alemán y francés. Entre otros galardones ganó en 1993 la Beca Antorchas de Literatura.

Paula Tomassoni nació en La Plata en 1970. Escribe ficción y crítica literaria. Publica regularmente reseñas en la revista *Bazar Americano*. Ha editado también artículos de crítica y cuentos en distintas antologías y medios especializados, ya sea de modo virtual o papel. Su novela *Leche merengada* está en edición. Ha concurrido al taller literario coordinado en La Plata por Gabriel Bañez y a clínicas de obra coordinadas por Selva Almada, Julián López y Luis Mey. Es profesora en Letras egresada de la UNLP, donde en la actualidad cursa la Licenciatura en Literatura Argentina, encontrándose en la etapa final de redacción de la tesina, dirigida por el doctor Miguel Dalmaroni, cuyo tema es el análisis de la obra dramática de Rodolfo Walsh. Está cursando, asimismo, la Maestría en Escritura Creativa dirigida por María Negroni en la Untref, en la instancia de elaboración de tesis, dirigida por el escritor Hernán Ronsino. Trabaja como docente de nivel medio, terciario y universitario.

Aurora Venturini nació en 1922 en La Plata. Egresada de Filosofía y Ciencias de la Educación de la UNLP. Estudió Psicología en la Universidad de París, ciudad en la que se autoexilió durante veinticinco años tras la Revolución Libertadora. Ha traducido y escrito trabajos críticos sobre poetas como Isidore Ducasse, Conde de Lautréamont, François Villon y Arthur Rimbaud. Publicó, entre muchos otros, los siguientes libros: *Racconto* (2004), *John W. Cooke, Bruna Maura Maura Bruna, Al pez* (2007), *Isidore Ducasse. Cantos de Maldoror. Satánica Trinidad* (2007), *Las primas* (2009), *Nosotros, los Caserta* (2011), *El marido de mi madras-trá* (2012), *Los rieles* (2013). Ha sido traducida al italiano y al francés. Recibió los siguientes premios: 1954, Medalla de oro del Ministerio de Educación de la Nación; 1969, Fundación Giovanna Truzzolli (Verona); 1962, Segundo premio en el Concurso la Dirección de Cultura de la Provincia de Buenos Aires; 1981, Mención Honorífica de Unión Carbide Argentina; 1988, Pirandello d'oro della Collegiatura di Sicilia por *Nosotros, los Caserta*, 2007, y el premio Nueva Novela Página/12, por *Las primas*, 2010.

Listado de fuentes bibliográficas de los textos previamente publicados

Todos los cuentos que integran el presente libro son inéditos, excepto en los que se detallan a continuación:

Aramburú, María Elena (1996). "Vicuñas en la alta noche". En *Veinte cuentistas argentinos* (pp. 17-19). Estudio y selección Ruth Fernández. Buenos Aires: Libros del Zahir.

Berti, Eduardo (2011). "Los sueños de mi hermano". *Hispanamérica. Revista de literatura*, IX(120), diciembre de 2011. ISSN 0363-0471.

Bruck, Carolina (2000). "El precio de unas palabras" (pp. 21-31). En *Narrativa. 20 autores*, La Plata: Editorial La Comuna-Colección Textos del Trovador. ISBN 987-9781-1-0.

Campra, Rosalba (2010). *Avistamientos*. Angera: La Torre degli Arabeschi. Edición especial fuera de comercio con imágenes de José Joaquín Beeme.

Ferrero, Adrián (2006). "Hay que escribir como si el lector fuera siempre más sagaz y más sabio que el que escribe". Entrevista a Ricardo Piglia". *Revista Iberoamericana de Berlín. América Latina, España, Portugal: Ensayos sobre letras, historia y sociedad. Notas. Reseñas iberoamericanas*, (21), 167-170. ISBN 1577-3388 (Universidad de Heidelberg, Alemania).

Iparraguirre, Sylvia (2003). *En el país del viento* (pp. 73-90). Buenos Aires: Editorial Alfaguara. ISBN 950-511-853-8.

“La empresa acometida por Ferrero era riesgosa: la elección de los antologados debía cubrir varias generaciones, incluir a quienes permanecieron en el país durante la dictadura y a quienes se vieron obligados a salir del país u optaron por exiliarse; autores migrantes, exatriados, habitantes de las orillas, residentes fuera de lugar junto a otros que jamás cuestionaron estar en su propia piel. Emplazados y desplazados; retornados, descentrados y resistentes.

“Esta antología incita a la reflexión y al diálogo, a formular un balance preliminar sobre una época en proceso de definición. El resultado es lo deseado por Ferrero: dibujar las poéticas de nuestros desplazados días”.

SAÚL SOSNOWSKI


EDITORIAL DE LA UNLP

